

VIDAS DIGITALES

Cuento hispánico del nuevo milenio

Edición de Bojana Kovačević Petrović

Rodrigo Rey Rosa

Fernando Iwasaki

Hipólito G. Navarro

Alberto Fuguet

David Roas

Edmundo Paz Soldán

Iván Thays

Mercedes Cebrián

Santiago Roncagliolo

Mario Cuenca Sandoval

Ricardo Silva Romero

Wilmer Urrelo Zárate

Alejandro Zambra

Jorge Carrión

Andrés Neuman

Ximena Sánchez Echenique

Luis Carlos Fuentes

Samanta Schweblin

Nuria Labari

Frank Báez

Mariana Enríquez

Brenda Lozano

Gabriela Ybarra



VIDAS DIGITALES

Cuento hispánico del nuevo milenio



Edition
„Hyperlink“

Esta publicación ha sido posible gracias a la Cooperación Española a través de la Agencia de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de la misma no refleja necesariamente la postura de la AECID.

Agradecemos a la Embajada de España de Belgrado por el apoyo en la realización de este proyecto.

© Edición/coedición AECID, Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo
publicaciones@aecid.es

Catálogo general de publicaciones oficiales de la Administración General del Estado
<https://publicacionesoficiales.boe.es>

©AGORA Novi Sad, Serbia
ns.agora@gmail.com

NIPO 502-17-074-2
ISBN 978-86-6053-223-9



MINISTERIO
DE ASUNTOS EXTERIORES
Y DE COOPERACION



Cooperación
Española

No se permite la reproducción total o parcial de esta publicación, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.
Rogamos a los autores con los que no pudimos ponernos en contacto que contacten con la redacción.

VIDAS DIGITALES

Cuento hispánico del nuevo milenio

Editado por
Bojana Kovačević Petrović

Agora & AECID
Zrenjanin / Novi Sad / Madrid 2017





VIDAS DIGITALES

Cuento hispánico del nuevo milenio



PREFACIO

Esta antología de cuentos hispanoamericanos y españoles del siglo XXI es fruto de la enseñanza e investigación académica de la nueva narrativa en castellano realizada en los últimos cinco años. La idea, iniciada con el artículo «Ciberliteratura hispanoamericana», escrito por la editora de esta selección y publicado en el idioma serbio, se gestionó tras la estancia de Santiago Roncagliolo y Mercedes Cebrián en la ciudad serbia de Novi Sad, en abril de 2017.

Este libro presenta una selección subjetiva de veinticinco cuentos cuyo motivo, símbolo, señal o efecto secundario son las nuevas tecnologías y su presencia en la vida diaria, o en los pensamientos, sueños, pesadillas e imaginación de veintitrés autores contemporáneos de habla hispana. Nuestra preferencia no fue mostrar un repaso ni una evaluación del relato hispánico actual, sino ofrecer sólo un aspecto de su enorme riqueza. Ordenados cronológicamente –según el año de nacimiento de los autores– nuestra selección abarca dieciséis escritores y siete escritoras de nueve países: España (7), México (3), Argentina (3), Perú (3), Chile (2), Bolivia (2), Colombia (1), República Dominicana (1) y Guatemala (1), nacidos entre 1958 y 1983. Asimismo, esta antología está dispuesta a la ampliación y el crecimiento, en sus posibles nuevas ediciones.

Finalmente, este libro fue concebido como una edición doble –en español y en serbio– a propósito de abrir una posibilidad y ofrecer un nuevo enfoque a los hispanistas de la Europa balcánica y demostrar que el mundo hispanohablante es

un ámbito sin fronteras. Nuestra idea no hubiera sido realizable sin el reconocimiento y el apoyo de la Embajada de España de Belgrado, la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, la casa editorial serbia Agora y la lectora nativa Jenny T. Perdomo González, a quienes estamos profundamente agradecidos.

Novi Sad, Serbia, septiembre de 2017

B. K. P.

VIDAS DIGITALES



VIDAS DIGITALES

Cuento hispánico del nuevo milenio



RODRIGO REY ROSA

(Guatemala, 1958)

Después de abandonar la carrera de Medicina en su país, residió en Nueva York (donde estudió Cine) y en Tánger. En su primer viaje a Marruecos, en 1980, conoció a Paul Bowles, quien tradujo sus tres primeras obras al inglés. En su obra, traducida a varios idiomas, destacan los libros de relatos *El cuchillo del mendigo* (1985), *El agua quieta* (1989), *Cárcel de árboles* (1991), *Lo que soñó Sebastián* (1994, cuya adaptación cinematográfica dirigida por él mismo se presentó en el Festival de Sundance de 2004), *Ningún lugar sagrado* (1998) y *Otro zoo* (2005), reunidos, junto a algunos relatos inéditos, en el volumen *1986. Cuentos completos*; y las novelas *El cojo bueno* (Alfaguara, 1995), *Que me maten si...* (1996), *Piedras encantadas* (2001) y *Caballeriza* (2006) –reunidas en *Imitación de Guatemala*.

Es autor de *Cuatro novelas breves* (Alfaguara, 2013)–, *El material humano* (2009), *Severina* (2011) y *Los sordos* (2012), además de *La orilla africana* (1999) y *El tren a Travancore* (2002).

Ha sido traductor de autores como Paul Bowles, Norman Lewis, Paul Léautaud y François Augiéras. Su obra le ha valido el reconocimiento unánime de la crítica internacional y el Premio Nacional de Literatura de Guatemala Miguel Ángel Asturias en 2004.

NEGOCIOS PARA EL MILENIO

Primera carta

Enviada a Peter Beyle

(Presidente de la Asociación Americana de Cárceles Lucrativas)

Querido amigo,

un hombre en un puesto de autoridad y al que todo el mundo admira debe estar siempre dispuesto a autoexaminarse, como dice el *Libro de los cambios*. Comienzo esta carta de presentación con una banalidad, pero como todo el mundo sabe, las banalidades son en realidad cosas profundas que, por hastío o por cansancio, hemos dejado de percibir. Ahora bien, no crea –como debe de creer en este momento– que quien le escribe es un chantajista. Es sólo que me veré obligado a usar el lenguaje y quizá también los métodos de los chantajistas para comunicarme con usted. Y aunque conozco más acerca de sus actividades de lo que usted podría sospechar, aquí se trata pura y simplemente de una proposición de negocios. Mi cautela, extremada y aun enfermiza si usted quiere, se debe a que me encuentro en una posición muy desfavorable y al temor de que usted –hombre de gran éxito y por lo tanto, cabe suponer, de escasos escrúpulos, pese a las apariencias– se aproveche de ella y pretenda conservar para sí mismo todas las ganancias que pueda generar el negocio que quiero proponerle.

Puedo casi imaginar los indignados levantamientos y fruncimientos de cejas que estas líneas han de producirle y espero que no impidan que siga leyendo mi carta, pero, con el fin de suscitar su interés, debo proferir una ligera amenaza –una advertencia, más bien: no soy una persona respetable. Soy –y al revelarlo parecerá que faltó a mi propia resolución de ser cauteloso– un huésped de lo que usted llamó alguna vez, cínicamente, por cierto, la más lucrativa cadena de hoteles que ha existido jamás, que está completa el cien por ciento del tiempo, con reservas y lista de espera hasta el año 2010.

Hace varios años que disfruto de su hospitalidad, y durante todo este tiempo he tenido la ocasión de enterarme de muchos detalles del funcionamiento de su empresa. Desde luego, yo podría estar mintiéndole, y es posible que todo lo que sé lo averiguara estando fuera, o que ingresara aquí sólo con el fin de dar los últimos toques a este negocio que voy a proponerle, que bien valdría un sacrificio así. O más aún, que todo lo que le he dicho sea falso, que yo no sea un huésped suyo sino un hombre libre que se oculta tras la cara o la firma de un prisionero. Pero no estamos en abril y lo del negocio es absolutamente cierto, como podrá comprobar muy pronto, en cuanto entremos en contacto.

Mi nombre de batalla será por lo pronto Huésped Indeseable. Le ruego que, a la mayor brevedad, me envíe un acuse de recibo (c/o: penthouse.@.com.) por internet. Diga solamente: Huésped Indeseable, dónde estás. Y yo estaré contentísimo. Es una página de anuncios personales. He optado por esta vía de comunicación porque he podido comprobar que este servicio respeta la intimidad de sus clientes. He tanteado, ofreciendo hasta diez mil dólares para que me revelaran ciertos datos confidenciales, y se han resistido una y otra vez. Claro que por una suma más elevada, quizá sería diferente. He publicado unos doscientos anuncios para nuestro Huésped Indeseable esta semana, de modo que, si usted intenta descubrirme por medio de este servicio, es poco probable que me

encuentre al primer intento, pues sólo uno de esos doscientos anuncios es el bueno.

Estaré aguardando ansiosamente su mensaje, y espero que llegemos a establecer una comunicación recíproca que haga posible este negocio en realidad original, por medio del cual no sólo usted y yo sino todo este inexplicable y sobrepoblado planeta podría resultar beneficiado.

Segunda carta

A Peter Beyle

Querido amigo,

no crea, por favor, que estoy sentido por la falta de respuesta a la anterior. Aunque habría estado muy contento si me hubiera enviado el acuse de recibo para iniciar formalmente nuestra correspondencia, el que no lo hiciera no me descorazona, todavía. Hice enviar la anterior por medio de un mensajero de mi absoluta confianza, a su despacho en las Torres Gemelas del World Trade Center, donde, si mi información es correcta, pasa usted la mayor parte de sus días. De nuevo, no pretendo asustarlo a base de detalles, sólo quiero demostrarle que he hecho mi tarea y que conozco su perfil. Me he enterado, por ejemplo, de que viaja todos los días, sin exceptuar los domingos, de su mansión (es una auténtica mansión) en Long Island a las Torres, en helicóptero, a eso de las diez de la mañana, y no vuelve a casa hasta medianoche o así. Su despacho está en el piso 99 de la Torre 2, la de las antenas, y mira al norte. Imagino la vista que tiene de la ciudad –un vasto panorama de cubos de cemento, una especie de lego para niños prodigio que a veces parecerá sublime, a veces infernal. Usted parece estar enamorado de la ciudad, y colecciona fotografías y pinturas de este excepcional paisaje urbano, injerto de hormiguero humano y entrañas de ordenador. Su cuadro favorito, por un artista cuyo nombre no recuerdo, es una pequeña acuarela de la ciudad vista desde lo alto, con un cielo crepuscular algo

anticuado y colorido poco realista, con influjo, digo yo, de Turner.

De todas formas, sé que alguien muy cercano a usted pudo interceptar la anterior, y así *dañarlo a usted involuntariamente*. De modo que la presente no va dirigida solamente a usted, que quizá piensa que a estas misivas un poco desesperadas lo mejor es responder con el silencio, va dirigida también a esa persona íntima de usted, que podría creer que no entregándole mis mensajes le hace un favor, lo protege, pero que en realidad le perjudica, le hace un desfavor.

El negocio que quiero proponerle es lícito y aun honorable. Conozco su reputación de hombre honrado y no sería tan torpe como para hacerle una propuesta que pudiera ir contra las leyes de la nación ni contra un código moral estricto y elevado, como las apariencias indican que es el suyo. Espero que mi oscura posición social y la desfavorable situación en que me encuentro no sean obstáculo para una relación que podría ser –y le ruego que disculpe la repetición– enormemente benéfica para ambos y para la humanidad en general.

Así que envíeme ese mensaje que tanto espero. Le doy mis señas una vez más.

Tercera carta
A Peter Beyle

Querido amigo,
no me doy por vencido. Ahora sé, con casi completa seguridad, que las dos anteriores han llegado a sus manos –dada la serie de despidos en el departamento de seguridad que protege a su corporación. Ésta le llegará por un correo distinto; pero le aseguro que esos despidos fueron injustos e inútiles y que mi correo anterior se mantiene incólume. En cualquier caso, no lo culpo por haber tomado esas medidas drásticas, puedo comprender el temor que ha de sentir constantemente un hombre en la posición de usted. Me molesta, sin embargo, el

verme obligado a insistir de esta manera, a convertirme en un individuo molesto para usted, cuando mi intención al iniciar estas comunicaciones era precisamente lo contrario: establecer una relación mutuamente beneficiosa y hasta feliz.

Pero entiendo que antes de seguir adelante tengo la obligación de hacer todo lo posible para ganarme su confianza. Haré todo lo que esté en mis manos por conseguirlo, tan fuerte es para mí el poder de atracción de esta idea que quiero explicarle, y que me parece ya una realidad.

Comprenda, por favor, que no sea yo explícito acerca de la naturaleza del negocio en sí. Seré cándido. Temo que, si le digo lo que pienso, usted sacará todo el provecho de mi idea y se olvidará de mí. Después de todo, ésa sería la reacción más humana, especialmente cuando yo he tenido que hacerme odioso para usted con esta serie de mensajes cuya lectura le impongo o pretendo imponerle de esta manera disimulada e impertinente. No he tenido alternativa. Pero no quiero hacerle desperdiciar su precioso tiempo, así que entro en materia.

No hace falta que se lo recuerde, la Asociación Americana de Cárceles Lucrativas se ha convertido en los últimos años en una de las compañías con mayor rendimiento en la bolsa de valores de Nueva York, con socios accionistas como el Kentucky Fried Chicken, TWA, American Express, para nombrar sólo a los más conocidos. Dado el actual estado de cosas, las perspectivas para la AACL son en verdad excelentes. El desempleo en aumento; la creciente afluencia de inmigrantes ilegales; la desesperación típica de todo fin de siglo, para no hablar del milenio; todo esto garantiza un alza en la demanda de celdas de seguridad –y ustedes invierten actualmente gran parte de sus enormes ganancias en la construcción de nuevas prisiones. O sea: el riesgo económico que corren es nulo. Pero existe otro riesgo que no es posible olvidar: el riesgo político de la opinión general.

Ya hoy en día, un amplio sector de los contribuyentes se queja de que no existan fondos, por ejemplo, para la educación

o salud pública, y comienzan a preguntarse por qué su dinero no se invierte en estas cosas, sino en construir y administrar prisiones. O, más exactamente, en pagarles a ustedes para que las construyan y administren (a un coste sólo mínimamente inferior al de las prisiones del Estado). La preocupación por reducir los gastos de mantenimiento y operación de las prisiones ha sido una constante para usted, y usted ha hecho grandes progresos en ese sentido, como lo atestigua la nueva prisión de Lawrenceville, un panóptico realmente avanzado, donde un solo guardia es capaz de vigilar simultáneamente a quinientos prisioneros. Aun así, los gastos son altos y siempre se puede economizar más. Pero no voy a aburrirlo con los datos y cifras que usted examina todos los días en las gráficas digitales empotradas en la pared a la derecha de su escritorio. La competencia, y tampoco hace falta que lo diga, es tenaz. Me refiero a los gigantes como la Corrections Corporation of America, la Prisons for Profit Association, o el Private Prison Fund.

¿No tendría curiosidad por saber cómo sería posible, en cuestión de semanas y por medio de una inversión mínima, iniciar un negocio que le daría una ventaja vital sobre sus competidores –en la humilde opinión de un huésped de su insólita y exitosa cadena de prisiones, alguien que conoce íntimamente la cárcel, la moral y las debilidades de los prisioneros?

¡Contésteme, amigo!

P. S.: Soy consciente de que sus colaboradores más hábiles trabajan incesantemente en el problema de la reducción de costes, y de que ya en el pasado han dado prueba de sobrada capacidad y brío –i. e. la institución de una fuerza de trabajo paralela dentro de las prisiones, donde está prohibido sindicarse y la hora laboral se paga a unos veinte céntimos de dólar, con lo cual han creado ganancias enormes para su compañía y han permitido que los mismos productos que hace apenas un lustro llevaban etiquetas como «Hecho en El Salvador», «Hecho en Corea», o «Hecho en Guatemala», hoy lleven de nuevo el orgulloso aviso de *Made in USA*. Y aprovecho para señalar

también que estas geniales medidas han acarreado las críticas más duras de parte de sus rivales, que hacen todo lo posible por meter un hierro en las ruedas de la carretera de usted, y que han llegado a tacharle de neoesclavista. O sea, que esas medidas han significado para su compañía un alto coste político. No sólo los contribuyentes que están cansados de pagar el costoso mantenimiento de los criminales que constantemente les amenazan, también los políticos comienzan a quejarse de la incierta moralidad del sistema que usted valientemente puso en marcha. La gente es mezquina y sus opositores son maliciosos, sin duda, pero en este país los más numerosos son los más fuertes y acaban teniendo la razón –si permite que yo se lo diga. Mi solución es distinta. Es una solución a prueba de críticas, rápida y final, que, estoy seguro, se convertirá en popular. Creo que sabrá apreciar estas observaciones, en vista de los preparativos para las actividades electorales que se aproximan (a toda velocidad, o así me lo parece a mí, encerrado como estoy en esta cápsula electrónica y en vísperas del milenio).

Cuarta carta

A Peter Beyle

Querido, silencioso amigo,
sin duda las anteriores han de parecerle el trabajo de un maniático, y me culpo a mí mismo por haberle causado una impresión indeseada. Ahora, si usted cree que estoy loco, me pregunto cómo es que no ha querido contestarme, aunque fuera por cansancio o compasión. Así podría usted deshacerse de mí de una vez por todas (un simple mensaje dirigido al Huésped Indeseable que dijera: «Re: Negocio del milenio. No interesado. Gracias», me haría desistir), mientras que con su silencio sólo me obliga a seguir escribiéndole, y le advierto que seré perseverante.

Hoy no quiero hablarle de negocios; intentaré, una vez más, darme a conocer, a comprender. No le hablaré de mi pasado, por razones que no hace falta explicar, pero también porque el pasado no me interesa. La vida en prisión me ha transformado a tal punto que tengo muy poco en común con el individuo que un día fue arrestado, justa o injustamente, poco importa ya, en una populosa calle de Nueva York.

Aquí he podido hacer cosas que no hice nunca cuando estaba fuera, como tomar el hábito del estudio y la lectura. Al principio, me gustó en particular la filosofía, y mis lecturas oscilaban entre la lógica y la metafísica. Aparte de eso, no leía otra cosa que novelas policiacas o de suspense. Hasta hace un par de años, cuando comencé a interesarme por el funcionamiento de su compañía.

Imagine usted a un hombre reducido a prisión como yo, un hombre que –como en un ejemplo de libro de filosofía– no puede apenas usar su voluntad, que debe sufrir todas las desdichas de este mundo, y pregúntese luego cómo, en tales circunstancias, podría pretender ser feliz. La respuesta del filósofo es, naturalmente, por medio del saber. Así que yo no he renunciado a mi felicidad, por insignificante que pueda ser la felicidad de alguien como yo, y he perseguido el saber, me he instruido. Pero como desde mi celda el mundo exterior parece tan remoto como Europa o la luna, me dedico casi exclusivamente al estudio de las cárceles y particularmente las cárceles privadas; es así como el estudio me ha llevado a usted.

En materia de prisiones, créame, he leído todos los libros. Prefiero a los autores franceses, con su cinismo particular, que les permitió comprender hace ya dos siglos que el criminal es *necesario* para el mantenimiento del orden burgués. Qué aburrido resulta, al lado de los franceses, el sueño anglosajón de ciudades blancas sin criminales y sin prisiones. Pero qué salto hemos dado, cuánto material inexplorado para un nuevo Foucault, con la novísima industria de la corrección lucrativa, que usted prácticamente inventó. Es como si el antiguo tablero de

ajedrez se transformara de repente y, con las antiguas piezas, tuviéramos que seguir jugando un juego cuyas reglas no han sido formuladas todavía y que los nuevos jugadores tenemos que inventar o descubrir.

Pues bien, yo creo haber descubierto algo acerca de este nuevo juego, y quisiera –interminablemente me repito– compartir este descubrimiento con usted. En una de las anteriores, le decía yo algo que ya le habrán indicado sus expertos: actualmente la única clase de riesgo para una empresa como la suya es el riesgo político. He aquí uno de mis axiomas, a ver si nos entendemos: si el problema es político, la solución será ideológica.

Hay un límite para la labor de los ingenieros y técnicos de la norma y la conducta. Yo he querido ir más allá de ese límite. La cosa es tan simple, tan *evidente*, que me parece increíble que nadie haya dado con ella, que nadie la viera antes que yo. Pero casi todos los grandes descubrimientos han ocurrido así. Desde luego, yo tengo la ventaja de estar dentro para pensar en todo esto, y el secreto de mi... ya no sé cómo llamarlo: negocio, proyecto, invento... está en el «alma» de los prisioneros, en la manera de pensar de los prisioneros, que casi nadie ha tomado en cuenta. Pero quizá llegó el momento de escuchar a los que estamos dentro, que somos muchos, que somos cada vez más. Recuerde, señor Beyle, que ya en la Francia de 1848 los habitantes de las prisiones dieron un magnífico ejemplo a la sociedad: mientras las escuelas de Angers, La Flèche y Alfort se rebelaban violentamente, la prisión de menores de Mettray dio el ejemplo de la calma.

P. S.: Una pregunta: si el helipuerto de las Torres se encuentra en la Torre 1, y visto que no hay pasajes elevados entre las dos torres, si su despacho está en la Torre 2, ¿quiere decir que usted tiene que hacer ese largo viaje en ascensor cuatro veces al día?

Quinta carta
A Peter Beyle

Hola, amigo,

seré breve. Un pajarito, como decíamos antes, me ha traído la noticia, la lamentable noticia de los despidos en el departamento de limpieza. Se ha equivocado usted una vez más. Supongo que el hecho de que más del noventa por ciento de los limpiacristales de rascacielos de Nueva York sean latinoamericanos le haría sospechar que uno de mis mensajeros podía encontrarse entre ellos. No siga intentando localizarme así, pues no lo logrará. He invertido muchísimo tiempo y seso en idear la manera de hacerme inencontrable, si no es a través de internet y según mis instrucciones. No entiendo por qué se resiste a contestarme, pero sospecho que mi idea le interesa verdaderamente y que lo que pretende es apoderarse de ella, aprovechándose de su poder y de mi posición (supuesta –ya se le habrá ocurrido a usted o a alguno de sus especialistas que yo podría ser un hombre libre y que la historia del presidiario es una máscara).

Yo, por mi parte, he llegado a preguntarme quién es Peter Beyle en realidad. He dicho que conozco su perfil, pero el perfil de un empresario como usted es algo que se fabrica, se realza o se disminuye a capricho, y yo pude –igual que usted conmigo– equivocarme. ¿No será usted –me pregunto de vez en cuando, mientras aguardo su mensaje–, al contrario de lo que yo imaginé, un ser obtuso y temeroso? Una especie de robot (Hecho en MIT) cuyo programa no prevé la comunicación con alguien tan imprevisible como yo. Lo único que ha podido hacer hasta el momento es enviar cientos de bizcochos¹ a mis anuncios de internet para ver si yo mordía, cuando le advertí que eso sería en vano; y luego, iniciar un torrente de despidos entre la

¹ Bizcocho: espía cibernético enviado a tu disco duro a través de tu navegador mientras visitas una dirección de internet. Si visitas de nuevo esa dirección, el procedimiento se invierte, y tu ordenador y el de tu «servidor» entablan conversación, probablemente sin tu conocimiento.

gente que le rodea y que le ha sido fiel durante años. Vaya desperdicio.

Aprovecho para enviarle mis nuevas señas, por si decide contactarme: Hombre Invisible/penthouse.@.com; aunque dudo que lo haga y empiezo a investigar otras compañías carcelarias, con la esperanza de encontrar un socio más atrevido que usted. Reciba esto como amistosa advertencia; y recuerde que es usted quien me obliga a buscar otra posibilidad. Le aseguro que, a mi juicio, el socio ideal para esta aventura es usted. Me encantaría que encontráramos la manera de recuperar el tiempo, la energía, el dinero y demás recursos ya invertidos.

Sexta carta

A Peter Beyle

Querido amigo,

me decepciona usted cada vez más. Protesto: ¡no más despidos! La semana pasada diezmó usted, *por culpa mía*, al personal cautivo de las dos compañías que emplean a más presidiarios cualificados en toda la nación: TWA y AT&T. Sí, sigo culpándome a mí mismo, pero no crea que me echo toda la culpa. ¿No comprende que todos esos despidos han sido en vano? Supongo que esta última serie de despidos se debió a que usted y su gente piensan que la persona que los importuna con estas cartas debe de ser alguien «cualificado», y alguien con acceso a los teléfonos y a internet, de modo que podría ser uno de los cientos de miles de empleados cautivos de estas compañías. Ésa era una posibilidad, desde luego. Era. Hágame caso: detenga esa estúpida catarata de despidos, que no le llevarán a nada, y que me enojan. Realmente me enojan, pues causan un dolor y un sufrimiento innecesarios a gente que ya no los necesita, que ya tiene bastante de todo eso.

Me siento, al seguir escribiéndole, como uno de esos enamorados que no son correspondidos. Como aquel enamorado, temo no haber usado el lenguaje correcto para tocar el cora-

zón de la persona amada. Y sufro como él, porque creo que lo que tengo que ofrecerle es un tesoro, algo que, si usted pudiera *verlo*, le parecería un don del cielo².

Pero me armo de paciencia. Si algo me hace diferente de aquel amante desdichado es que para mí, encerrado como lo estoy en su prisión privada y condenado a estarlo de por vida, ya no existen las tragedias. Pero los conflictos, como los espías cibernéticos que usted sigue mandando, como los inhumanos despidos, las maniobras secretas, todo esto me parece innecesario, estúpido y perverso.

Pero estos enojos míos son pasajeros, como los del amante que se pone rabioso un momento cuando es rechazado, pero que al poco tiempo regresa a la amada con su canción de amor.

Séptima carta

A Peter Beyle

Querido amigo,

¿cuántos condenados a cadena perpetua hay actualmente en su cadena de prisiones? Los datos que barajo arrojan la cifra de cincuenta mil. Quizá sean más.

Le he dicho que me encuentro entre esos condenados de largo aliento, y así, indirectamente, he abdicado. El círculo se cierra, como dicen, y es hora de hablar claro. Me he dado por vencido, finalmente. Y no sabe usted qué alivio siento; es como si me hubieran quitado de encima un peso enorme. Esta frase hecha expresa perfectamente lo que he sentido al decidir revelarle mi secreto: un peso que me oprimía los pulmones, como una pesadilla que me impedía respirar, ya no está ahí, se ha levantado, y conozco de pronto el significado exacto de esa palabra profunda que se ha hecho banal, la palabra libertad.

² No crea que se trata de una idea inspirada en el ejemplo de la China, que al parecer maneja sus populosas prisiones como bancos de órganos para los pudientes incurables del llamado mundo libre, cuyo número aumenta año tras año.

Pongo las cartas sobre la mesa; el juego está por terminar.

Usted sabe perfectamente cuál es el problema de las cadenas perpetuas. Aunque para su compañía los presos a perpetuidad somos buenos clientes, el coste que representamos para los contribuyentes es elevadísimo. Mi caso, por ejemplo: tengo veintinueve años, y según el examen médico que me hicieron siete meses atrás, me encuentro en perfecto estado de salud, salvo una dolencia reumática que se ha venido agudizando desde que ingresé aquí pero que, según los doctores, no va a matarme, al menos no antes de unos treinta años. Así, si el coste de mi celda y mi comida es de cincuenta dólares diarios aproximadamente, para usted yo represento alrededor de medio millón de dólares, sin tomar en cuenta la inflación y suponiendo que viviré sólo veinte años más. Si, como lo indican mis informes, la mayoría de los penados perpetuos somos más bien jóvenes, estamos hablando de un presupuesto de unos veinticinco mil millones de dólares, si no me equivoco, para los próximos veinte años.

Tengo poca familia; de hecho, mi única familia cercana es mi madre, que vive en el extranjero. (Yo vine a los Estados Unidos hace siete años, y en cuanto vi desde el avión la brillante isla de Manhattan y el circundante manto urbano de la gran ciudad de Nueva York, supe con un ligero estremecimiento que yo viviría y moriría allí. Pero me he hecho una promesa que no dejaré de cumplir: no envejeceré en su prisión. Por eso, durante todos estos meses, estos años, he estudiado, he pensado tanto.)

He aquí mi proyecto. Usted fundará una nueva asociación, que podrá llamarse algo así como The Beyle Suicide Fund, que prestará al gobierno y a la sociedad el siguiente servicio. Supongamos un hombre joven y desesperado, condenado a cadena perpetua y con una madre por quien preocuparse. Pues la Fundación Beyle le propone que evacue su celda, mediante el suicidio, veinte años antes de lo previsto, a cambio de cierta suma de dinero destinada a sus seres queridos. Yo le aseguro

que no podría resistir una oferta de, digamos, cien mil dólares. Entonces, su empresa podría cobrar unos ciento cincuenta mil por preso evacuado, en concepto de servicios y trámites legales, y todo esto supondría para el Estado y los contribuyentes un ahorro de por lo menos un cuarto de millón por cada prisionero. (Aunque es cierto que en algunos estados el código penal establece que fomentar el suicidio es ilícito, ¿no cree que –así como usted consiguió hace pocos años que se modificaran ciertas leyes que impedían la privatización de las prisiones– sería relativamente fácil, sobre todo en vista de los cuantiosos ahorros y ganancias, hacer a un lado estos obstáculos?)

He desarrollado ya un sistema filosófico que gira alrededor de mis ideas, con el cual sería posible infectar a muchos compañeros presidiarios, en beneficio de usted. Y he pensado en cómo alcanzar no sólo a los que se encuentran dentro, sino también a los miles o millones de hermanos desesperados que están en el exterior. El crimen será provechoso para todos. Y si mientras más grave es el crimen es más larga la condena, mientras más grave sea el crimen que uno cometa, su muerte será más lucrativa. El crimen sería una salida *inteligente* para los desesperados, y el planeta se vería ligeramente aliviado del actual estado de sobrepoblación. Piense en los países latinoamericanos en que ustedes tienen o planean establecer sucursales, como Brasil, Colombia, El Salvador y Guatemala, donde los costes en general son mucho más bajos que los de aquí, pero donde la criminalidad es muy superior, así como son mucho más intensos el *thánatos* y la desesperación. ¡Minas de oro!

Pero no crea que soy sólo un ambicioso, o que hablo en abstracto. Estoy dispuesto a dar el ejemplo. He aquí mi oferta inicial: desocuparé mi habitación veinte años antes de la fecha previsible (2020), con la condición de que usted deposite en una cuenta de banco que tengo en conjunto con mi madre la cantidad de cien mil dólares exactos.

Si la propuesta le interesa, mándeme un mensaje de internet a cargo del Hombre Invisible, y yo le enviaré a vuelta de correo mi número de cuenta bancaria y el nombre de mi señora madre.

Octava carta

A Peter Beyle

La esperanza es la última diosa: es cierto.

He optado por la defenestración, por facilidad y economía personales. (Dicho sea de paso, la seguridad es deficiente en sus prisiones.) Pero yo había soñado con una revolución. Mañana, el día de mi muerte, yo no moriría solo, morirían conmigo cientos y quizá miles de hombres como yo. Y esas muertes no hubieran sido inútiles; habrían beneficiado a miles de familias desamparadas, y le habrían enriquecido a usted todavía más.

Pero se me ocurre que después de mi muerte usted podría difundir mi filosofía para beneficiarse con ella. Quizá decida fundar una asociación como la que yo soñé, que respalde y administre mis ideas.

Entonces, para evitar que estas ideas, en forma de panfletos y manuales, lleguen por medio de mis mensajeros a manos de la competencia y beneficien a otro, le ruego se sirva depositar *cuanto antes* en la cuenta de banco que comparto con mi madre, cuyos datos adjunto, la cantidad de cincuenta mil dólares exactos.

Y hasta nunca, Peter Beyle.

FERNANDO IWASAKI

(Perú, 1961)

Es un escritor, filólogo, historiador, investigador y docente de origen japonés, ecuatoriano e italiano, nacido en Lima, pero residente en Sevilla, donde es profesor en la Universidad Loyola Andalucía. Es Doctor en Historia de América por la Universidad Pablo de Olavide.

Es autor de una decena de libros de cuentos: *Tres noches de corbata* (1994), *Inquisiciones peruanas* (1994), *Un milagro informal* (2003), *España, aparta de mí estos premios* (2009), entre otros. Escribe novelas (*Libro de mal amor*, 2001; *Negujón*, 2005), ensayos (*Mario Vargas Llosa, entre la libertad y el infierno*, 1992; *El Descubrimiento de España*, 1996; *Mi poncho es un kimono flamenco*, 2005; *Nabokovia Peruviana*, 2011, etc.), crónicas (*El sentimiento trágico de la Liga*, 1995; *Sevilla, sin mapa*, 2010; *Somos libros, seámoslo siempre*, 2014) y textos históricos (*Nación Peruana: entelequia o utopía*, 1988; *Extremo Oriente y Perú en el siglo XVI*, 1992, entre otros). Es editor de la antología mexicana del cuento andaluz *Macondo boca arriba*, co-editor con Jorge Volpi de la edición comentada de Edgar Allan Poe, *Cuentos Completos* y co-editor con Gustavo Guerrero de la antología francesa de cuento latinoamericano *Les bonnes nouvelles de l'Amérique Latine*.

Ha sido columnista de Diario 16, El País, La Razón, Diario de Sevilla, El Mercurio de Chile, ABC.

EL DOMINIO

Cuando descubrí que el dominio www.infierno.com no estaba registrado, pensé que había cometido algún error. Sin embargo, al teclear de nuevo la dirección comprobé que era verdad: no le pertenecía a nadie. Y así, por una suma insignificante me hice con el dominio del infierno.

No había terminado de crear los contenidos del infierno cuando ya la página tenía cientos de miles de visitas y un número semejante de solicitudes de correos electrónicos con el nombre del usuario más @infierno.com. En menos de una semana las multinacionales más poderosas me ofrecieron su publicidad y miles de portales de todo el mundo crearon enlaces directos con mi web, que según los mejores buscadores ya era uno de los diez sitios más visitados del ciberespacio. En medio de aquella orgía de éxitos recibí una oferta millonaria por mi página y la vendí sin pestañear, porque el dinero me interesaba mucho más que el dominio del infierno.

Desde que hice aquel negocio no he dejado de viajar y de gozar por todos mis orificios, pero he entrado al cibercafé de un hotel caribeño para visitar el infierno y el programa me dice que esa dirección no existe. Tecleo de nuevo www.infierno.com y la respuesta es la misma. Muerto de risa vuelvo a solicitar el dominio del infierno, preguntándome si la página me la habrían comprado los jesuitas o los del Opus. No obstante, al día siguiente recibí un correo que me dejó perplejo: «Estima-

do cliente, de acuerdo con nuestros archivos su alma ya forma parte de nuestra base de datos. Reciba un cordial saludo».

El nombre del remitente era inverosímil.

W. C.

Era la primera gasolinera en varios kilómetros y suspiré agradecido porque los intestinos se me disolvían entre retortijones. Un hombre sin párpados me señaló un corredor devorado por la penumbra y hacia allí caminé de baldosa en baldosa, como un equilibrista que no quiere que el público descubra que lleva las mallas descosidas. En el baño no había espejo ni luz, y el chapoteo de mis pasos delataba dos dedos o tres de un líquido sin nombre. El primer clínex lo gasté limpiando a ciegas la rueda. Al darme la vuelta pateé algo así como un casco de moto y me senté sujetándome los pantalones para que no se empaparan.

La sensación de alivio y beatitud sólo duró unos segundos porque alguien cerró la puerta con llave desde afuera. Pensé en mi coche y en el ordenador portátil que estaba en el asiento trasero. Pensé en el hombre sin párpados con mis corbatas de seda. En todo eso pensaba cuando un gruñido líquido brotó de las entrañas del alcantarillado.

Sentado en el retrete percibí que algo veloz y delirante subía por las tuberías. Sus uñas crepitaban metálicas y los sorbos de la criatura eran tan intensos como el chasquido de sus mandíbulas. El segundo clínex se me cayó en aquel charco espeso. Me incorporé hacia la puerta sin soltar mis pantalones cuando algo salió del guáter con la potencia de las focas de los circos rusos. Caí de bruces al suelo.

La conciencia del asco era más fuerte que los mordiscos. Con el tercer clínex me limpié la boca. El casco de moto tenía dos cuencas vacías.

A MAIL IN THE LIFE

Desde hace unos meses le mando correos electrónicos a mi mujer haciéndole creer que soy otro. Al principio se los tomó a broma, pero poco a poco empezó a entregarse, a fantasear con mis mensajes, a compartir con mi otro yo sus deseos más inconfesables. Le he puesto trampas para saber si sospecha algo y no es así. Ha caído redonda.

No puedo negar que parece más feliz y hasta me hice de rogar cuando me pidió que la sodomizara, tal como se lo había recomendado bajo mi personalidad secreta. Pero hasta aquí hemos llegado porque he decidido escarmentarla.

Voy a suicidarme para que nos pierda a los dos.

HIPÓLITO G. NAVARRO

(España, 1961)

Nacido en Huelva y desde 1979 reside en Sevilla. Biólogo de formación, ha desarrollado varios trabajos relacionados con el mundo editorial.

Dedicado casi exclusivamente al género del cuento corto. Entre 1994 y 2001 dirigió la revista dedicada al relato breve *Sin embargo*.

Es autor de una decena de libros: *El cielo está López* (1990), *Manías y melomanías mismamente* (1992), *Relatos mínimos* (1996), *El aburrimiento* (1996), *Los tigres albinos* (2000), *El pez volador* (2008), *La vuelta al día* (2016).

Ha recibido varias distinciones por su obra: Premio Alberto Lista (1997), Premio de Novela Ateneo –Ciudad de Valladolid por *Las medusas de Niza* (2000), Premio de la Crítica Andaluza (2001), Premio Mario Vargas Llosa (2006), Premio de la Feria del Libro de Sevilla por su trayectoria literaria (2017).

Ha colaborado en varios periódicos y sus relatos, traducidos a diez idiomas, han sido recogidos en numerosas antologías.

PONER PRECIO A LA NADA

El escritor de diarios acaba de pasarse con todas las armas y todas las consecuencias al enemigo. Aguantó firme durante años, quizá demasiados, pero al fin no ha tenido más remedio que claudicar. En el reducido espacio de su estudio conviven ahora la más rabiosa tecnología digital y el más lamentable estado que le pueda caber a la artesanía de la madera. Se trata del enésimo comienzo de un duelo contemporáneo bastante simple y conocido, en el que el escritor de diarios, por más que lo quiera, apenas podrá mediar.

(Prender esas velas sobre el mueble no deja de ser una idea bastante pintoresca. Casi tanto como conservar la boina.)

Los duelistas se vigilan ya: no tiene el dietarista que fijarse mucho para comprobar cómo la nueva computadora y el viejo bargueño-escritorio se observan mutuamente, estudiándose en aparente silencio.

Han sido cuatro horas de vasta configuración, después de haber dado de baja con todos los honores a una preciosa colección de plumas. Ya despedido el técnico instalador, el dietarista pone en marcha al enemigo, un clónico puro y duro muy ostentoso de las tecnologías de la autoedición y del Internet. Pero no deja de sentir el escritor de diarios alguna tristeza cuando abandona el selecto club de los estilográficos, cuando se lanza de bruces en las líneas enemigas. Incluso se le hacen extraños sus propios dedos enredados en ese chaparrón de teclas más o menos grises. Alt, control, efesiete, escape, intro.

Los discos que hicieron falta para darle vida al aparato quedan distribuidos descuidadamente por algunos cajoncillos del bargueño. Así, los megas de información y los nudos de la madera conversan en la noche, mientras las plumas, que hacen como que duermen, son testigos mudos de esa conversación.

De soslayo mira el escritor de diarios al mueble tantos años compañero, intentando vislumbrar en él algún atisbo de celos. Hace demasiado tiempo que el bargueño viene mostrando a las claras sus pocas ganas de vivir, así que no estaría mal un pequeño revulsivo. Ya se sabe: los muebles viejos aceleran su tendencia suicida a darse como alimento de la carcoma, a regalarle el paladar a las termitas.

En el silencio nocturno, junto al bargueño (y el dietarista sabe escuchar), se oye la charla de los bichos con la celulosa, una inmisericorde y continua roedura que a la vez que socava las entrañas del mueble construye un triste túnel en el corazón del escritor de dietarios cada noche. Por él atraviesa el tiempo y puede fácilmente llegar hasta aquél en el que todavía era un niño, cuando el abuelo le enseñaba las combinaciones que abrían aquellos cajoncillos atiborrados de insólitos secretos, sus nostálgicos y melancólicos cachivaches ya también arruinados.

Lástima que ahora el mueble, en su decrepita vejez, no pueda disimular más su pasión por la carcoma, que reducidas ya las entrañas cientos de agujeros comiencen a adornar torpemente su fachada. Se está quedando en los huesos.

Sale súbitamente el escritor de diarios de todos los programas, desconecta el aparato. Acaba de tomar una difícil decisión.

* * *

Tres semanas hace que lo descubrió por casualidad. Han sido tres semanas de indecisas vueltas a la manzana cada tarde. Hoy es distinto.

El escritor de dietarios, después de un leve titubeo, entra en la tienda de antigüedades y pregunta por el bargueño que tienen expuesto en el escaparate, casi idéntico al que heredó del abuelo pero muy lustroso de barnices, con todos sus tiradores y bisagras, recién restaurado.

Enseguida se encarga el anticuario de sacarlo del error: el mueble es nuevo, fabricado hace tan sólo un mes; eso sí, envejecido con técnicas que dan el pego a menos que uno sea un experto. Como todo lo contemporáneo, explica, y sonrío. También advierte al dietarista que el ejemplar expuesto está vendido, pero que en dos semanas podría facilitarle otro igual, o con variaciones a la carta, a su gusto.

Piensa el dietarista que se refiere el anticuario, y así se lo hace saber, a la disposición de los cajones, a los relieves del frontal, a la sustitución de éstas o aquellas cerraduras, pero no. Las variaciones son en exclusiva de color, de apariencia de edad, del número de agujeros de carcoma que el escritor de diarios quiera simular, a cinco euros cada uno (tres con veinte en los laterales).

Los agujeros simulados sacan al dietarista de la red que comenzaba a tenderle el anticuario. «Lo pensaré, lo pensaré muy seriamente», se excusa de forma atropellada, y sale de la tienda lleno de espanto.

* * *

De regreso en casa se encierra en el estudio. Mira al bargueño, luego al ordenador. El escritor de dietarios lo ignora, pero el aparato, que ya tiene un día, ha comenzado de manera irreversible a envejecer, a quedarse viejo. Le da igual de todas

formas, pues presiente que la computadora va a quedarse hueca, llena de agujeros, vacía por completo de su inspiración.

Saca entonces de sus recónditos cajones la colección de plumas; les pone nuevas cargas, las calienta dibujando algunos garabatos.

Cuando llega la noche el escritor de diarios enciende unas velas, se calza la boina y se sienta junto al mueble a escuchar a la carcoma, emocionado.

ALBERTO FUGUET

(Chile, 1964)

Es columnista, crítico de música y cine, novelista y guionista, titulado de Periodismo en la Universidad de Chile. Tras vivir en Los Ángeles los primeros 11 años de su vida, apenas hablaba español cuando llegó a Chile en 1975, bajo la dictadura de Pinochet.

Su primer libro de cuentos, *Sobredosis* (1990, Premio Municipal de Literatura 1991), tuvo un gran éxito en su país natal, pero su consagración vino con la novela *Mala onda* (1991). En 1999 fue elegido por la revista *Time* y la CNN como uno de los 50 líderes latinoamericanos del nuevo milenio.

Entre sus obras destacan novelas *Tinta roja* (1998), *Las películas de mi vida* (2003), *Missing* (2009), *Aeropuertos* (2010), *No ficción* (2015), *Sudor* (2016), novela gráfica *Road Story* (con Gonzalo Martínez, 2007), libros de cuentos *Prueba de aptitud* (2006), *Juntos y solos* (2014), memorias y diarios de adolescencia y juventud *VHS* (2017).

Escribió además varios libros de ensayos, periodismo, textos de no ficción, guiones para sitcoms y películas. Produjo y dirigió una decena de cortos y largometrajes y videoclips.

Editó antologías *Cuentos con Walkman* (con Sergio Gómez, 1993), *McOndo* (con Sergio Gómez, 1996) y *Se habla español: voces latinas en USA* (con Edmundo Paz Soldán, 2000).

HIJOS

(un cuento en dos actos)

I

Somos una pareja joven, sin hijos. Lo de joven es relativo. Ninguno de los dos ha cumplido treinta, es cierto, pero llevamos siete años juntos y no hemos sentido comezón alguna. La pasamos muy bien. Nos reímos sin cesar. Somos más ambient que *transient*. Esto es cierto. Carla no baila. Nunca lo ha hecho. No gastamos en moda ni en cosas de moda. Ninguno de los dos maneja. Nos gusta trotar a orillas del mar. Comemos hamburguesas y pollo frito, nada de sushi o vino fino nacional. Por las noches, vemos películas en DVD. A Carla y a mí nos gusta surfear la Internet tomados de la mano. Contamos con varios computadores Apple. Los coleccionamos. Ella tiene iMac color uva, yo acabo de comprarme un G3 portátil. Siempre hemos sido fanáticamente anti-PC. Creemos en la hermandad Mac.

No ganamos mal. Si sumamos nuestros respectivos sueldos, juntamos un monto respetable. El departamento de Recreo es nuestro. Invertimos más en Fondos Mutuos que en viajes no-virtuales. No estamos juntos por temor a estar solos. Carla es digital y lo sabe. No podría confiar en una mujer que no creyera en la cibernética. A veces le envío e-mails cariñosos y le escribo el tipo de cosas que no me atrevo a decirle en persona.

Respecto al tema de la descendencia: no es que *no* podamos procrear, simplemente *no* queremos. Quizás más adelante. Eso es lo que le decimos a los curiosos que no entienden (o son incapaces de comprender) que no queramos desvelar nuestras noches o endeudarnos con criaturas que, una década y media más tarde, pensarán de nosotros lo mismo que nosotros pensamos de nuestros limitados progenitores.

El que nos ayudó a tomar esta opción fue un amigo al que ya no queremos tanto. Fue por azar, no a propósito. Mauricio terminó casándose con su novia, una chica intercambiable a la que admiraba más que quería. Nada nuevo ahí. Sucede a menudo. A los diez meses, tuvieron un niño al que bautizaron con el horroroso nombre de Beltrán. Cuando Mauricio nos solicitó ser padrinos, Carla se negó. No recurrió a tácticas diplomáticas. Por eso la quiero. Por como habla, por como piensa.

«Disculpa», le dijo, «pero no acostumbramos a apadrinar a nadie. Tú sabes lo que pienso: no hay nada más irresponsable que llenarse de responsabilidades».

Seis meses después, la nana arequipeña que contrató Mauricio se tropezó sobre el piso encerado y el niño, que estaba en sus brazos, voló a través de un ventanal que estalló en mil pedazos. Beltrán no se mató y sus cortes fueron mínimos: aterrizó sobre unos arbustos que había en el patio. Un milagro, sostuvo Mauricio, que es agnóstico. Su cónyuge fue inyectada con sedantes varios.

Acompañamos a Mauricio esa noche. Le preparamos comida. Mauricio nos habló de su amor incondicional por Beltrán. Quedamos impactados por la fuerza de su pasión. Hasta que nos dijo lo que ninguno de los dos quisimos volver a escuchar:

«El lazo que he establecido con él no se compara con lo que siento por ella. Si mi mujer se muriera, derramaría diez lágrimas. Si Beltrán se enfermara, no dudaría en asesinarla como acto de ofrenda con tal que mi hijo se mejorara».

Esa misma noche Carla me insinuó la posibilidad de quizás traer un perro a casa. Algo pequeño, civilizado. Un chihuahua, por ejemplo. O uno de esos Hush Puppies. «Un ser que nos una, pero no nos separe», me susurró en medio de la oscuridad.

Eso fue hace un año. Sí, un año.

A Carla y a mí nos gusta estudiar. Cursamos un MBA en la Universidad Adolfo Ibáñez. Luego de graduarnos, decidimos asistir, en forma sistemática, a cursos de formación integral para no perder el hábito. Hace poco participamos en uno sobre Clonación y Cibernética. Gozamos con otro, dictado en la Federico Santa María, llamado «Parábolas de la Postrimería: hibridez y caos en América Latina».

Este semestre nos inscribimos en un curso vespertino titulado «Plano Secuencia: Cine-Documental y Cine como Documento». Lo ofrece la Católica de Valparaíso. El profesor que lo dicta es un señor llamado Bartolo Paternostro Villalba. Debe tener unos setenta años y es muy bajo. Minúsculo. Casi enano. Es proporcionado y todo, sólo que es bajo. Bajito.

El señor Paternostro Villalba estudió medicina y ejerció, por años, como pediatra. Sus manos son como las de un niño. Lo suyo, sin embargo, es el cine. Dirigió y produjo, a pulso, cinco documentales, filmados durante los 50 y los 60. Por lo que averiguamos, son legendarios en toda Europa. Tuvimos el privilegio de ver los cinco en clase. Quedamos especialmente admirados con «Pelusón/Polizón», el retrato de dos chicos vagos que viven en los cerros del puerto.

El doctor está casado con una señora también muy baja. Redonda como una pelotita, casi. En rigor, no es tan baja. Si se hubiera casado con un tipo de una altura media, nadie la vería con ojos liliputienses. Como pareja, en cambio, se restan centímetros. Uno los ve caminar por los pasillos de la universidad y, de lejos, cree que son niños disfrazados. Aquellos que no los conocen se apartan de ellos con cara de espanto.

La señora del doctor se llama Celinda Guillermprieto y fue una célebre actriz de radioteatros. Su tono de voz es bajo, áspero, inquietante. Celinda es mayor que don Bartolo, bordea fácilmente los ochenta. Se sienta en la primera fila de la clase y toma apuntes de cada una de las palabras que emite su marido. Celinda luce una piel muy clara y, entre su decrepitud, sus diminutos ojos verdes alegran el frágil conjunto. Pero es su pelo, negro azabache, sin una cana, el que distrae y apabulla.

Una noche, después de clases, nos fuimos caminando y, no recuerdo bien cómo, terminamos comiendo en un restorán llamado Hamburgo. La cena dio paso a una suerte de rito. Así, cada jueves, después de clases, los cuatro nos vamos a cenar. Nos turnamos en el pago.

Demás está decir que Carla y yo disfrutamos muchísimo de la compañía de esta singular pareja. Nos divierten y sorprenden. Aprendemos tanto de los dos. Es primera vez que confiamos en gente mayor que nosotros. Supongo que nos proyectamos en ellos. Puede ser, no lo vamos a negar. A diferencia de la mayoría de los matrimonios de avanzada edad, en ellos no hay indicio de fatiga. Tampoco resentimiento. No tienen hijos, por cierto. Están juntos porque nada los ata excepto el deseo de potenciarse.

Un par de semanas atrás, el doctor nos mostró una vejada copia en 16mm de «El acorazado Potemkin». Si bien el curso no incluía cine ruso, Paternostro Villalba usó la obra de Eisenstein para ilustrarnos dos ideas que, para él, son claves: el montaje como instrumento revolucionario y el cine como manifiesto. La famosa escena de las escaleras de Odessa de inmediato me recordó la secuencia en la estación de tren de Chicago de «Los Intocables» con Kevin Costner. Se lo hice saber. Paternostro no sabía de qué le hablaba. Tampoco conocía, ni de referencia, el trabajo de DePalma.

Esa noche los cuatro nos fuimos caminando por la estrecha calle Esmeralda. A poco andar, me quedó claro que no contaban con un video-grabador. Tampoco tenían televisor. Ni

hablar de un computador. Es más: hacía años que no veían un filme en un cine comercial.

De inmediato sentimos que se abría una posibilidad de crecimiento para nosotros. Les explicamos lo que era la red, en qué los chats rooms, el RealAudio. «Ahora uno puede enviar cartas sin papel, sin estampillas, sin ir al correo. Basta apretar un botón y ya llegó a su punto de destino». Nos miraron como si fuéramos de otro planeta. A la clase siguiente, les imprimimos información que bajamos del Internet Movie Data Base (www.imdb.com) respecto a sus propios documentales. Los diminutos ancianos se quedaron con la boca abierta.

Carla fue la que me sugirió regalarles el PowerBook 520c que teníamos fondeado en un closet. «Les puede cambiar la vida», me comentó fascinada. Ese martes nos acercamos a los Paternostro y les contamos de nuestra oferta. Celinda la rechazó sin titubear. Nos dijo que no podían aceptar un regalo tan oneroso. Les explicamos que no eran tan caros como ellos pensaban, que ya no eran artefactos de lujo sino de consumo. El doctor arguyó que ya estaban muy viejos para aprender cosas nuevas. Insistimos.

«Podrán leer diarios extranjeros, buscar trivia, llenarse de información. No saben el gozo que eso da».

Luego de intrincadas deliberaciones y varios desvíos por el plan, terminamos frente a la Plaza Victoria con ellos claudicando frente a la modernidad. Nos citaron para el día sábado, a la hora del té, en su casa del cerro Cordillera. Antes de despedirnos, guardamos el mapa que nos dibujaron en un trozo de servilleta.

II

La casa no es una casa sino un departamento escondido detrás de unos frondosos pimientos al final de un estrecho callejón. El departamento forma parte de un pequeño y rechon-

cho edificio con aspecto de astillero. Toco varias veces el timbre.

No hay respuesta.

El viento marino golpea las planchas de zinc de las casas vecinas. El cerro se mece.

Una reja de fierro forjado me impide ingresar. La empujo y cede. Estaba abierta.

Ingreso: mis pasos retumban con eco de sintetizador. La humedad acumulada dentro es intensa. El sol acá no llega. Subo una escalera ciega, tipo caracol. En el tercer piso me enfrento a una puerta metálica. A un costado, un letrado dice:

Dr. Villalba Paternostro, Pediatra. Horario de consulta: 16 a 19 horas.

La golpeo.

Me abre la minúscula Celina, con su pelo inflado de laca.

El doctor está, como siempre, de terno y corbata. Impecable. Aunque, en este contexto, su traje se ve caduco, anacrónico.

-Cuidado con Perséfone -me advierte.

-¿Cómo? -pregunto.

El doctor señala: en el suelo, sobre una esponjosa alfombra persa, yace un gato, negro como el pelo de Celinda. Es un gato gordo, hinchado. Una gata, para ser exacto. La luz es débil y no distingo mucho. Veo una mancha, más bien.

-No la vayas a pisar -me subraya Paternostro-. La pobre está un poco indispuesta.

Basta que me diga eso para que sienta que mi pie cobra vida propia. Tengo que controlarme para no pisar la bestia.

-¿Te gustan los gatos?

Miro al doctor y, antes de intentar escoger una mentira, le respondo lo que siento con los ojos.

-Prefieres los perros -me responde.

-La verdad es que sí.

-Grave error. Los perros, como los niños, terminan abandonando la casa. Los gatos siempre vuelven.

No sé qué responderle. Le sonrío incómodo, tenso.

-Siéntate acá, con nosotros, en esta mesa -me ordena Celinda-. Íbamos a tomarnos un anís. ¿O quizás prefieres una taza de té?

-No, no, no. Un anís me parece bien.

El doctor se aleja a la cocina. Celinda me observa y, luego de un rato, me dice:

-¿Y tu mujer, muchacho? ¿Por qué no vino contigo? Ustedes siempre están juntos. Parecen siameses.

-Está indispuesta. No se sentía bien -le respondo-. Pero les envía saludos.

Celinda abre una cigarrera y elige un delgadísimo cigarrillo oscuro. Antes de encenderlo me pregunta:

-¿Le dolía la cabeza?

-Se sentía débil, con jaqueca, sí. Y un poco de fiebre. Malestar estomacal.

-¿No llamaste a un doctor?

-No es para tanto. Le tocó una semana dura en el banco. Yo creo que necesita descanso, eso es todo.

-¿No estará embarazada?

-No lo creo.

-¿No lo crees o no lo sabes?

Bartolo regresa a la sala con una bandeja con una botella de Anís del Mono, tres vasos, una hielera y un sifón con soda. En un pocillo hay dos docenas de huevitos de codorniz con su cáscara cubierta de lunares. Celinda sirve los tragos como una profesional.

-Veo que llegaste sin Carla y sin el ordenador -dice Pater-nostro.

-El computador está en ese maletín, doctor.

-Pensamos que traerías un armatoste. Una caja. Despejamos un escritorio entero.

-Ahora existen unos que son aún más delgados. Desde luego los hay más livianos.

-Quién lo hubiera dicho.

Bebemos el anís. Celinda descascara los huevos. Les saca la yema antes de salpicarlos con sal. Luego se los da al doctor. No sé por qué no me ofrece. Tampoco me atrevo a sacar. No me apetecen la verdad. Menos con el anís.

-Estoy pensando terminar un documental inédito, muchacho. A lo mejor te interesaría ayudarme. Tengo un par de latas con imágenes de María Luisa Bombal.

-Esa vieja borracha.

-Cállate, mujer. Déjame terminar. No tiene sonido. Y no creo que sean más de veinte minutos. Es ella caminando por Viña del Mar. Poco más que eso. ¿Tú crees que con la tecnología moderna podría...?

Golpean la puerta.

Todos callamos.

-Debe ser el veterinario -indica Celinda-. Espero que no te moleste.

-Para nada.

-No estará más de cinco minutos -me consuela Bartolo antes de levantarse de su silla.

Lo miro atravesar la inmensa sala. Celinda lo sigue. Ambos caminan iguales, me fijo.

Un chorro de luz se filtra al abrir la puerta. Ilumina al gato. Los tres se quedan bajo el umbral, conversando en silencio.

El veterinario es un tipo color arena, de rasgos eslavos, con un corte de pelo naval. Parece un estudiante. El contraste con la edad de los Paternostro es evidente y hasta obscena. Lo mismo la altura. Mide cuarenta centímetros más que los dos, calculo.

Celinda cierra la puerta: la penumbra se apodera una vez más de la casa. El veterinario se acerca a la gata, la revisa con el tacto. Le hace un gesto a Paternostro para que la levante. No es

una maniobra fácil. El animal parece pesar una tonelada. Desaparecen por una puerta de la que no me había percatado antes.

El maletín del veterinario queda abandonado en el suelo.

Me levanto y, sin saber qué hacer, desenfundo el computador. Lo coloco sobre la mesa que despejaron. Celinda aparece y recoge el maletín. Veo su reflejo en un espejo.

-Te iba a proponer justamente eso: que empezaras. El doctor quiere revisar a Perséfona. Ya no está tan joven. Tiene casi mi edad.

Luego me susurra:

-Creo que tendremos que ponerla a dieta.

-Necesito un enchufe telefónico.

-Tenemos un solo teléfono. El que está ahí. Espero que no nos dejes sin línea, niño.

-Un rato, no más. Mientras naveguemos.

Celinda me mira con cara de no entender.

-Después nos dejas comunicados, mira. Nada de cosas raras.

-Nada de cosas raras -repito.

Espero a que Celinda desaparezca nuevamente hacia la pieza en donde están Perséfona, el veterinario y el doctor Paternostro. Desenchufo el teléfono. Me percató que es de los teléfonos antiguos que se conectan con un enchufe con cuatro patas. No hay forma de conectar el módem. Quizás podría llamar a la compañía. Solicitar un cambio de sistema.

Enchufo el teléfono y, al segundo, éste suena.

Salto como si me hubieran electrocutado. Me protejo detrás de una silla. El teléfono prácticamente se sacude con cada ring.

Me acerco dispuesto a contestarlo. Deja de sonar.

Silencio.

Entonces veo al veterinario. Lo veo con una cotona blanca. Con guantes transparentes. Con una jeringa metálica en la mano. Me contempla, luego rehúye mi mirada y desaparece.

El silencio es quebrado por los gritos. Rebotan en los vidrios. Camino unos pasos, hacia la pieza. Los gritos van y vienen, como una marea. Alcanzo a ver la figura del doctor Paternostro Villalba tendido en una cama: abraza al animal.

Mi zapato pisa algo viscoso, transparente. Miro la alfombra: una poza gelatinosa, placentesca, yace en el lugar del gato. De Perséfona.

El veterinario aparece con una palangana de plástico y un montón de paños de cocina. Debe tratarse de un parto, pienso.

El doctor me mira el calzado.

-¿Usted es...?

-Amigo... Alumno del profesor, más bien. ¿Sucedo algo?

-El animal está muy mal.

Bartolo vuelve a gritar. Es un llanto mezclado con palabras que no puedo desentrañar. Tampoco hace mucha falta. Es como si entendiera. Como si lo entendiera todo.

-Voy a tener que sacrificarla ahora mismo -me dice en forma seca.

Ninguna palabra llega a mi boca.

-No hay operación posible. Se trata de una hemorragia devastadora. Está muy mal, sumida en un dolor que no le permite ni siquiera quejarse.

-¿Pero ahora? ¿En este instante? No podría...

-Creo que es mejor que se retire. Yo me hago cargo. No se preocupe. Yo les digo que usted se despidió de mí.

-Hay algo que yo pueda...

-Creo que preferirían estar solos. Perséfona es como una hija para ellos. Es todo lo que tienen. Entiéndalos: no se lo esperaban. La gente sola se encariña mucho con los animales.

El doctor desaparece. Camino a la mesa y comienzo a guardar el computador dentro del maletín. Me fijo en el vaso con licor. Lo trago de un golpe. Entonces la veo. Veo a Celinda. Está a un costado.

-No te vayas. Quédate conmigo.

Celinda me estira la mano. Miro la puerta. Se la tomo. Es ínfima, fragilísima. Siento la piel blanda, las venas. Noto su palpitación. Celinda camina hacia un sofá, conmigo de la mano. No puedo hacer otra cosa que seguir. Ella se sienta. Yo la imito. Me suelta la mano y se tapa la cara con las dos.

Desde la pieza, se escucha:

-No, no, no aún... Cinco minutos más, por favor.

Nada de lo que he vivido hasta este momento me ha preparado para este instante. ¿Cómo llegué aquí? ¿Qué estoy viendo? ¿De qué se trata todo ésto?

Intento no saber. Pero algo sé. Sé que no me puedo escapar.

Celinda se sube a mi falda y se me acurruca como una niña. Es tan pequeña y liviana. Se queda ahí, destrozada, sin vida, agonizando. Le toco el pelo, se lo acaricio.

El doctor sale de la pieza. Nos ve. Se acerca.

Miro mi mano: está negra, tiznada con tinta.

-Ya está en el cielo. Ya no va a sufrir más.

Celinda se incorpora. El doctor la ayuda a levantarse. Su maquillaje está corrido.

-Don Bartolo la necesita.

Celinda no me mira. Camina tambaleando hacia la pieza. Desaparece. Me quedo en el sofá, intentando recuperar aquello que acabo de perder. Apenas, a mi pesar, sin fuerzas, me levanto y llego a la puerta. Salgo. Camino por el pasillo, bajo la escalera. Me topo con la reja de fierro. La empujo. No abre. No cede.

Al otro lado, me fijo, está lloviendo. Es de noche. Se ve poco.

DAVID ROAS

(España, 1965)

Escritor y crítico literario español, especializado en literatura fantástica. Es profesor de Teoría de Literatura y Literatura Comparada en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Es autor de las novelas *Celuloide sangriento* (1996) y *La estrategia de Koala* (2013), un libro de crónicas humorísticas *Meditaciones de un arponero* (2008) y varios estudios dedicados a la literatura fantástica: *Teoría de lo fantástico* (2001), *Hoffmann en España* (2002), *De la maravilla al horror. Los orígenes de lo fantástico en la cultura española (1750-1860)* (2006), *Tras los límites de lo real. Una definición de lo fantástico* (2011, IV Premio Málaga de Ensayo).

Ha publicado varios libros de cuentos y microrrelatos: *Los dichos de un necio* (1996), *Distorsiones* (2010, Premio Setenil al mejor libro de cuentos del año), *Horrores cotidianos* (2007), *Intuiciones y delirios* (2012).

Ha editado cinco antologías que recopilan la narrativa fantástica española de los siglos XIX y XX: *El castillo del espectro. Antología de relatos fantásticos españoles del siglo XIX* (2002); *Cuentos fantásticos del siglo XIX (España e Hispanoamérica)* (2003), y, en colaboración con Ana Casas, *La realidad oculta. Cuentos fantásticos españoles del siglo XX* (2008).

LA CASA CIEGA

Sus paredes son grises y lisas. Piedras viejas. No hay zarzas ni hierbajos, pero tampoco hay muestras de la mano de un jardinero. Sólo un páramo desolado, estéril. Y el silencio. De cerca, la casa resulta aún más extraña que entrevista desde el tren.

Fue desde el tren cuando la viste por primera vez. Cada jueves y viernes lo coges en Barcelona para ir a Lérida. Absorto en tu trabajo, no notas la monotonía del viaje. No sueles mirar mucho por la ventanilla: prefieres aprovechar las dos horas de trayecto para preparar clases, avanzar artículos, bosquejar algún cuento... Y escuchar la música que te apetece con tus propios auriculares (siempre aceptas los que te dan los empleados de RENFE, pero nunca los utilizas; en tu despacho de la universidad tienes ya una enorme colección). Tampoco prestas atención a las películas que proyectan. Prefieres sumergirte en tu música y en tu ordenador portátil. Así, el tiempo se hace más ligero.

Pero ahora todo ha cambiado.

Descubriste la casa por azar. Tras una hora y media de tranquilo viaje, tu compañero de asiento había conseguido romper tu concentración poniéndose a hablar por el móvil a gritos. Por más que subieras el volumen, su voz se colaba irritante entre las canciones que sonaban en tus auriculares. Estabas a punto de decirle algo, cuando la viste.

La casa se encuentra sobre un pequeño montículo que desciende hasta las vías. Desde el tren sólo pueden verse tres de sus lados. El cuarto queda oculto por la perspectiva. La atmósfera en torno a la casa tiene una quietud misteriosa, de tiempo detenido. Una casa desterrada.

El tren no pasa demasiado rápido por ese lugar. Pero nunca antes tus ojos se habían fijado en la casa. Desde el día en que la contemplaste, nació en ti lo que ha acabado convirtiéndose en una enfermiza obsesión por verla de cerca. Una suma de varios factores ha colaborado: la desolación del lugar, que hace inexplicable la presencia del edificio (para llegar hasta allí el tren atraviesa un pequeño valle, y en la distancia no se adivina ningún lugar habitado), y el hecho de que todas sus puertas y ventanas estén tapiadas. Te inquieta sobremanera que suceda lo mismo con la cuarta pared, la que escapa a tu ángulo de visión.

Calculas que la casa está a una hora y media de trayecto desde Barcelona. Resulta curioso –te dices– medir la distancia en tiempo y no en espacio. En el tren, el tiempo es tu única escala.

En cada avistamiento experimentas el mismo proceso: conforme se acerca el instante de verla, te vas poniendo cada vez más nervioso, temes que se te escape, que el tren pase demasiado rápido y la casa no sea más que un espectro fugaz en ese inmenso páramo.

Has comparado el trayecto del tren con varios mapas de la zona y crees haber descubierto, por fin, el lugar donde se alza la casa ciega (hace unos días que has empezado a llamarla así). Estudias los itinerarios de los trenes, el tiempo que tardan en recorrerlos, las posibles estaciones... pero ninguno para cerca de allí. Si quieres llegar a la casa, tendrás que pedirle prestado el coche a Marta. Invéntate una buena excusa.

Hoy llueve. Y la casa parece todavía más fantasmal.

En cada viaje, la casa está ahí. Esperándote. Y en cada viaje te parece diferente, nueva. Día tras día no cesas de preguntarte por qué genera en ti esa atracción. Te llama, piensas, y al mismo tiempo te sientes estúpido por dejar que esa idea aflore en tu mente.

Tras cinco inacabables días recordándola, soñándola, experimentas una gran serenidad al verla de nuevo. Cuando aparece ante tus ojos, piensas en la Casa Usher. Y no por casualidad: hoy tienes que hablar a tus alumnos de ese cuento: Miré el escenario que tenía delante –la casa y el sencillo paisaje del dominio, las paredes desnudas, las ventanas como ojos vacíos, los ralos y siniestros juncos, y los escasos troncos de árboles agostados– con una fuerte depresión de ánimo únicamente comparable, como sensación terrena, al despertar del fumador de opio, la amarga caída en la existencia cotidiana, el horrible descorrerse del velo. Era una frialdad, un abatimiento, un malestar del corazón, una irremediable tristeza mental... Dejas de releer el cuento. Demasiadas semejanzas.

Al bajar del tren en Lérida no vas a la Universidad, sino que buscas un taxi. No resulta tan difícil como esperabas darle al conductor las indicaciones necesarias (te has pasado toda la noche estudiando varios mapas de la zona), ni él se sorprende demasiado por lo extraño de tu destino. Simplemente deja escapar una breve sonrisa y pone en marcha el automóvil. Después de recorrer varios caminos cada vez más intransitables, llegáis a la casa. Es como esperas. Te acercas, nervioso por ver al fin su cuarta pared. De pronto, una extraña voz se abre paso: próxima estación Lérida. No ha sido más que un sueño. Sigues en el tren. Como siempre.

No les has contado nada a tus compañeros de la Universidad. Podrías preguntar a Jaume o a Julián si conocen la casa (absurdo: viven lejos y esta no está en ningún pueblo, aunque a lo mejor es famosa... ¿por qué?, ¿por estar tapiada?). No quieres que te tomen por un tipo raro.

Hoy te has propuesto no mirar cuando el tren pase junto a la casa. Quieres vencer esa inexplicable obsesión. Te instalas metódicamente en tu asiento, como siempre: colocas tu botella de agua y el periódico en la redcilla que cuelga a modo de bolsillo en el respaldo de delante, sacas el ordenador de la bolsa, lo enciendes, escoges un disco, conectas los auriculares y esperas (deseas) que nadie se siente a tu lado. Como siempre. Los primeros minutos han sido muy fáciles. Pero conforme el reloj se acerca al lugar del encuentro, empiezas a angustiarte. Porque, de pronto, imaginas que la casa, hoy que has decidido apartar tus ojos de su fachada, estará animada, con ventanas de verdad, abiertas, llenas de vida. La tentación te vence y, en el momento adecuado, miras por la ventanilla. Respiras tranquilo: la casa sigue igual.

No le cuentes nada a Marta. Todavía no. La preocuparás inútilmente. Antes debes comprenderlo tú.

Casi sin darte cuenta, inventas una vida a la casa. Buscas la razón de una construcción semejante en un lugar tan apartado. Prefieres fabular que acercarte físicamente al edificio. Pensando en ella, soñándola, te aíslas de tu cuerpo, que queda inerte en el asiento... al menos durante una parte del trayecto. Porque siempre vuelves en ti en el instante en el que la casa se hace visible desde el tren. Ya no tienes que consultar el reloj, pues inconscientemente sabes cuándo aparecerá al otro lado de la ventanilla.

Hoy la has tenido muy cerca. El azar ha hecho que el tren se parase por culpa de una avería a pocos metros de la casa. Parece una invitación. Has podido comprobar que no es posible acceder a ella desde las vías (o a la inversa): una alta valla metálica impide el paso. Y la pendiente es demasiado escarpada. Además, es imposible llegar hasta aquí en tren, sabes que no hay ninguna parada en este páramo desolado. La escena desprende melancolía: desde sus ventanas ciegas, la casa con-

templa la vía, los trenes que pasan y nunca se detienen. Un pensamiento horrible.

El hecho de que algo haya ocurrido no es prueba válida de su existencia (J. G. Ballard).

Hoy llevas encima tu cámara digital para fotografiar la casa. El zoom te permitirá examinar su aspecto con más detalle y mayor tranquilidad: desconfiás de lo que tu mirada y tu cerebro pueden procesar en esos escasos segundos en que el edificio se muestra ante tus ojos. Ajeno a la curiosidad que despiertas en tus compañeros de vagón, fotografías la casa sin parar, con la misma excitación que debe sentir el cazador que sabe que tiene una sola oportunidad para abatir a su presa. Cuando el edificio desaparece de tu vista, insertas la tarjeta de memoria de la cámara en el ordenador y dedicas el resto del viaje a examinar las imágenes captadas. Al observar la casa a través de la pantalla sientes una extraña sensación de poder. Ya no dependes de la efímera realidad. Controlas el proceso: amplías, repasas, te mueves por la superficie de la imagen, revisas cualquier mínimo detalle. Frente al portátil, no estás sometido a tus limitados sentidos, a la visión fugaz que te permiten el tren, tus ojos y la posición de la casa. Ahora visitas el lugar tantas veces como quieres, y escoges lo que quieres ver... Constatas que no hay ventanas ni puertas (al menos en las tres paredes que has podido fotografiar) y, algo peor, que nunca las ha habido. Pero la cuarta pared sigue oculta a tu vista.

Has necesitado tiempo para decidirte. La noche anterior a tu viaje no puedes dormir y la pasas revisando obsesivamente el trayecto que, tras dejar la autovía A2 y recorrer diferentes carreteras comarcales, te llevará hasta la casa. O al menos eso es lo que esperas. Inventas una buena excusa para que Marta te deje utilizar hoy el coche (una reunión urgente a hora muy

temprana), pues sabes que le disgusta mucho coger el tren para ir a trabajar.

Cruzas tierras secas, baldías, hasta que ves la casa a lo lejos, sobre la pequeña colina que tantas veces has contemplado –desde otra perspectiva– sentado en tu asiento del tren. Se recorta sobre un cielo sereno, impenetrable. Casi irreal, dices en voz alta sin saber muy bien por qué. Ese marco hace que la casa parezca amenazadora y desafiante. Sientes un extraño malestar al verte, por fin, tan cerca. El silencio en torno a la casa resulta asfixiante. Hasta el aire parece detenido. Sin poderlo remediar, la comparas con una tumba. Un escalofrío recorre tu piel mientras te acercas y ves esas paredes lisas decoradas con trampantojos que –la idea sigue inquietándote– imitan ventanas tapiadas (tanto las de los dos pisos como la de lo que parece una buhardilla o desván). Como temías, la cuarta pared es como las demás: lisa y con dos ventanas pintadas. Sin puerta. Piensas de nuevo en el cuento de Poe.

En ese mismo instante, el ruido de un tren rompe el silencio y miras hacia la vía que discurre al fondo del terraplén. Es el mismo que tomas dos días a la semana para ir a trabajar. Sabes que deberías estar ahí, cómodamente sentado en tu asiento, trabajando en tu ordenador, aislado en tus auriculares. En una de las ventanillas hay una cara que mira hacia la casa. Hacia ti. No está demasiado lejos y puedes ver su gesto de desesperación.

Te descubres pensando en la casa mientras das clase, cuando haces la compra en el súper, tomando copas con los amigos. Cada noche invade tus sueños.

Cinco días a la semana sin ver la casa son demasiados. Aunque hoy es lunes, coges el tren a Lérida. No puedes esperar hasta el jueves. Verla desde tu asiento ya no funciona como bálsamo para la angustia. ¿Qué hacer?

En esta ocasión te ha tocado en la fila de asientos de la ventanilla contraria y viajas inquieto. Y aunque intentas concentrarte en el trabajo (sabiendo que tienes noventa largos minutos por delante), tu atención está muy lejos de la pantalla del ordenador. Evitas mirar continuamente hacia los asientos de la ventanilla contraria, ocupados por una monja y una chica rubia que no hacen más que discutir. No quieres pasar por un maleducado.

Vuelves a soñar. Estás en un largo y profundo delirio. Tras un viaje que sientes haber hecho antes, llegas por fin ante la casa. Esta vez, la cuarta pared tiene puerta. Pero todo parece de cartón piedra. Hay algo antinatural en su aspecto que no logras explicarte. ¿Un problema de dimensiones? De cerca parece un edificio corriente, pero, para tu desesperación, sabes que no lo es. La casa está en silencio, aunque algo te hace sospechar que dentro hay actividad. Llamas y nadie responde. No te asombras de que la puerta se abra cuando giras el picaporte. Gritas para llamar la atención. Pero allí sólo te esperan la oscuridad y el vacío.

Despiertas en el tren. Y comprendes que nunca te atreverás a visitar la casa ciega. Prefieres quedarte al otro lado de la ventanilla, observarla de lejos. Aislado en el espacio de tu asiento, asumes tu fracaso. Vuelves a tu ordenador, seleccionas un disco y te sumerges, una vez más, en ti mismo.

EDMUNDO PAZ SOLDÁN

(Bolivia, 1967)

Es Licenciado en Ciencias Políticas de la Universidad de Alabama, Huntsville, a la que llegó gracias a una beca como jugador de fútbol. En 1997 se doctoró en Lenguas y Literaturas Hispánicas por la Universidad de Berkley. Es profesor de Literatura Española y Latinoamericana en la Universidad de Cornell, Estados Unidos.

Un año antes de graduarse se publicó su primer libro de cuentos, *Las máscaras de la nada* (1990). Dos años después apareció su primera novela, *Días de papel* (Premio Erich Gutentag 1991), que le convirtió en uno de los autores más representativos de la generación latinoamericana de la década de los 90 conocida como McOndo.

Entre 1997 y 2017 escribió diez novelas, entre las cuales destacan *Río fugitivo* (1998), *Sueños digitales* (2001), *El delirio de Turing* (Premio Nacional de Novela 2003), *Los vivos y los muertos* (2009), *Iris* (2014), *Los días de la peste* (2017).

También es editor de un volumen de cuentos *Se habla español. Voces latinas en USA* (con Alberto Fuguet, 2000) y *Bolaño salvaje* (con Gustavo Faverón, 2008). Excelente cuentista, obtuvo Premio Juan Rulfo por su relato *Dochera* y fue finalista del IV Premio de Narrativa breve Ribera del Duero por *Las visiones* (2015).

LA VISITA

El timbre sonó con delicadeza, como si la persona que lo hubiera tocado estuviera pidiendo disculpas por la interrupción. Gustavo se levantó de su asiento y se acercó a la puerta. Carolina le había pedido que no abriera sin preguntar de quién se trataba, New York está llena de locos, pero Gustavo no hizo caso al pedido. Un hombre de cuarenta y cinco a cincuenta años, moreno y de patillas, los ojos verdes y pequeños y un sobretodo gris, incongruente en la calurosa tarde de primavera, lo miró y le preguntó si podía pasar. Gustavo le dio paso, sin tiempo siquiera a sorprenderse por la pregunta.

El hombre caminó por el piso alfombrado del estudio. Sus ojos escudriñaban las paredes cubiertas de pósters del MOMA –Magritte y Kandinsky–, la cama suspendida del techo en un rincón, la escalera que colgaba de ésta. Se detuvo junto a la mesa y miró a la azulada pantalla de la iMac, los gráficos de la bolsa de valores que Gustavo analizaba para invertir en internet. Una canción de Creed en MP3 salía de los parlantes de la computadora.

Gustavo se preguntó si el hombre tenía algo que ver con el edificio. ¿Venía a medir el estudio para ver en cuánto subía el alquiler? ¿Y si el sobretodo escondía un revólver? Un asalto a mano armada, los titulares del New York Post estaban llenos de robos y violaciones a incautos que dejaban pasar a extraños a sus departamentos. Tosió. Debía haberle hecho caso a Carolina.

–Excuse me, but, could you tell me...

-Nice accent. Where are you from?

-Bolivia.

Se acercó a la mesa y bajó el volumen. Alzó la manzana que estaba comiendo. Era verde, como le gustaban a Carolina. Le dio un mordisco. Prefería las rojas.

-Hablo español. Un poquito -dijo el hombre, con un acento pronunciado-. Vivo un año en Costa Rica. Conozco Perú. Bolivia es como Perú, isn't it?

-Su hermana menor.

-Macchu Picchu, really. Muy hermoso. Los incas. Great civilization. Voy con mi esposa, long time ago. Prometemos volver, nunca volvemos.

-Suele ocurrir.

El hombre se acercó a la puerta corrediza de vidrio, que daba hacia un mínimo balcón. Un hueco entre los edificios que rodeaban el departamento permitía el ingreso de una luz diáfana, de primera mañana.

-Antes no hay balcón -continuó el hombre-. Gracias por dejarme pasar. Thanks, really. Yo vivo aquí fourteen years ago. Con mi mujer Louise y Anna Louise, mi hija de tres años. Quiero ver cómo está el apartamento. Ahora yo vivo en Wyoming. Primera vez que vuelvo a Manhattan.

-Ha debido cambiar mucho -dijo Gustavo, mirando de reojo su reloj. Cada minuto contaba en internet trading. Se construían fortunas y caían imperios a cada segundo de la marcha bursátil. Oracle, ¿habría subido? Unos puntos más, y vendería sus escasas acciones y ganaría algunos dólares. Y Carolina llegaría pronto del hospital, debía apagar la iMac, a ella no le gustaba que invirtiera en la bolsa, ¿quién te metió en la cabeza eso de querer hacerte rico de la noche a la mañana? Este país, respondía él. ¿Y qué quieres que haga, con tanto tiempo libre? Pronto ella terminaría su beca, volverían a Río Fugitivo, a otro ritmo, a otras ideas en la cabeza.

-Todo cambia mucho -dijo el hombre. Tenía la vista fija en la puerta corrediza. -Mi mujer... she killed herself last year.

-Lo siento -Gustavo se sintió algo tonto pronunciando esas palabras. Pero, ¿qué más decir? Se preocupó. ¿Había venido el hombre a arrojar por el balcón? Dejó la manzana sobre la mesa-.

-Está bien, está bien... Hace catorce años, no hay balcón aquí. Sólo la puerta corrediza. Ella va una tarde al supermercado. Yo me quedo in charge de Anna Louise. Beautiful blond hair, like her mother. Green eyes, like me. ¿Usted tiene hijos?

-No.

-¿Quiere tenerlos?

-Por supuesto. Un hombrecito me encantaría.

-They say they're great. But there's nothing like a baby girl. You won't be a dad until you have a daughter.

Gustavo se preguntó por qué.

-Esa tarde trabajo, como usted. Todos trabajan mucho en New York. Anna Louise juega. Puedo verla, sonrío, está feliz, y escucho su voz, daddy, daddy long legs, she calls me. Esa tarde, el aire está pesado. Muy pesado. Abro un poco la puerta. That door.

Gustavo se fijó en la puerta corrediza.

-Vuelvo a trabajar -dijo el hombre-, y olvido cerrarla.

El tono era neutro, desapasionado. Gustavo se había preguntado muchas veces por los anteriores moradores del departamento. El tubo cilíndrico en las paredes, a la altura de la cintura, le había hecho pensar que una anterior inquilina pudo haber sido una bailarina de ballet (¿pósters de Degas en las paredes?). ¿Qué historias encerraba ese recinto? A veces, en las noches, se oían crujidos de los muebles, y Carolina inventaba, entre risas, un relato de un crimen cometido años atrás en ese departamento, de un alma intranquila que vagaba en pena por los cuartos y pasillos del piso nueve. A Gustavo no le parecía nada cómico, y le tapaba la boca para callarla. Carolina era así, se reía de lo trágico. Sería una buena doctora, en la sala de operaciones no se inmutaría al ver a un paciente desangrarse

y expirar en sus brazos. ¿Qué hubiera dicho de la historia del hombre?

-Bajo corriendo. One floor, two floors, three floors... The elevator, I didn't even think about taking it, I don't know why. Pienso que puedo llegar más rápido corriendo. Pero no quiero llegar. Veo desde la puerta mucha gente que se acerca. Me acerco. I can't stop. No puedo. Sigo caminando. Me alejo de la gente, desaparezo. Camino por Manhattan toda la tarde. Entro al subway. Línea 2, from beginning to end, back and forth. No puedo volver, no quiero volver. No quiero ver a mi hija en la calle.

Gustavo sintió deseos de abrir la puerta corrediza, asomarse al balcón, ver a la gente y los taxis cruzando la calle Setenta, quizás los rescoldos incorpóreos de una escena ocurrida catorce años atrás. No lo haría: el vértigo le atenazaría el cuello, como aquella vez en Río Fugitivo, besándose con Carolina en la azotea de un edificio abandonado, el pretil que estaba tan cerca, y, borrachos, la apuesta de sacar por el borde la mitad del cuerpo y mantener la mirada hacia abajo durante cinco minutos. No había durado ni treinta segundos. Una vez más, Carolina había ganado.

-Mi esposa en shock, con doctores. To make a long story short, regresamos a Wyoming, para el funeral. No podemos volver a New York. Juicio al edificio. Los abogados prometen que ganamos, pero perdemos. Oh well. Who cares? Nada es lo mismo. Vivo con guilt... ¿cómo se dice?

-Culpa.

-Vivo con culpa todos los días. Muchas veces pienso que no sobrevivo, ése es the last day. However, aquí estoy. Es mi responsabilidad. Pero Louise no puede. She retreats into her own world. Writes poems to her daughter. Every day. Keeps the ashes in a box, by her bed. Su hija, dice. No nuestra hija, nunca más. Nunca más. And then, one night. Valiums, muchos valiums.

Gustavo se quedó callado. Quiso que llegara Carolina. Ella siempre tenía las palabras adecuadas para cada ocasión. Percibió una gran mancha roja en el cuello del hombre. Debía ser una marca de nacimiento.

-Debe de ser muy duro para usted -dijo.

-No duermo bien. Juego billar en las tardes, solo. Vivo en diferentes hoteles. Holiday Inn, Best Western... Veo televisión toda la noche. Black and white movies, mostly. El domingo pasado, veo Paths of Glory.

-Gran película. La escena del fusilamiento es increíble. Kubrick es un genio.

-Indeed.

El hombre volvió a agradecerle a Gustavo la gentileza. Se alisó las patillas. Su mirada se perdió por un rato más en la puerta corrediza. Deambuló por el estudio, se acercó a la escalera y se ensució las manos con polvo. Quiso volver hacia el balcón, pero se detuvo a medio camino. Luego, se despidió y se fue.

Gustavo se sentó frente a la iMac. Subió el volumen de la música. Lo bajó. Oracle había ganado unos puntos. Vendió las acciones y apagó la computadora. Se quedó sentado mirando la pantalla apagada. No quería darse la vuelta y mirar hacia la puerta corrediza. Quería darle la espalda a la ciudad hasta que la noche lo sorprendiera.

Carolina le hablaría de bebés esa noche. Ese era su tema últimamente. Quería que apenas volvieran a Río Fugitivo se dedicaran en serio a buscar un hijo. ¿Te imaginas, un hijo nuestro? ¿Con tu sonrisa y mi mirada? El reloj biológico, ¿cómo evadirlo?

Pero, ¿cuál era el problema? No debía preocuparse. Un accidente como ese le ocurría a uno en un... ¿millón? Más, mucho más. El cálculo de probabilidades, tan útil para el daytrading, debía servirle ahora.

En la pantalla apagada de la iMac, un hombre le daba la espalda a Gustavo en la habitación de un hotel, y miraba en su te-

levisor una película en blanco y negro. Gustavo se concentró en la pantalla del televisor, y pudo ver, aliviado, que la película era Paths of Glory. Se concentró en el hombre y quiso ver su rostro, asegurarse de que tenía patillas y ojos verdes, de que había una marca de nacimiento en el cuello.

Se desesperó: no podía verle el rostro.

Carolina lo descubrió con la cara pegada a la iMac, tratando, acaso, de ingresar a esa habitación de hotel, de ver de frente lo que sólo podía ver de espaldas.

IVÁN THAYS

(Perú, 1968)

Estudió Lingüística y Literatura en la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Con la publicación de *Las fotografías de Frances Farmer*, su primer libro, a principios de la década del 1990, se convirtió en uno de los escritores más singulares de su generación. Entre sus siguientes publicaciones, destacan las novelas *El viaje interior* (1999), *La disciplina de la vanidad* (finalista del Premio Rómulo Gallegos 2001), *Un lugar llamado Oreja de Perro* (2009, finalista del Premio Herralde de Novela), *El orden de las cosas* (2012).

Con la novela *Antonio vuelve a casa* (2015) regresó a la ficción para adultos para crear una biografía de sus fantasmas.

En 1998 fue finalista del Premio Copé con el cuento «La ópera gris». Ganó el Premio Príncipe Claus en 2000 por su contribución cultural y desde ese año y hasta el 2008 condujo el programa literario Vano Oficio en TV Perú.

En 2005 creó su propio blog titulado Moleskine Literario, donde publica noticias del mundo literario.

LINDBERGH

Así que todo se resume a esto. Una mañana entera viendo el rostro de Paulo y el mío en la televisión. Diez periodistas haciendo guardia en la entrada de mi edificio. Tres policías interviniendo el teléfono mientras leen un periódico de fútbol en el comedor. En cualquier momento se comunicarán. Esperar es todo lo que me queda. He llamado a Lucía para decirle que, por supuesto, hoy no haré el programa. Ella se ha puesto a llorar en el teléfono. Es imposible que esto te esté pasando a ti, dijo. Pues me está pasando. Colgué. No puedo evitar pensar en ella como una enemiga. ¿Quién no se convierte en tu enemigo cuando han secuestrado a tu hijo y tienes que estar encerrado en un cuarto con la cama sin tender, viendo fotos en los noticieros, oyendo declaraciones de supuestos amigos, de policías, de vecinos? Por ejemplo, qué extraño ver a Felipe en el noticiero del canal donde trabajo hablando de mí en tercera persona, diciendo que espera que no me convierta en el Lindbergh peruano.

Escribí Lindbergh en el buscador. Me enteré de algunas cosas. Supe, por ejemplo, que el 29 de enero de 1928 llegó a Maracay, Venezuela. Visitó el Panteón Nacional, la Casa Natal del Libertador, el Salón Elíptico del Congreso, el Museo Bolivariano. Supe que pertenecía al signo de Acuario, como Charles Darwin, Julio Verne, Mozart, Bécquer, Clark Gable, James Dean y Giacomo Casanova. Su color es el verde gris, su piedra la turmalina y el circonio y sus números de suerte 7, 14 y 20. Supe

que realizó su famoso cruce del Atlántico Norte alimentándose solamente con barras de chocolate. Supe que Billy Wilder hizo en 1957 una película basada en su autobiografía, con James Stewart como Lindbergh. La música fue de Franz Waxman, que también compuso para Wilder en *Sunset Boulevard*. La película sobre Lindbergh se tituló «El héroe solitario». Supe que si uno quiere reservar habitación en el Holiday Inn Paris-Orly Airport debe dirigirse al 4 ave Charles-Lindbergh Rungis 94656. Supe que un libro de Bob Burleigh ilustrado por Mike Wimmer sobre el diario de Lindbergh estaba recomendado para niños de seis años como ideal para fomentar el valor, el amor propio y el buen juicio. Supe que Lindbergh debía entrar a la cabina de su avión por una trampa en la parte superior del avión o alguna de las ventanillas laterales, ya que no tenía visibilidad hacia delante y requería asomarse cada cierto tiempo hacia fuera para corregir su rumbo. Supe que un tal Jimmy Angel, piloto norteamericano nacido en Springfield, Missouri, en 1899, trabajó con él en un circo aéreo de Lincoln, Nebraska, en 1921 en un acto que consistía en arrojarse del paracaídas y hacer piruetas. Y supe también que cuando Charles Lindbergh cruzó el Atlántico sin copiloto, en un avión monoplaza llamado *Spirit of St. Louis*, Calvin Coolidge –entonces presidente de los Estados Unidos– celebró antipáticamente la noticia que daban las radios declarando: «No veo nada extraordinario en que un hombre cruce el Atlántico. Un hombre solo puede hacer cualquier cosa».

He tenido que bajar a la sala para contestar las preguntas de un coronel de policía que, me dijo, está a cargo del caso por orden directa del ministro del interior. Tuve que volver a contar lo que he estado contando toda la madrugada. Graciela y yo nos separamos cuando Paulo tenía un año; ella se fue a vivir a Los Ángeles con su hermana. Esa semana Paulo regresó con su abuela, por primera vez en cinco años, para pasar quince días conmigo. Acondicioné un cuarto de niño en el segundo piso,

compré juguetes, ropa, y contraté a través de una agencia a una empleada que tenía experiencia como nana. El número de la agencia se lo entregué a los policías que llegaron primero. Pasé todo el día con Paulo y luego nos quedamos dormidos en mi cama viendo un *blockbuster*. A las tres de la madrugada pasé a Paulo a su habitación y yo me quedé en la mía. Me dormí oyendo sus ronquidos tan ligeros, tan pausados. Yo mismo cerré la ventana de su cuarto. A las siete de la mañana desperté. Busqué a Paulo y a la nana. La ventana estaba abierta. Había una escalera que nunca había visto antes. Oía a éter. Me pareció que en el marco de la ventana había sangre. Sí, confirmó el coronel cuando ya me había olvidado de su voz, era sangre, pero no tiene por qué ser la del niño.

Mi madre llamó a casa diciendo que esa noche Graciela llegaba a Lima. Me pidió que fuese a recogerla al aeropuerto. Sin pelear, enfatizó. Luego, menos dura, me preguntó si estaba seguro de que no quería que fuese a casa para acompañarme. Estoy seguro, dije. Ya no sé qué más hacer, contestó ella. Me quedé un largo rato mirando un punto en medio de nada. Luego dije que la policía quería que deje la línea del teléfono libre.

Otra vez en mi cuarto, buscando datos sobre Lindbergh y el secuestro de su hijo. Se llamaba Charles Junior, fue secuestrado en marzo de 1932, alrededor de las 9 de la noche. Tenía veinte meses de edad. Los secuestradores dejaron un mensaje pegado en la ventana que nadie descubrió hasta el día siguiente. Pese a que Lindbergh pagó cincuenta mil dólares de rescate, el cadáver de Junior fue encontrado diez semanas después a pocos kilómetros de su casa. Su cabeza estaba destrozada, tenía un agujero en el cráneo y algunas de sus extremidades no fueron encontradas. Dos años después acusaron del crimen a un carpintero alemán llamado Bruno Richard Hauptmann. La letra de Hauptmann y la de las cartas de los secuestradores eran escalofriantemente idénticas. Además, gastaba mucho dinero

en plena depresión y estando desempleado. Incluso se dio el lujo de perder dinero en la bolsa. Jamás confesó. Lo ejecutaron sin que llegara a comprobarse por completo su responsabilidad. La presión de la prensa habría sido la que bajó el *switch* de la silla eléctrica. Dicen que Hauptmann fue un chivo expiatorio. ¿Qué culpa expió? También dicen que la muerte de Junior fue una advertencia contra las intenciones de Lindbergh de postular a la presidencia de EEUU. También dicen que, en cualquier caso, Hauptmann no lo hizo solo, que era solo una pieza de recambio, un fusible, en una maquinaria echada a andar para advertir a Lindbergh que cruzar el Atlántico por primera vez era algo que difícilmente podía ser olvidado por sus enemigos.

Lucía volvió a llamar. Le conté todo lo que sabía de Lindbergh. Ella escuchó todo en un silencio que podría calificarse de estoico. Luego me preguntó si había alguna novedad sobre Paulo. Le dije que no. Me dijo que me amaba. Habíamos hecho el amor un par de veces en su hotel y en un viaje de promoción del programa, pero eso no era amor. De eso estaba seguro. Me preguntó si la había oído. No es el momento, le contesté. Yo creo que es el mejor momento, insistió. Tengo que colgarte, lo lamento. Está bien, me dijo y luego agregó: ¿puedes explicarme qué chifladura es todo eso de Lindbergh?

Me pasé el resto de la tarde imprimiendo fotografías del bebé Lindbergh. Coloqué una de esas fotos al lado de una de Paulo. El hijo de Lindbergh aparecía sentado en una silla de niño, cogiendo un cubo de playa. Paulo aparecía en la suya sentado sobre la espalda de un *superman* de plástico en un lugar de juegos infantiles en Las Bahamas. A su lado aparecía el brazo dorado de Graciela. También había impreso una carátula de *Time*, Número 18, Volumen XIX, en la que aparecía un dibujo a carboncillo del hijo de Lindbergh. Pensaba reproducirlo en mayor escala y mandarlo a enmarcar para mi estudio. Un sou-

venir dramático para mi nueva vida. Últimamente mi programa se había ido a la mierda. Había dejado que el productor me convenza de hacer algunas modificaciones insultantes en el decorado del set y que despida a todo el equipo de investigación. Me había convertido en un payaso, un sujeto histriónico y desinhibido, lo que no sorprendía a nadie de mi familia que siempre me consideró un exhibicionista con un sentido del humor más bien oscuro. Estaba convencido de que podía volver a ser un periodista serio, incluso peligroso, como cuando trabajaba en un semanario donde me pagaban cada tres meses. También mi vida se había ido a la mierda. Solía viajar hasta Los Ángeles por lo menos una vez al mes para pasar un fin de semana con ellos. Logré incluso colocar una cláusula en el contrato que me permitía esa rutina. Graciela le había contado una historia algo épica, un poco sentimental, para explicarle a Paulo por qué yo aparecía y desaparecía. Luego, por teléfono, Paulo me iba contando cómo iba creciendo esa historia ficticia. Me sorprendía la imaginación de Graciela. Tenía algo poético, pero también algo cruel. Sus cuentos cambiaban según lo que leyese en aquel momento. El último año, por ejemplo, era obvio que se había aficionado a la ciencia ficción. Quizá por eso siempre notaba a Paulo un poco decepcionado cuando me veía llegar a su casa.

Además de Hauptmann estaban los nombres de Isidor Fisch, Jacob Nosovitsky, Paul Wendel, Gaston Means, the Russian OGPU, the German Luft Hansa, su propia madre Anne Lindbergh Morrow o Elisabeth Morrow, la abuela. También Wahgoosh, un fox terrier negro, mascota de la familia. Y el mismo Charles Lindbergh. Todos esos nombres, en algún momento, para alguna teoría, habían aparecido como culpables de la muerte del bebé Lindbergh. O el torpe de Hauptmann lo dejó caer de la escalera mientras se lo llevaba; o fue un complot del gobierno contra un probable candidato presidencial demasiado cercano a las nacientes políticas fascistas de Europa; o fue

una conspiración de un grupo de judíos vengándose porque el padre de Lindbergh –el abuelo de Junior– no permitió que un grupo de inversionistas judíos fundaran un banco; o el niño era hiperactivo y tenía que ser atado a la cama, pero esa noche logró desatarse y murió al caer por las escaleras y fue devorado por Wahgoosh; o el mismo Lindbergh o cualquier otro miembro de la familia lo habría matado por un descuido, o un maltrato, y luego ocultó el hecho con la estafa del secuestro para que no dañara su imagen pública y sus posibilidades políticas. Cada teoría tenía sus pruebas y sus coartadas. En internet habían tantas páginas dedicadas a Hauptmann como a Lindbergh, y decenas de foros preguntándose quién mató al bebé y por qué. También habían unos *files* desclasificados del FBI dedicados a Lindbergh. Se me ocurrió imprimir algunas de esas páginas para ir a buscar a Graciela y leerla mientras esperaba en el aeropuerto.

Cuando se quitó los lentes oscuros descubrí que tenía los párpados pesados, que estaba cansada y se moría de miedo. En el auto hacia la casa me insultó, desde luego. Dijo que era mi culpa por hacerme el payaso en la TV, por haber contratado a una mujer extraña en una agencia de estafadores que seguro eran también parte de la banda. Le dije que la policía pensaba lo mismo que ella. Y también que decían que el secuestro lo habían dirigido desde la cárcel. Y que había un *identikit* de la secuestradora en cada carro policía y además lo pasaban cada diez minutos en la televisión, junto a la cara de Paulo (no le dije que aquel *identikit* no se parecía en nada a la chica). Al fin se cansó de insultarme y me pidió que le cuente cómo fue. Le conté todo, menos lo de la sangre. Cuando llegamos a la casa mi madre estaba en la puerta, confundida entre los periodistas que no dejaban de pedirme declaraciones. Con extraña felicidad mi madre me advirtió que el mismo presidente había dicho en una entrevista en TV que me daba su apoyo. Mi madre había organizado a un grupo de oración para una vigilia en la

puerta del edificio, en la que habían colocado un lazo amarillo. Cada vez que secuestraban a alguien ponían un lazo amarillo en las puertas y algunos lo llevaban en la solapa. Ella llevaba uno y los periodistas que nos impedían avanzar también los llevaban. Mi madre se quedó organizando la vigilia. ¿En qué momento ganaste tanto dinero?, preguntó Graciela mirando la decoración de mi departamento. Tuve bastante suerte, le dije. Quiso ir al cuarto de Paulo. Encendió el televisor que había colocado en una cómoda y se quedó dormida en su cama viendo unos dibujos animados. La luz parpadeante del televisor caía sobre su rostro y lo volvía sombrío y luego alegre, y viceversa.

Volví a encender la computadora. Me resultó tristísimo leer esos *files* del FBI sobre Lindbergh. Por lo visto, Edgar Hoover estaba convencido de que Lindbergh era un conspirador nazi. En una carta al presidente Roosevelt lo llamó *The nazi pet*. No parecía un error. Lindbergh había recibido una medalla de manos de Hitler en 1938, apenas unos años antes de la Guerra Mundial. Y cuando la guerra estalló, Lindbergh se opuso a que Estados Unidos ataque Alemania con la excusa de que esos líos eran de política interna. Pero lo más contundente era el lenguaje de los escritos que publicó ese año. Usaba palabras como raza aria, virilidad, superioridad, disciplina, con la misma convicción con que Hitler las utilizaba. Incluso publicó en un *Reader Digest* de 1939 un artículo titulado «Aviación, geografía y raza». Escribí varias fórmulas: lindbergh + FBI, lindbergh + nazi, lindbergh + war. También escribí el nombre de cada uno de los probables asesinos. Y de pronto, en algunas de las búsquedas, la pantalla me reveló las fotografías del cadáver del bebé Lindbergh.

Entonces entendí todo. Entendí quién era el sujeto que cruzó el Atlántico, quiso ser presidente, se dejó seducir por el nazismo, y luego viajó por todo el mundo en misión filantrópica. Y quién era aquel otro: el héroe que voló solo sobre un Atlántico enfurecido, sacando la mitad de su cuerpo por la par-

te superior de un avión inestable para corregir su ruta. Y sobre quién era el otro héroe, Junior, atrapado en medio de quién sabe qué viaje más largo y definitivo que el de su padre, un bebé de veinte meses al que habían dejado solo y sin posibilidad de verificar el rumbo en medio de las nubes, un héroe cuyo corto viaje terminó en un basural con el cráneo roto y las extremidades probablemente devoradas por un fox terrier engreído o un perro salvaje o un demente que pensó que los brazos del hijo de Lindbergh podían costar mucho en un mundo de periodistas y revistas de chismes y lunáticos que revisan la basura de sus ídolos para guardarse el papel higiénico. ¿Qué pensaba Lindbergh mientras su aeroplano perdía equilibrio y amenazaba con caer en cualquier momento sin posibilidad de consultar a nadie qué había que hacer, teniendo que decidir todo completamente solo? ¿Y qué pensaba su hijo, qué palabras recién aprendidas dijo, mientras lo arrastraban por una escalera, despierto de un sueño que no debió terminar así, con un niño absolutamente solo en medio de un mar extraño como una roca o un basural tan solo a unos cuantos kilómetros de su casa? Y, dios mío, sobre todo qué podía pensar Paulo, en aquel mundo de ventanas abiertas, completamente solo en su frágil monoplano, en mitad de un viaje oscuro y solitario al que ni su madre ni yo lo hemos podido acompañar. Vamos, bebé Lindbergh, recé, tú puedes hacerlo, vuelve a casa.

Fui hasta el cuarto de Paulo, apagué el televisor y saqué la cabeza por la ventana abierta. Afuera se oían los rezos. En el cuarto, los leves ronquidos de Graciela que me recordaban a los de su hijo. Aquellos ronquidos como un mar adormecido. Como una marea baja. Como una ola golpeando la arena de una playa. Una playa oculta donde descende un monoplano con el piso alfombrado de envolturas de barras de chocolate. Una playa segura, firme. Una playa que cabe en la palma de mi mano.

MERCEDES CEBRIÁN

(España, 1971)

Escritora, poetisa, periodista y traductora, Licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid, con Maestría en Estudios Culturales Hispánicos por Universidad de Londres y Estudios Hispánicos en la Universidad de Pensilvania.

Ha colaborado en diversos periódicos y revistas, como el suplemento *Culturas* de La Vanguardia, Babelia y El Viajero de El País, Turia, Eñe, Gatopardo, Revista de Occidente, Letras Libres, Público...

Es autora de una decena de libros de diferentes géneros: *El malestar al alcance de todos* (relatos y poemas, 2004), *Mercado común* (poemas, 2006), *13 viajes in vitro* (crónicas, 2008), *La nueva taxidermia* (dos novelas cortas, 2011), *El genuino sabor* (novela, 2014), *Verano azul: unas vacaciones en el corazón de la transición* (ensayo, 2016), *Malgastar* (poesía, 2016).

Editó una antología de textos sobre la capital española *Madrid, con perdón* (2012) y tradujo varias obras de Georges Perec, Alain de Botton, Miranda July, Alain Sillitoe. Ha recibido premios y distinciones por su narrativa (Primer Premio en el Certamen de Jóvenes Creadores del Ayuntamiento de Madrid en la modalidad de relato corto, 2000) y sus traducciones (Premio Mots Passants de Traducción).

LOS CUATRO JINETES

I

NOMBRE O NICK DE USUARIO: LLANERA 34

CLAVE DE ACCESO: * * * * *

Tipo de persona con la que desea hablar: desconocida
afable

PULSE ACEPTAR PARA INICIAR SESIÓN

Buenas, me presento: soy la última mujer que queda sobre la faz de la tierra. He quedado esta tarde-noche con un tipo; concretamente con el último hombre que queda sobre la faz de la tierra. Pensamos ir a cenar a unas máquinas expendedoras de bocadillos y café, y después no sé, alquilaremos una peli, iremos a bailar o lo que se tercié. Es nuestra primera cita y espero que no sea la última –ya, ya me hago cargo de que no están los tiempos como para dejarlo escapar.

Me alegré una barbaridad de toparme por fin con el último hombre del planeta. Por una especie de sueño monitorio que tuve en el que los cielos se abrían y arrojaban un aluvión de cromosomas XY, supuse que no debía de andar muy lejos. Coincidimos el otro día por casualidad, en la cola del cajero electrónico. Él llegó antes que yo, pero fue caballeroso y me dejó pasar a mí primero. Nos caímos bien, nos dimos los teléfonos y hoy nos veremos de nuevo.

La verdad es que antes de conocerle he vivido unos meses de gran ansiedad: descubrir que una es la última mujer que

queda en el mundo no es plato de gusto, máxime cuando no hay una legión de hombres esperándote con él en el cajero. *Hola*, le dije, *¿eres el último?* Respondió «sí», me miró picarón y al momento grabó mi teléfono en su memoria electrónica.

Si todo sale bien, igual podemos procrear, tener familia y lograr que nuestros hijos sigan perpetuando la especie humana aunque sea de forma incestuosa. No lo hemos hablado todavía; no me parecía un tema pertinente para tratar ahí, en medio de la calle.

II

Yo creo que la cita del sábado salió bien. Él fue muy puntual y se presentó con un ramo de algas preciosas. Después de cenar le invité a mi casa a ver una película pero a los diez minutos ya estábamos en la cama: estuvo tierno y fogoso a la vez, me preguntaba todo el tiempo si me estaba gustando, si estaba cómoda... lo que es tener a un hombre pendiente de ti, vamos. Bueno, en un momento dejó caer un nombre de mujer, una historia suya del pasado, ya sabes. No me preocupé: por desgracia o por suerte, el ayer de ambos está criando malvas bien lejos porque todo aquello de la criogenización nunca acabó de funcionar.

Sí que me hubiera gustado que se quedara a dormir para poder desayunar juntos con calma, pero por lo visto tenía que madrugar al día siguiente. Estaba muy liado y con un montón de asuntos que resolver, eso me dijo.

Como no habíamos quedado en nada concreto y yo no podía soportar la espera, le mandé el lunes una videoconferencia a su oficina. Él me respondió con otra: que hablaríamos para este sábado, que estaba pasando una semana dura en el trabajo porque, si bien ya no tenía la agenda repleta de reuniones como antes ni la presión continua de los jefes encima, ahora todas las responsabilidades le caían a él, a ver si me daba cuenta.

Intenté comprenderle aunque no te creas que me resulta fácil: yo no tengo tantas ambiciones profesionales y, siendo realista, en la biblioteca pública donde trabajo no hay apenas quehaceres: sólo tejuelar algunos libros viejos y poco más. La verdad es que voy por ir, por matar el tiempo mientras espero.

III

Reconozco que a veces le llamo y cuelgo sin esperar a que salte el contestador –no me digas que tú no lo has hecho nunca–, pero ayer jueves finalmente me armé de valor y le dejé recado invitándole a cenar aquí. Supuse que le haría ilusión ver el pilotito encendido cuando llegara a su casa; esas cosas siempre gustan, creo yo. O igual le agobia ver que hay varias llamadas de la misma persona. ¿Ves?, lo malo de ser los últimos pobladores de la tierra es eso, que cuando parpadea el contestador no tienes ni curiosidad por saber de quién serán los mensajes y la cosa pierde emoción.

Me devolvió la llamada al rato: nada, que le venía muy mal quedar en ese momento porque tenía planeado ver de nuevo la grabación de los goles de su equipo en la final de la liga 2015. No importa, ya nos vemos el sábado, dije yo; pero me quedé tristona y medio amodorrada en el sofá. Me despertaron unos bocinazos acompasados: mec-mec-mec-mec-mec, y unos gritos de júbilo. Supuse que era él, que su equipo habría ganado el partido y lo estaba celebrando por la calle.

Salí a buscarle y lo encontré. Estaba tomándose algo en las máquinas expendedoras y conectado a esto del simulador de conversaciones, hablando del partido con un colega. Me invitó a un refresco y allí estuvimos, charlando. Tuvo un detalle: apagó la sesión para hablar conmigo. Yo intenté sacar el tema *nosotros* pero él –eso me dio rabia– esquivaba todo el rato el asunto y me teledirigía hacia tema de su interés: sus triunfos

deportivos, sus conocimientos sobre demografía y, cómo no, la célebre Diana, su antigua novia.

¿Que si luego hubo *tutía*? Sí, claro: fuimos a su casa, que no veas lo sucia que la tiene. Está tan solo el pobre.

IV

Hoy es sábado del que me habló y aún estoy esperando que me llame. He matado el tiempo a base de películas, de lectura electrónica y bueno, del simulador este. A ver, qué remedio, aquí iba a estar yo su él hubiera llamado.

Me preguntó qué andaría haciendo. Lo bueno de ser la última mujer sobre la faz de la tierra es que no se sienten celos de otras tías, porque, básicamente, no las hay. Pero el último día, cuando lo del partido, sí que lo noté un poco recurrente: demasiadas anécdotas sobre su ex novia (creo que habla con ella todavía desde el simulador). Mi miedo es que ese recuerdo tan intenso que le queda pudiera estropear de alguna manera nuestra relación. *Gay* no es, eso me consta, y aunque lo fuera diaria igual porque, como ya he dicho, él es también el único tío que vive en este planeta, y afortunadamente cerraron todas las agencias de viaje interestelares.

Yo intenté hacerle ver que ha de afrontar el futuro, pensar en plural y no comerse la cabeza recordando otros tiempos. No entiendo su adicción a los simuladores, si ahora estoy yo que soy real y acariable y, sobre todo, idónea para escuchar conversaciones hasta de su afición por la pesca deportiva. ¿Tengo razón o no? Sí, es cierto lo que dices, lo de no ser tan solícita. Me gustaría darle celos con algo, ya no con alguien, pero ya me dirás con qué, si por no quedar, no quedan ni gatos callejeros.

V

No, finalmente el sábado no dio señales. Le llamé yo ayer para invitarle a cenar a casa –sin reproches de ninguna clase, ¿eh?–, pero me dijo que estaba cansadísimo de jugar al frontón y no pensaba salir. Pues nada, paciencia. Me descongelé un plato precocinado riquísimo que había guardado para él y me lo comí yo sola. Después, como me quedé sin tabaco me fui a las máquinas expendedoras y allí estaba, dándose un banquete de sándwich de tofu y tomándose un café con espumita de los más caros de la máquina. Y no sólo eso: estaba despilfarrando todo su crédito virtual en el simulador de sensaciones (había elegido *independencia*, que lo vi en la pantalla). Así, tú me dirás cómo se puede construir un futuro común.

Me dio tal decepción que me mintiera de esa forma que me fui a casa llorando. Él me siguió, gritando espera como en las películas, y ahí hablamos por fin. Me parecía tan injusto lo que me estaba haciendo que me puse un poco agorera, en plan qué va a ser de nosotros, nos vamos a morir en soledad, esto es el principio del fin de los tiempos, el rechinar de dientes y cosas así. Él me dijo que le agobiaba mi presencia constante y que no le dejaba espacio para dedicarse a sus cosas. Y lo más fuerte de todo: que no sabía si quería tener una relación estable conmigo o si mejor sólo un rollo, que a ver si porque no quedara nadie más que yo en el globo terráqueo iba a ser obligatorio que él fuera mi novio.

VI

Tras la bronca aquella he pasado tres semanas espantosas sin saber de él. Finalmente, ayer contactó conmigo para disculparse y proponerme una cita (*Aquel día no estaba seguro de mis sentimientos hacia ti*, me dijo, *pero no le des mayor importancia*). Y oye, de repente recuperaré mi dignidad como quien la

coge de la mesilla de noche al levantarse y le dije que ni hablar, que no pensaba salir con él nunca jamás ni aunque no quedara otros hombres sobre la superficie de la tierra.

La verdad es que ahora no sé si me arrepiento. ¿Tú crees que hice bien? En fin, me veo conectada al puto cacharrito este durante una buena temporada para desahogarme. Sí, oye, no te pongas así: las cosas por su nombre, puto cacharrito.

VII

Hoy estoy más relajada; ha llegado el verano, hace un sol radiante y yo no tengo esa sensación de catástrofe inminente que me ha acompañado todos esos días, no sé si me explico: era como si se acabara el mundo por haberlo dejado con un tío, ya ves tú qué bobada.

Bueno, confieso que hay algo más: es que ayer al levantarme oí un ruido de cascos de caballo a lo lejos. Al principio creí que se trataba del simulador de situaciones de la calle, que se había activado solo por el calor. Pero no: hoy, al salir hacia la biblio, he visto con mis propios ojos cuatro enormes purasangres negros bebiendo agua en una fuente. Sí, sí, con sus monturas, sus riendas y todo; vamos, que no estaban ahí a su libre albedrío. Ya me buscaré yo la manera de charlar con los caballeros que los montan (digo yo que serán tíos). A alguno de los cuatro le gustaré, espero. Nunca he salido con un jinete y, desde luego, ganas no me faltan.

MARIANA ENRÍQUEZ

(Argentina, 1973)

Forma parte del grupo de escritores conocidos como «nueva narrativa argentina». Estudió Periodismo y Comunicación Social en la Universidad Nacional de La Plata. Ha trabajado como periodista y columnista en medios gráficos, como el suplemento *Radar* del diario *Página 12* (donde es subeditora) y las revistas *TXT*, *La Mano*, *La Mujer de mi Vida* y *El Guardián*.

Formaba parte del jurado en concursos literarios y dictó talleres de escritura en la fundación Tomás Eloy Martínez.

Ha publicado novelas *Bajar es lo peor* (1994, 2013), *Cómo desaparecer completamente* (2004), *Chicos que vuelven* (2011) y *Este es el mar* (2017), libros de cuentos *Los peligros de fumar en la cama* (2009), *Las cosas que perdimos en el fuego* (2016), ensayos y crónicas.

Sus cuentos se han publicado en revistas internacionales como *Granta*, *Electric Literature*, *Asymptote*, *McSweeney's*, *The New Yorker*.

En 2017 recibió el Premio Ciutat de Barcelona en la categoría de lengua castellana por su último libro de relatos.

EL CHICO SUCIO

Mi familia cree que estoy loca porque elegí vivir en la casa familiar de Constitución, la casa de mis abuelos paternos, una mole de piedra y puertas de hierro pintadas de verde sobre la calle Virreyes, con detalles art déco y antiguos mosaicos en el suelo, tan gastados que, si se me ocurriera encerar los pisos, podría inaugurar una pista de patinaje. Pero yo siempre estuve enamorada de esta casa y, de chica, cuando se la alquilaron a un buffet de abogados, recuerdo mi malhumor, cuánto extrañaba estas habitaciones de ventanas altas y el patio interno que parecía un jardín secreto, mi frustración porque, cuando pasaba por la puerta, ya no podía entrar libremente. No extrañaba tanto a mi abuelo, un hombre callado que apenas sonreía y nunca jugaba. Ni siquiera lloré cuando murió. Lloré mucho más cuando, después de su muerte, perdimos la casa, al menos por unos años.

Después de los abogados llegó un equipo de odontólogos y, finalmente, fue alquilada a una revista de viajes que cerró en menos de dos años. La casa era hermosa y cómoda y estaba en notables buenas condiciones teniendo en cuenta su antigüedad; pero ya nadie, o muy pocos, querían establecerse en el barrio. La revista de viajes lo hizo sólo porque el alquiler, para entonces, era muy barato. Pero ni eso los salvó de la rápida bancarrota y ciertamente no ayudó que robaran en las oficinas: se llevaron todas las computadoras, un horno a microondas, hasta una pesada fotocopiadora.

Constitución es el barrio de la estación de trenes que vienen del sur a la ciudad. Fue, en el siglo XIX, una zona donde vivía la aristocracia porteña, por eso existen estas casas, como la de mi familia –y hay muchas más mansiones convertidas en hoteles o asilos de ancianos o en derrumbe del otro lado de la estación, en Barracas–. En 1887 las familias aristocráticas huyeron hacia el norte de la ciudad escapando de la fiebre amarilla. Pocas volvieron, casi ninguna. Con los años, familias de comerciantes ricos, como la de mi abuelo, pudieron comprar las casas de piedra con gárgolas y llamadores de bronce. Pero el barrio quedó marcado por la huida, el abandono, la condición de indeseado.

Y está cada vez peor.

Pero si uno sabe moverse, si entiende las dinámicas, los horarios, no es peligroso. O es menos peligroso. Yo sé que los viernes por la noche, si me acerco a la plaza Garay, puedo quedar atrapada en alguna pelea entre varios contrincantes posibles: los mininarcos de la calle Ceballos que defienden su territorio de otros ocupantes y persiguen a sus perpetuos deudores; los adictos que, descerebrados, se ofenden por cualquier cosa y reaccionan atacando con botellas; las travestis borrachas y cansadas que también defienden su baldosa. Sé que, si vuelvo a mi casa caminando por la avenida, estoy más expuesta a un robo que si regreso por la calle Solís, y eso a pesar de que la avenida está muy iluminada y Solís es oscura porque tiene pocas lámparas y muchas están rotas: hay que conocer el barrio para aprender estas estrategias. Dos veces me robaron en la avenida, las dos, chicos que pasaron corriendo y me arrancaron el bolso y me tiraron al suelo. La primera vez hice la denuncia a la policía; la segunda vez ya sabía que era inútil, que la policía les tenía permitido robar en la avenida, con límite en el puente de la autopista –tres cuadras liberadas–, como intercambio de los favores que los adolescentes hacían para ellos. Hay algunas claves para poder moverse con tranquilidad en este barrio y yo las manejo perfectamente,

aunque, claro, lo impredecible siempre puede suceder. Es cuestión de no tener miedo, de hacerse con algunos amigos imprescindibles, de saludar a los vecinos aunque sean delincuentes –especialmente si son delincuentes–, de caminar con la cabeza alta, prestando atención.

Me gusta el barrio. Nadie entiende por qué. Yo sí: me hace sentir precisa y audaz, despierta. No quedan muchos lugares como Constitución en la ciudad, que, salvo por las villas de la periferia, está más rica, más amable, intensa y enorme, pero fácil para vivir. Constitución no es fácil y es hermoso, con todos esos rincones que alguna vez fueron lujosos, como templos abandonados y vueltos a ocupar por infieles que ni siquiera saben que, entre estas paredes, alguna vez se escucharon alabanzas a viejos dioses.

También vive mucha gente en la calle. No tanta como en la plaza Congreso, a unos dos kilómetros de mi puerta; ahí hay un verdadero campamento, justo frente a los edificios legislativos, prolijamente ignorado pero al mismo tiempo tan visible que, cada noche, hay cuadrillas de voluntarios que le dan de comer a la gente, chequean la salud de los chicos, reparten frazadas en invierno y agua fresca en verano. En Constitución la gente de la calle está más abandonada, pocas veces llega ayuda. Frente a mi casa, en una esquina que alguna vez fue una despensa y ahora es un edificio tapiado para que nadie pueda ocuparlo, las puertas y ventanas bloqueadas con ladrillos, vive una mujer joven con su hijo. Está embarazada, de unos pocos meses, aunque nunca se sabe con las madres adictas del barrio, tan delgadas. El hijo debe tener unos cinco años, no va a la escuela y se pasa el día en el subterráneo, pidiendo dinero a cambio de estampitas de San Expedito. Lo sé porque una noche, cuando volvía a casa desde el centro, lo vi en el vagón. Tiene un método muy inquietante: después de ofrecerles la estampita a los pasajeros, los obliga a darle la mano, un apretón breve y mugriento. Los pasajeros contienen la pena y el asco: el chico está sucio y apesta, pero nunca vi a nadie lo sufi-

cientemente compasivo como para sacarlo del subte, llevárselo a su casa, darle un baño, llamar a asistentes sociales. La gente le da la mano y le compra la estampita. Él tiene el ceño siempre fruncido y, cuando habla, la voz cascada; suele estar resfriado y a veces fuma con otros chicos del subte o del barrio de Constitución.

Una noche, caminamos juntos desde la estación de subte hasta mi casa. No me habló pero nos acompañamos. Le pregunté algunas tonterías, su edad, su nombre; no me contestó. No era un chico dulce ni tierno. Cuando llegué a la puerta de mi casa, sin embargo, me saludó.

-Chau, vecina -me dijo.

-Chau, vecino -le contesté.

El chico sucio y su madre duermen sobre tres colchones tan gastados que, apilados, tienen el mismo alto que un somier común. La madre guarda la poca ropa en varias bolsas de basura negras y tiene una mochila llena de otras cosas que nunca alcanzo a distinguir. Ella no se mueve de la esquina y desde ahí pide plata con una voz lúgubre y monótona. La madre no me gusta. No sólo por su irresponsabilidad, porque fuma paco y la ceniza le quema la panza de embarazada o porque jamás la vi tratar con amabilidad a su hijo, el chico sucio. Hay algo más que no me gusta. Se lo decía a mi amiga Lala mientras ella me cortaba el pelo en su casa, el último lunes feriado. Lala es peluquera, pero hace rato que no trabaja en un salón: no le gustan los jefes, dice. Gana más dinero y tiene más tranquilidad en su departamento. Como peluquería, el departamento de Lala tiene algunos problemas. El agua caliente, por ejemplo, que llega de manera intermitente porque el calefón le funciona pésimo y a veces, cuando me está lavando el pelo después de la tintura, recibo un chorro de agua fría sobre la cabeza que me hace gritar. Ella pone los ojos en blanco y explica que todos los plomeros la engañan, le cobran de más, nunca vuelven. Le creo.

-Esa mujer es un monstruo, chiquita -grita mientras casi me quema el cuero cabelludo con su antiguo secador de pelo. También me hace doler cuando acomoda las mechas con sus dedos anchos. Hace años que Lala decidió ser mujer y brasileña, pero había nacido varón y uruguayo. Ahora es la mejor pe-luquera travesti del barrio y ya no se prostituye; fingir el acento portugués le resultaba muy útil para seducir hombres cuando era puta en la calle, pero ahora no tiene sentido. Igual, está tan acostumbrada que a veces habla por teléfono en portugués o, cuando se enoja, levanta los brazos hacia el techo y le reclama venganza o piedad a la Pomba Gira, su exú personal, para quien tiene un pequeño altar en el rincón de la sala donde corta el pelo, justo al lado de la computadora, que está encendida en chat perpetuo.

-A vos también te parece un monstruo, entonces.

-Me da escalofríos, mami. Está como maldecida, yo no sé.

-¿Por qué lo decís?

-Yo no digo nada. Pero acá en el barrio dicen que hace cualquier cosa por plata, que hasta va a reuniones de brujos.

-Ay, Lala, qué brujos. Acá no hay brujos, no te creas cualquier cosa.

Me dio un tirón de pelo que me pareció intencionado, pero pidió perdón. Fue intencionado.

-Qué sabrás vos de lo que pasa en serio por acá, mamita. Vos vivís acá, pero sos de otro mundo.

Tiene un poco de razón, aunque me molesta escucharlo así, me molesta que ella, tan sinceramente, me ubique en mi lugar, la mujer de clase media que cree ser desafiante porque decidió vivir en el barrio más peligroso de Buenos Aires. Suspiro.

-Tenés razón, Lala. Pero quiero decir, vive frente a mi casa y está siempre ahí, sobre los colchones. Ni se mueve.

-Vos trabajás muchas horas, no sabés qué hace. Tampoco la controlás a la noche. La gente en este barrio, mami, es muy... ¿cómo se dice? Ni te das cuenta y te atacaron.

-¿Sigilosa?

-Eso. Tenés un vocabulario que da envidia, ¿o no, Sarita?
Es fina ella.

Sarita está esperando que Lala termine con mi pelo desde hace unos quince minutos, pero no le molesta esperar. Hojea las revistas. Sarita es una travesti joven, que se prostituye en la calle Solís, y es muy hermosa.

-Contale, Sarita, contale lo que me contaste a mí.

Pero Sarita frunce los labios como una diva de cine mudo y no tiene ganas de contarme nada. Mejor. No quiero escuchar las historias de terror del barrio, que son todas inverosímiles y creíbles al mismo tiempo y que no me dan miedo; al menos, de día. Por la noche, cuando trato de terminar trabajos atrasados y me quedo despierta y en silencio para poder concentrarme, a veces recuerdo las historias que se cuentan en voz baja. Y compruebo que la puerta de calle esté bien cerrada y también la del balcón. Y a veces me quedo mirando la calle, sobre todo la esquina donde duermen el chico sucio y su madre, totalmente quietos, como muertos sin nombre.

Una noche, después de cenar, sonó el timbre. Raro: casi nadie me visita a esa hora. Salvo Lala, alguna noche que se siente sola y nos quedamos juntas escuchando rancheras tristes y tomando whisky. Cuando miré por la ventana a ver quién era -nadie abre la puerta directamente en este barrio si suena el timbre cerca de la medianoche- vi que ahí estaba el chico sucio. Corrí a buscar las llaves y lo dejé pasar. Había llorado, se le notaba en los surcos claros que las lágrimas habían marcado en su cara mugrienta. Entró corriendo, pero se detuvo antes de llegar a la puerta del comedor, como si necesitara mi permiso. O como si tuviera miedo de seguir adelante.

-¿Qué te pasó? -le pregunté.

-Mi mamá no volvió -dijo.

Tenía la voz menos áspera pero no sonaba como un chico de cinco años.

-¿Te dejó solo?

Sí, con la cabeza.

-¿Tenés miedo?

-Tengo hambre -me contestó. Tenía miedo también, pero ya estaba lo suficientemente endurecido como para no reconocerlo frente a un extraño que, además, tenía casa, una casa linda y enorme, justo enfrente de su intemperie.

-Bueno -le dije-. Pasá.

Estaba descalzo. La última vez que lo había visto, llevaba puestas unas zapatillas bastante nuevas. ¿Se las habría quitado por el calor? ¿O alguien se las habría robado durante la noche? No quise preguntarle. Lo hice sentarse en una silla de la cocina y metí en el horno un poco de arroz con pollo. Para la espera, unté queso en un rico pan casero. Comió mirándome a los ojos, muy serio, con tranquilidad. Tenía hambre pero no estaba famélico.

-¿Adónde fue tu mamá?

Se encogió de hombros.

-¿Se va seguido?

Otra vez se encogió de hombros. Tuve ganas de sacudirlo y enseguida me avergoncé. Necesitaba que lo ayudase; no tenía por qué saciar mi curiosidad morbosa. Y, sin embargo, algo en su silencio me enojaba. Quería que fuera un chico amable y encantador, no este chico hosco y sucio que comía el arroz con pollo lentamente, saboreando cada bocado, y eructaba después de terminar su vaso de Coca-Cola que sí bebió con avidez, y pidió más. No tenía nada para servirle de postre, pero sabía que la heladería de la avenida iba a estar abierta, en verano atendía hasta después de la medianoche. Le pregunté si quería ir y me dijo que sí, con una sonrisa que le cambiaba la cara por completo; tenía los dientes chiquitos y uno, de abajo, se le estaba por caer. Me daba un poco de miedo salir tan tarde y encima hacia la avenida, pero la heladería solía ser territorio neutral, casi nunca había robos ahí, tampoco peleas.

No llevé cartera y guardé un poco de plata en el bolsillo del pantalón. En la calle, el chico sucio me dio la mano y no lo hizo con la indiferencia con que saludaba a los compradores de estampitas en el subte. Se aferró bien fuerte: a lo mejor todavía estaba asustado. Cruzamos la calle: el colchón sobre el que dormía con su madre seguía vacío. Tampoco estaba la mochila: o ella se la había llevado o alguien la había robado cuando la encontró ahí, sin su dueño.

Teníamos que caminar tres cuadras hasta la heladería y elegí la calle Ceballos, una calle extraña, que podía ser silenciosa y tranquila algunas noches. Las travestis menos esculturales, las más gorditas o las más viejas elegían esa calle para trabajar. Lamenté no tener zapatillas para calzar al chico sucio: en las veredas solía haber restos de vidrios, de botellas rotas, y no quería que se lastimara. Él caminaba descalzo con gran seguridad, estaba acostumbrado. Esa noche, las tres cuadras estaban casi vacías de travestis pero estaban llenas de altares. Recordé lo que se celebraba: era 8 de enero, el día del Gauchito Gil. Un santo popular de la provincia de Corrientes que se venera en todo el país y especialmente en los barrios pobres –aunque hay altares por toda la ciudad, incluso en los cementerios–. Antonio Gil, se cuenta, fue asesinado por desertor a fines del siglo XIX: lo mató un policía; lo colgó de un árbol y lo degolló. Pero, antes de morir, el gaucho desertor le dijo: «Si querés que tu hijo se cure, tenés que rezar por mí». El policía lo hizo porque su hijo estaba muy enfermo. Y el chico se curó. Entonces, el policía bajó a Antonio Gil del árbol, le dio sepultura y, en el lugar donde se había desangrado, se fue levantando un santuario, que existe hasta hoy y que todos los veranos recibe a miles de personas.

Me encontré contándole la historia del gaucho milagroso al chico sucio y paramos frente a uno de los altares. Ahí estaba el santo de yeso, con la camisa celeste y el pañuelo rojo al cuello –una vincha roja también– y una cruz en la espalda, también roja. Había varias telas rojas y alguna bandera chica roja:

el color de la sangre, el recuerdo de la injusticia y el degüello. Pero nada era macabro o siniestro. El gaucho trae suerte, cura, ayuda y no pide mucho a cambio, apenas que se le hagan estos homenajes y, a veces, un poquito de alcohol. O la peregrinación al santuario de Mercedes, en Corrientes, con un calor de cincuenta grados y los devotos que llegan a pie, en buses, a caballo, de todas partes, hasta desde la Patagonia. Las velas alrededor lo hacían parpadear en la semioscuridad. Le encendí una de las que se habían apagado y con la llama prendí un cigarrillo. El chico sucio parecía inquieto.

-Ya vamos a la heladería -le dije. Pero no era eso.

-El gaucho es bueno -dijo-. Pero el otro no.

Lo dijo en voz baja, mirando las velas.

-Qué otro -le pregunté.

-El esqueleto -me dijo-. Allá atrás hay esqueletos.

En el barrio, «allá atrás» es una referencia al otro lado de la estación, pasando los andenes, ahí donde las vías y sus terraplenes se pierden hacia el sur. Ahí suelen aparecer altares para santos menos amables que el Gauchito Gil. Sé que Lala lleva hasta el terraplén -siempre de día porque puede ser peligroso- sus ofrendas para la Pomba Gira, sus platos coloridos y sus pollos comprados en el supermercado porque no se anima a matar una gallina. Y ella me contó que hay montones de San La Muerte «allá atrás», el santito esqueleto con sus velas rojas y negras.

-Pero no es un santo malo -le dije al chico sucio, que me miró con los ojos muy abiertos, como si le estuviera diciendo una locura-. Es un santo que puede hacer mal si le piden, pero la mayoría de la gente no le pide cosas feas: le pide protección. ¿Tu mamá te lleva allá atrás? -le pregunté.

-Sí, pero a veces voy solo -contestó. Y después me tironeó del brazo para que siguiéramos hasta la heladería.

Hacía mucho calor. La vereda de la heladería estaba pegajosa, tantos helados debían haber chorreado; pensé en los pies descalzos del chico sucio, ahora con toda esta nueva mugre. Él

entró corriendo y pidió, con su voz vieja, uno grande de dulce de leche granizado y chocolate. Yo no pedí nada. El calor me quitaba el hambre y no sabía qué debía hacer con el chico si su madre no aparecía. ¿Llevarlo a la comisaría? ¿A un hospital? ¿Hacer que se quedara en casa hasta que ella volviera? ¿Existía algo así como servicios sociales en esta ciudad? Existía, sí, un número para llamar durante el invierno, para avisar si alguna persona que vivía en la calle estaba pasando demasiado frío. Pero yo no sabía de mucho más. Me daba cuenta, mientras el chico sucio se lamía los dedos chorreados, de lo poco que me importaba la gente, de lo naturales que me resultaban esas vidas desdichadas.

Cuando se terminó el helado, el chico sucio se levantó del banco en el que nos habíamos sentado y salió caminando para la esquina donde vivía con su madre, sin prestarme demasiada atención. Lo seguí. La calle estaba muy oscura, se había cortado la luz; solía pasar las noches de mucho calor. Lo veía bien, de todos modos, por las luces de los autos; también lo iluminaban, a él y a sus pies ya completamente negros, las velas de los altares improvisados. Llegamos a la esquina sin que volviera a darme la mano ni me dirigiera la palabra.

Su madre estaba sobre el colchón. Como todos los adictos, no tenía noción de la temperatura y llevaba un buzo abrigado y la capucha puesta, como si lloviera. La panza, enorme, estaba desnuda, la remera demasiado corta no podía cubrirla. El chico sucio la saludó y se sentó en el colchón. No dijo nada.

Ella estaba furiosa. Se me acercó rugiendo, no hay otra forma de describir el sonido, me recordó a mi perra cuando se rompió la cadera y estaba enloquecida de dolor pero había dejado de quejarse y solamente gruñía.

-¿Adónde te lo llevaste, hija de puta? ¿Qué le querés hacer, eh, eh? ¡Ni se te ocurra tocar a mi hijo!

Estaba tan cerca que le veía cada uno de los dientes, cómo le sangraban las encías, los labios quemados por la pipa, el olor a alquitrán en el aliento.

-Le compré un helado -le grité, y retrocedí cuando vi que tenía una botella rota en la mano, con la que pensaba atacarme.

-¡Rajá o te corto, hija de puta!

El chico sucio miraba el suelo, como si no estuviera pasando nada, como si no nos conociera, ni a su madre ni a mí. Me enojé con él. Qué desagradecido el pendejo, pensé, y salí corriendo. Entré en mi casa lo más rápido que pude, aunque las manos me temblaban y me costó encontrar la llave. Encendí todas las luces, en mi cuadra no se había cortado la electricidad, por suerte: tenía miedo de que la madre mandara a alguien a buscarme, a pegarme, no sabía qué podía pasarle por la cabeza, no sabía qué amigos tenía en la cuadra, no sabía nada de ella. Después de un rato, subí al primer piso y la espí desde el balcón. Estaba acostada, boca arriba, fumando un cigarrillo. El chico sucio parecía dormir a su lado. Me fui a la cama con un libro y un vaso de agua, pero no pude leer ni prestarle atención a la tele; el calor parecía más intenso con el ventilador encendido, que sólo revolvía aire caliente y atenuaba los ruidos de la calle.

A la mañana, me obligué a desayunar antes de salir a trabajar. El calor ya era sofocante y el sol apenas terminaba de salir. Cuando cerré la puerta, lo primero que noté fue la ausencia del colchón en la esquina de enfrente. No quedaba nada del chico sucio y su madre, no habían dejado atrás ni una bolsa ni una mancha ni una colilla de cigarrillo. Nada. Como si nunca hubiesen estado ahí.

El cuerpo apareció una semana después de la desaparición del chico sucio y su madre. Cuando volví de trabajar, con los pies hinchados por el calor y soñando con la frescura de mi casa de techos altos y ambientes grandes que ni el verano más infernal podía calentar del todo, encontré la cuadra enloquecida, con tres patrulleros de la policía, la cinta amarilla que aísla las zonas donde ocurrió un delito y cantidad de gente amonto-

nada justo fuera del perímetro. No me costó reconocer a Lala, con sus zapatos de taco blancos y su rodete dorado; estaba tan nerviosa que se había olvidado de ponerse las pestañas postizas del ojo izquierdo y su cara parecía asimétrica, casi paralizada de un lado.

-¿Qué pasó?

-Encontraron a una criatura.

-¿Muerta?

-Qué te parece. ¡Degollada! ¿Tenés cable, amor mío?

A Lala le habían cortado la conexión por falta de pago hacía meses. Nos metimos en mi casa, nos acostamos en la cama a ver televisión, con el ventilador de techo dando giros peligrosos de tan rápidos y la ventana del balcón abierta por si escuchábamos algo desde la calle que valiera la pena. Sobre la cama, en una bandeja, puse una jarra helada de jugo de naranja y Lala reinó sobre el control remoto. Era extraño ver nuestro barrio en la pantalla, escuchar por la ventana a los periodistas que corrían, asomarnos y encontrar las camionetas de los diferentes canales. Era extraña la decisión de esperar los detalles del crimen por televisión, pero las dos conocíamos bien la dinámica del barrio: nadie iba a hablar, no con la verdad, al menos durante los primeros días. Primero, el silencio, por si alguno de los involucrados en el crimen merecía lealtad. Aunque fuera el horrible crimen de un chico. Primero, la boca callada. En unas semanas empezarán las historias. Todavía no. Ahora era el momento de la tele.

Temprano, alrededor de las ocho de la noche, cuando Lala y yo empezamos una larga velada que arrancó con jugo de naranja, siguió con pizza y cerveza y terminó con whisky -abrí una botella que me había regalado mi padre-, la información era escueta: en el estacionamiento en desuso de la calle Solís había aparecido un chico muerto. Degollado. Habían colocado la cabeza a un costado del cuerpo.

A las diez, se sabía que la cabeza estaba pelada hasta el hueso y que no se había encontrado pelo en la zona. También,

que los párpados estaban cosidos y la lengua mordida, no se sabía si por el propio chico muerto o –y esto le arrancó un grito a Lala– por los dientes de otra persona.

Los programas de noticias siguieron con la información hasta la traspasada, renovando periodistas, cubriendo en vivo desde la calle. Los policías, como de costumbre, no decían nada ante las cámaras, pero suministraban información constantemente a la prensa.

Para la medianoche, nadie había reclamado el cuerpo. También se sabía que había sido torturado: el torso estaba cubierto de quemaduras de cigarrillos. Sospechaban un ataque sexual, que se confirmó alrededor de las dos de la mañana, cuando se filtró un primer informe de los peritos forenses.

Y, a esa hora, nadie reclamaba el cuerpo. Ni un familiar. Ni madre ni padre ni hermanos ni tíos ni primos ni vecinos ni conocidos. Nadie.

El chico decapitado, decía la televisión, tenía entre cinco y siete años, era difícil calcularlo porque, en vida, había estado mal alimentado.

–Me gustaría verlo –le dije a Lala.

–No seas loca, ¡cómo van a mostrar a un chico decapitado! ¿Para qué lo querés ver? Qué macabra que sos. Siempre fuiste mostrita, la condesa morbosa en el palacio de la calle Virreyes.

–Es que, Lala, me parece que lo conozco.

–¿A quién conocés, a la criatura?

Le dije que sí y me puse a llorar. Estaba borracha, pero también estaba segura de que el chico sucio era ahora el chico decapitado. Le conté a Lala el encuentro, esa noche que me había tocado el timbre. ¡Por qué no lo cuidé, por qué no averigüé cómo sacárselo a la madre, por qué al menos no le di un baño! Si tengo una bañadera antigua, hermosa, grande, que apenas uso, en la que me doy duchas rápidas sola, que muy de vez en cuando disfruto con un baño de inmersión, ¿por qué, al menos, no quitarle la mugre? Y, no sé, comprarle un patito y esos palitos para hacer burbujas y que jugara. Tranquilamente podría

haberlo bañado y después nos íbamos a tomar el helado. Y sí, era tarde, pero en la ciudad hay hipermercados que no cierran nunca y venden zapatillas, y le podría haber comprado un par, ¿cómo lo dejé andar descalzo, de noche, por estas calles oscuras? No tendría que haberlo dejado volver con su madre. Cuando ella me amenazó con la botella, tendría que haber llamado a la policía para que la metieran presa y quedarme yo con el chico o ayudar a que entrara en adopción con una familia que lo quisiera. Pero no. Me enojé con él por malagradecido, porque no me defendió ¡de su madre! ¡Me enojé con un chico aterrorizado, hijo de una madre adicta, un chico de cinco años que vive en la calle!

¡Que vivía en la calle porque ahora está muerto, degollado!

Lala me ayudó a vomitar en el inodoro y después fue a comprar pastillas para mi dolor de cabeza. Yo vomitaba de borracha y de asustada y también porque estaba segura de que era él, el chico sucio, violado y degollado en un estacionamiento quién sabe por qué.

-Por qué le hicieron esto, Lala -le pregunté, acurrucada en sus brazos fuertes, otra vez en la cama, las dos fumando lentamente nuestros cigarrillos de la madrugada.

-Mi princesa, yo no sé si es tu chico el que mataron, pero, cuando sea la hora, vamos a la fiscalía, así te quedás tranquila.

-¿Me acompañás?

-Por supuesto.

-Pero por qué, Lala, por qué hicieron una cosa así.

Lala apagó el cigarrillo en un plato que estaba al lado de la cama y se sirvió otro vaso de whisky. Lo mezcló con Coca-Cola y revolvió el hielo con un dedo.

-Yo no creo que sea tu chico. A este que mataron... Se ensañaron. Es un mensaje para alguien.

-¿Es una venganza narco?

-Nomás los narcos matan así.

Nos quedamos calladas. Tuve miedo. ¿Había narcos así en Constitución? ¿Como los que me sorprendían cuando leía sobre México, diez cadáveres sin cabeza colgando de un puente, seis cabezas arrojadas desde un auto a la escalinata de una legislatura, una fosa común con setenta y tres muertos, algunos decapitados, otros sin brazos? Lala fumó en silencio y puso el despertador. Decidí faltar a la oficina para ir directo a la fiscalía y contar todo lo que sabía sobre el chico sucio.

Por la mañana, todavía con dolor de cabeza, preparé café para las dos, para Lala y para mí. Ella pidió usar el baño, escuché la ducha y supe que iba a pasar al menos una hora ahí dentro. Encendí otra vez el televisor: el diario no tenía información nueva. Tampoco iba a encontrarla en internet, que, sobre todo, sería un caldero de rumores y locura.

El noticiero de la mañana decía que había aparecido una mujer a reclamar al chico decapitado. Una mujer llamada Nora, que había llegado a la morgue con un bebé recién nacido en brazos y algunos familiares. Cuando escuché lo de «bebé recién nacido», el corazón me dio un golpe en el pecho. Era definitivamente el chico sucio, entonces. La madre no había ido a buscar el cuerpo antes porque –qué casualidad más espantosa– la noche del crimen había sido la noche del parto. Tenía sentido. El chico sucio había quedado solo mientras su madre paría y entonces...

¿Entonces qué? Si era un mensaje, si era una venganza, no podía estar dirigido a esa pobre mujer que había dormido frente a mi casa tantas noches, esa chica adicta que debía tener poco más de veinte años. A lo mejor, el padre: eso, el padre. ¿Quién sería el padre del chico sucio?

Pero entonces las cámaras enloquecieron, los camarógrafos corrían, los cronistas se quedaban sin aliento, todos se arrojaban sobre la mujer que salía de la fiscalía y gritaban: «Nora, Nora, ¿quién cree que le hizo esto a Nachito?»

–Se llamaba Nacho –susurré.

Y de pronto ahí estaba, en pantalla, Nora, un primer plano de su llanto y sus gritos. Y no era la madre del chico sucio. Era una mujer completamente diferente. Una mujer de unos treinta años, ya canosa, morena y muy gorda, los kilos que había ganado en el embarazo, seguramente. Casi lo contrario de la madre del chico sucio.

No se entendía lo que gritaba. Se caía. Alguien la sostenía por detrás; una hermana, seguramente. Cambié de canal, pero todos tenían a esta mujer gritando hasta que un policía se interpuso entre los micrófonos y los gritos y apareció un patrullero para llevársela. Había muchas novedades. Se las conté a Lala sentada en el inodoro, mientras ella se afeitaba, arreglaba su maquillaje, se recogía el pelo en un prolijo rodete.

-Se llama Ignacio. Nachito. Y la familia lo había denunciado desaparecido el domingo, pero cuando vieron por televisión lo que pasaba, no pensaron que era su hijo porque este chico, Nachito, desapareció en Castelar. Son de Castelar.

-¡Pero es lejísimo eso! ¿Cómo terminó acá? Ay, princesa, qué espanto todo esto. Yo levanté todos mis turnos, ya decidí. No se puede cortar el pelo después de esto.

-Tiene el ombligo cosido, también.

-¿Quién, la criatura?

-Sí. Parece que le arrancaron las orejas.

-Reina, en este barrio nadie duerme más, yo te digo. Acá seremos delincuentes, pero esto es satánico.

-Eso están diciendo. Que es satánico. No, satánico no. Dicen que fue un sacrificio, una ofrenda a San La Muerte.

-¡Salve Pomba Gira, salve María Padilha!

-Anoche te conté que el chico me dijo de San La Muerte. No es él, Lala, pero él sabía. -Lala se arrodilló frente a mí y me clavó sus enormes ojos oscuros.

-Usted, princesa, no va a decir nada de esto. Nada. Ni a la fiscal ni a nadie. Anoche yo estaba loca de dejarla ir a ver a la jueza. Nada de nada, nosotras somos una tumba, con perdón de la palabra.

La escuché. Tenía razón. Yo no tenía nada que decir, nada que contar. Apenas una caminata nocturna con un chico de la calle que había desaparecido, como solían desaparecer los chicos de la calle. Sus padres se mudan de barrio y se los llevan con ellos. Se unen a una bandita de ladrones niños o de limpia-vidrios en la avenida o de mulas de droga; cuando los usan para vender droga, tienen que cambiarlos de barrio seguido. Hacen campamento en una estación de subte. Los chicos de la calle no se quedan nunca en un solo lugar; pueden durar un tiempo, pero siempre se van. También se escapan de sus padres. O se van porque aparece un tío lejano que se compadece y se los lleva a su casa, lejos, en el sur, una casa sobre una calle de tierra, a compartir una habitación con cinco hermanos, pero, al menos, a estar bajo techo. No era raro, para nada, que madre e hijo hubiesen desaparecido de un día para el otro. El estacionamiento donde había aparecido el chico decapitado no quedaba en el recorrido que el chico sucio y yo habíamos hecho esa noche. ¿Y lo de San La Muerte? Casualidad. Lala decía que el barrio estaba lleno de devotos de San La Muerte, todos los inmigrantes paraguayos y la gente de Corrientes eran fieles del santito, pero eso no los convertía en asesinos; ella era devota de la Pomba Gira, que tiene el aspecto de una mujer demonio, con cuernos y tridente, ¿y eso la convertía en una asesina satánica?

Claro que no.

-Quiero que te quedes unos días conmigo, Lala.

-Pero claro, princesa, yo misma me preparo mis aposentos.

A Lala le encantaba mi casa. Le gustaba poner música bien alto y bajar las escaleras lentamente, con su turbante y un cigarrillo, una mujer fatal negra, «soy la Joséphine Baker», decía, y después se lamentaba por ser la única travesti de Constitución que tenía la remota idea de quién era Joséphine Baker, no tenés noción de lo brutas que son estas chicas nuevas, igno-

rantes y huecas como una cañería. Cada vez vienen peor. Está todo perdido.

Me costaba caminar por el barrio con la seguridad de antes del crimen. El asesinato de Nachito había ejercido un efecto casi narcótico en esa zona de Constitución. De noche no se escuchaban peleas, los dealers se habían mudado unas cuadras más al sur. Había demasiada policía custodiando el lugar donde se había encontrado el cuerpo. Que, decían los diarios y los investigadores, no había sido la escena del crimen. Alguien lo había depositado, ya muerto, en el viejo estacionamiento.

En la esquina donde solían dormir el chico sucio y su madre, los vecinos hicieron un altar para el Degolladito, como lo llamaban. Y pusieron una foto que decía «Justicia para Nachito». A pesar de las aparentes buenas intenciones, los investigadores no se creían del todo la conmoción del barrio. Al contrario: pensaban que estaban encubriendo a alguien. Por eso la fiscal había ordenado interrogar a muchos vecinos.

A mí también me llamaron a declarar. No le avisé a Lala para que no se desesperara. A ella no le había llegado la notificación. Fue una entrevista muy corta y no dije nada que pudiera servirles.

Esa noche había dormido profundamente.

No, no escuché nada.

Hay varios chicos de la calle en el barrio, sí.

Me mostraron la foto de Nachito. Negué haberlo visto. No mentía. Era completamente distinto a los chicos del barrio: un gordito con hoyuelos y pelo bien peinado. Jamás había visto a un chico así (¡y sonriente!) por Constitución.

No, nunca vi altares de magia negra en la calle ni en ninguna casa. Solamente del Gauchito Gil. Por la calle Ceballos.

¿Si sabía que el Gauchito Gil había muerto degollado? Sí, todo el país conoce el mito. Yo no creo que tenga que ver con el Gauchito, ¿ustedes sí?

No, claro, no tienen que contestarme nada. Bueno, como sea, yo no creo, pero no sé nada sobre rituales.

Trabajo como diseñadora gráfica. Para un diario. Para el suplemento Moda & Mujer. ¿Por qué vivo en Constitución? Es la casa de mi familia y es una casa hermosa, la pueden ver cuando vayan para el barrio.

Claro que les aviso si escucho de algo, por supuesto. Sí, me cuesta dormir, como a todos. Tenemos mucho miedo.

Estaba claro que no sospechaban de mí, pero tenían que hablar con los vecinos. Volví a casa en colectivo para evitar las cinco cuadras que debía caminar si usaba el subterráneo. Desde el crimen, prefería no usar el subterráneo porque no quería encontrarme con el chico sucio. Y, al mismo tiempo, quería volver a verlo de una manera obsesiva, enfermiza. A pesar de las fotos, a pesar de las pruebas –incluso de las fotos del cadáver, que un diario había publicado para falso escándalo y horror del público, que agotó varias ediciones con el chico decapitado en portada–, yo seguía creyendo que el chico sucio era el muerto.

O que sería el próximo muerto. No era una idea racional. Se lo dije a Lala en la peluquería la tarde que decidí volver a teñirme las puntas de rosa, un trabajo de horas. Ahora nadie hojeaba revistas ni se pintaba las uñas ni mandaba mensajes de texto cuando tenía que esperar su turno en la peluquería de Lala. Ahora nada más se hablaba del Degolladito. El tiempo de silencio prudencial se había terminado, pero yo todavía no había oído que nadie nombrara a un sospechoso más que de manera general. Sarita contaba que, en su pueblo, en el Chaco, había pasado algo similar, pero con una nena.

–La encontraron con la cabeza al costado, también, y muy violada, pobre almita, toda cagadita alrededor estaba.

–Sarita, por favor te pido –dijo Lala.

–Pero si fue así, ¿qué querés que cuente? Éstas son cosas de brujos.

–La policía cree que son narcos –dije yo.

-Está lleno de narcos brujos -dijo Sarita-. Allá en el Chaco no sabés lo que es. Hacen rituales para pedir protección. Por eso le cortaron la cabeza y la pusieron del lado izquierdo. Creen que si hacen estas ofrendas, no los agarra la policía porque las cabezas tienen poder. No son narcos nada más, también están en la venta de mujeres.

-Pero ¿te parece que habrá acá, en Constitución?

-Están en todos lados -dijo Sarita.

Soñé con el chico sucio. Yo salía al balcón y él estaba en medio de la calle. Yo le hacía señas con la mano para que se moviera porque venía un camión muy rápido. Pero el chico sucio seguía mirando para arriba, mirándome a mí y al balcón, sonriendo, los dientes mugrientos y chiquitos. Y el camión lo atropellaba y yo no podía evitar ver cómo la rueda le reventaba el vientre como si fuese una pelota de fútbol y arrastraba los intestinos hasta la esquina. En el medio de la calle quedaba la cabeza del chico sucio, todavía sonriente y con los ojos abiertos.

Me desperté transpirada, temblando. Desde la calle llegaba una cumbia soñolienta. De a poco, volvían algunos sonidos del barrio, las peleas de borrachos, la música, las motos con el caño de escape suelto para que hiciera ruido, un favorito de los adolescentes. La investigación estaba bajo secreto de sumario, una manera de decir que la desorientación era total. Visité varias veces a mi madre y cuando me pidió que me mudara con ella, un tiempo al menos, le dije que no. Me acusó de loca y discutimos a los gritos, como nunca antes.

Esa noche volvía tarde porque, después de la oficina, había ido a la fiesta de cumpleaños de una compañera de trabajo. Era una de las últimas noches del verano. Volví en colectivo y me bajé antes, para caminar por el barrio, sola. Ya sabía moverme de vuelta. Si uno sabe moverse, Constitución es bastante fácil. Iba fumando. Entonces la vi.

La madre del chico sucio era delgada, siempre había sido delgada, incluso durante el embarazo. De atrás, nadie hubiera adivinado su panza. Es el físico típico de las adictas: las caderas siguen siendo estrechas como si se resistieran a dejar lugar para el bebé, el cuerpo no produce grasa, los muslos no se ensanchan; a los nueve meses, las piernas son dos palitos endebles que sostienen una pelota de básquet, una mujer que se tragó una pelota de básquet. Ahora, sin la panza, la madre del chico sucio parecía más que nunca una adolescente, apoyada contra un árbol, tratando de encender su pipa de paco bajo la luz de la lámpara, sin importarle la policía –que rondaba mucho más el barrio después del crimen del Degolladito– ni los otros adictos ni nada.

Me le acerqué despacio y, cuando me vio, hubo un inmediato reconocimiento en sus ojos. ¡Inmediato!

Los ojos se achicaron, se achinaron: quiso salir corriendo, pero algo la paró. Un mareo, quizá. Esos segundos de duda me alcanzaron para impedirle el paso, pararme frente a ella, obligarla a hablar. La empujé contra el árbol y la sostuve ahí. No tenía la fuerza suficiente para resistirse.

–Dónde está tu hijo.

–Qué hijo. Soltame.

Las dos hablábamos bajo.

–Tu hijo. Sabés bien de lo que te hablo.

La madre del chico sucio abrió la boca y me dio náuseas su aliento a hambre, dulce y podrido como una fruta al sol, mezclado con el olor médico de la droga y esa peste a quemado; los adictos huelen a goma ardiente, a fábrica tóxica, a agua contaminada, a muerte química.

–Yo no tengo hijos.

La apreté más contra el árbol, la agarré del cuello. No sé si sentía dolor, pero le clavé las uñas. Igual, no iba a recordarme dentro de unas horas. Yo tampoco le tenía miedo a la policía. Además, no iban a preocuparse demasiado por una pelea entre mujeres.

-Me vas a decir la verdad. Hasta hace poco estabas embarazada.

La madre del chico sucio quiso quemarme con el encendedor, pero alcancé a verle la intención, la mano delgada que quería acercar la llama a mi pelo, quería incendiarme, la hija de puta. Le apreté la muñeca tan fuerte que el encendedor cayó a la vereda. Dejó de resistirse.

-¡YO NO TENGO HIJOS! -me gritó, y el grito de su voz demasiado gruesa, enferma, me despertó. ¿Qué estaba haciendo? ¿Ahorcando a una adolescente moribunda frente a mi casa? A lo mejor mi madre tenía razón. A lo mejor tenía que mudarme. A lo mejor, como me había dicho, tenía una fijación con la casa porque me permitía vivir aislada, porque ahí no me visitaba nadie, porque estaba deprimida y me inventaba historias románticas sobre un barrio que, la verdad, era una mierda, una mierda, una mierda. Eso gritó mi madre y yo juré no volver a hablarle pero ahora, con el cuello de la joven adicta entre las manos, pensé que podía tener algo de razón.

Que no era la princesa en el castillo, sino la loca encerrada en la torre.

La chica adicta se soltó de mis manos y empezó a correr, despacio: estaba medio ahogada. Pero cuando llegó a mitad de cuadra, justo donde la iluminaba el farol principal, se dio vuelta. Se reía y la luz dejaba ver que le sangraban las encías.

-¡Yo se los di! -me gritó.

El grito fue para mí, me miraba a los ojos, con ese horrible reconocimiento. Y después se acarició el vientre vacío con las dos manos y dijo, bien claro y alto:

-Y a éste también se los di. Se los prometí a los dos.

La corrí, pero era rápida. O se había vuelto rápida de pronto, no sé. Cruzó la plaza Garay como un gato y logré seguirla, pero cuando el tráfico se largó en la avenida, ella consiguió cruzar entre los autos y yo no. Ya no podía respirar. Me temblaban las piernas. Alguien se acercó a preguntarme si la chica me había robado y dije que sí, con la esperanza de que la persi-

guieran. Pero no: solamente me preguntaron si estaba bien, si quería tomar un taxi, qué me habían robado.

Un taxi, sí, dije. Paré uno y le pedí que me llevara a mi casa, a solamente cinco cuadras. El chofer no se quejó. Estaba acostumbrado a este tipo de viajes breves en este barrio. O a lo mejor no tenía ganas de rezongar. Era tarde. Debía ser su último viaje antes de volver a su casa.

Cuando cerré la puerta no sentí el alivio de las habitaciones frescas, de la escalera de madera, del patio interno, de los azulejos antiguos, de los techos altos. Encendí la luz y la lámpara parpadeó: se va a quemar, pensé, voy a quedar a oscuras, pero finalmente se estabilizó. Aunque daba una luz amarillenta, antigua, de baja tensión. Me senté en el piso, con la espalda contra la puerta. Esperaba los golpes suaves de la mano pegajosa del chico sucio o el ruido de su cabeza rodando por la escalera. Esperaba al chico sucio que iba a pedirme, otra vez, que lo dejara pasar.

SANTIAGO RONCAGLIOLO

(Perú, 1975)

Escritor, periodista, dramaturgo, guionista y traductor. Nació en Lima y pasó parte de su infancia en México, donde su padre ejercía de diplomático. Se licenció en Lingüística y Literatura en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Desde el año 2000 reside en España.

Con su primera novela *Pudor* (2004) atrajo la atención del público literario y con la segunda, *Abril rojo* (2006) ganó el Premio Alfaguara de Novela. En 2010 la revista literaria *Granta* le ha colocado entre las 22 jóvenes promesas de la literatura latinoamericana y en 2011 ha sido galardonado con el Premio Independiente de Ficción Extranjera, avalado por el prestigioso diario británico *The Independent* y el Consejo de Artes de Reino Unido.

Es autor de una trilogía de historias reales sobre el siglo XX latinoamericano (*La cuarta espada*, 2007; *Memorias de una dama*, 2008; *El amante uruguayo*, 2012). Su novela *Óscar y las mujeres* (2013) está basada en su propia experiencia como guionista de telenovelas y su libro *La noche de los alfileres* (2016) es una novela-crónica de la Lima de su adolescencia. Es autor de varios libros infantiles (*Rugor, el dragón enamorado*, 1999; *La guerra de Mostark* 2000; *El príncipe de los caimanes* 2002; *El gran escape* 2013, premiado con «El barco de vapor»); obra de teatro *Tus amigos nunca te harán daño* (1999), ensayos *Jat Lag* (2007) publicados en su blog literario, etc.

EL ADÚLTERO

Olió a Blanca por primera vez una mañana, al inclinarse sobre su hombro para verificar unas cifras en su computadora. Llevaba dos años compartiendo con ella el diminuto cubículo, el reloj para marcar tarjeta y la máquina de café, pero sólo entonces se dio cuenta de que jamás había percibido el aroma de su cuello, justo detrás de las orejas, en combinación con el champú al huevo. A mucha gente le pasa eso de no oler a tiempo. Es más común de lo que parece.

A partir de ese día, López se esmeró por revisar cada milímetro de los presupuestos desde el hombro de Blanca, con un brazo sobre el teclado de la máquina y el otro apoyado en el respaldo de su asiento. Desde esa posición podía aspirar sus efluvios en turnos de veinte minutos diarios, tranquila y disimuladamente. Con la práctica, empezó a distinguir el champú con manzanilla del herbal enriquecido con miel, y llegó a reconocer por lo menos cuatro marcas de jabón y una de crema humectante aromatizada. La mejor hora para merodear por sus perfumes era después de almorzar, cuando los bostezos de Blanca abrían la puerta de su aliento de menta y flúor y, con suerte, hasta se desperezaba relajadamente dejando emerger su desodorante de bolita sensación fresh. Pero lo que realmente entusiasmaba a López no era el olor de todos esos químicos, sino su perfecta mixtura en Blanca.

O incluso su ausencia. A veces, quizá por el invierno o por las prisas, ella llegaba a la oficina sin bañarse, con el pelo recogido en una cola de caballo tras una rápida lavada de las partes

urgentes. Ésos eran los días que él más disfrutaba, cuando sabía del trabajo llevándose el olor de Blanca en la mente, como una canción que se tararea distraídamente en el camino a casa.

Pero ya en su departamento de Jesús María, mientras trataba de contarle a su esposa su día en la oficina y lo único que le venía a la mente eran los poros del cuello de Blanca, López se sentía culpable. A menudo, además, la culpa le producía insomnio. Entonces se dedicaba a olfatear el cuerpo de su esposa mientras dormía. Acercaba la nariz a su respiración pesada y descendía por su cuello y por sus pechos, libres del olor a suavizante de la ropa interior, hasta llegar al bajo vientre, donde encontraba un olorcillo acogedor y cálido, como un guiso casero sabroso pero poco estimulante en comparación con sus aventuras olfativas diurnas. Durante una de esas exploraciones, su esposa abrió los ojos y lo encontró ahí, con la nariz medio enterrada en su regazo y los ojos cerrados, como un catador de vinos en plena labor:

–¿Qué buscas? –le preguntó ella.

–No lo sé. Creo que a ti. O a algo de ti que no recuerdo –respondió él, pero ella ya se había vuelto a dormir y las palabras se le resbalaron de los oídos y se esparcieron por la almohada.

Al despertar, cortó el agua para que su mujer no se bañase. Le echó la culpa del desperfecto a la antigüedad de las tuberías, protestó un rato y dedicó el resto del tiempo a olisquear a su esposa mientras se vestía y durante el desayuno. Hasta se ofreció a llevarla al trabajo para poder investigar con calma el resultado de su experimento. Cada cierto rato se acercaba a hablarle al oído, algo que ella encontraba inesperadamente cariñoso y recibía con risitas de gusto. Sin embargo, el efecto en sus fosas nasales no fue el esperado. Era simplemente el mismo olor de la madrugada, pero trasnochado.

A lo largo de la mañana, en la oficina, inventó el cumpleaños de una hermana inexistente, fingió un súbito interés por los productos cosméticos de Blanca y fue progresivamente

sonsaándole y anotando todas las marcas, siempre para regalárselas a su hermana, según repitió con insistencia. Luego fue a una perfumería, depositó la lista de productos sobre el mostrador y los compró todos.

Le costó una semana convencer a su esposa de que los utilizase, y le costó mucho más admitir que, aun con todos ellos encima, ése no era el olor que él buscaba. Cuando finalmente logró admitirlo, una madrugada, tuvo que abandonar la cama y huir a llorar en la cocina. Oyó la voz de su mujer desde la cama preguntándole qué le pasaba:

–Nada –respondió–. Pensé que olía a quemado.

Y entonces, desde las cenizas de su amor, López hubo de reconocer que estaba irremediabilmente condenado a la infidelidad.

Concibió un plan y lo realizó meticulosa y progresivamente. Empezó por aprovechar las salidas de Blanca al baño o al despacho del jefe para esculcar su cartera en busca de cosas que oliesen. A las dos semanas había cazado un pañuelo de colores, un brazalete y hasta una peineta con olor a champú con extracto de flores de tilo. Cada vez que sustraía algo, se encerraba en el baño de su casa con el objeto y una copa de vino y se dedicaba a pasear la nariz por sus superficies y recovecos, sintiendo que se bañaba en Blanca. El pañuelo fue lo que más le duró, pero, de todos modos, las cosas terminaban por perder el olor al cabo de un tiempo. Entonces las devolvía a alguno de los cajones o al archivador de Blanca, que siempre hacía comentarios del tipo:

–Estoy muy distraída. Pierdo las cosas y luego las encuentro en los lugares más extraños.

–Normal. Las cosas que uno busca siempre están en los lugares más extraños –respondía López sin poder contener el rubor de sus mejillas.

Pasado un tiempo, sintió que necesitaba más. Se llevó las llaves de Blanca e hizo una copia. Luego la siguió hasta su casa. Blanca vivía en un pequeño departamento de San Borja. López

sabía que no tenía esposo ni hijos. Así que la ocasión estaba servida. Pidió permiso al jefe de personal para llegar a la oficina un poco más tarde durante unas semanas, porque su esposa haría un viaje por razones de salud y él tendría que llevar al colegio a los hijos que no tenía. Conseguido el permiso, empezó a ir todos los días a la casa de Blanca desde las siete de la mañana. Ella salía a las ocho. López dejaba pasar quince minutos por si se había olvidado de algo y luego entraba. Ya adentro se sentía como en la Disneylandia de los olores. Se quitaba el saco, la corbata y los zapatos y se metía entre las sábanas del dormitorio para revolcarse y aspirar lo que había quedado de ella en su almohada y bajo sus frazadas. Pasaba unos veinte minutos embriagándose de ese modo y luego iba al baño, donde aún pululaban las partículas de vapor de agua con el olor del jabón y el champú. Después recorría la cocina, imaginando los pasos que ella habría dado, las despensas que habría abierto, la silla que habría usado, y olfateando cada cosa, y lo mismo hacía en la sala. Cada casa tiene un olor particular. El departamento de Blanca olía como debe de oler el cielo. Estableció una rutina placentera, que le permitiría vivir satisfecho. Por la noche usaba los objetos de Blanca, por la mañana visitaba su hogar y durante el día la tenía a ella en persona sentada frente a su computadora. Creyó que era feliz sumergido en ese mar perfumado.

Hasta que llegó el maremoto.

Ocurrió uno de los días de cierre del presupuesto para el ejercicio fiscal. López había tenido que pasar más tiempo del habitual sobre el hombro de Blanca, y a la vez, como había ido ganando confianza, estaba más cerca de su cuello de lo que habría sido prudente y, sobre todo, más distraído y desinformado del presupuesto que nunca.

El movimiento que sobrevino entonces fue una de esas extrañas mezclas de azar, voluntad y obligación laboral, una de esas travesuras de los hechos que cambian las trayectorias de las personas. Quizá fue Blanca la primera que giró la cabeza, o

quizá fue él pensando en el peinado que ella llevaba, porque los presupuestos se le habían caído del pensamiento desde hacía mucho tiempo. El caso es que López recibió en la cara, como un huracán de placer, el aliento que normalmente se había limitado a buscar furtivamente. Quizá adelantó los labios, quizá los labios se le adelantaron a él: como fuese, en un instante descubrió que esa boca no sólo tenía un olor, sino también un sabor a menta y flúor con cielo, si es que el cielo huele a algo que no sea la sala de Blanca. Y lo mismo ocurría con las mejillas, y las orejas, aunque ellas no olían a menta y flúor sino a jabón Palmolive, porque seguramente el cielo tiene varias secciones de perfumería y farmacia. Cuando se descubrió besándole la nuca y luego sintiendo llegar a su oído el mismo aliento que antes se limitaba a perseguir mientras huía de los labios, supo que los presupuestos, ahora sí estaba claro, apestaban a tierra y oficina.

–No imaginaba esto –dijo él sonriendo.

–Yo me lo olía –respondió ella mordiéndole la nariz.

Antes de salir de la oficina, López le pidió que se encontrasen en un hotel cercano. Para no despertar sospechas ni rumores, Blanca salió diez minutos antes y él se quedó haciendo ruido con las teclas de la computadora y sacudiendo papeles en el aire para dar la impresión de que tenía trabajo. Cuando creyó llegado el momento –después de contar hasta 1,346–, salió.

Mientras abandonaba la oficina se imaginó el festín que le esperaba. Había cantidad de olores en Blanca en los que aún no había penetrado: el aroma de sus axilas desnudas, el perfume de su piel entre las nalgas, en los muslos, en la espalda subiéndolo hasta el cuartel general de los hombros, el acogedor efluvio de sus pies.

A dos calles del hotel reflexionó sobre lo que eso implicaba. Podría olerla con todo el cuerpo. La tocaría, la percibiría con los dedos y la lengua, podría oír el sonido de su respiración y sentir su tacto en el resto de la piel. La vería entera, en-

tregada, y sentiría el gusto de su vientre y del canal entre sus pechos. Y ella también. Desplegaría para López sus cinco sentidos hasta absorberlo, podría paladearlo con todos sus poros. Se imaginó a los dos enredados en esa mezclanza en que uno ya no distingue los sabores, los olores, los colores y los tactos, en que el olfato se diluye entre las demás percepciones, como las lágrimas en la lluvia.

Ya en la puerta del hotel detuvo un taxi.

-A Jesús María -le dijo al conductor, pensando que quizá llegaría a casa a tiempo para cenar, y preguntándose si sería muy difícil pedirle al jefe de personal un cambio de oficina.

MARIO CUENCA SANDOVAL

(España, 1975)

Nació en Sabadell (Barcelona), pero reside en Córdoba, donde ejerce como profesor de Filosofía. Cultiva poesía y narrativa. Por su producción poética ha obtenido los premios Surcos de Poesía (2004) por *Todos los miedos* (2005) y Vicente Núñez de Poesía (2005) por *El libro de los hundidos* (2006). Tras publicar su novela *Boxeo sobre hielo* (2007) recibió el Premio Andalucía Joven de Narrativa y se volvió uno de los más destacados representantes de la nueva narrativa española y con su segunda novela, *El ladrón de morfina* (2010) recibió el elogio unánime de la crítica española.

Su narrativa breve ha aparecido en varias antologías y ha coordinado y prologado el volumen *22 escarabajos. Antología hispánica del cuento Beatle* (2009).

Su última novela, *Los hemisferios*, publicada por Seix Barral (2014), ha recibido el aplauso y el reconocimiento de lectores y críticos. Refiriéndose a su obra, novelista y columnista del ABC Cultural Andrés Ibáñez comentó que Cuenca Sandoval «escribe como un maestro, tiene una prosa de altísima calidad. Esto es literatura. Esto es la literatura. Esto es la literatura del siglo XXI».

HILTON MYSTIC

El nombre de la máquina alude a San Buenaventura, un místico toscano del siglo XIII que ostentó el título de *Doctor Seraficus*. Según la documentación disponible, el videojuego homónimo fue diseñado en 1982 por el ingeniero alemán Marcus Eckhart (fallecido). Solo se fabricaron y distribuyeron treinta. Fueron retirados a los ocho días de explotación, a solicitud de los propios encargados de las salas recreativas, por su escasa rentabilidad –nadie comprendió, en aquel momento, su alcance espiritual– y sus lesivos efectos sobre los jugadores –un bombardeo de ángeles pixelados que, a los pocos minutos de juego, producía encandilamiento, desordenación y náusea–. Solo queda una consola, la del hotel Hilton Mystic, en la ciudad de Mystic, Estado de Connecticut, USA. El señor Liam Hooks (fallecido), antiguo propietario del establecimiento antes de que este se convirtiera en franquicia de Hilton, la adquirió a un precio desorbitado en 1991. La empresa que diseñó *Seraficus*, la alemana Wiederkunft, se había declarado una quiebra varios años antes. Disuelta la sociedad y recolocado sus ingenieros en otras compañías mayores, el señor Hooks negoció la compra directamente con Marcus Eckhart, quien tenía acceso a la nave donde la empresa había despiezado las treinta consolas para revender los monitores, los chasis, los tableros de mando y las cajas de monedas. La consola que terminó en manos de Hooks es, por lo tanto, una suerte de monstruo de Frankenstein, una reconstrucción a partir de piezas sueltas

montadas por el propio Eckhart, es decir: una obra de artesanía.

El Hilton Mystic dispone de gimnasio y de piscina cubierta. Ambas son agradables noticias, pues permanecerá seis noches en el hotel, como le indicó al recepcionista, el señor Pak, un hombre maduro de origen asiático al que parece incomodar mi presencia. El número seis constituye una especie de contraseña que hace que los dedos del señor Pak se petrifiquen sobre el teclado. Seis noches. ¿Así que ha venido a jugar con la máquina del señor Hooks? –dice sin levantar los ojos del teclado–. La máquina no es ninguna broma. Jugar con ella tiene un precio, asegura, y no se refiere a los tres mil dólares que abonaré por seis días de disfrute; se refiere, por lo visto, a un coste espiritual. He recorrido seis mil kilómetros para jugar a *Seraficus*, y ni siquiera las admoniciones del recepcionista del hotel, que parecen sacadas de un filme de terror de los años ochenta, podrían disuadirme. Si la máquina es tan peligrosa como usted asegura –le desafío–, ¿por qué no la desconectan? A lo que el recepcionista responde como lo haría en una película de hoteles encantados: pero si ya está desconectada, señor.

Le pregunto dónde la conservan. Mi inglés no es bueno, pero tampoco el del señor Pak. El limitado vocabulario y la fonética casi literal, de un modo paradójico, facilitan la comprensión entre ambos. Los idiomas mal hablados resultan más inteligibles. Me informa de que el Arcade se encuentra en el almacén del hotel, junto a otros trastos que el señor Hooks abandonó tras la venta y de los que, por lo visto, no pueden desembarazarse por mor de una cláusula del contrato de cesión del Mystic. Una vez acordado el precio, soy incapaz de prestar oídos a la larga nómina de condiciones que, sin titubear alguno, enumera el señor Pak. Es evidente que las ha memorizado y es evidente que yo estoy dispuesto a satisfacerlas todas. Me repite que solo podré jugar de noche –lo que no supone ningún inconveniente: aún permanezco en horario eu-

ropeo—, justo durante el turno del señor Pak en recepción, y un máximo de seis noches, una por cada nivel de juego, incluyendo la de hoy. Al parecer, el ayuno es imprescindible. Y la discreción constituye, desde luego, la más crucial de las condiciones: la Orden, así la llama, recibe informes sobre todos y cada uno de los clientes del hotel. Para asegurarse de que no tomo a la ligera su advertencia, teclea unas palabras en su ordenador, apenas un segundo después recita mi nombre completo, mi dirección en España, que cátedra ocupo, en qué facultad, mi horario de atención a los alumnos. Es evidente que el señor Pak cumple sus cometidos con una eficacia espartana. Sin embargo, yo no diría que forme parte de la Orden; no parece un iniciado, sino un simple testaferro, el intermediario entre la organización seráfica y los eventuales jugadores atraídos hasta el hotel. Antes de despedirme, le pregunto si no siente curiosidad por la máquina cuyo uso administra. No soy cristiano, señor, me responde. Yo tampoco, le digo.

A las doce en punto, tras una ducha reconstituyente, bajo de nuevo a recepción para encontrarme con el señor Pak. La ansiedad me consume. El vestíbulo está a rebosar porque el hotel acoge un congreso de jóvenes adventistas. Acaban de volver de sus ejercicios espirituales y se precipitan sobre el mostrador para exigir las llaves de sus habitaciones. Veo al señor Pak desbordado, apaciguando a adventistas rubios, trajeados y bisoños cuyos rostros sanguíneos contrastan con sus pieles tan pálidas. Me pide paciencia y comprensión con la mirada. Necesitaré cambio, le digo tendiéndole un billete de 50 dólares.

Atravesamos un pasillo dividido por hasta cuatro puertas de aluminio y desembocamos en un sótano que no cuenta más que con un ventanuco minúsculo por el que penetra el resplandor lunar. Hay moho negro en todas las esquinas. El señor Pak enciende una bombilla de tungsteno que pende del techo,

justo encima de la máquina recreativa, y, antes de despedirse, me recuerda que no está permitido fumar en el sótano.

En la parte superior de la caja celeste y desconchada de la máquina puede leerse el rótulo *Seraficus* enmarcado por nubes blancas y las letras A y Q; muy conveniente, me digo, a la temática del videojuego. El monitor es de veintidós pulgadas. Ambos costados de la caja muestran el dibujo de un ángel con seis alas, las seis alas seráficas que conducen desde la criatura hasta su Creador. El panel de mandos dispone de un *joystick*, un pulsador rojo a su derecha y, debajo, los clásicos botones de uno y dos jugadores. La pantalla de bienvenida es muy simple. Fondo negro y caracteres verdes. *Seraficus. Insert Coin. Credits: 0. Wiederkunft Co., 1982*. Si se aguarda unos segundos, cambia la configuración y puede consultarse el *ranking* de jugadores con las marcas más altas. No me sorprende encontrar el nombre de Hooks encabezando la lista, seguido de otros nueve apellidos de distintas nacionalidades en colores dispares. Inserto la moneda. *Press One Player*.

La primera pantalla consiste en un triángulo central en torno al que giran varias esferas de colores en contraste, azul y amarillo, rojo y verde. Los sonidos se reducen a simples pitidos y *bips*, primitivas ráfagas que no parecen hacer justicia a la leyenda de esta máquina. No será necesario reseñar la ínfima calidad de los gráficos y animaciones; la consola se fabricó en 1982. Prehistoria del Arcade. El desplazamiento del jugador, representado en este nivel por la figura triangular del centro, obedece a un *scroll* vertical y ascendente. Toda la estructura del videojuego responde a un ascenso progresivo entre formas, que simboliza el ascenso del alma primero desde la sensibilidad, después desde el entendimiento y por último desde la mente. El primer objetivo es la caza de cuerpos, cuerpos simples, compuestos, cuerpos celestes, cuerpos minerales. A la aprehensión de cada uno de estos objetos asigna el juego un sonido y una puntuación. Francamente: aburre.

Pero, a los pocos minutos, las luces de la pantalla han oscurecido el resto del sótano; un halo luminoso inunda la pupila y, de soslayo, solo se advierte la presencia de una oscuridad ominosa. Para superar el desconcierto inicial, es preciso que el jugador evite la tentación de apartar la mirada de la pantalla; unos minutos de resistencia y el mundo exterior se desvanece. Los escasos testimonios de los jugadores de *Seraficus* coinciden en este aspecto: el juego pone entre paréntesis la existencia de lo circundante, y no ya por su capacidad de entretener –ya he reseñado que el primer nivel resulta francamente aburrido–, sino por el bombardeo luminoso al que somete a nuestras pupilas. Las horas pasan en una sucesión de pruebas de habilidad, de relaciones entre formas, emparejadas, espejeantes, luminosas, que acaparan la sensibilidad del jugador y deforman su percepción de las horas. Hasta que, de súbito, penetra en el sótano el primer rayo solar, anaranjado y sucio. El amanecer toma por sorpresa al jugador, cuya percepción del tiempo ha sido deformada a fuerza de estímulos luminosos. Y ya se escuchan los pasos del señor Pak.

Duermo hasta el mediodía. Tras los párpados cerrados, experimento un bombardeo de manchas fosfénicas que se agitan, vestigios de la pantalla de *Seraficus* sobre mis pupilas. Pero las ocho horas que restan hasta mi nuevo encuentro de medianoche con la consola se vuelven desesperantes. La ansiedad y el ayuno no casan bien. Paso el tiempo en la piscina. Hago abdominales en el gimnasio. Deambulo por el hotel. Leo en el panel de la sala de exposiciones el rótulo III AMERICA'S YOUNG EVANGELIST CONGRESS. Imagino que habrá actos programados para esta tarde, a juzgar por la perfecta alineación de las sillas y la pantalla de proyección del escenario. Luego salgo a pasear por los muelles de la ciudad. Visito el faro y el barco ballenero, el último de madera que se conserva en el país; el museo local, que ofrece una exposición fotográfica titulada «Los tatuajes y los marinos americanos». La ciudad es pe-

queña, apenas cuatro mil habitantes, y me tropiezo una y otra vez con la comitiva de los jóvenes adventistas, todos en traje azul marino, que siguen, con una inquietante sonrisa del rostro, a una mujer con paraguas rojo. Para distraer mi pensamiento del hambre, leo el *Itinerarium mentis in Deum*. Subrayo estas palabras: «Así como Dios completó en seis días el universo y en el séptimo descansó, así también el mundo menor sea conducido ordenadísimamente al descanso de la contemplación por seis grados de iluminaciones sucesivas, para significar lo cual, por seis grados se subía al trono de Salomón, seis alas tenían los serafines que vio Isaías, después de seis días llamó Dios a Moisés de medio en la nube oscura, y Cristo, después de seis días, como dicen en San Mateo, llevó a los discípulos al monte y se transfiguró ante ellos».

Y al fin, tras el encuentro en recepción con el señor Pak, me enfrento de nuevo a la pantalla de *Seraficus*, con un vaso de plástico lleno de monedas, como los jugadores de tragaperras de Las Vegas, dispuesto a retomar mi aprendizaje en el camino de los excesos mentales. Son tres los niveles del itinerario de la mente hasta la fruición del Sumo Bien según la descripción de San Buenaventura: Purificación, Iluminación y Unidad, desdoblados en seis niveles. Los dos primeros representan las alas que cubrían los pies del serafín. En la segunda ala seráfica, la de esta noche, la partida se complica. El jugador es descompuesto ahora en cinco figuras, los cinco poliedros naturales, que representan los cinco sentidos. Continúan las pruebas de aprehensión de formas sutiles por la pantalla, pero cada sentido capta solo lo que le es semejante; el olfato, representado como una pirámide, aprehende nada más que las formas piramidales. Si cada órgano sensorial capta las naturalezas que le son afines, cada poliedro puede puntuar solo por las figuras similares, simbolizando así el modo en que entran en el alma los objetos exteriores del mundo, que son vestigios, o acaso espejos, a su vez, del Creador.

De día, la ciudad se me antoja cada vez más pequeña y alejargada. Llamadas telefónicas a casa y a la facultad. Insípidas excursiones al Acuario y a la Sociedad de Historia Local. Tropezos con esos inquietantes adventistas, siempre tan sonrientes y solícitos, ayudando a ancianas a cruzar la calle, rescatando gatos de los árboles. Mystic, Connecticut. Me pregunto por qué ha escogido la Revelación una antena tan minúscula para comunicarse con los hombres.

En las noches siguientes, experimento la forma progresiva en el que el juego moldea la consciencia del jugador, reforma los sentidos espirituales y los prepara para el último nivel, para lo que San Buenaventura llamó la *cima de la mente*. Las partidas se llenan de resplandores y luces estroboscópicas. En el nivel tres, ya en las alas intermedias, participo del movimiento de esferas, y ayudo a los ángeles, que lo mantienen transmitiéndoles amor, con movimientos del *joystick* pulsaciones rítmicas en el botón de disparo. La consola plantea desafíos a la memoria del jugador, que debe emparejar cada ángel con la orden angélica a la que pertenece, cada esfera supralunar con el planeta que ciñe. Entiendo que este acercamiento a la cosmología medieval es solo una propedéutica para el salto al último plano físico, el que nos aguarda en el nivel cuatro, el ansiado tránsito de la naturaleza a la conciencia.

La cuarta jornada prepara el alma para entrar en la Jerusalén celestial, convirtiéndola en columna de aromas, en la noche y el día. La representación del jugador es ahora una etérea mancha vertical que asciende la cuarta grada del templo del verdadero Salomón. El ojo de la inteligencia se dispone a alzarse hasta la Trinidad, busca en sí mismo el espejo de lo admirable. Para ello, el juego dispone de una serie de desafíos a la memoria y el entendimiento, sucesiones geométricas que remiten al pitagorismo, proporciones a descifrar, relaciones entre números enteros que colocan al jugador al borde del

desmayo. El ayuno ha imprimido ya su huella sobre el sistema nervioso. Difícil describir tantos desafíos lumínicos. Tan intenso se ha vuelto el bombardeo de estímulos de esta máquina dadora de Gracia. Cuando escucho a mi espalda la voz del señor Pak, que viene a recogerme, comprendo que he sido sustraído al curso normal de la existencia y que, fuera de *Seraficus*, la vida es un trato con realidades hueras y planas. Le digo que todavía me quedan monedas en el vaso, pero el señor Pak me recuerda los términos de nuestro acuerdo, y me invita a reponer fuerzas para las dos jornadas restantes; no todos los jugadores han llegado hasta aquí, me felicita.

Lo he logrado. He subido las dos últimas gradas del trono del verdadero Salomón. He alcanzado el éxtasis de la inteligencia y la voluntad, pero soy incapaz de consignar una mera sombra de lo vivido en las dos últimas noches. El lenguaje se ha vuelto por completo inútil, un verdadero estorbo, y cualquier apunte palidece ante el fulgor que en las últimas horas –¿qué es una hora?– ha bañado mi conciencia; un conocimiento que, como precisó San Buenaventura, no tiene la forma de la comprensión, sino la forma del exceso, no se alcanza por el intelecto, sino por el deseo, no resulta expresable por los juicios del entendimiento, sino por el gemido de la oración; una absoluta saciedad que, con solo mencionarla, se desvanece. Solo puedo decir que no soy yo quien ha comprendido cuanto aparecía en la pantalla, sino que era la pantalla la que me comprendía a mí.

Superado el estupor de las primeras horas de la mañana –hoy resultará imposible conciliar el sueño–, me detengo en varias reflexiones sobre *Seraficus*. En primer lugar, es evidente que lo que deslumbra las pupilas del jugador no es la Gloria misma. Y, sin embargo, esta inundación de luz y de sabiduría no puede ser la obra de un ingeniero humano. Concluyo que Marcus Eckhart es nada más que el canal por el que un minúsculo rayo de luz, una pequeña apertura de lo divino, un

rompimiento de gloria, se abre paso aquí abajo, en el sótano del mundo. En segundo lugar, intuyo que la traslación del camino de San Buenaventura a los sucesivos niveles del juego no es un calco; Eckhart se toma enormes libertades en el orden de las pruebas y los elementos que simbolizan los grados del itinerario. Pero cómo podría, si no, un simple que embarga los esfuerzos de toda una vida. Lo que falta en el mecanismo electrónico es el profundo amor que impregnaba los escritos del místico toscano.

No obstante, y pese al modo imperfecto en que una colección de microchips y circuitos puede trasladar la experiencia del exceso, creo comprender ahora el precio al que se refería el señor Pak: la imposibilidad de regresar a mi vida anterior. De algún modo, un conocimiento de esta naturaleza impugna cualquier otra vivencia. La Beatitud, escrita así, con mayúscula, aniquila el valor de la existencia terrenal. Y hace aún más crudo el reencuentro con el mundo de aquí abajo.

Ansío sumergirme de nuevo en la experiencia de ese incendio de amor, ese desbordamiento volcánico y, no obstante, sereno. Ansío superar a Hooks en el *ranking*. Estoy dispuesto a pagar cualquier precio y satisfacer cualquier requisito. Pero, a las once de la mañana, las limpiadoras llaman a mi puerta con insistencia. Suena el teléfono. La recepcionista del turno matutino me recuerda que debo abandonar la habitación a la mayor brevedad y abonar la correspondiente factura. Ofrezco prorrogar mi estancia, pero me aseguran que la habitación está ya reservada, que todas lo están para hoy. Así que preparo mi equipaje. Me dispongo a instalarme en algún hotel próximo. Al llegar al vestíbulo, se me hace evidente que la recepcionista mintió: los participantes del tercer congreso de jóvenes adventistas de América abandonan la ciudad precisamente hoy; están devolviendo sus llaves en el mostrador. Me cuelo entre ellos. Los adventistas protestan. Demando la presencia del gerente, y no pasa un minuto antes de que un hom-

bre grueso y de rostro sanguíneo se plante ante mí blandiendo el derecho de admisión que se reserva el establecimiento. Exijo el libro de reclamaciones. Nuestro diálogo, no sé cómo, se va volviendo cada vez más violento, dedos acusadores en el pecho, manos sujetando mis muñecas. No me ponga las manos encima. Hago uso de las pocas palabras malsonantes que conozco en el idioma y, de repente, me veo gritando el nombre del señor Pak en medio de una nube de brazos de jóvenes rubios y trajeados que me inmovilizan, me piden que me lo tome con calma. *Take it easy, man*. Trato de sacudirme el enjambre de manos que revolotea a mi alrededor, pero estrechan el cerco, me sujetan con firmeza entre ocho, nueve, no sé cuántos. Todos me parecen iguales entre sí. Hay una violencia espantosa en el modo en que tratan de apaciguarme. Cómo pueden mostrarse tan violentos; se supone que son muchachos de Dios. La juventud adventista de América. Algunos incluso aprovechan la confusión para propinarme puntapiés en las espinillas y los tobillos. Me arrastran hasta la puerta del hotel, desgarrando mi chaqueta, y yo, humillado y con toda la sangre en la cabeza, me carajeo de los jóvenes adventistas, con la carcajada más triste del mundo. Qué sabrán ellos. Toda su búsqueda terrenal, sus congresos, sus ejercicios espirituales no podrían regalarles ni una millonésima parte de la sabiduría que yo he disfrutado a los mandos de la máquina de Eckhart.

Así que ahora estoy a las puertas del Hilton Mystic. Mi maleta y mi ejemplar del *Itinerarium...* de San Buenaventura por el suelo. Las banderas del hotel ondean con fuerza, sacudidas por la brisa de una tormenta que está por llegar. He comprendido que este amor al vértice de la Gloria no me hace sentir más vivo. Ya lo advierte el místico toscano: «El que ama está muerto».

RICARDO SILVA ROMERO

(Colombia, 1975)

Escritor, periodista, guionista y crítico de cine, estudió literatura en la Universidad Javeriana e hizo un Master en Cine en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Es el autor de la obra de teatro *Podéis ir en paz* (1998), el libro de cuentos *Sobre la tela de una araña* (1999), una página de Internet de ficción (ideada junto con el fallecido Germán Pardo García-Peña, 2002), el poemario *Terranía* (2004), la biografía *Woody Allen: incómodo en el mundo* (2004) y las novelas *Relato de Navidad en La Gran Vía* (2001), *Tic* (2003), *Parece que va a llover* (2005), *El hombre de los mil nombres* (2006) y *En orden de estatura* (2007).

Es comentarista de cine de *Semana* desde agosto de 2000 y columnista de *SoHo* desde agosto de 2001. Sus relatos han aparecido en más de veinte antologías editadas en Colombia, México y España. Ha sido colaborador de publicaciones como *Arcadia*, *Gatopardo*, *El Malpensante*, *Babelia*, *Número y Piedepágina*.

En 2006 fue elegido por la organización del Hay Festival como uno de los 39 escritores menores de 39 años más importantes de Latinoamérica.

SEMEJANTE A LA VIDA

Y ahora, para terminar, la historia de un niño de la televisión que acaba de cumplir cincuenta años. Mide unos diez centímetros más que un enano común y silvestre. Es peludo, calvo y jorobado y tiene un ojo de vidrio. Unos dicen que se llama Juan Fernando, otros dicen que se llama Jorge Iván. El apellido, según creen, es Marroquín. Y todos le dicen «señor Marroquín». Fue, desde los cinco hasta los diez años, gracias a su actuación en *Mi familia se parece a las demás*, el niño más popular de la tierra. O casi. Su sonrisa infantil, su conmovedora forma de argumentar con las manitas, y su frase recurrente, ese «el mundo no es tan feo, ¿no mamita?», lo convirtieron en el ídolo de varias generaciones.

Pero creció. A los once años comenzó a usar desodorante, a los doce se afeitó por primera vez, y a los trece, no obstante todos sus esfuerzos por evitarlo, su voz empezó a volverse gruesa. De un momento para otro, decir «el mundo no es tan feo, ¿no mamita?» sonaba ridículo y pasado de moda. Las historias de la televisión se volvieron más sofisticadas, menos familiares, y el programa se quedó, poco a poco, sin audiencia. Y él, el niño Marroquín, se quedó en las revistas de las peluquerías y los consultorios, en el recuerdo de la gente de su edad y en esas secciones de periódicos tituladas «qué pasó con nosequién».

Hoy en día, después de la caída, Marroquín tiene una pappería. Se llama *El papel de su vida*. No le va nada mal. Le enseña a un joven vendedor, un hijo que nunca tuvo, a sacar

fotocopias y a empastarlas, le advierte a la cajera sobre la necesidad de ponerle límites a los sueños, y les cuenta a los clientes, en especial a esas muchachitas de buenas familias que aparecen en la ventanilla de la fotocopidora, qué se sentía tener su propio camerino, recibir cientos de cartas de sus seguidoras y descubrirse señalado en los recovecos de los centros comerciales. Las jóvenes no saben si creerle, pero, porque están de afán y de verdad necesitan esas fotocopias con urgencia, le sonríen y le siguen la corriente.

El señor Marroquín no se arrepiente de estos últimos treinta y pico años y piensa, todavía, que haber sido un niño de la televisión le dio sentido a su vida. Si no hubiera aparecido en el programa, si no hubiera sido Coque, en *Mi familia se parece a las demás*, su vida no habría valido la pena. Hay quienes le recuerdan, de vez en cuando, que todavía tiene toda una vida por delante. Pero él, que ya ha hecho las paces con su pasado, sabe que no, que él no es de esos, que él tiene toda una vida por detrás. Por eso, y porque aún transmiten la comedia por los canales nacionales, siempre, cuando alguien se lo pide, no tiene ningún problema en transformarse en Coque y repetir, como imitándose, la famosa muletilla «el mundo no es tan feo, ¿no mamita?». ¿Por qué no le molesta? ¿Por qué repite esa frase sin ningún problema? Porque la gente se ríe como loca. Por eso.

El señor Marroquín nunca se casó, nunca tuvo una novia a la que no tuviera que pagarle todo, y perdió un ojo y se atrofió la espalda una noche, en una esquina, porque no quiso entregarle a un hampón la billetera, pero en ningún momento le guarda rencor a la televisión, ni a nada, ni a nadie. De hecho, aún no se pierde las telenovelas, los programas de concurso y las historias de la vida real. Para decir verdad, no se pierde nada. Puede decirse que, en materias de programación y farándula, él es el hombre más informado de la tierra. Colección portadas, afiches y entrevistas con sus artistas favoritos.

Todo el día, mientras saca sus fotocopias, sean cuentos de Oscar Wilde o planos de apartamentos, el señor Marroquín tiene prendido el televisor. Y, aunque no es un televidente neurótico, de esos que no toleran interrupciones mientras están frente a la pantallita, sí es cierto que se queda paralizado, mudo, como embobado, cuando comienza *Semejante a la vida*. Los clientes de la papelería ya saben que, de las cuatro a las cinco de la tarde, mientras los tres invitados del programa revelan sus secretos más íntimos, frente a un auditorio compuesto en su mayoría por entusiastas amas de casa, lo mejor es no dirigirle la palabra: el señor Marroquín se sienta en un banquito de lata que se ha ido encogiéndose con los años, le pide al muchacho, al mensajero, que le traiga una empanada y una Coca-Cola, y se pierde, como hipnotizado, en las brutales anécdotas del show.

Semejante a la vida no es el mejor ni el más original de los programas de la televisión, pero su presentadora, Pilar Navarro, es la mujer más linda, más noble y más inteligente que el señor Marroquín haya visto en su vida. Quizás es ella la que lo tiene embrujado. Su aura angelical, su sonrisa y sus bromas delicadas tendrían que enloquecer a cualquier hombre normal. El señor Marroquín no logra entender por qué nadie se ha dado cuenta de que ella existe, por qué no le dedican todas las entrevistas, los perfiles y las primeras planas, por qué no le dan todos los premios. Sabe que él es el único que la quiere de verdad, que él sí podría hacerla feliz, que él es el hombre «sensible, divertido y frágil, muy frágil» que, según la revista *Cosmopolitan*, ella ha estado buscando.

Primero, una voz profunda, como de Darth Vader, nos dice que ahora, ya, en vivo y en directo, comienza el mejor programa de la televisión. Después suena la canción: «nadie sabe la sed con que otro bebe, / nadie sabe de solidaridad, / y como el que nada debe nada teme, / ven a confesarnos la verdad. / En *Semejante a la vida* tendrás un nuevo hogar / en donde podrás lavar tu ropa sucia, / cuéntale tus emociones a Pilar / con

una sonrisa: deja en tu casa la astucia». Las luces se iluminan y la preciosa Pilar Navarro llega hasta el escenario, a través del auditorio, y, después de darle la mano a todas las señoras que se encuentra por el camino, y de dar una pequeña venia a unos pasos de los tres asientos vacíos, le da las gracias a todos por haber venido, cuenta alguna pequeña anécdota de su vida, e introduce, sin más, el tema central del programa.

Algunos ejemplos de esta semana: el lunes, Pepe Serrano, en Madrid, España, ha apuñalado repetidas veces en el brazo a Lola Carrillo, su mujer, porque sospechaba que le era infiel con un amigo. Ella lo niega todo en vivo y en directo, pero él, que está en el estudio, le pregunta que entonces qué hacían unos calzoncillos de su amigo en el patio de ropas. Ella, atrapada, dice que no puede creer que se queden en esas tonterías. La ex esposa de Pepe, Magnolia, salva la situación: llama al estudio y cuenta que Pepe la apuñaló en una pierna porque también creyó que se la jugaba con su mejor amigo. Pilar, contrariada, sugiere la posibilidad de que Pepe sea homosexual y esté enamorado de su amigo, y él, histérico por la insinuación, le dice que le dé gracias a Dios porque nadie, en todo el auditorio, tenga a la mano un cuchillo de cocina.

El martes, Francis Cunningham, un gordo gigantesco de Palm Beach, Florida, trata de demostrar, con fotografías y mapas, que la tierra es plana, pero Pilar, que sabe que el público no se identifica tanto con los locos como con los perdedores, invita al escenario a otro gordo que, para olvidar toda su manteca, también ha emprendido un proyecto, casi una cruzada, para la humanidad. Thierry Bernard, de las afueras de París, confiesa que se ha inventado, en la buhardilla de su casa, una máquina para no sentirse solo, pero Pilar, pronto, muy pronto, desvía la confesión hasta que el pobre gordito reconoce que come y a la media hora vuelve a tener hambre, que jamás cupo en un pupitre del colegio y que todavía odia a sus compañeros de curso por todos los apodosos que le pusieron. No puede mantener relaciones sexuales con nadie porque se cansa mucho y

cuando está triste come porque está triste, y cuando está feliz come porque está feliz.

El miércoles, Alba Moreno, del estado de Chiapas, en México, llega a considerarse, sin el menor asomo de vergüenza, la mujer más machista del mundo: no entiende cómo las hembras han llegado a extremos como votar, tener amantes o llevarle la contraria a sus maridos. Le parece repugnante. Invita a todas, bajo los chiflidos y los abucheos, a que cuiden bien a sus esposos, a que aprendan a ser sumisas y obedientes y a que entiendan que cuando les pegan siempre es, en el fondo, por alguna buena razón. A nadie le pegan porque sí. Eso era en los tiempos de las cavernas.

En fin. Hoy es jueves y, para conmemorar el programa número cien, Pilar dice que va a presentar una antología de las mejores confesiones en la historia del programa: la pareja australiana que llegó a decir que su hijo era un fantasma, el actor porno que hablaba muy parecido a Cantinflas y que juró por Dios que había sido violado por un extraterrestre, una lavandera en Santiago de Chile que dijo que en su juventud había sido capaz de multiplicar unos panes y unos peces, y una prostituta regenerada que después de penar hasta la locura («yo aquí, pene que pene», dijo), una tarde encontró a Dios en los ojos de un mendigo, se casó con él y, juntos, comenzaron la colección de prótesis más grande del mundo.

Pilar Navarro, apesadumbrada por una noticia que acaban de darle y que no puede transmitirle a nadie hasta mañana, presenta el final de esos grandes éxitos de *Semejante a la vida* con una sonrisa nostálgica y todas las mujeres del auditorio, que se sienten en el estudio como se sienten en sus casas, aplauden y gritan y celebran. Aunque, claro, no sólo de mujeres se compone el público de hoy: también, en un rincón, hay un hombre. Pilar siempre se ha dado cuenta de ello y, cuando aparece en el escenario, nunca olvida buscarlo como si jugara a encontrar a Wally. Pase lo que pase, siempre hay un señor,

un padre de familia pensionado, que se deja convencer por la mujer para ir al programa.

Pilar les vuelve a dar las gracias por haberla acompañado en el especial de hoy. Las luces se apagan mientras Darth Vader vuelve a darle paso a la célebre canción del programa. Y cuando Pilar oye la última frase, el bellissimo «deja en tu casa la astucia», se dirige, como un alma en pena, hasta su inmenso camerino. Una, dos, tres personas intentan hablarle, pero ella logra abrirse paso sin responderles ni una palabra y sin que se den cuenta de que está a punto de llorar. Cierra la puerta del camerino, se mira en el espejo y, a los veintisiete años, sin una arruga, sin un hueso torcido, se siente vieja, gorda y fea.

Lucero, la maquilladora, que en realidad es su asistente, entra sin golpear y le pregunta a Pilar qué está pasando. Ella la conoce muy bien, desde hace dos años, y sabe que en todo eso, en su reacción de hace un momento, hay gato encerrado.

–Van a cancelar el programa –dice Pilar–: mañana es la última grabación.

–Pero no nos pueden hacer eso, ¿ah?, ¿cierto que no nos pueden hacer eso? –pregunta Lucero.

–Una cifra –le dice Pilar–: llegamos a un rating de una sola cifra: pueden hacernos lo que se les dé la gana.

–Estoy sin aire –dice Lucero–, todavía me falta por pagar la mitad de las cuotas del carro.

–Dos años de vida a la basura –dice Pilar: habla, sin saberlo, como una heroína de telenovela.

–Marcelita necesita que le compre el libro de matemáticas –dice Lucero–. Esos hijueputas no pudieron escoger un mejor momento, ¿cierto?, ¿ah?, ¿cierto que no pudieron escoger un mejor momento?

–Qué idiotas, no saben con quién se están metiendo.

–Llama al que sabemos –dice Lucero–, dile lo que está pasando.

–¿Castilla?, ¿Gilberto Castilla? –pregunta Pilar–, ese no va a descansar sino hasta que le acepte la invitación a Aruba.

-¿Y es que tú ya conoces Aruba?

-Es que por nada del mundo me voy a dejar tocar ni un pelo de ese señor -jura Pilar-, ¿me oyes?: ni un solo pelo.

Por nada del mundo. Más bien va a darles, a él y a su papi-to, el programa con más rating de toda la historia del canal. Va a irse, mañana, con el mejor show que jamás hayan podido imaginar. Va a llamar a Teresa Leal, la productora, y a Claudia y a Gustavo, los dos libretistas, y les va a pedir que, a espaldas de todos, echen a rodar el plan que siempre han discutido cuando se pasan de tragos, la idea más perversa que jamás se les ha pasado por la cabeza.

-De aquí nos sacan arrastrados, Lucerito: primero muerta a dejarme chantajear por semejante huevón -dice Pilar: entonces suena el timbre del teléfono de su camerino y, como una veloz pistolera del Oeste, contesta la llamada antes que la maquilladora-. Estaba hablando de ti -dice iracunda-: que eres el hijueputa más bobo del mundo, ¿qué más hay para decir?

Lucero cierra los ojos como si pensara que su vida acaba de terminarse, como si la hubieran capturado en el aeropuerto de Nueva York con un par de kilos de coca. Trata de reaccionar, pero Pilar, energúmena, no para de insultar al hijo del dueño del canal:

-¿Sabes quién me da mucha tristeza? -le pregunta mientras se mira en el espejo-: tu esposa, ¿nadie le ha contado que está casada con el soltero menos codiciado del país?

Lucero piensa que, como decían su mamá y la mamá de su mamá, Dios proveerá: ni ella ni su esposo le hacen mal a nadie; a las niñas, a las tres, les va lo más de bien en el colegio; y ellos, los cinco, siempre visitan a sus enfermos y a sus muertos. Todo tiene que salirles bien. No pueden quedarse sin trabajo a estas alturas de la vida. No en tiempos de recesión absoluta.

-¿Qué tal lo que me dice el desgraciado? -dice Pilar apenas cuelga el aparato-: que yo sé qué tengo que hacer para que el programa dure otros dos años, ¿ah? Qué tal el desgraciado.

Pilar se da cuenta de que Lucero no sabe qué decirle. Debe pensar que hay que ser muy estúpida y muy egoísta para negarse a pasar un fin de semana con el dueño de la empresa. Si ella tuviera las piernas y la boca, seguro que lo haría. Pero no, ésta no, ésta es de mejor familia, ésta no se deja comer sino por dos o tres tipos de aquí hasta la muerte y es capaz de echar al mejor de los hombres, al mejor amante, al menos perezoso de todos, o porque le huele mucho a cigarrillo, o porque se ríe como si rebuznara, o, simplemente, solamente, porque sí. Lucero no sabe qué decirle, pero debe estar pensando en algo como eso.

No sabe que ella, Pilar Navarro, se está guardando para un príncipe azul. ¿Quién podría imaginarse que una estrella de la televisión conservara, después de portadas, entrevistas y cientos de miles de autógrafos, el refundido tesoro de la virginidad? Primero que todo, nadie sabe, a ciencia cierta, si la virginidad es un tesoro. Segundo, ella, por un horrible temor al ridículo, y la verdad es que no hay nada tan ridículo como una presentadora de televisión virgen, les ha dicho a todos, a las revistas, a sus compañeros de trabajo y a su familia, que tiene un novio piloto que la visita, sin falta, cada quince días, y lo más posible es que, porque vive sola, en un apartamento de las afueras de la ciudad, todos hayan imaginado a qué tipo de visitas se refiere. Cuarto, sabe cogerles el brazo a sus pretendientes, sabe quitarse el pelo de la frente y echárselo detrás de las orejas y sabe mirar fijamente a la boca de los hombres en el momento preciso, como si fuera, de lejos, la mujer más experimentada de la tierra.

–Necesito un favor, Lucero –dice Pilar–: necesito que llames a Gustavo, a Claudia y a Teresa y les digas que mañana vamos a presentar, en vivo y en directo, el plan del que hablamos la otra noche.

–¿El plan del que hablaron la otra noche?

–Ellos saben de qué estoy hablando –dice Pilar: habla, sin querer, como una heroína de Shakespeare le hablaría a su

dama de compañía—: corre, corre como una hiju madre, ve a llamarlos, pero, ojo, cuidado, pilas, llámalos desde tu casa porque las paredes de este lugar tienen oídos y no queremos que nuestra venganza se vaya al carajo.

Pilar Navarro se pone sus gafas oscuras. Saca, de entre el bolsillo secreto de su billetera, la fotografía de Gilberto Castilla. ¿De verdad está enamorada de un tipo que es capaz de poner en juego la vida de una serie de camarógrafos, maquilladores, escenógrafos, apuntadores, a cambio de unos minutos de placer? ¿Es ese tipo de dientes torcidos su príncipe azul? ¿De verdad guarda la esperanza de casarse con un hombre que cada vez que le dirige la palabra la degrada? ¿Está fascinada por la posibilidad de quitarle el marido a otra mujer o se siente atraída por la gravedad de un tipo que no puede sostenerse cuando la ve? ¿No es cierto que le gusta que la miren? ¿No es verdad que en el fondo, bien en el fondo de su alma, aspira a protagonizar los mejores escándalos del mundo?

Se sube a su pequeño auto deportivo. Ahora, ahora sí, se siente feliz de ser Pilar Navarro: las pecas en sus mejillas, las pulseras de tela en sus manos, los zapatos que se compró el viernes pasado. Está en el borde de una crisis, pero hay algo en esa situación que la hace sentirse viva. Sabe hacia dónde va. Quizás es eso. Sabe que en un par de días todos los periódicos van a hablar de ella. Está preparada para lo que viene. Prende la radio y busca desesperadamente una voz conocida. Avanza por el garaje, se despide del portero con una sonrisa torcida y lanza el carro hacia la cima de la rampa de salida. Cuando va a salir a la calle, cuando va a girar a la derecha sin precaución, Lucero se le lanza sobre el carro.

—Hablé con todos —dice mientras trata de recuperar el aliento—: que te llegan a tu apartamento por la noche.

—¿Y no llamó nadie más? —pregunta Pilar.

—Pero no creo que quieras saber nada de él.

Pilar se queda en silencio. Es como si le hubiera cogido la corriente, pero no pudiera contárselo a nadie. ¿Y si le devol-

viera la llamada y le aceptara la invitación? ¿No sueña todas las noches con que Castilla le arranque, en una playa desierta, una blusa de las viejas?

–De aquí sólo nos sacan arrastradas –dice.

Entonces le pica el ojo a Lucero, que tiene quince años más que ella pero la respeta como a sus mayores, y se suma al río de los carros mientras los estudiantes la señalan y los celadores intentan recordar en dónde, en qué programa, en qué revista, en qué oficina es que la habían visto antes. Todo va bien por el camino hasta cuando el motor de un bus de los más viejos comienza a echar humo negro por la carretera. Pilar levanta el capote, cierra las ventanas y le baja el volumen a la radio.

Los carros de los lados comienzan a pitar enloquecidos, y ella, que no tiene afán porque los libretistas y la productora sólo llegan a su apartamento hasta por la noche, no reacciona ni nada sino hasta cuando un niño, hecho de aceite y de lana, le pide, con un cuaderno cochino en la mano, un autógrafo para su papá, que está allá, en el semáforo, vendiendo ediciones piratas del último libro de José Saramago.

Pilar abre la ventana y saca su esfero de entre la cartera, pero pronto, sobre la superficie mugrienta del cuaderno, descubre que se ha quedado sin tinta. Le señala al niño las hojas y la punta del esfero como si no hablaran el mismo idioma, como si tuvieran que entenderse por señas.

–Allá hay una papelería –dice el niño–, ¿quiere que la acompañe?

Pilar no tiene afán. Sabe que el trancón va a durar unos minutos más y que esa noticia, que la vieron de la mano con un niño de la calle, va a aparecer en alguna revista. Deja el carro a un lado, sobre el andén, y apaga la radio y sale y cierra las puertas con seguro. Le da la mano al niño, que sonrío, y trata de limpiarse los mocos con la manga, y camina, hecha una princesa europea, como si esa fuera una escena vital para una película. Entran a la papelería, bajo un letrero de neón que dice *El papel de su vida*, y aunque al comienzo a nadie le parece

extraña su presencia, después, cuando todo vuelve a sus justas proporciones, y ella empieza a hacer parte de la escena, la cajera le pega un codazo al muchacho, y éste, que hasta ahora aprende a anillar fotocopias, no logra disimular su emoción.

-¿Esa es? -pregunta a media voz a la cajera.

-Claro que es -dice la cajera-, ¿no le ve las gafas negras?

-¿Qué es lo que les pasa a ustedes dos? -pregunta el señor Marroquín-. Dejen de hablar tanta tontería: ¿no ven que hay un jurgo de clientes?

-Pero es que estamos atendiendo a la señorita -dice el muchacho al tiempo que señala a Pilar Navarro, la presentadora, con el mentón.

-Buenas tardes -dice Pilar: sonrío como si protagonizara un divertido comercial de American Express-, necesito un esfero.

El señor Marroquín es, desde el primer momento en que la ve, en vivo y en directo, una marioneta abandonada a su suerte. Intenta decir algo, alguna de las frases que ha ensayado tantas veces en el baño de arriba, pero ella le ha quitado la mirada y se ha puesto a hablar de tú a tú con el gamín. Quiere decirle que ha aprendido a preparar la pechuga con rodajas de piña que a ella le gusta comer los fines de semana. Quiere decirle que sacó en la guitarra su canción favorita. Pero no, ya no, no va a alcanzar a pronunciar ni una palabra y va a lamentarlo para siempre: el muchacho trae el esfero y, en nombre de la parálisis de su jefe, le dice a Pilar que no se preocupe por el dinero, que es cortesía de la casa.

-¿Cierto señor Marroquín? -pregunta el muchacho.

El señor Marroquín agita las manos, da un paso al frente y dice que sí con la cabeza: como un gnomo mecánico.

-¿Cómo se les va a ocurrir? -dice Pilar: busca con la mirada sonriente al gnomo jorobado y peludo y de un momento para otro le parece que lo ha visto en alguna parte-. Nosotros nos conocemos, ¿cierto?

–Ahí donde lo ve el señor Marroquín hizo el papel de Coque en *Mi familia es como las demás* –dice el muchacho antes de que su jefe se desmaye–: hoy tenemos dos estrellas en la papelería.

–No lo puedo creer –dice Pilar: habla, ahora, como una fanática de los Beatles–: «el mundo no es tan feo, ¿no mamita?».

El señor Marroquín, alelado ante la imagen de Pilar, sólo se atreve a sonreír. Va a decir algo, cualquier cosa, tal vez un «muchas gracias, señorita», o un «todo el mundo me recuerda por esa frase», pero los demás clientes de la papelería ya se han dado cuenta de que la presentadora de *Semejante a la vida* está en el establecimiento y, sin la menor demostración de pudor, han comenzado a acercarse, todos, para pedirle un autógrafo. Ella, como en una película muda, los detiene con la palma de la mano, les pide que la dejen firmar una hoja aquí, a su amiguito el gamín, y se dedica a agradecer, mientras se inventa una dedicatoria al lado de su firma, todas las manifestaciones de afecto de la gente. La voz, la noticia de que ella está en la papelería del enano, se ha corrido por todo el barrio. El señor Marroquín nunca había visto a tanta gente dentro de su almacén.

Pilar le da un beso al niño mocososo, lo deja irse entre el bosque de piernas, y levanta la mirada hacia el horizonte de fans que, como una jauría de tiempos romanos, han comenzado a cercarla.

–Tengo que llegar a mi casa en una media hora –dice–, no creo que pueda firmar a todo el mundo.

Y la gente, en vez de reírse, comprenderla y agradecerle el simple hecho de que los haya tratado como a iguales, como a vecinos o compañeros de colegio, empieza a reclamarle, a exigirle, con grosería y altanería, que les dé un autógrafo a todos los que están en el local. La cajera y el muchacho no se dan cuenta de ello, pero dan un paso hacia atrás y se cubren, inconscientemente, con el mostrador lleno de lápices, borradores, plumas, reglas, compases, crayolas, tijeras, clips,

transportadores, escuadras, vinilos, plastilinas, tajalápices y papeles de todos los tamaños y todos los colores.

El señor Marroquín, entonces, entra a hacer parte, a hacer el héroe, de la película muda. Se arma de unos rollos de cartulina y, como si espantara a un ganado mutante, empieza a dar gritos y a empujarlos a todos hacia la puerta de la papelería. Sus ojos bondadosos se han dilatado por completo. Es una nueva lección para la cajera y el muchacho: el señor Marroquín, como cualquier hombre decente, está dispuesto a defender, a capa y espada, a todos los que quiere. Algunos clientes, furiosos, le pegan una palmada en la calva, pero él, de inmediato, se voltea y los aterroriza con la mirada. Y así, poco a poco, logra sacarlos a todos, poner la tranca en la puerta y cruzarse de brazos como si fuera el rey del universo.

Afuera, como muertos de hambre ante una vitrina llena de manjares, los fanáticos de Pilar Navarro, que en realidad son los fanáticos de cualquier celebridad que pase por la calle, intentan romper las puertas de vidrio de la papelería. Y Pilar, que se esconde detrás del mostrador, más allá de la cajera y del muchacho, fija su mirada en el señor Marroquín como si toda su vida dependiera de sus decisiones. El señor Marroquín aún no dice ni una palabra pero sí la hace comprender, con uno, dos o tres gestos, que necesita que escriba una dedicatoria y firme en una de esas hojas blancas. Ella, como una mujer secuestrada, hace exactamente lo que él le pide: escribe «para mi amigo: por ser mi bastón y mi alegría», hace la versión temblorosa de su firma y, después de darle el papel al señor Marroquín, intenta pedirle a Dios que al menos le dé la oportunidad de hacer el programa de mañana.

El señor Marroquín es la definición del héroe: mientras un grupo de fanáticos se pone de acuerdo para encontrar una piedra que les permita romper la puerta de vidrio de la entrada, él, sin dudarle ni siquiera por un momento, saca cien fotocopias del autógrafo, pega un grito que en realidad es una palabra sin comienzo ni final, abre la puerta de la papelería y les

entrega a todos, uno a uno, una copia calentita de la firma de la presentadora de *Semejante a la vida*.

No es exactamente lo que ellos querían. Pero, ante la mirada de dos agentes de policía que acaban de aparecer en la distancia, cualquier cosa es mejor que nada. Le lanzan un gesto de agradecimiento a la presentadora, le levantan las cejas al señor Marroquín, y, ante la llegada de los dos agentes de la ley, que vienen acompañados por el niño del semáforo, dan así, sin más, la media vuelta. Los policías son, en realidad, un par de adolescentes llenos de barros y espinillas: seguro que los dos, el gordo y el flaco, acaban de salir del colegio, y que les ha correspondido esa suerte, ser dos inútiles policías de barrio, en el sorteo de finales del año pasado.

-¿Están bien? -pregunta el gordo-: por poco y me los linchan, ¿eh?

-Si no hubiera sido por el señor -dice Pilar- a esta hora estaríamos metidos en una ambulancia.

-¿Y es que el señor trabaja en esta papelería? -pregunta el flaco.

-El señor es el dueño -aclara Pilar: habla, ahora, como si en el fondo se avergonzara del trabajo de su novio.

-¿Y ustedes abren los fines de semana? -pregunta el gordo-: es que mi hermano mayor estudia arquitectura y siempre pasa afanes los sábados y los domingos.

-El señor Marroquín trabaja veinticuatro horas al día -dice el muchacho-: ¿no ve que vive en el segundo piso?

-Nosotros venimos de ocho a cinco -dice la cajera.

-Bueno saberlo -dice el policía flaco: le pica el ojo a la cajera-: con empleadas así quién no compra una pluma y una hoja y se vuelve poeta.

-¿Quién no? -dice la rabia del policía gordo, que, como en cualquier serie policíaca de televisión, ya no resiste más a su compañero de trabajo.

-Óigame, ¿y sumercé sí tiene la te? -pregunta el flaco.

-¿La regla? -contraataca la cajera-, ahí sí depende de usted: tenemos para todos los tamaños.

El señor Marroquín, muerto de la pena, coge del brazo a la presentadora y se la lleva hasta una esquina de la papelería: odia, con todas sus fuerzas, los apuntes de doble sentido, y no quiere que ella, su princesa, oiga frases tan vulgares y tan innecesarias. Siempre, desde cuando sus papás estaban vivos, se ha sentido en el mundo equivocado. Pero siempre, en la soledad de su camita, cuando se pone su gorrito de dormir, ha pensado que algún día, así sea un par de días antes de morir, va a encontrar a la mujer que Dios hizo para él, sólo para él. No se atrevería a declararle su amor a Pilar Navarro, pero ahora que la tiene a su lado, con ese aspecto de Venus de Boticelli, no va a desaprovechar la oportunidad de protegerla, de ofrecerle el único hombro bueno que le queda.

-Perdónelos -le dice: se siente feliz porque aún puede hablar-, no saben lo que están diciendo.

-No se preocupe -dice ella-, tengo dos hermanos.

-Pero esa no es una excusa -dice el señor Marroquín-, no debieron hablar vulgaridades enfrente de una mujer como usted.

-No se preocupe -repiten los ojos brillantes de ella-, más bien déjeme agradecerle lo que acaba de hacer por mí.

Es, punto por punto, una escena de la versión cinematográfica de *Blancanieves y los siete enanitos*: ella, que mide dos cabezas más que él, toma la calva gorda y redonda del señor Marroquín entre las manos, y aunque él se pone completamente rojo, le da un beso de profundo agradecimiento. Ha sido nombrado caballero en una esquina de su propia papelería. Es, por fin, y a pesar de los chiflidos del muchacho, la cajera y los dos policías, absolutamente feliz.

-Se me acaba de ocurrir una idea -anuncia Pilar: mira a un punto invisible en el espacio, reflexiona, recapacita-, pero no, tal vez no.

-¿Qué?, ¿qué es? -dice el señor Marroquín.

-No, no vale la pena -dice ella-, ¿para qué me pongo a molestarlo?

-¡No más! -grita el policía redondo y le da un puño al peligroso borde de metal del estante de vidrio: está histérico y rojo y resopla-: ¡no aguanto más!, ¡no soporto cuando alguien dice que tiene una idea, pero no la dice!, ¡hay que ser muy perro!

-¿Qué es?, ¿cuál es la idea? -dice el señor Marroquín poniéndole, a pesar del temblor, una manita en el hombro a Pilar y lanzándole una mirada de desaprobación al policía gordo-: mire que ya nos dejó a todos intrigados.

-Mañana es el último programa de *Semejante a la vida*-dice ella y, sobre los susurros, las exclamaciones y las interjecciones de sorpresa, agrega-, y de verdad me encantaría que usted fuera el invitado especial: el héroe, el sobreviviente del mundo de la televisión, el niño que cerraba los ojitos y decía, como si tratara de convencerse a sí mismo de esa idea, la frase «el mundo no es tan feo, ¿no mamita?».

Habla, sin saber, como una periodista de última hora. Se ha jugado el todo por el todo y espera la mejor de todas las respuestas. El señor Marroquín, por su parte, no esperaba esa propuesta. No, no se la imaginaba. Ha pasado mucho tiempo en ese pequeño cuarto, rodeado por el penetrante olor de la tinta y el sudor contagioso de las máquinas, y ya ha perdido la más humana de las aspiraciones humanas: la de salir por televisión.

-¿Qué opina?, ¿qué tal le parece?

-¿*Semejante a la vida* se acaba? -pregunta el muchacho.

-Pero ¿cómo sería eso? -pregunta la cajera: piensa, sin duda, que ahí hay algo que huele mal-, ¿quiénes más estarían invitados?

-No sé -dice Pilar-, ¿otros sobrevivientes?, ¿otros niños?

-¿Por qué se acaba?

-Porque así es la televisión -dice Pilar-: un día estás en todos los canales y al otro no apareces en ninguno.

No es una gran frase, ni nada, pero el señor Marroquín, dispuesto a todo por su amada, de pies en cuerpo y alma para ella, dice que sí, que lo hará, con un movimiento convulsivo de su cabeza gigante. Pilar, entusiasmada por el gesto, da un pequeño aplauso de alegría.

-Yo no estaría muy segura de esto -dice la cajera.

-¿Pero es que se les acabó el rating, o qué? -pregunta el muchacho.

-Me quedó doliendo la mano, mano -añade el policía gordo.

-Es muy sencillo -aclara Pilar-: el señor Marroquín va, se sienta en la silla, nos cuenta su experiencia en *Mi familia es como las demás* y nos dice cómo le ha ido todos estos años.

-Suenan muy fácil -dice el escepticismo de la cajera.

-Es lo más fácil del mundo -acepta Pilar-: y, claro, no tiene que hacerlo si no quiere.

-Quiero -dice el señor Marroquín-: acompañarla a usted, estar a su lado, es un gran honor para mí.

Pilar se acerca al señor Marroquín, le da otro beso en la frente y lo abraza como si fuera un oso de peluche de la infancia. Él, atrapado a la altura del pecho de la presentadora, descubre que el corazón de ella titila como un beeper desbocado, como un tambor en el pelotón de fusilamiento, como una alarma de mesa de noche. ¿Quiere decir que ha ocurrido el milagro? ¿Quiere decir que Dios ha oído sus súplicas y le ha traído hasta ahí, hasta su casa, hasta el pequeño espacio de su oficina, a la mujer, al ángel, a la protagonista de sus sueños? ¿Quiere decir que la soledad ha terminado y que ahora, por fin, van a venir las risas y los ojos de los hijos?

-Lucero, mi maquilladora, que es mi amiga y mi asistente, lo va a llamar en un par de horas -asegura Pilar al tiempo que comienza a comprender, de verdad, lo que está diciendo-. No sabe lo feliz que me hace.

Pilar le da la mano a todos. Ahora está nerviosa porque el plan ha comenzado a funcionar y porque todo parece indicar

que se va a salir con la suya. Piensa que así, de pronto y porque sí y cuando todo parece indicar que no hay salida alguna, se resuelven las peores situaciones. Todos, la cajera, los policías y el muchacho, la miran como si esa escena hubiera sido el sueño de cualquiera de los cuatro. Y ahí, a un lado, está, como embrujado, el señor Marroquín. Ahí se queda mientras ella se sube a su carro, le cuenta las últimas noticias a Lucero por medio de su teléfono celular y emprende el viaje hacia su apartamento de soltera. Ahí está en este momento: suspira como si hubiera terminado un episodio.

El señor Marroquín les dice a todos que ya se pueden ir. Que hoy, teniendo en cuenta los hechos, va a cerrar la papeleería un poco más temprano.

-Un poco no es palabra -dice el muchacho.

-Alcanzamos a invitarlos a tomarnos algo -dice el policía flaco: le pica el ojo a la cajera-. Bueno: si no tienen planes.

-¿Y si no aceptamos? -pregunta la cajera coqueta-, ¿sería como no hacerle caso a la autoridad?

-Por supuesto que sí -le dice el policía-: al que no nos haga caso, le sacamos las esposas.

El señor Marroquín no quiere oírlos más. Quiere que se vayan. Quiere subir al segundo piso, entrar en su habitación y medirse todos los vestidos elegantes que le quedan. Y sí. Eso hace. Lo dejan solo, voltea el letrero de «abierto» y se dedica a mirarse en el espejo con el vestido del entierro de su mamá y a conceder, en voz alta, una entrevista imaginaria. Quizás, en el fondo, ha estado esperando este momento. Tal vez aspiraba, en el inconsciente, a volver a salir por televisión. O de pronto es el recuerdo de sus labios en la frente. El espejo le dice que sí, que se ve bien, que cuando lo vean lo van a llamar para actuar en otra comedia. Puede hacer el papel del abuelo. Puede hacer el papel del mayordomo fiel. Puede hacer lo que ellos quieran. Está listo, como siempre, para servirlos en lo que quieran: el cliente siempre tiene toda la razón.

Baja a la fotocopiadora y las máquinas no lo reconocen de corbata. Les dice que sí, que es él, que no las va a olvidar cuando vuelva a ser famoso. Huele los borradores en forma de princesas y dragones, les confiesa su alegría a los lápices de todos los colores y acaricia a las láminas de madera y a los pliegos de cartulina como si fueran mascotas fieles. Quiere salir. Quiere llenarse los pulmones de aire y recobrar la energía que va a perder por el camino.

Por eso sale a la calle. Camina por la estrecha acera de su cuadra. Siente, como siempre, que los semáforos lo menosprecian, que los carros se ríen de su tamaño y que las bancas de los parques lo señalan con sus brazos de metal. Seguro que piensan que es el de *Mi familia es como las demás*. Seguro que lo compadecen. Seguro que creen que él es un hombre frustrado, pero seguro que, si lo conocieran personalmente, se darían cuenta de que él es uno de los pocos hombres felices que quedan en el mundo. Hoy, tal vez, es el más feliz. El único. Vuelve sobre sus pasos cuando descubre que no tiene a dónde ir, entra de nuevo en la papelería, prende su televisor y trata de abstraer, hasta mañana, las posibilidades de su futuro.

Cierra los ojos. Los abre. Y ahora, de un momento para otro, jueves es viernes, noche es día, mañana es hoy. No sabe cómo ha hecho para soportar la ansiedad. Sabe que ha recibido la llamada de Lucero, la asistente, y que debe llegar al estudio, al otro lado de la ciudad, a las tres de la tarde. Y sabe que ha dormido un poco, que ha dado vueltas por ahí, que le ha pedido a Dios que lo ayude a sentirse en paz de aquí hasta la grabación. Que le ha pedido que lo deje llegar fresco, como una lechuga, hasta los estudios de su programa favorito. Que no, jamás, se le noten los nervios.

El día avanza. La cajera y el muchacho llegan a la papelería y, como si lo hubieran discutido en el bus, le piden que por hoy no se preocupe por el negocio. Ellos ya están preparados para quedarse solos, a cargo de todas las funciones del almacén. Ellos dos son capaces de cualquier cosa con tal de que él se

sienta tranquilo. El señor Marroquín les da las gracias, les dice que los considera sus hijos y se dedica a esperar, en el banqueto de lata de siempre, al chofer de *Semejante a la vida*. De acuerdo con las indicaciones de Lucero, lo recogerá hacia las dos de la tarde.

Que, contra todos los pronósticos, llegan, en el reloj de la esquina, de un momento para otro. Ha sido gracias a los clientes, al gamín y a los dos policías: gracias a un par de yuppies que le sacan copia a una propuesta para una licitación; gracias al niño que ha venido a preguntar si sería posible que le regalaran un cuaderno; gracias al flaco, que ha venido a proponerle matrimonio a la cajera; gracias al gordo, que ha venido a pedir perdón porque ayer casi destroza una vitrina.

El señor Marroquín mete una extraña hoja en un sobre y se lo guarda en el bolsillo interior del blazer. El muchacho le pregunta qué lleva ahí y él se niega a revelarlo porque, según dice, es el gran secreto de su vida. Sus amigos, conmovidos, le dicen adiós desde la puerta de la papelería, bajo el letrero de neón que dice *El papel de su vida*. El chofer del programa lo mira desde el espejo retrovisor y, mientras arrancan, avanzan y atraviesan la ciudad, le pregunta una, dos o tres bobadas. Llegan a los estudios de *Semejante a la vida* cuando todavía faltan cinco minutos para que sean las tres de la tarde. Aún no puede creer que esté ahí. Que esté en el estudio que ve todos los días desde su oficina. Ojalá el muchacho se acuerde de grabarlo. Imposible que no: le dejó el aparato prendido, el casete listo para comenzar y un papelito amarillo, pegado en la superficie del VHS, en el que dice «espichar record, el botón rojo, a las tres y cincuenta y cinco de la tarde».

Lucero, al borde de un ataque cardíaco, lista a perder su trabajo para siempre, lo recibe en la puerta de la entrada, le dice una o dos frases que jamás va a recordar y lo conduce hasta una especie de camerino en donde comienza a maquillarlo.

-¿Puedo hablar con Pilar? -le pregunta el señor Marroquín.

-Creo que después del programa -dice Lucero-: ahora mismo está en una reunión.

-¿Ya llegaron los otros?

-Acaban de llegar: va a ser un programa muy lindo.

-¿Quiénes son ellos?

-Hombres como usted -dice ella porque no sabe qué más puede decir-: uno fue payaso de un circo y el otro fue pianista de la Orquesta Filarmónica.

-Estoy nervioso -dice él-: hace mucho tiempo no sentía estas cosquillas en la garganta.

-Todo va a salir muy bien, tranquilo.

Una media hora después, comienza la angustia en el pasillo: quedan unos minutos para comenzar, los otros dos invitados están listos en los otros camerinos y parece, dicen, que Gilberto Castilla, el hijo del dueño, está discutiendo con Pilar en la tras escena. El coordinador aparece en el camerino del señor Marroquín y le dice que, en unos diez minutos, tendrá que aparecer en el escenario. El señor Marroquín asiente y traga saliva como si fuera a perder la cabeza.

No ve nada, porque no hay un monitor ni nada en ese cuarto, pero alcanza a oír, en la distancia, la voz de Darth Vader: nos dice que ahora, ya, en vivo y en directo, comienza el mejor programa de la televisión. Después, como siempre, suena la canción: «nadie sabe la sed con que otro bebe, / nadie sabe de solidaridad, / y como el que nada teme nada debe, / ven a confesarnos la verdad. / En *Semejante a la vida* tendrás un nuevo hogar / en donde podrás lavar tu ropa sucia, / cuéntale tus emociones a Pilar / con una sonrisa: deja en tu casa la astucia».

El señor Marroquín sabe que las luces caen y que la preciosa Pilar Navarro llega hasta el escenario, a través del auditorio, y, después de darle la mano a todas las señoras que se encuentra por el camino, y de dar una pequeña venia a unos pasos de los tres asientos vacíos, le da las gracias a todos por haber venido, cuenta alguna pequeña anécdota de su vida e in-

troduce, sin más, el tema central del programa. Pero él no lo alcanza a oír bien porque Lucero le dice, en ese preciso momento, que nunca habían hecho un programa como ese.

-¿Yo soy el primero? -pregunta el señor Marroquín.

-Todos salen al tiempo, pero usted es el último que habla -dice Lucero-: ya viene el coordinador y le dice todo lo que tiene que hacer, no se preocupe.

Así que ha llegado la hora de la verdad. En cualquier momento se dirigirá hacia el escenario. La gente, las señoras de gafas del auditorio, aplauden como si hubieran regresado a la primera etapa de la infancia. El corazón del señor Marroquín se comprime como un puño a punto de dar un golpe. Y sí, ahí viene, esos son los pasos del coordinador del programa.

-¿Señor Marroquín? -le pregunta el coordinador-: lo necesitamos en el escenario, ¿me acompaña?

-Sí señor -dice: siempre, aunque se trate de alguien menor que él, trata de demostrar así su respeto por las personas-, como usted diga.

-Hay mucha gente en el público -dice el coordinador mientras comienzan a avanzar por los pasillos sin perspectiva-, como si todos hubieran sido fanáticos de *Mi familia es como las demás*.

-¿Estamos en propagandas? -pregunta el señor Marroquín.

-Estamos en los primeros cortes comerciales: sí señor.

Y ahí, en la tras escena, está Pilar Navarro. Qué manos tan misteriosas, qué labios tan silenciosos, qué ojos tan sedientos. Es, de verdad, una princesa. No hay nadie, ni aquí, ni más allá, en el mar o en el desierto o en la nieve, que pueda nublar su presencia. Ella está primero que todas las mujeres de todos los tiempos y todos los espacios. Ella sonrío cuando uno está a punto de perder las esperanzas y da la vuelta cuando uno está empezando a contrariarla.

Pero ¿quién es ese hombre con el que discute? ¿Por qué se niega a mirarlo a los ojos? ¿Por qué subraya sus frases con sus

manos? ¿Por qué Lucero, a unos pasos, se tapa la cara con las suyas?

–Señor Marroquín –dice una Pilar sorprendida–, me alegra mucho tenerlo en el programa.

–Es mi honor –dice el señor Marroquín–, es la alegría de mi vida.

–Este es el señor Marroquín –le dice Pilar a Gilberto Castilla–, este es el doctor Gilberto Castilla.

–Un minuto para arrancar –grita el coordinador.

–Tenemos que hablar –le dice Castilla a Pilar–: yo no me voy a quedar con los pasajes comprados y sin ninguna respuesta.

–¿Viene conmigo? –le pregunta la sonrisa de Pilar al señor Marroquín–: vamos a divertirnos mucho.

–Yo vivo por usted y para usted y hasta que usted me lo pida –dice el rubor y la voz baja del señor Marroquín.

–Y yo le doy las gracias por ser tan bueno conmigo.

El señor Marroquín hace una pequeña venia para Gilberto Castilla y sospecha, mientras sigue a Pilar y al coordinador, que algo muy raro está pasando. Sale, a pesar de los reflectores y las miradas del auditorio, hasta el pequeño escenario que ha visto tantas veces desde su papelería. Por ahora, hasta ahora, es el único que ha llegado a ese lugar.

–Siéntese en la silla de la mitad –sugiere Pilar–: el protagonista es el protagonista.

–Veinte segundos –grita el coordinador.

–¿En dónde están los otros dos? –pregunta Lucero.

–Ahí están, ahí vienen –dice una voz desde detrás de las cámaras.

–Cinco, cuatro, tres, dos, uno –dice el coordinador.

–Y ahora, con nosotros, Pilar Navarro –dice el locutor del lado oscuro.

–Hola –dice Pilar–: estamos, en *Semejante a la vida*, con tres personajes maravillosos: Oscar Aguirre, Bernardo Valde-rama y el señor Juan Fernando Marroquín. Oscar, mejor co-

nocido como Piñita, fue uno de los payasos más influyentes del país hasta que sufrió un horrible accidente. Oscar: ¿podrías hablarnos un poco de esa tragedia?

-Yo iba con Compota y con Nenito en mi carro -dice Piñita.

-Compota y Nenito: los payasos que aparecían en tu programa.

-Exacto: acabábamos de salir de una grabación y estábamos un poco cansados y de un momento para otro un camión comenzó a perseguirnos.

-¿Porque sí?

-Porque sí, nos cerraba y trataba de sacarnos de la calle.

-Lo pregunto porque hay quienes dicen que ustedes, completamente borrachos, le mostraron sus partes nobles al conductor y a su hija de tres años.

El señor Marroquín acaba de descubrir qué está pasando y por eso está en el borde de la muerte. O por lo menos eso siente. Ya no siente su propio corazón. Da la vuelta y ve cómo el payaso Piñita, sin brazos y sin piernas, narra su horrible tragedia. Eso es. Es una imagen que no ha podido evitar: el payaso es sólo un tronco, no hay nada más, no queda nada. Habla, argumenta, se defiende. El público lo abucea, lo aplaude, se ríe de sus comentarios. Y él, con la cabeza gacha, con su nariz roja y su cara pintada de blanco, encoge los hombros cuando el coordinador anuncia que ha llegado el nuevo corte de comerciales.

El señor Marroquín ve cómo Pilar desaparece, de nuevo, en la tras escena. Respira como si hasta ahora se hubiera dado cuenta de que tiene que hacerlo. A un lado, tiene a un payaso que trata de hacer reír a los niños, pero al final, hecho una cabeza y un pecho, sólo se aparece en sus pesadillas. Y, al otro, a su derecha, tiene a un hombre llamado Bernardo Valderrama que, según dice, ahora que hemos vuelto de los cortes comerciales y Pilar ha regresado, deshecha, desde las profundidades del teatro, fue, a los siete años, el mejor pianista del mundo.

-¿Y cómo llegaste a quedarte sin las dos manos? -pregunta Pilar.

-Mi papá nunca me pegaba -dice Valderrama-, pero ese día, el trece de enero de hace veinticinco años, no resistió mi mala educación y me pegó muchas veces con una regla.

-¿Eso fue todo? -pregunta Pilar.

-Mis manos eran muy delicadas -dice él-, no estaban preparadas para semejantes golpes: quedaron heridas y, como se fueron infectando con el paso de los días, al final tuvieron que cortarlas.

-Tuvo que ser muy duro para tu papá.

-Me acuerdo de que jamás pensé que fuera a ser tan grave: traté de convencer a mi papá de que algún día volverían a crecerme las manos, porque, claro, yo era un niño y estaba seguro de que todo le crecía a uno como las uñas o el pelo.

-Pero no -dice la derrota de Pilar-, no podemos volver atrás.

-Así es: jamás volví a tocar el piano ni pude ser policía ni bombero y mi papá, que era un hombre muy bueno, no resistió mi frase, mi «algún día volverán a crecerme», y una mañana decidió pegarse un tiro.

-¿Y por eso tienes paralizada la mitad del cuerpo?

-Por eso -dice Valderrama-, porque, si tú te pones a pensar, Pilar, las manos son la mitad de la vida: no puedes cambiar un canal sin las manos, conducir un carro o un ascensor, saludar con valor a un enemigo, acariciar a la mujer de tus sueños o escribir una carta de amor.

-No me lo digas a mí -dice Pilar-: a veces me hace falta una tercera.

-Y perdí a mi papá y a todos mis amigos, o sea, a mi otra mitad, y resistí todo lo que pude hasta que una tarde, un primero de enero de hace doce años, decidí lanzarme desde el último piso de mi edificio.

-Y aquí estás para contar la historia -dice ella-: y aquí termina la segunda parte de este capítulo especial de *Semejante a*

la vida: no se vayan, ahora volvemos con otro de nuestros errores de la naturaleza.

El señor Marroquín no puede creerlo. A su lado tiene dos seres deformes. Allá, en el público, hay una serie de mujeres con síndrome de Down, un par de obesas al borde del infarto y dos hermanas siamesas con bigote. Y ahora, en la inmensa pantalla del estudio, aparece un hombre feo, cabezón, peludo, calvo y jorobado. Tiene un ojo de vidrio, una frente achicharrada y un bello gigantesco, y si él, el señor Marroquín, se mueve un poco a la derecha, o se agacha, o pone el cuello como un jarrón romano, el monstruo toma la decisión de imitarlo. Si el señor Marroquín sonríe, el engendro intenta una sonrisa. Si el señor Marroquín se rasca la nariz, el ser fabuloso hace lo mismo.

¿Dijo «nuestros errores de la naturaleza»? ¿Dijo eso? ¿No es un programa sobre estrellas de la televisión del pasado? ¿Qué caras estarán haciendo el muchacho, la cajera, los policías, el gamín y los demás clientes de la papelería? ¿Habrá sido él el último en darse cuenta de quién es ese hombre achatado y repugnante, ese gnomo baboso y grasiento que lo imita en la pantalla del estudio? Es él. Ese monstruo es él. Nadie más y nadie menos que él. El señor Marroquín, el mismo, el de la papelería, el que se quedó sin nadie cuando llegó el último capítulo de *Mi familia es como las demás*, el que fue humillado por un hombre con capucha en un callejón oxidado de la ciudad, el que ahora es observado, con desprecio, por las cámaras, las sillas y las pantallas. Él es el monstruo.

Cuando Pilar Navarro, ahora liviana y sonriente, vuelve de la tras escena y le pica un ojo y le señala su propia cara en el monitor, el señor Marroquín siente un profundo silencio en su interior como si todos sus órganos vitales hubieran dejado de funcionar, como si al final, de un golpe, hubiera descubierto que sí existía la música secreta de los pulmones, los riñones y el intestino. Su corazón es, en este preciso momento, una

mano que se abre de repente. Su ojo de vidrio es lo único que se niega a cerrarse para siempre.

–Cinco, cuatro, tres, dos, uno –anuncia el coordinador.

–Volvemos a *Semejante a la vida*, a este capítulo de errores de la naturaleza, con una buena noticia –dice Pilar: habla, ahora, como si una secta le hubiera lavado el cerebro–: el programa saldrá del aire durante los próximos quince días, pero volverá con una hora más de duración, y mientras eso, mientras yo por fin conozco las islas de Aruba y Curazao, y termino mi relación con mi novio, el piloto, nuestro equipo creará un nuevo escenario y un par de nuevas secciones.

El público aplaude. Lucero, desde detrás de los paneles, siente que todo va a salir peor de lo que esperaba. Pilar, fuera de sí mientras los aplausos nacen, crecen y se reproducen, descubre que en el programa de hoy no hay ningún hombre entre las monstruosas amas de casa del auditorio. No es, para nada, una buena señal. El letrero de neón se apaga y las espectadoras dejan de ovacionarla, y ella, Pilar Navarro, la presentadora que superará por siempre y para siempre los escándalos, las censuras y las desgracias conseguidas por sus propios errores, sabe que todos le van a hablar a sus nietos, de aquí a la eternidad, de la siguiente escena de horror.

El señor Marroquín se ha quedado sin aliento y sin latidos y no quiere responderle una pregunta. ¿Cómo es tu historia? ¿No quieres hablar? ¿No es cierto que te atracaron en un callejón? ¿Por qué no hablas? ¿No es cierto que aparecías en un programa de televisión y le jurabas a tu mamá que el mundo no era tan feo como todos los demás creían? ¿Estás nervioso? ¿Por qué no me miras? ¿No es cierto que ese día, el día cuando te atracaron, venías de un horrendo prostíbulo del centro de la ciudad? ¿Estás bien? ¿No es cierto que has mantenido relaciones sexuales con mujeres que habrían podido ser hombres en estrechas calles sin salida?

El señor Marroquín no responde y no va a responder. Está muerto.

–¿Está bien? –le pregunta la mano de Pilar–: ¿hay alguna enfermera entre el público?

–Pongan una cortinilla, hagan cualquier cosa –grita Gilberto Castilla.

Los clientes de la papelería se miran los unos a los otros. El policía gordo le da un puño a un estante y, cuando los vidrios caen al suelo, declara que detesta cuando se va la señal. El policía flaco no logra darle el beso a la cajera que, ante la imagen congelada de Pilar y el letrero «les pedimos disculpas por la interrupción: *Semejante a la vida* se reanudará en pocos instantes», lanza una frase que podría ser «mierda, se los dije» o «esto no me gusta nada, nada». El muchacho coge sus llaves y su billetera y sale, despavorido, de la papelería. Va a ir en un bus hasta el estudio para ver qué está pasando. No va a dejar que esa gente se burle de su jefe, de su segundo padre, de su maestro.

–Este man se chitió –asegura el coordinador del programa–: hay que llamar una ambulancia.

–Que nadie salga del estudio –dice la voz desde detrás de las cámaras.

–Pero si estaba bien hace un minuto –se queja Pilar–: recuérdeme que nunca vuelva a invitar a los tipos sensibles que conozca por la calle.

–No le suena el corazón –dice Lucero–, tuvo que ser un infarto, ¿cierto?, ¿ah?, ¿no es cierto que tuvo que ser un infarto?

–Pues entonces recuérdeme que jamás vuelva a invitar a un tipo tan frágil.

–Así son esos niños de la televisión –resume Gilberto Castilla–: se resisten a crecer un par de centímetros.

–Tiene algo en el bolsillo –dice Lucero–. Es una carta para Pilar.

–Eso a usted no le importa –dice Gilberto–: usted ya no trabaja aquí.

–¿Yo?: ¿yo qué hice? –pregunta Lucero.

-No ha hecho sino meterle a Pilar cuentos raros en la cabeza -dice Gilberto Castilla-: ¿un programa con errores de la naturaleza?, ¿le parece poco?: se nos va a venir el mundo encima: busque sus cosas, recójalas y lárguese: no quiero verla nunca más en mi canal.

Lucero quiere llorar, pero no les va dar ese placer. Y todo mientras Pilar, como si ya no la conociera, le recibe el sobre, lo abre y descubre que, debajo de una fotocopia de un ojo de vidrio, y dedicadas «a mi futura esposa», están el autógrafo del señor Marroquín y la frase «el mundo no es tan feo, ¿no mami-ta?». Es un testamento inesperado que la obliga a sentarse en el suelo y a concentrarse, sin aire, en la absurda imagen de cuatro, cinco o seis franjas de todos los colores en la pequeña pantalla de un monitor. Es como cuando comienza o finaliza la programación. Hay rectángulos de colores y un timbre agudo que no está dispuesto a callarse. Eso es todo.

Eso es. Así termina. Pilar no ha puesto las reglas y no tiene por qué sentirse deprimida. Pero, por lo que ha venido y por lo que vendrá, les pide a todos que la dejen sola. Así sea por un momento.

WILMER URRELO ZÁRATE

(Bolivia, 1975)

Hizo estudios de Comunicación Social en la Universidad Mayor de San Andrés. Es autor de *Mundo negro* (2000; Premio Nacional de Primera Novela, convocado por la Editorial Nuevo Milenio y traducida en 2008 al italiano por Edizione Estemporanee). Además, participó en el libro *Trabajos forzados y otros cuentos* (2000) y trabajo como editor en la ciudad de Santa Cruz.

Sus cuentos han aparecido en los volúmenes *Memoria de lo que vendrá* (2000), *Pequeñas resistencias 3: antología del nuevo cuento sudamericano* (Madrid, 2006), antología de la cuentística boliviana contemporánea *Alta en el cielo* y en la antología digital de la nueva narrativa hispanoamericana *El futuro no es nuestro*.

Ganó el IX Premio Nacional de Novela 2006 con *Fantasmas asesinos*. En 2011 publicó *Hablar con los perros* (Alfaguara), libro que fue considerado como uno de los 12 libros más destacados de 2011 por el suplemento Fondo Negro de La Prensa y con el que ganó el Premio de Literatura Anna Seghers en 2012.

REVOLUCIONES MUSICALES

Todavía faltan tres minutos para las cinco de la tarde. Entonces te quitas el reloj de pulsera y lo guardas en el bolsillo derecho de la chamarra. Dentro del coche hace calor, muchísimo. Sin embargo, prefieres no zafarte de prenda alguna, quieres estar así cuando ocurra lo que tenga que ocurrir: al fin y al cabo fue ella quien te compró toda esa ropa a lo largo de estos años viviendo juntos. Te recuestas un poco en el asiento. Desvías la mirada casi de forma mecánica hacia la calle. Ahí está, sobre la calzada, el vendedor de CD piratas cuyo nombre nunca puedes recordar, pero de quien adquirieron decenas de veces música variada, desde los tangos de Ástor Piazzolla pasando por Luis Miguel y sus poses de mariconazo hasta llegar al último álbum de Julieta Venegas. Pensaste: ¿No se parecían las dos en cierta medida? ¿No se habían dado cuenta ambos de este detalle el otro día mientras veían en MTV un programa sobre su más reciente disco? Tal vez en la forma de hablar, en lo suavito de la voz, en la risa casi infantil. Y un poco en la cara también. Pero entonces volviste a poner atención en el vendedor. Ahí estaba como siempre: alto, flaco, con los pelos sucios y tiesos, además de esos bigotes espesos y desaliñados que parecían un gusano peludo. ¿Cuántos hijos tendría? Seguro que muchos, ¿no decían siempre que los pobres tenían hijos como los conejos?, ¿a montones?, ¿uno tras otro? Te los imaginaste a todos dentro de una habitación de paredes húmedas y piso de cemento. Una cama de dos plazas a un costado donde seguro el flaco dormía con la esposa y una mesa pequeña don-

de almorzaban, desayunaban y donde los chicos harían los deberes durante las tardes. Mesa que, era más que seguro, quitaban por las noches para tender los colchones o lo que fuera para que se fueran a dormir.

Volviste a ver el reloj. Ya no faltaba mucho. ¿Y si la llamas? A lo mejor podría sospechar. Podría decirte: ¿pasa algo?, ¿estás bien? Preferiste no hacerlo. No valía la pena volver a oír su voz. Además se lo habías prometido a Morote anoche: Nada de arrepentimientos a última hora, compadre, nada de sentimentalismos, ¿estamos? La última hora, la que estaba llegando. Optaste más bien por pensar en ella: no había cambiado mucho desde que se habían conocido y desde esa mañana de abril cuando se casaron. Seguía siendo la misma, pero era otra o en todo caso sería otra. ¿Tenía lógica eso? Con una media sonrisa pensaste en las frases de los autores de libros de autoayuda que ella leía con una devoción exasperante. Lo que habías pensado se parecía a eso. ¿No decían cosas obvias en frases más o menos complicadas para de esa manera aparentar profundidad? ¿Qué diría Carlos Cuauhtémoc Sánchez sobre lo que te estaba ocurriendo? ¿Paulo Coelho? Seguramente alguna bobería. O los muy pendejos podrían usar tu historia para escribir un nuevo libro y así ganar millones.

Sí, pese a los años ella no había cambiado. Era la misma físicamente, a eso te referías. Era la misma mujer de caderas delgadas, el mismo corte de cabello y la misma nariz recta y decisiva de la cual te habías enamorado. Porque tú eras así: las pocas veces que te habías enamorado lo habías hecho a partir de un rasgo físico en particular para luego recién abarcarlo todo. ¿Cómo te había dicho Morote que se llamaba eso el otro día cuando se lo contaste? No recordabas. Inclusive los ojos eran los mismos: oscuros y siempre curiosos. En alguna oportunidad ella había querido cambiárselos, ponerse unos lentes de contacto azules o verdes pero al final no se animó, por suerte.

Volviste a mirar al flaco. No sabías cómo hacía esta gente para estar sentada todo el día en la calle. ¿No se aburrirían? A lo mejor tendrían alguna técnica para evitarlo. Tal vez imaginar otras vidas. O pensar en la vida de las personas que compraban sus CD. ¿Habría hecho eso contigo y tu esposa en alguna oportunidad? Tal vez esa cortesía con que los atendía cada vez que aparecían frente a su puesto sólo era una actuación, una simulación, una estrategia. Era posible que luego, una vez que pagaban y se iban, el muy degenerado pensara en cómo te la tirabas todas las noches. En lo que a ella le gustaba en la cama. ¿Pensaría en tu esposa cuando estaba con su mujer? ¿Cómo sería ella? Seguro que como la mayor parte de las mujeres pobres: las tetas caídas, las caderas rollizas y la boca desdentada. A lo mejor el flaco tendría que recordar las tapas de sus CD piratas para que se le parara: la imaginaría con el culo de Shakira, las tetas de Ashlee Simpson y el rostro virginal de Dido. ¿Habría reparado él también en el parecido de tu esposa con Julieta Venegas? Tal vez. Sin embargo, el que lo había hecho sin el menor reparo había sido Morote. Cuando le mostraste la foto de la cantante el otro día te lo dijo: se parece a tu esposa. Eso había sido un error. Mostrarle la foto. ¿Por qué tenía que conocer algo que compartías sólo con ella? ¿Por qué de pronto te había surgido esa necesidad de contarle a Morote todos los detalles de su vida en común? ¿No podías haberte quedado callado y sólo esperar a que simplemente ocurriera? Morote y su acento peruano. Morote y sus pelos parados y esos ojos rasgados de chinito. Cuando le dijiste que se parecía a Fujimori se enojó contigo. Eso es un insulto para mí, hermano, te dijo, más respeto. Y lo dijo con tanta furia que te asustaste y fue ahí, precisamente, en ese galpón frío y húmedo que casi das un paso atrás. ¿Qué estabas haciendo? ¿Cometiendo el error más grande de tu vida? En esa oportunidad miraste a Morote con calma. Era pequeño y de tórax estrecho: la clase de persona con la que jamás te juntarías en otras circunstancias. Siempre andaba nervioso y expectante: las cosas deben salir

bien, te decía, hay que tener todo planificado. Calculaba todo con meticulosidad, te explicaba los pasos que iban a dar ese día (es decir, hoy) dibujando planos, mostrándote cómo iba a ocurrir lo que tenía que pasar con cajitas de fósforos y en algunos casos incluso haciendo efectos de sonido con la boca. Morote estaba convencido. Tú, pensabas, sólo buscabas una salida decorosa a todo lo que te estaba pasando. Sí, una salida fácil, sin complicaciones. Limpia. Sacaste una vez más el reloj. Ya casi era la hora. Lo volviste a guardar. Ahora alguien le compraba un CD al flaco. Era una jovencita con falda a cuadros y camisa blanca de hombre. La elección era obvia, pensaste, RBD. Grupitos de mierda, pensaste, de esos que de acá a diez años nadie recordaría por fortuna para la historia de la música. Viste pagar a la chica y marcharse guardando el disco en la mochila. El flaco observaba cómo se alejaba. Pensaste: una imagen más para tus arrechuras nocturnas, flaquito. En eso sonó el celular. Lo tomaste del asiento del copiloto. Viste qué nombre revelaba el identificador: Batuque. No contestaste porque habían quedado en que sólo te haría timbrar, nada más. Era Morote. Morote que ya estaba en el mirador de la ciudad con la cámara de vídeo que le habías comprado. Listo para filmar. Él mismo te había pedido que le pusieras ese nombre en la agenda del celular y cuando le preguntaste si era su nombre de guerra él rió divertido. Te dijo que no. Te contó que era el nombre de un perro que aparecía en alguna novela de un escritor también peruano a quien en los años ochenta él tendría que haber matado porque estaba en la lista negra de Sendero Luminoso. Te contó cómo le había hecho el seguimiento, cómo sabía las cosas aburridas que hacía, las novelas que escribía, los lugares que frecuentaba. Te contó también con desilusión cómo habían abortado el plan no sabía muy bien por qué y cómo desde ese día tenía una fijación con él: algún día mataré a ese maldito, te dijo. No te acordabas del nombre del escritor, pero estabas seguro que era conocido. Al recordar este episodio pensaste en la peligrosidad de Morote. ¿No era Sendero Lumi-

noso un grupo terrorista? Cuando te contó esa parte de su vida, luego, habías investigado por Internet. Era un grupo ya acabado, terminado, casi extinguido. ¿Por qué entonces Morote seguía creyendo? Nunca quiso decirte y tú te molestaste por eso. ¿No le habías contado las razones que te impulsaban a hacer lo que estabas haciendo? ¿No podía haber hecho lo mismo? En esa oportunidad Morote te dijo que respetaba las decisiones de los otros hombres. Cada quien hace su lucha a su modo, te dijo. ¿Pero cómo lo habías conocido? Volvieron hasta ti la noche en que saliste de ese bar borrachísimo luego de enterarte de toda la verdad, de esa verdad que te había atormentado desde que la conociste y que estabas seguro te atormentaría tan sólo hasta hoy. Habías estado bebiendo desde la mañana, primero en lugares más o menos decentes y poco a poco habías ido descendiendo de escala hasta llegar a un lugar llamado *El sapito en su charco*. Era un bar estrecho y mugroso, donde los borrachos tenían que beber no en mesas sino sobre tabloncitos adosados a las paredes. Ya de madrugada saliste tambaleándote por una callecita empedrada y con un solo poste como toda iluminación. Y fue entonces cuando lo viste. Morote estaba apoyado contra una pared, sosteniendo una caja que contenía corbatas lustrosas y de colores estrafalarios. El peruano te miraba con fijeza. Cuando te vio caer se acercó a ti con calma y te dijo: ¿estás bien? Cuando oíste su acento peruano creíste que iba a matarte. ¿No decían que la ciudad estaba llena de ladrones peruanos? ¿De bandas de asaltantes? ¿Incluso de secuestradores que eran capaces de torturarte por el PIN de tu tarjeta de débito? Quisiste ponerte de pie y correr pero ya era demasiado tarde: Morote te había alzado como a un costal de papas y lanzado al hombro, cosa inimaginable estando sobrio, pues tú medías casi un metro ochenta y Morote apenas llegaría al uno sesenta con mucho esfuerzo. Pero lo hizo de alguna manera y tú, a partir de allí, sólo recordabas una cama dura y una ventana estrecha y sin

cortinas por donde se filtraba la luz amarilla y sucia del alumbrado público.

Entonces el celular volvió a tocar.

El identificador decía Batuque una vez más. Eso quería decir que Morote ya estaba solo, que no había nadie cerca de él y que empezaba a grabar. Habían quedado en que haría esa segunda llamada para que lo supieras, tan sólo para que estés tranquilo. Recordaste el miedo que sentiste ese día cuando recobriste la sobriedad y lo viste oteando por la ventana. Te había atado a una desvencijada cama de hojalata (o por lo menos sonaba así cuando te movías) y cuando oyó tu voz giró para decirte que estabas retenido (no secuestrado) sino retenido por las Fuerzas Armadas Peruanas Revolucionarias en el exterior y luego recitó una sigla con orgullo: Fapre. No tengo dinero, le dijiste, y él te dijo: No queremos tu dinero. Y fue entonces cuando te contó el plan o el operativo, como le gustaba llamarlo. Tú escuchaste todo con calma, sin entender algunas cosas: cómo se habían enterado a lo que te dedicabas, dónde vivías, el seguimiento que te habían hecho, los insumos (dijo insumos y no ítems, como acostumbrabas a llamarlos tú) que manejabas en tu trabajo. Te pidió calma. Te dijo que no te harían nada si colaborabas. Tampoco a tu esposa. Ella está bien, te dijo, y estaría bien en el futuro: eso dependía de ti, por supuesto. Sólo querían la dinamita, nada más, y también el silencio, se entiende. Entonces explicó el plan. El edificio, el lugar donde debería ocurrir. Enmudeciste: ¿ahí?, ¿en ese lugar? ¿Por qué ese edificio?, y entonces le contaste: trabaja allí, mi esposa. Morote no contestó, se pasó los dedos por la barbilla: Como marxista-leninista-maoísta, pensamiento Gonzalo no debería creer en la mala suerte, te dijo, pero a veces ocurre. Antes la sacas de ahí con alguna excusa y listo. No tenemos problemas con eso. Entonces te pusiste a llorar. No lo viste en ese momento, pero Morote te observó con desprecio. ¿Es que nunca había visto llorar a un hombre? Tal vez era un tipo duro. De esos que no se quiebran ante nada. Pero luego de un tiempo se acercó a ti y

ordenó que callaras. ¿No veía que se estaba humillando? ¿Por qué la pequeña burguesía no tiene dignidad? Cuando callaste le explicaste todo. Le dijiste lo que había ocurrido. Las cosas que no querías que pasaran con el tiempo. Le dijiste que no tenías el valor suficiente para soportarlo, para enfrentarlo. Que por eso habías estado bebiendo desde tan temprano y en esas cantidades. ¿Comprendía? Morote escuchó tus palabras sin cortarte, tan sólo parpadeó un par de veces en todo ese tiempo y fue entonces cuando te dijo: demuéstrame que es cierto. Le pediste que sacara la billetera del bolsillo trasero de tus pantalones. Que buscara. Morote analizó cada uno de los papeles hasta que se topó con uno azul. Lo leyó con detenimiento, unas tres veces, moviendo los labios muy quedito cuando pasaba por alguna frase. Luego te miró y te dijo con frialdad: eso no importa. Quisiste ponerte de pie para golpearlo pero estabas demasiado bien atado. ¿Nunca se había enamorado? ¿Nunca le habían pasado cosas con una mujer? ¿Nunca había querido a alguien? Morote no dijo nada, tú respirabas agitadamente, hubo un silencio largo y demoledor y no supiste en qué momento se te ocurrió la idea. Entonces se lo dijiste. Él te dijo que las cosas personales no le importaban. Bastaría con no decirle nada y listo, te dijo, con no avisarle lo que pasaría, con sacarla a tiempo con cualquier excusa. Luego te preguntó si ayudarías. ¿Qué otra opción tenías? ¿No era lo que habías pensado hacer desde que te enteraste de la noticia? ¿No eran Morote y su plan sólo un aditamento a lo que ya habías decidido? ¿Una pieza final? ¿Y qué con las otras personas que trabajaban con ella? Morote te dijo: en toda guerra siempre hay bajas.

Entonces dijiste que sí.

Esta vez sonó la alarma del celular.

Sólo faltaba un minuto. Echaste una mirada final al vendedor de CD: seguía ahí, impertérrito, con la mirada clavada en la nada. Luego pensaste en Morote y en el nerviosismo que seguramente lo estaría invadiendo en este momento. Pensaste en tu esposa y en ese parecido a Julieta Venegas. Entonces sacas-

te el otro celular de la guantera. Lo encendiste. Buscaste el único número que tenía grabado en la sección de directorio: Julieta. Encendiste el coche y partiste. Te alejaste. Estacionaste cinco manzanas más allá del edificio donde, en este momento, tu esposa trabajaba y en cuya puerta de ingreso el vendedor de CD imaginaba las escenas morbosas que protagonizaban sus clientes. Mientras el dedo pulgar de tu mano derecha apretaba el botón que decía *yes* del celular pensaste en ese papelito azul que, meses atrás, habías hallado debajo del colchón y que tu esposa jamás te mostró. Ese papelito que la condenaba a morir con lentitud y sufrimiento, esas letras en Verdana que decían que su muerte estaba próxima: una muerte escandalosa, rodeada de algodones (imaginabas), tubos transparentes, olor a alcohol y sudor, jeringuillas desechables, nalgas llagadas, estómagos destrozados, cabelleras inexistentes, venas escurridizas.

Recordaste al fin los 500 kilos de dinamita y anfo metidas en las cajas que habían sacado junto a Morote dos noches antes de las bodegas que estaban a tu cargo, y que ahora se encontraban en la parte trasera de una Van celeste que el peruano había conseguido vaya uno a saber de dónde y que se hallaba en el estacionamiento subterráneo del edificio. Recordaste, mientras en la pantalla del celular salía el texto que decía *llamando*, el intrincado sistema electrónico del cual Morote se sentía orgulloso y que estaba conectado a las cajas, y que las haría explotar, recordaste también que el *ring tong* que habías programado en el celular (y que estaba en el piso de la Van) era, precisamente, una canción de Julieta Venegas.

ALEJANDRO ZAMBRA

(Chile, 1975)

Es un poeta y narrador, Licenciado en Literatura Hispánica por la Universidad de Chile. Es Doctor en Literatura por la Universidad Católica y enseña literatura en la Universidad Diego Portales en Santiago de Chile.

Empezó su carrera literaria como poeta. Su primer poemario, *Bahía inútil*, apareció en 1998, y su primera novela, *Bonsái*, fue publicada por Anagrama en 2006. Escribe poesía (*Mudanza*, 2003; *Facsimil*, 2014), novelas (*La vida privada de los árboles*, 2007; *Formas de volver a casa*, 2011), cuento (*Mis documentos*, 2013; *Fantasía*, 2016) y ensayo (*No leer*, 2010) y es autor de un guion cinematográfico (*Vida de familia*, 2016, para la película homónima de Alicia Scherson).

En 2007 fue seleccionado por el Hay Festival de Bogotá como uno de los 39 jóvenes escritores latinoamericanos más importantes. Además, la revista británica *Granta* le eligió en 2010 entre los 22 mejores escritores de lengua española menores de 35 años.

En los últimos 10 años obtuvo una decena de reconocimientos: Premio de la Crítica de Chile y Premio del Consejo Nacional del Libro y la Lectura en 2007 (por *Bonsái*), Premio Altazor en 2012 (por *Formas de volver a casa*), Premio Príncipe Claus 2013, Premio Municipal de Literatura de Santiago en 2014 (por *Mis documentos*).

RECUERDOS DE UN COMPUTADOR PERSONAL

Para Ximena y Héctor

Fue comprado el 15 de marzo del año 2000, en cuatrocientos ochenta mil pesos, pagaderos en 36 cuotas mensuales. Max intentó acomodar las tres cajas en el maletero de un taxi, pero no había espacio suficiente, por lo que hubo que usar pitillas y hasta un pulpo para asegurarlas, aunque era un trayecto breve, sólo diez cuadras hasta Plaza Italia. Una vez en el departamento, Max instaló la pesada CPU bajo la mesa del comedor, tendió los cables de forma más o menos armónica y jugó como un niño con las bolsas y plumavits del embalaje. Antes de iniciar solemnemente el sistema, se dio tiempo para mirarlo todo con detención, fascinado: el teclado le pareció impecable, el monitor perfecto, y hasta pensó que el mouse y los parlantes eran, de algún modo, agradables.

Era el primer computador de su vida, a los veintitrés años, y no sabía con certeza para qué lo quería, si apenas lograba encenderlo y abrir el procesador de texto. Pero era necesario tener un computador, todo el mundo opinaba eso, también su madre, que le prometió ayudarlo a pagar las cuotas. Trabajaba como ayudante en la universidad, quizás podría digitar ahí los controles de lectura, o transcribir esos apuntes ya viejos, escritos a mano o tipeados con tanto esfuerzo en una antigua máquina Olympia, con la que también había escrito todos sus trabajos de la licenciatura, provocando la risa o la admiración

de sus compañeros, porque ya casi todos se habían pasado a los computadores.

Lo primero que hizo fue transcribir los poemas que había escrito en los últimos años, textos cortos, elípticos, incidentales, que nadie consideraba buenos, pero tampoco eran malos. Algo pasaba, sin embargo, al ver en la pantalla esas palabras, que tanto sentido tenían en sus cuadernos: dudaba de las estrofas, se dejaba llevar por otro ritmo, quizás más visual que musical, pero en vez de sentir el traspaso como un experimento, se retraía, se frustraba, y era frecuente que los borrara y comenzara de nuevo, o que perdiera el tiempo cambiando las tipografías o moviendo el puntero del mouse desde un extremo a otro de la pantalla, en líneas rectas, en diagonales, en círculos. No abandonaba sus cuadernos y su pluma, con la que al primer descuido regó de tinta el teclado, que además debió soportar la presencia amenazante de innumerables tazas de café, y una persistente lluvia de cenizas, porque Max casi nunca alcanzaba el cenicero, y fumaba mucho mientras escribía, o más bien escribía poco mientras fumaba mucho, pues su velocidad como fumador era notablemente mayor que su velocidad como escritor. Años más tarde la acumulación de mugre provocaría la pérdida del vocal *a* y de la consonante *t*, pero lo mejor será, por ahora, respetar la secuencia de los hechos.

Gracias al computador, o por su culpa, sobrevino una soleada nueva. Ya no veía las noticias, ya no perdía el tiempo tocando la guitarra o dibujando: al volver de la universidad de inmediato prendía el computador y se ponía a trabajar o explorar las posibilidades de la máquina. Pronto descubrió programas muy sencillos que permitían resultados para él asombrosos, como la grabación de voces, mediante un escuálido micrófono que compró en la casa Royal, o la reproducción aleatoria de canciones –miraba con orgullo la carpeta *Mi música*, donde ahora esperaban los veinticuatro discos compactos que tenía en casa. Mientras escuchaba las canciones,

admirado de que una balada de Roberto Carlos diera paso a los Sex Pistols, seguía con sus poemas, que nunca consideraba terminados. A veces, a falta de una estufa, Max evadía el frío acariciando, de rodillas, la CPU, cuyo leve rugido se juntaba con la ronquera del refrigerador, y con las voces y bocinas que llegaban desde afuera. No le interesaba Internet, desconfiaba de Internet, y aunque en casa de su madre un amigo le había creado una cuenta de correo, él se negaba a conectar al computador y también a insertar esos diskettes tan peligrosos, eventuales portadores de virus que, según decían, podían arruinarlo todo.

Las pocas mujeres que durante esos meses visitaron el departamento se iban antes del amanecer, sin siquiera ducharse o tomar desayuno, y no regresaban. Pero al comienzo del verano hubo una que sí se quedó a dormir y luego también a desayunar: Claudia. Una mañana, al salir de la ducha, Claudia se detuvo frente a la pantalla apagada, como buscando arrugas incipientes u otras marcas o manchas esquivas. Su cara era morena, los labios más delgados que gruesos, el cuello largo, los ojos achinados, verde oscuro, el pelo le llegaba hasta los hombros mojados: las puntas parecían numerosos alfileres clavados en los huesos. Su cuerpo cabía dos o tres veces en la toalla que ella misma había llevado a casa de Max. Semanas más tarde Claudia llevó también un espejo para el baño, pero igual siguió mirándose en la pantalla, a pesar de lo difícil que era encontrar, en la opacidad del reflejo, algo más que los contornos de su cara.

Después de tirar, Max solía quedarse dormido, mientras que Claudia iba al computador y jugaba veloces solitarios o cautelosos buscaminas o partidas de ajedrez en nivel intermedio. A veces él despertaba y se quedaba a su lado, aconsejando la jugada siguiente o simplemente acariciándole el pelo y la espalda. Con la mano derecha Claudia atenazaba el mouse, como si fueran a quitárselo, como si fuera la cartera que alguien quisiera arrebatarse, pero aunque apretaba los dientes y abría los

ojos exageradamente, cada tanto dejaba caer una risita nerviosa que autorizaba, que pedía más caricias. Tal vez jugaba mejor cuando él la acompañaba. Al terminar la partida se sentaba encima de Max para empezar un polvo lento y largo. El protector de pantalla caía en líneas inconstantes en los hombros, en la espalda, en las nalgas, en los suaves muslos de Claudia.

Tomaban el café en la cama, pero a veces hacían sitio en la mesa para –decía ella– desayunar como Dios manda. Max desenchufaba el teclado y el monitor y los dejaba en el suelo, expuestos a los pisotones y al impacto de minúsculos restos de pan, pero cada tanto Claudia limpiaba el computador con líquido para vidrios y paños de cocina. El comportamiento de la máquina era, a todo esto, ejemplar: durante todo ese tiempo Windows siempre se inició correctamente.

El 30 de diciembre de 2001, a casi dos años de su adquisición, el computador fue trasladado a un departamento un poco más grande en la comuna de Ñuñoa. El entorno era ahora bastante más favorable: le asignaron un cuarto propio y armaron, con una puerta vieja y dos caballetes, un escritorio. De los solitarios y las interminables partidas de ajedrez, Claudia derivó a actividades más sofisticadas –conectó una cámara digital, por ejemplo, que contenía decenas de fotos de un viaje reciente, que si bien no podía considerarse propiamente una luna de miel, porque Max y Claudia no estaban casados, había cumplido esa función. En esas imágenes ella posaba con el mar de fondo, o en el interior de una habitación de madera con sombreros mexicanos, crucifijos inmensos y conchas que hacían las veces de ceniceros. Claudia salía seria o conteniendo apenas la risa, desnuda o con poca ropa, fumando hierba, bebiendo, tapándose los pechos o enseñándolos con malicia («tu cara irresistible de caliente»), escribió él una tarde de sexo y endecasílabos). Había también algunas fotos que mostraban únicamente el roquerío o el oleaje o el sol apagándose en el horizonte, como postales o imitaciones de postales. Sólo en dos

fotos aparecía Max y sólo en una salían ambos, abrazados, sonriendo con el típico fondo de un restaurante costero. Claudia pasó días ordenando esas imágenes –renombraba los archivos con frases tal vez demasiado largas, que solían terminar en signos de exclamación o puntos suspensivos, y enseguida las distribuía en varias carpetas, como si correspondieran a viajes distintos, pero luego volvía a ponerlas todas juntas, pensando en que dentro de algunos años habría muchas otras carpetas, cincuenta, cien carpetas para las fotos de cien viajes futuros, pues deseaba una vida llena de viajes y fotografía. También pasaba horas intentando superar el nivel cinco de un juego de La Pantera Rosa que venía de regalo con el detergente. Cuando se desesperaba, Max trataba de ayudarla, aunque siempre había sido pésimo con los videojuegos. Al verlos tan concentrados y tensos ante la pantalla, se tenía la impresión de que resolvían arduos problemas urgentes, de los que dependía el futuro de la patria o del mundo.

No siempre coincidían, porque ahora Max tenía un trabajo nocturno –había perdido el concurso de ayudantía, o más bien lo había ganado la nueva polola del catedrático («tú sabes cómo son estas cosas»)-, y Claudia vendía seguros y también estudiaba una especie de postítulo o posgrado o diplomado o quizás el último año de alguna eterna licenciatura. A veces pasaban uno o dos días sin verse –Claudia lo llamaba al trabajo y hablaban largo, pues el trabajo de Max consistía, justamente, en hablar por teléfono, o en esperar remotas llamadas telefónicas que nunca llegaban. Parece que tu verdadero trabajo es hablar por teléfono conmigo, le dijo Claudia una noche, con el auricular resbalando en el hombro derecho. Luego rió con una especie de resuello, como si quisiera toser y la tos no saliera o se entrelazara con la risa.

Al igual que Max, ella prefería escribir a mano y luego traspasar sus trabajos al computador. Eran documentos largos,

con frecuentes errores de transcripción y tipografías juveniles. Los documentos abarcaban temas relacionados con gestión cultural o políticas públicas o bosques nativos o algo así. Se le hizo necesario investigar por Internet, y ése fue el gran cambio de aquel tiempo, que provocó la primera gran discusión de la pareja, porque Max seguía negándose a dar ese paso, definitivamente no quería saber nada de páginas web ni de antivirus, pero tuvo que ceder. Después hubo una segunda discusión furibunda, una noche en que Max llamó insistentemente durante horas pero la línea estaba ocupada. Compraron un celular, pero era carísimo sostener esas conversaciones, por lo que tuvieron que conseguir una segunda línea telefónica de conexión exclusiva.

Hasta ahí ninguno de los dos se había familiarizado con el email, al que más temprano que tarde se hicieron adictos, pero la mayor adicción que Max contrajo, que sería perdurable, fue a la pornografía, lo que provocó la tercera gran discusión de la pareja, pero también varios experimentos, como las para Claudia desconcertantes eyaculaciones en la cara o esa obsesión tenaz por el sexo anal, que al principio causó discusiones áridas pero a la postre provechosas sobre los posibles límites del placer.

Fue por entonces cuando perdieron la vocal *a* y la consonante *t*. Claudia debía entregar un trabajo con urgencia, de manera que trató de prescindir de esas letras, y Max, que alguna vez había intentado poemas de vanguardia, quiso ayudarla, pero no resultó. Al día siguiente consiguieron un teclado bastante bueno, de color negro, con unos coquetos botones multimedia rosados que entre otras funciones permitían reproducir o detener la música instantáneamente, sin necesidad de recurrir al mouse.

Desde hacía meses, sin embargo, había señales de un desastre mayor, decenas de demoras inexplicables, algunas breves y reversibles, otras tan prolongadas que había que resignarse a reiniciar el sistema. Ocurrió un lluvioso sábado

que deberían haber pasado tranquilos, viendo tele y comiendo sopaipillas, en el peor de los casos moviendo las palanganas y las ollas de gotera en gotera, pero tuvieron que dedicar el día entero a reparar o intentar reparar, con más voluntad que método, el computador.

El domingo Max llamó a un amigo que estudiaba ingeniería. Al finalizar la tarde dos botellas de pisco y cinco latas de Coca-Cola dominaban el escritorio, pero todavía nadie estaba borracho, más bien parecían frustrados por la difícil reparación, que el amigo de Max atribuía a algo muy raro, algo nunca antes visto. Pero quizá sí estaban borrachos, o al menos lo estaba el amigo de Max, porque de pronto, en una desgraciada maniobra, borró el disco. Perdieron todo, pero desde ahora funcionará mejor, dijo el amigo como si nada, con una frialdad y una valentía dignas de un médico que acaba de amputar una pierna. Fue culpa tuya, imbécil, le respondió Claudia, como si en efecto le hubieran cortado, por pura negligencia, una pierna o tal vez las dos. Max guardó silencio y la abrazó protectoramente. El amigo dio un último y exagerado sorbo a su pisco, alcanzó a agarrar unos cubitos de queso gauda, y se fue.

A Claudia le costó asimilar la pérdida, pero consiguió un técnico de verdad, que cambió el sistema operativo y creó perfiles diferenciados para ambos usuarios, e incluso una cuenta simbólica, a petición de Claudia, para Sebastián, el postergado hijo de Max. Es verdad, debió ser antes, tuvieron que pasar como dos mil palabras para que saliera al baile, pero es que Max olvidaba con frecuencia la existencia del niño: en dos últimos años lo había visto apenas una vez y sólo dos días. Claudia ni siquiera lo conocía, porque Sebastián vivía en Temuco. A ella le costaba entender la situación, que se había convertido, naturalmente, en el punto negro o el punto ciego de su relación con Max. Era mejor no tocar el tema, que igual surgía de vez en cuando, en discusiones feroces que terminaban con los dos llorando, y de los dos quien lloraba más era él –lloraba con una rabia, con resentimiento, con vergüenza, y luego su rostro

se endurecía, como si las lágrimas se hubieran sedimentado en su piel; es una metáfora común pero en efecto, después del llanto, su piel lucía más densa y oscura.

No todo era así de terrible. Cuando, con el dinero que le dieron sus padres, Claudia compró una asombrosa multifuncional –que imprimía, escaneaba y hasta sacaba fotocopias– ella se abocó, apasionadamente, a digitalizar extensos álbumes familiares, en sesiones bastante tediosas pero para ella divertidísimas, pues más que registrar el pasado se proponía modificarlo: distorsionaba los rostros de parientes antipáticos, borraba a algunos personajes secundarios e incluía a otros inverosímiles convidados, como Jim Jarmusch en su fiesta de cumpleaños, o Leonard Cohen junto a Claudia haciendo la primera comunión, o un viaje a San Pedro de Atacama con sus amigos Sinead O’Connor, Carlos Cabezas y el diputado Fulvio Rossi –los montajes no eran muy buenos, pero arrancaban las risas de amigas y primas.

Así pasó un año entero.

Ahora Max tenía turnos de mañana, por lo que en teoría estaban más tiempo juntos, pero buena parte de ese tiempo lo perdían disputándose el computador. Él reclamaba que ya no podía escribir cuando le venía la inspiración, lo que era falso, porque para sus perpetuos borradores de poemas seguía usando los viejos cuadernos, pues seguía sintiendo que al transcribirlos se estropeaban, se perdían. Había adoptado la costumbre, en cambio, de escribir eternos emails a gente a la que no veía desde hacía años y ahora extrañaba o creía extrañar. Algunas de esas personas vivían cerca o no demasiado lejos y Max también tenía sus números de teléfono, pero prefería escribirles cartas –eran cartas más que emails, aún no comprendía la diferencia: escribía textos melancólicos, tremendistas, memoriosos, esa clase de mensaje cuya repuesta se posterga indefinidamente, aunque a veces recibía respuestas igual de elaborados, contaminados también por una nostalgia frívola y quejumbrosa.

Llegó el verano y también llegó Sebastián, tras meses de delicadas gestiones. Fueron ambos a buscarlo a Temuco, en bus, nueve horas de ida, casi diez de vuelta. El niño acababa de cumplir ocho años, la leve y prematura sombra de un bigote le daba un aspecto cómico de adulto. Los primeros días Sebastián hablaba poco, en especial si quien le dirigía la palabra era su padre. De los intensos paseos al zoológico, a Fantasilandia y a la piscina, derivaron a las calurosas tardes puertas adentro, y quizás lo pasaban mejor encerrados que con los panoramas supuestamente divertidos. Seba aprovechaba su perfil de usuario para estar en Messenger sin restricciones, en interminables chats con sus amigos temucanos. Rápidamente demostró sus conocimientos sobre computadores, que no eran sorprendentes, era un niño que, como tantos, se había familiarizado desde muy chico con los computadores, pero a Claudia y Max los impresionaba tanta destreza. Con precisión y algo de tedio los orientó en la elección de un nuevo antivirus y hasta les advirtió sobre la necesidad de desfragmentar el disco periódicamente. En cuanto al juego de la Pantera Rosa, ni falta que hacía decirlo: lo dio vuelta con una rapidez alucinante, muchas veces, y quizás esas dos o tres tardes enteras que Sebastián pasó enseñándole a Claudia y a su padre los trucos y la lógica de ese juego para él tan básico, tan aburrido, fueron los momentos más gloriosos y plenos de esas vacaciones. Nunca había estado, eso es seguro, tan cerca de su padre, y con Claudia se hicieron, por así decirlo, amigos. A ella le parecía un niño valioso, decía. Y Sebastián opinaba que Claudia era linda.

Fueron todos juntos de vuelta a Temuco. El viaje fue alegre, con promesas de reencuentro y regalos. Pero el trayecto de vuelta se hizo sombrío y agotador, el exacto preludio de lo que venía. Porque casi enseguida, quizás en el mismo momento en que abrieron la puerta del departamento, la vida entró en el marasmo que a su manera ambos intuían. Quizás molesto por las conclusiones y consejos que Claudia deslizaba («lo recuperaste pero ahora debes conservarlo», «volverás a perder-

lo si no cuidas el vínculo», «la mamá del Seba es una buena mujer») o tal vez simplemente aburrido de ella, Max se ensimismó, se abrumó. No disimulaba su molestia, pero tampoco explicaba su estado de ánimo, y las continuas preguntas de Claudia las ignoraba o respondía con desgano o con monosílabos.

Una noche llegó borracho y se durmió sin siquiera saludarla. Ella no sabía qué hacer. Fue a la cama, lo abrazó, intentó dormir a su lado, pero no pudo. Prendió el computador, deambuló por Internet y estuvo unas dos horas jugando Pac Man con las flechas del teclado. Después pidió un taxi y fue a la botillería a comprar vino blanco y cigarros mentolados. Bebió la mitad de la botella en la mesita del living, mirando las grietas del piso flotante, las paredes blancas, las ínfimas pero numerosas huellas de los dedos en los interruptores –mis dedos, pensó, más los dedos de Max, más los dedos de todas las personas que alguna vez encendieron las luces de este departamento. Después volvió al computador, eligió el perfil de Max, y como había hecho tantas veces probó las claves obvias, en mayúsculas, en minúsculas –*charlesbaudelaire, nicanorparra, anthrax, losprisioneros, starwars, sigridalegria, blancalewin, mataderocinco, laetitiacasta, juancarlosonetti, monicabellucci, laconjuradelosnecios*. Fumó con ansiedad un cigarro, cinco cigarros, mientras sintonizaba una angustia nueva, que crecía y decrecía a un ritmo impreciso. Pensó demasiado una jugada también obvia, que por modestia o falta de autoestima nunca había intentado, y al fin acertó: escribió *claudiatoro* y el sistema respondió al instante. El programa de correo estaba abierto, no necesitaba contraseña. Se detuvo, se sirvió más vino, estuvo a punto de desistir, pero ya estaba ahí, ante la temida bandeja de entrada y ante el aún más temido registro de mensajes enviados. No había vuelta atrás.

Leyó sin orden mensajes en el fondo inocentes, pero que le dolían –tantas veces la palabra *querida*, tantos abrazos («un abrazo inmenso», «dos abrazos», y otras formulas más origi-

nales, como «tu abrazo», «mi abrazo», «te abrazo», «te abraza»), tanta apelación al pasado, y esa vaguedad sospechosa cuando debía hablar del presente, del futuro. También comparecían los coqueteos fugaces o feroces que hay en las cuentas de correo de todo el mundo, de ella misma, pero también cinco cadenas de mensajes que más explícitamente hablaban de encuentros con mujeres para ella desconocidas. Pero lo que más le dolía era su propia invisibilidad, porque él nunca la mencionaba, o en los mensajes que ella leyó nunca la mencionaba, salvo en uno, dirigido a un amigo, en que confesaba que la relación estaba mal, y literalmente decía que ya no le interesaba tirar con ella, que terminarían en cualquier momento.

Cerró el correo, se fue a dormir de madrugada, más ebria de rabia que de vino. Despertó a media tarde, estaba sola: con poca energía caminó hasta el computador –hasta la pieza de al lado, pero ella sintió que había todo un camino, que debía sortear varios obstáculos para llegar a esa pieza– y en lugar de encenderlo contempló el resplandor del sol en la pantalla. Cerró las persianas, deseando la oscuridad absoluta mientras soltaba lágrimas que bajaban hasta el cuello y se perdían por el surco entre sus pechos. Se quitó la polera, miró sus pezones inquietos, el vientre parejo y suave, las rodillas, los dedos fijos en el suelo helado. Después limpió o más bien ensució la pantalla con las manos mojadas por las lágrimas. Pasó los dedos y los nudillos con rabia por la superficie, como si la fregara con un paño. Luego encendió el computador, escribió una nota breve en un archivo de Word, y empezó a hacer la maleta.

Volvió el domingo siguiente para recoger algunos libros y la multifuncional. Max estaba en calzoncillos, frente al computador, escribiendo un mail larguísimo donde le hablaba a Claudia sobre mil cosas y le pedía perdón, pero de una forma elíptica, con frases que más bien dejaban ver su desconcierto o

su mediocridad. Había sobre el escritorio un montón de borradores de la carta, siete u ocho hojas tamaño oficio, y mientras él decía que era injusto, que no había alcanzado a terminar su carta, que estaba llena de errores, que a él le costaba decir las cosas con claridad, Claudia leía las diversas versiones de ese mensaje no enviado, y reparaba en cómo una frase rotunda en el borrador siguiente era ambigua, cómo cambiaban los adjetivos, cómo Max había cortado y pegado algunas frases, buscando efectos que a Claudia le parecían sórdidos, cómo se había divertido variando el interlineado, el tamaño de la letra, el espacio entre los caracteres, quizás creyendo que Claudia iba a perdonarlo si el mensaje se veía más largo –pensaba en eso cuando él la zamarreó, la tomó de las muñecas, sabiendo cuánto ella odiaba que la tomaran de las muñecas: en el forcejeo le pegó en los pechos y ella respondió con cuatro cachetadas, pero él reaccionó, la dobló, se lo metió a la fuerza por el culo, con una violencia que nunca había demostrado. Claudia arrancó el teclado e intentó defenderse sin éxito. Después, dos minutos después, Max eyaculó un semen escaso, y ella pudo volverse y mirarlo fijamente, como insinuando una tregua, pero en vez de abrazarlo le pegó un rodillazo en los cocos. Mientras Max se retorció de dolor ella desconectó la multifuncional y pidió el taxi que le llevaría lejos de esa casa para siempre.

Max sintió un alivio inmenso pero efímero. El alivio de ella tardó, pero fue definitivo, pues cuando tres meses después se juntaron en las escaleras de la Biblioteca Nacional, y él le rogó, sin el menor sentido de decoro, completamente entregado, que volvieran, no hubo caso.

Regresó a casa triste y furioso, encendió, por costumbre, el computador, que desde hacía unos días había vuelto a fallar, y esta vez era definitivo, al menos eso fue lo que Max pensó –voy a regalarlo, no me importa lo que haya dentro, le dijo a su amigo ingeniero, al día siguiente, que le ofreció comprarlo por

una cifra ridícula. Ni cagando, respondió Max. Voy a dárselo a mi hijo. El amigo reformateó de malas ganas el disco duro.

El viernes por la noche, Max partió rumbo a Temuco. No tuvo tiempo para embalar el computador, así que se echó el mouse y el micrófono en los bolsillos, puso la CPU y el teclado bajo el asiento, y viajó las nueve horas con la pesada pantalla sobre las piernas. Las luces de la carretera se quedaban en su rostro, como llamándolo, como invitándolo, como culpándolo de algo, de todo.

Max no se orientaba en Temuco y no había anotado la dirección. Merodearon un rato hasta dar con un camino que creía recordar. Llegó a las diez de la mañana, en calidad de zombi. Al verlo Sebastián le preguntó por Claudia, como si la sorpresa no fuera la insólita presencia de su padre sino la ausencia de la novia de su padre. No pudo venir, respondió Max, ensayando un abrazo que no sabía cómo dar. ¿Terminaron? No, no terminamos. No pudo venir, eso es todo: la gente grande trabaja.

El niño agradeció el regalo con suma cortesía, su madre recibió a Max amablemente y le dijo que podía quedarse en el sofá. Pero no quería quedarse. Probó un poco del amargo mate que la mujer le ofrecía, devoró una empanada de queso y partió al terminal para alcanzar el bus de las doce y treinta. Estoy muy ocupado, tengo un montón de trabajo, dijo antes de subir al mismo taxi que lo había traído. Revolvió el pelo de Sebastián con brusquedad y le dio un beso en la frente.

Una vez solo, Sebastián instaló el computador y comprobó lo que ya sospechaba: que era notablemente inferior, desde todo punto de vista, al que ya tenía. Se rieron mucho con el marido de su madre, después del almuerzo. Luego ambos hicieron espacio en el sótano para guardar el computador, que sigue ahí desde entonces, a la espera, como se dice, de tiempos mejores.

JORGE CARRIÓN

(España, 1976)

Nació en Tarragona pero ha pasado la mayor parte de su vida en Mataró y Barcelona. Es Doctor en Humanidades por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona y director de su Máster en Creación Literaria. Enseña Literatura Contemporánea y Escritura Creativa en esa misma universidad, e imparte clases sobre literatura y literatura de viajes en la Escola d'Esriptura del Ateneu Barcelonès.

Ha vivido en Buenos Aires, Rosario y Chicago.

Publica regularmente en diversos medios, entre ellos The New York Times en español, El País, La Vanguardia, ABC, National Geographic Viajes, Revista de Occidente, Eñe, Letras Libres.

Es autor de la tetralogía de ficción *Las huellas* (conformada por *Los muertos*, *Los huérfanos*, *Los turistas* y *Los difuntos*) y de varios libros de no ficción, entre los que destacan *Australia. Un viaje*, *Teleshakespeare*, *Librerías* y *Barcelona. Libro de los pasajes*. Asimismo, escribe novelas cortas, cuentos, ensayos y literatura de viajes.

Ha sido traducido a diez idiomas.

BÚSQUEDAS

(PARA UN VIAJE FUTURO A ANDALUCÍA)

La muda se añade a la separación del primer cuerpo. Igual que la presencia del sexo entre sus pier-nas, la voz grave, falible y agravada que sale de sus labios, la nuez de Adán, en mitad del cuello, sellan la pérdida del Edén. La muda es impronta física que materializa la nostalgia, pero que la vuelve inolvidable, se recuerda sin cesar en su misma expresión. Toda voz baja, toda voz grave es una voz caída. A poco que los hombres despeguen sus labios, en seguida –como un nimbo sonoro alrededor de su cuerpo– el sonido de su voz les dice que no recobrarán jamás la voz. El tiempo está en ellos. No volverán jamás sobre sus pasos.

Pascal Quignard, *La lección de música*

**Google La web Imágenes Grupos Noticias más
CATALUNYA ANDALUCÍA LITERATURA MIGRACIÓN Bús-
queda avanzada
Buscar en la Web**

**Cerca de dos millones de andaluces se manifestaron el 4
de diciembre**

En 1979 se realizaron en Barcelona dos manifestaciones con motivo del Día Nacional de País Andaluz. El pueblo catalán se solidarizó con el andaluz, que luchaba por su autonomía. Casi un millón de andaluces había emigrado para entonces al noroeste de

www.andalucia/adarbe 1977- 61k - En caché - Páginas similares

Gran Diccionari de la Llengua Catalana

charnego-a [c. 1490; del cast. *lucharniego*, aplicado a perros adiestrados, el plural se alteró a *charniegos*, la palabra pasó a Cataluña y a Francia con el sentido de raza canina, y *charnègo* tomó el sentido de mestizo, borde, no autóctono, inadaptado al país, de ahí pasó al catalán] 1 *m i f desp* 1 Hijo de una persona catalana y de una no catalana, especialmente francesa. 2 Persona de lengua castellana residente en Cataluña y no adaptada lingüísticamente a su nuevo país. 2 *m ant* Tipo de perro.

www.grec.net/home/del/dicc.htm 7 k 10 Ago 2006_traduc - 5k - En caché - Páginas similares

Diccionario de la RAE - Vigésimo segunda edición

charnego, ga. (Del cat. *xarnego*, y este de *lucharniego*). 1. m. y f. despect. *Cat.* Dícese del inmigrante de una región española de habla no catalana.

www.rae.es/»charnego».htm - 1k - En caché - Páginas similares

Página web oficial del escritor Jorge Carrión

Preambulo, preambulate, entre diccionarios. La pregunta es qué soy. Quién. Me definen desde dentro y desde afuera: en catalán (dentroafuera) soy perro e hijo de perros -errantes-, adaptado lingüístico pero perro, pese a todo, perro, gos, perro, repite conmigo, perro: no lo olvides, porque en la memoria colectiva no se borra que mis genes vienen de afuera y en tu acento no se borra la lacra (esa jota que la pronuncias como

elle, la vocal neutra que se resiste, els pronoms febles a veces mal utilizados, ese sinónimo que no conoces). Aquí: de madre francesa: mentira. Y allí, en las afueras, se me define también incorrectamente, porque soy de la segunda generación, hijo de los que emigraron e inmigraron: cada palabra es una perspectiva. Independista, separatista, bote, bote, bote, polaco al que no bote. Busco *català* en el Gran Diccionari y me encuentro de nuevo entre acepciones diversas: natural de Catalunya, relativo o perteneciente a Catalunya o habitante de Catalunya. Busco *andalús* en el mismo diccionario: natural, relativo, perteneciente, habitante, también. Busco *catalán* y *andaluz* en el Diccionario de la RAE y aparece natural, relativo y perteneciente, pero no habitante de

www.jorgecarrion.com/cocina1- 5 k - [En caché](#) - [Páginas similares](#)

Blog nómada de lecturas, viajes e ideas

La lectura de ese libro me ha hipnotizado durante dos días. Me ha hecho pensar en mi propio cambio de voz. Y también en mi pequeña tartamudez. No recuerdo desde cuándo tartamudeo. Se agudiza cuando tomo conciencia de ella. No creo que se daba a mi bilingüismo; juraría que sólo me ocurre en castellano, creo que en ninguna otra lengua. No es que no encuentre la palabra, la palabra ya la tengo, el problema es que se resiste a ser expresada, como si supiera que está viva sólo en el corto trayecto que separa las cuerdas vocales de la punta de la lengua, y se queda allí, contra las cuerdas, el mayor tiempo posible, retrasando su disolución más allá de la saliva.

www.jorgecarrion.com/blog_laleccion_28mayo2006- 8 k - [En caché](#) - [Páginas similares](#)

Jordi Pujol acuñó la célebre expresión

Jordi Pujol acuñó la célebre expresión «catalán es todo aquel que vive y trabaja en Catalunya». En su libro *Construir Catalunya*, de 1980, añadió «y que quiera serlo». La catalanidad sería

una cuestión de contexto y, sobre todo, de voluntad. El punto de vista es claramente práctico e integrador. Su nacionalismo se muestra más nebuloso en lo que atañe al concepto de identidad y a la importancia metafísica de la lengua... «Carod-Rovira, de Esquerra Republicana de Catalunya, insistió en la necesidad de que haya, por parte de los inmigrantes, una voluntad de integración en el país y en sus derechos democráticos, su cultura, su lengua y su sistema de vida

www.pensamientocritico.org/nacionalismo_2004.html – 108k – En caché – Páginas similares

La migración se apoya en los adverbios de lugar

como en piedras de río

Mi familia y yo somos catalanes y charnegos. Somos catalanes pero no soy charnego. Son andaluces, ellos, pero nosotros ya no. Nosotros: mis hermanos y primos: la segunda generación. Los diccionarios mienten y se contradicen. Yo preambulo: antes de partir, y mi deriva es textual, buscando el sur. Mi padre me dijo recientemente que él ya no se siente de ni allí ni de aquí. Ni del cortijo (Tablones, en las estribaciones de Órgiva, capital de la Alpujarra, Granada, Andalucía) ni de la calle Mossén Molé (entre Rocafonda y el centro de Mataró, Barcelona, Cataluña). Que su lugar, equidistante, no existe; pero que no volvería, me dijo mi padre: «Yo ya no vuelvo». Sólo va de vacaciones. A caminar y a buscar espárragos, que es lo que hace aquí, «y a comer jamón, que es mucho mejor allí». La migración se apoya en los adverbios de lugar, como en piedras para atravesar el río de

www.jorgecarrion.com/cocina2 – 7k – En caché – Páginas similares

El escritor Paco Candel declara que

«No, yo no soy andaluz, sino valenciano, la verdad es que Antonio Rabinad y Juan Marsé son hijos de gente de aquí, y los Goytisolos también, no hay hijos de andaluces de mi edad que

hayan escrito sobre...» «Mi impresión es que Pujol siempre tuvo un interés especial y lucidez ante la inmigración...» «Sí, a mí me gustaba lo que decía Pujol de la inmigración. Y a él le gustaba lo que decía yo. Fue él quien me vino a ver. Sabía que yo estaba escribiendo un libro, que sería *Los otros catalanes*, y me ofreció la bibliografía que él tenía, sin pedirme nada a cambio. También vino el político Joan Reventós y me ofreció 1200 pesetas

www.nodo50.org/foroparlamemoria/Paco_Candel_2005 - 80k - [En caché](#) - [Páginas similares](#)

Entrevista a l'escriptor mataroní

«creo que fue con la jota y la elle, en sexto o séptimo de primaria, joc o lloc, los pronunciaba igual, la profesora me lo hizo ver y creo que fue la primera vez que me di cuenta de que mi catalán nunca, nunca sería perfecto... Un poco después me di cuenta de que en mi DNI figuraba Jorge, pero que en clase siempre me habían llamado Jordi, sin mi permiso... fue en la misma época en que tuve que abandonar la coral, yo que había sido solista, con el repertorio bilingüe, villancicos y natales, porque me había mudado la voz y ya no había forma de que mi voz no desentonara

www.capgros.com/entrevista_carrion_jun2003.traduc - 502k - [En caché](#) - [Páginas similares](#)

El mundo de la adolescencia

Aunque también existe la muda femenina, es menos importante. La voz, especialmente la masculina, sufre un cambio drástico, de abandono del registro agudo de la niñez, debido a la adaptación de la laringe a los cambios generales que experimenta el cuerpo y el aumento de la capacidad pulmonar. Los pliegues verdaderos de las cuerdas vocales pasan de 14 a 28 centímetros, por eso disminuye la frecuencia tonal de una octava. En el comienzo de la muda vocal el canto se hace imposible. El proceso dura entre 8 y 26 meses y acaba con la

identificación de la voz propia con la del padre, en oposición a la de la madre. El crecimiento de la laringe es paralelo al del pene.

www.encolombia.com/medicina/otorrino/adolescencia.htm

- 17k - [En caché](#) - [Páginas similares](#)

Bienvenido de nuevo al diccionario de la RAE

Asimilar. Del latín *assimilare*. 1. Asemejar, comparar. 2. Conceder a los individuos de una carrera los mismos derechos y honores que los de otra. 3. Comprender lo que se aprende. 4. Incorporarse a las células sustancias aptas para la formación de citoplasma. 5. Dicho de una cosa: ser semejante a otra. 6. Alterar un sonido del habla asemejándolo a otro, cercano.

www.rae.es/»asimilar«.htm - 2k - [En caché](#) - [Páginas similares](#)

Carrión recuerda viajes de infancia en

Yo dibujaba los ríos que atravesábamos, en un mapa de España en blanco, mientras el cuenta-kilómetros iba acumulando los más de mil que separaban nuestra casa del pueblo andaluz, vacacional. Nuestro itinerario en el coche familiar era una corriente que pasaba por el Ebro, por el Júcar y por el Segura, hasta alcanzar el Guadalquivir. La identidad es líquida. Los viajes fluyen. Antes del viaje que algún día haré, para vivir en La Alpujarra y para descubrir quién fue en verdad José «Pepe» Carrión, el Rojillo, tengo que navegar todavía por la red, y por los libros, y por mi memoria, para intentar encontrar una respuesta. ¿Qué es ser catalán? ¿En qué momento uno deja de ser andaluz y empieza a ser catalán? ¿Es posible serlo? ¿Tiene sentido ser eso u otra cosa parecida? ¿Lo tiene? ¿Alguien me puede decir si realmente lo tiene?

www.jorgecarrion.com/cocina3 - 6k - [En caché](#) - [Páginas similares](#)

Los otros catalanes: ¿antropología del asimilado?

porque lo que me ha llamado más la atención de *Los otros catalanes* es su estilo. Abundan expresiones como «no lo sé», «hablo por suposiciones y con poca información», «todo es muy relativo»; de pronto, titula de un modo para a renglón seguido decir: «Esta aseveración no es del todo cierta. La hemos hecho un poco para entendernos». ¿Con quién se quiere entender Candel? Otro capítulo lo acaba de esta forma: «Tanto si escribimos así como asá, siempre caeremos bien». ¿A quién? En algún momento afirma querer ser anti-literario, anti-retórico. Su voz suena impostada y por eso

www.jorgecarrion.com/blog/losotros_agosto2006 - 5k - [En caché](#) - [Páginas similares](#)

La feria de abril de Mataró

«Sólo fui una vez, se hacía en el Parque Forestal, me chocó ver a una niña que yo conocía, no me acuerdo si del colegio o del barrio, vestida de sevillana, a mí nunca me disfrazaron, de hecho no recuerdo nada típicamente andaluz en mi infancia, a parte de los viajes periódicos a Santaella y aquella única vez que fuimos a La Alpujarra... Es curioso que todos mis tíos y tías tengan acento andaluz, porque mis padres no lo tienen. Lo corrigieron. Tienen un español neutro, en el caso de que eso exista, no hablan catalán, pero lo entienden, como todo el mundo, pero su acento en castellano no se puede localizar, no se asemeja al catalán, que sería el más próximo: no es de ninguna parte»

www.capgros.com/entrevista_carrion_jun2003.traduc - 507k - [En caché](#) - [Páginas similares](#)

Lingüística española: curso de profundización en

Asimilación. Proceso mediante el cual los movimientos articulatorios de un sonido se propagan a otro sonido vecino. Este sonido se asemeja, se *asimila*, por tanto, al anterior. Se distinguen los siguientes tipos importantes: A) Progresiva, cuando

el sonido asimilador precede al asimilado; B) Regresiva, cuando el asimilado precede al asimilador; es la más frecuente en todos los idiomas; C) Recíproca, si dos sonidos están separados; G) Epéntica, cuando provoca la aparición de un sonido no etimológico. Según Grammont todos los movimientos asimilatorios y disimilatorios obedecen la *ley del más fuerte* (1985), que no tiene excepciones culturitalia.uibk.ac.at/hispanoteca/Lexikon/Linguistik/Asimilación.htm - 25K - En cache - Páginas similares

El emigrante adolescente

Los que no hemos emigrado no podemos alcanzar a entender qué significa. Podemos a lo sumo pasarnos la vida leyendo o viajando, para acercarnos a un comienzo de comprensión. Y recordar. Y leer. Si esto fuera ficción, haría ver que encuentro el diario íntimo de mi madre adolescente (hoy, por primera vez... indisputada, el periodo, palabras raras hasta ahora). O las cartas de mi abuela sobre los cambios físicos de mi padre (qué alto está mi Paco, y qué grave se le ha puesto la voz). O el informe médico de. O el diario que dicen que llevaba mi abuelo José. Mentiría: en mi familia no se guardan más documentos que las fotografías. Todo lo demás se ha destruido en los sucesivos traslados. Me queda, pues, mirar. Y preguntar. Hablando con ellos he sabido que cuando llegaron aquí (una piedra, el río que empuja hacia abajo), mis padres no se conocían y eran adolescentes y tenían acento andaluz. Aquí mutaron sus laringes y sus sexos: aquí se les configuró la voz.

ANDRÉS NEUMAN

(Argentina, 1977)

Es hijo de músicos argentinos exiliados a España. A los catorce años se trasladó a Granada, donde se licenció en Filología Hispánica. Cursó el Doctorado en la Universidad de Granada e impartió clases de Literatura Hispanoamericana.

Debutó en la literatura como poeta y narrador breve. Con su primera novela, *Bariloche* (1999) fue finalista Premio Herralde. Es autor de una decena de libros de poesía, recopilados en un volumen titulado *Década (poesía 1997-2007)* en 2008. Su novela *Una vez Argentina* (2003) narra sobre sus ancestros europeos, los exilios y migraciones familiares, su infancia argentina... y su libro de ensayos *Cómo viajar sin ver* describe Latinoamérica en tránsito.

En 2007 fue incluido en la selección Bogotá-39 por el Hay Festival y Bogotá Capital mundial del libro, y en 2010 fue seleccionado por la revista *Granta* entre los 22 mejores narradores jóvenes en español. Por su obra *El viajero del siglo* (2009) obtuvo Premio Alfaguara y Premio de la Crítica.

Ha trabajado como columnista en numerosos medios de España y Latinoamérica, escribió regularmente para los suplementos culturales de ABC, Revista Ñ y Clarín, y mantiene un blog personal, *Microrréplicas*.

Roberto Bolaño en uno de sus últimos ensayos escribió que «la literatura del siglo XXI pertenecerá a Neuman y a unos pocos de sus hermanos de sangre».

VIDAS INSTANTÁNEAS

Caballero educado, no gordo, busca mujer sencilla, preferentemente con clase, licenciada, segura de lo que quiere, pelirroja, ágil, experta en ajedrez, para primer contacto sin ningún compromiso.

Mujer harta de mentiras desea encontrar al fin el amor verdadero. Soy alegre, simpática, dulce, atractiva, generosa, leal, buena compañera, sin complicaciones, alta, buen cuerpo, 120 de pecho, todo natural, no te lo pierdas.

Joven delgado, casi tímido, sintiéndose solo, gustando de Internet y la videoconsola, busca chica para lo que sea.

Chica tierna, comprensiva, abierta a todo, busca varón entre 37 y 39 años, madrugador, cinéfilo, sin ex celosas, amante del montañismo y la poesía petrarquista, Piscis o Géminis. Abstenerse bromistas, vagos e informales.

Señor de 62 años, formal, responsable, devoto, de buena posición y gustos sencillos, busca chicos muy guapos de 18-25 para relaciones esporádicas.

Juanma, 1.90 de estatura, atlético, ojos verdes, morenazo, nada de vello, busca chica 21-31 años para explorar a fondo nuestras almas en este mundo materialista.

Conchi, 56 años, divorciada, soñadora, rellenita, 1.60, rubia a su manera, creyendo en el amor pero faltándole.

Catedrático de edad experta, lector ávido, políglota, persevera con denuedo en eventual hallazgo de Afrodita, nínfula o similar con la que trascender la mera pernoctación. No tardes, nena.

Mujer casada, aburrida, con ganas de salir, busco compañero divertido, con buena planta, no demasiado alto, 45-55 años, para mi marido.

Javier, 58 años, viudo, en buena forma. Me siento solo y espero mujer entre 30 y 40, tranquila, hogareña, limpia, hacendosa, fiel, a ser posible guapa, para darle todo el respeto que una mujer se merece.

Carmita, independiente, resuelta, con carácter, profesora de Historia y Geografía, ansía conocer señor maduro para que- rernos mucho de una buena vez.

Hombre futbolero, 41 años, peludo, fuertote, con sitio para encuentros, quiere contactar similar activo y muy dotado. Nada de tonterías.

Mujer soltera, emprendedora, futuro asegurado, sabiendo lo que quiere, busca machito maduro al que humillar con todo cariño. Si te gusto llama tú, cabrón.

Argentino emigrado, locuaz, pintón, taxista provisional, con teoría política propia, desea interlocutora competente.

Victoria. Sana, alegre, roquera, ecologista. Busco chica para amistad y posible noviazgo. Abstenerse masculinas, bisexuales y estudiantes de Derecho.

Pareja, ella 43, él 52. Buscamos hombre educado, abierto, imaginativo, seguro de sí mismo, preferentemente alto, para que mire.

Chica normal, desea conocer a alguien como ella, por favor.

Jacinto, cariñoso, divertido, lleno de curiosidad, 81 años, busca relación estable con mujer similar que tenga toda la vida por delante.

FRANK BÁEZ

(República Dominicana, 1978)

Es un poeta y escritor, graduado de Psicología, con una especialización en Investigación Social de la Universidad de Chicago en Illinois (UIC).

Ha obtenido el Premio Internacional de Cuento Joven de la Feria Internacional del Libro en el 2007. Su primer poemario fue publicado por la editorial cubano-madrileña Betania, con el título *Jarrón y otros poemas*. Por su libro *Postales* fue galardonado con el Premio Nacional de Poesía Salomé Ureña en 2009. Es autor de *Anoche soñé que era un DJ*, editado en una versión bilingüe –inglés y español– por la editorial estadounidense Jai Alai Books.

Su poesía se ha traducido al inglés y al árabe, y parcialmente al francés, al italiano, al sueco, al alemán, entre otras. Forma parte de la antología *El Canon Abierto*, que reúne los poetas más relevantes en lengua española nacidos después de 1970.

En 2016, la Galería Estampa seleccionó su poema «La Marilyn Monroe de Santo Domingo» para su colección de Biblioteca Americana. También publicó el libro de cuentos *Págalas tú a los psicoanalistas* y ha reunido tres libros de crónicas en el volumen *La trilogía de los festivales*.

En el año 2017 fue seleccionada por el Hay Festival de Bogotá entre los 39 escritores latinoamericanos menores de 40 años más destacados del momento.

CON CARIÑO, CARMEN

1

A Carmen la conocí hace quince años en la guagua de unos hermanos chinos que estudiaban en mi colegio. Después de clases los chinos conchaban por la ruta comprendida entre el Parque Independencia y Los Kilómetros. Cuando digo que eran chinos, no me refiero sólo a que eran de origen asiático, sino a que habían nacido en una provincia de la China continental y habían emigrado con sus padres al país. Al igual que muchos chinos, sus padres llegaron engañados a Santo Domingo, pensando que arribarían a Miami o a Puerto Rico. Según me contaban, el dinero que hacían con la guagua les servía para pagar la mensualidad del colegio y completar el alquiler del segundo piso donde residían junto al resto de su familia. La proximidad de su piso a mi barrio me permitía pedirles de vez en cuando una bola hasta mi casa.

Fue en una esquina de la Correa y Cidrón que vi por primera vez a Carmen con el uniforme de colegio, con unas botas Doc Martens y con el pelo tan negro y tan largo que parecía la versión caribeña de la cantante Alanis Morissette. La vi hacerle señas a los carros públicos, e inmediatamente, le pedí a los chinos que se detuvieran a recogerla. Tras agradecer la bola se dejó caer en el asiento de al lado. No recuerdo cómo empezó la conversación, pero sé que fue animada, hasta que le mencioné el suicidio de Kurt Cobain. Ella puso una cara tristísima, y yo pensé que iba a deshacerse en llantos ahí en la guagua, pero en

cambio se quedó callada y sólo volvió a hablar para anunciarle a los chinos que se bajaba en la próxima esquina. Antes de irse le pedí su teléfono, pero ella de una manera amable se negó a dármelo. Quizás no lo hizo de una manera amable, pero como ya me empezaba a gustar Carmen, lo percibí así.

2

Volví a topármela en una guagua. Esta vez no la de los chinos, sino en una de esas voladoras que hacen la ruta de San Cristóbal al Parque Enriquillo. A Carmen la acompañaba una prima gorda que se pasó el trayecto entero diciendo que Kurt Cobain no se había suicidado y que alguien lo había visto en Tokio. Antes de apearse, Carmen sacó un lapicero y escribió en la palma de mi mano derecha su número de teléfono. Me dijo que la llamara ese mismo día. Sin embargo, ese día me distraje tanto que olvidé copiar el teléfono de Carmen en un papel y al llegar a mi casa, el sudor me lo había borrado de la mano.

3

Conocí a varias jevitas. Salí con algunas, peleé con otras, me acosté con pocas. Una de esas noches, sentado en el parque y chismeando con los vecinos, me contaron que Blas, el metálico de la cuarta, estaba saliendo con la Carmen de la guagua. Dado que éste era más feo que Joey Ramone, me reía de los rumores, hasta que una semana después los vi besándose en la penumbra del cine *Lumière*. A Blas le tenía mala voluntad desde la vez que mi mamá subió a tender una camiseta de Nirvana a la azotea y al volver a recogerla ya no estaba. Sin duda alguna Blas era el sospechoso principal, por lo que al enterarme, me dio tanta rabia que tuve que trancarme en el cuarto, poner una canción de mis ídolos de Seattle y subir el volumen a todo para

que los vecinos no me escucharan gritar y darle trompadas a la pared. Tras desahogarme, fui directo al apartamento de Blas, y lo acusé de ladrón, pero éste negó con la cabeza, fingiendo que ni siquiera le gustaba Nirvana e insistiendo que lo suyo era el metal. Sin embargo, días después un amigo lo vio con la camiseta puesta en Café Atlántico.

Así que cuando vi a Carmen en una de esas fiestas que celebraban en los multifamiliares del INVI y que casi siempre terminaban en tiroteos, lo primero que le pregunté fue por Blas. Pero no me quiso responder y se quedó parada ahí en su rincón con una camiseta de Iron Maiden y unos jeans rotos en las rodillas. De tanto en tanto alguien trataba de sumarse a la conversación, pero al no darles Carmen la oportunidad de opinar, daban la vuelta y se iban a otro lado. Alguien cambió el pop británico por reggaetón. Aquellos que estaban sentados en los muebles y recostados en las paredes comenzaron a perrear. Con tal de que fuéramos a un lugar más íntimo, me hice el sordo.

-No te oigo, mami -le repetía, señalándome un oído primero y luego una bocina que teníamos al lado.

-Pérate -dijo, y alzó la cabeza como el periscopio de un submarino, me agarró del brazo y, pasando los dúos y los tríos que perreaban, me condujo hacia la azotea. Arriba, rodeados por las fachadas de los multifamiliares, Carmen me preguntó por mis amigos chinos.

-¿Los de la guagua?

-Ajá.

-Ni idea.

Después de la graduación del colegio no podía precisar si los chinos seguían en la isla o habían logrado irse a los Estados Unidos. De igual manera, no sé qué ocurrió con la guagua; de seguro los sindicalistas de Los Kilómetros la confiscaron y sacaron de ruta.

-A mí me gusta ese lunar que tienes ahí -le dije como para cambiar de tema y señalando hacia un lado de su boca.

Pero Carmen no me hizo caso, se quitó las Doc Martens y se sentó en el borde de la azotea con las piernas colgando en el vacío.

-¿Qué haces?

-Ven, no seas pendejo, siéntate.

Me acerqué al borde e intenté agarrarla pero a medida que me acercaba, ella se escabullía riendo y se desplazaba más a la derecha. Eché un vistazo hacia abajo y la imaginé cayéndose en el pavimento y aterrizando en el techo de uno de los carros parqueados, al igual que en el video ese de la canción de Iron Maiden que ella tanto tarareaba. Le pedía que cortara el coro, que se bajara, pero no me hacía caso y seguía ahí subida mirando hacia abajo, como si estuviera concentrada viendo algo que sólo existía en su cabeza.

-Desde acá se ve el puerto de Haina.

-Bájate de ahí, Carmen.

-No.

-Ajá, ¿es caerte lo que quieres?

-Te dije que no. Es más, si te mueves de donde estás, salto.

Justo cuando dijo eso se fue la luz en el sector. Sumido en la oscuridad, lo único que alcanzaba a distinguir más allá de las azoteas de los multifamiliares, era el letrero de Texaco.

-¡Carmen! -voceé sin recibir respuesta y temeroso de que se hubiera caído.

Tenté el borde de la azotea hasta que tropecé con las Doc Martens. Tras regresar a la fiesta y verla descalza hablando con un haitiano que jugaba de centro para el equipo de básquet de Miramar, dejé sus botas tiradas sobre un mueble y me largué.

4

No volví a verla hasta mucho después. ¿Cuánto tiempo? Un año y medio. Tal vez dos. La vi entrar con unas gafas de sol a

la clínica donde yo había ido a hacerme unos análisis. Seguía con el pelo como Alanis Morissette, hasta me pareció que lo tenía mucho más largo, mucho más negro y mucho más maltratado. Cuando le pregunté dónde diablos se había metido, Carmen contó que se había ido con Work and Travel a Wisconsin, donde trabajó en una aburrida feria mecánica. Sin más opciones de empleo, retornó a la isla y empezó a estudiar psicología. Al poco tiempo consiguió un puesto como ayudante de profesora en un preescolar.

–Me compenetré con los niños de una manera que nunca había imaginado –me dijo quitándose las gafas y doblándolas entre las manos.

Pero no sólo se involucró con los niños, sino también con el papá de uno de ellos. Una mañana, como era de esperar, apareció la esposa de éste en el aula con un cuchillo de cocina y con la intención de cortarle el cuello a Carmen. Por suerte, las otras profesoras de preescolar ayudaron a Carmen a arrebatarle el arma a la madre despechada.

–Así va mi vida –concluyó poniéndose de nuevo las gafas.

–Yo estoy aquí porque quiero confirmar que todo está bien con la mía. Por cierto, ¿también viniste a hacerte unos análisis?

–A recogerlos –me dijo mostrándome el ticket blanco.

Una de las enfermeras gritó mi nombre y tuve que dejar a Carmen sin despedirla. Caminé hasta un cuartito y me senté en la camilla como me ordenaron. Sentí cómo buscaban mi vena, hasta que finalmente, después del pinchazo, me extrajeron una pinta de sangre. Al terminar, intenté moverme sin éxito, pero perdí el conocimiento y cuando volví en mí tenía a un residente enfrente y a la enfermera al lado con una horrible cara de bulldog. Tras tomarme dos vasitos de jugo de naranja salí con la esperanza de que Carmen siguiera ahí, pero su asiento había sido ocupado por una señora que me miró raro cuando le pregunté si había visto a una jevita con gafas.

5

De vez en cuando me encontraba a Carmen a la salida de bares, acompañada de tipos mayores que ella, reconocidos periqueros, alcohólicos y desubicados. Entre ellos había uno alto con el pelo blanco que se hacía una colita y que podía ser su padre o hasta su abuelo. De día era un tipo afable, pero en las noches, cuando se metía perico, cambiaba totalmente de personalidad y se ponía tan necio que acababa siempre peleándose e insultando a su vecino más cercano. Al poco tiempo de conocerlo Carmen le preguntó a qué se dedicaba y él le contestó que era fotógrafo. Hasta le propuso fotografiarla. Sin embargo, en el breve periodo en que se trataron, ella nunca lo vio con una cámara entre las manos. Cada vez que ella le insistía con lo de las fotos, él la ignoraba o cambiaba bruscamente de conversación. Al final sí llegó a ver una foto suya. La vio poco antes de lo que Carmen denominaba «el incidente».

6

«El incidente» ocurrió en el apartamento del tipo. Aunque el sitio tenía una espectacular vista del polígono central, a Carmen lo único que le interesaba era ver las fotos enmarcadas que llenaban las paredes y que a la larga resultaron ser de otros fotógrafos. Cuando le preguntó por sus fotos, él le señaló un autorretrato que lo mostraba con una expresión desquiciada que Carmen reconoció como la misma que se le ponía cuando aspiraba unas líneas. Esa noche él estaba tan insoportable que ella se refugió en el baño para concentrarse y poner sus pensamientos en orden. Fue ahí, parada ante el espejo, que decidió largarse. Iba de salida, cuando tratando de abrir la puerta se dio cuenta de que el llavín no giraba. Parecía que estaba atascado. Empezó a moverlo a ambos lados, pero como no lograba abrir, decidió tocar la puerta y vocearle al tipo. Se maldi-

jo por haber dejado la cartera en la sala. Calculó la distancia que había del baño a donde él estaba y se preguntó por qué no iba en su auxilio. Luego pensó que la acústica de esos apartamentos podría desviar los sonidos. Así que esperó como para darle tiempo, pero como no venía se desesperó y gritó fuertemente y aporreó y pateó la puerta como una loca. Duró alrededor de una hora atrapada en el baño, aunque pudo tratarse de media hora y quizás el susto le hizo pensar que había pasado más tiempo. La cosa es que ahora el llavín abrió normal, y ella caminó con cautela por el pasillo, tanteando las paredes y encendiendo una a una las luces, hasta que comprendió que no había nadie más en el apartamento.

7

Algo parecido me ocurrió con Carmen una de esas veces que nos vimos en los bares de La Zona. A diferencia de otras ocasiones, Carmen andaba sola y traía puestos una blusa corta y unos jeans ajustados, y el pelo recogido por el calor. En vez de conversar bebimos *shots* de tequila y bailamos hasta que apagaron la música y el *bartender* nos pidió que nos fuéramos para poder cerrar. Mientras esperábamos un taxi, Carmen me pidió que la acompañara a su apartamento, ya que quería prestarme un libro de Virginia Woolf. Dije su apartamento, pero esto debo rectificarlo, puesto que Carmen vivía entonces con sus padres en el Diez y Medio. Por supuesto, de esto me enteré ya sentado en la cama de ella.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—O sea, ¿tú pensabas que yo vivía sola?

Carmen buscó el libro de Virginia Woolf para leerme algunos pasajes que tenía subrayados. Tras aquella película en que Nicole Kidman hacía el papel de Virginia Woolf, todo el mundo se consideraba experto en la obra de la escritora inglesa. Intenté desviar la conversación por otros cauces, pero Carmen

volvía, retomaba el tema y leía sus extensos subrayados. Así que no tuve otra opción que asentir, enfocando la mirada en el lunar que tiene cerca de la boca, con toda la paciencia que puede tener alguien deseoso de ligar y que para lograrlo asume el rol de una oreja. En el colegio tenía un amigo que movía la oreja izquierda. Nunca he podido hacer eso. Sin embargo, cada vez que asentía ante lo que leía Carmen, me sentía como la oreja de mi amigo.

En un momento Carmen puso el libro a un lado y anunció que tenía hambre y que iba a asaltar la nevera. Mientras la esperaba me puse a ver los pósters de las paredes y se me ocurrió que si me pegaba a la pared podría escuchar los ronquidos de sus padres. Aproximé la oreja a la fría y rugosa pared. Me concentré al extremo que escuché los ronquidos de un hombre, o puede ser que estos surgieran de mi imaginación. El punto es que estaba con la oreja pegada a la pared como si fuera una babosa cuando Carmen retornó y me preguntó qué diablos estaba haciendo.

-Mi papá tiene el sueño ligero.

-Baja la voz entonces.

-¿Qué?

-No grites.

-¡Tengo hambre y no hay nada en la nevera! -gritó fuerte como para alterarme.

-¿No te puedes aguantar?

-Quiero pizza.

-¿A esta hora? Imposible. Mañana.

-¡Quiero pizza!

Se sentó en la cama y me observó, como si hasta entonces me hubiera visto sin lentes y de pronto se los pusiera.

-¿Me traes un chimi? -me preguntó haciendo la bembita.

-¿Un chimichurri?

-Sí, porfa. Tengo hambre.

-Pero, ¿un chimi? Se ve mal comerse un chimi de madrugada. Nunca he salido con una jeva que coma chimis. Y mucho menos de madrugada.

-Por favor, no critiques mis hábitos alimenticios.

-¿Estás segura?

-¡Please!

Al parecer mi abstinencia sexual era tan tortuosa que le dije que sí. Bajé las escaleras, me alejé del edificio y caminé en dirección a la Independencia. Pensé en llegar a un colmado, donde justo al lado tenían un carrito de chimis, pero cuando llegué se encontraba cerrado y el carrito no se veía por ninguna parte. Caminé entonces en dirección al centro comercial donde hay siempre uno. La distancia era de más de un kilómetro. Daba zancadas y rezaba porque no se aparecieran dos sarmentos en un motor, me pidieran dinero y al no poder ofrecerles nada terminarían llevándome detenido a un cuartel lleno de delincuentes y travestis. Al llegar, pedí que me prepararan uno sin cebolla y que me lo envolvieran para llevar. Me distraje mirando los locales desahuciados del centro comercial y el parqueo en que se distinguía un Daihatsu de dos puertas que alguien dejó abandonado. Sin embargo, a los pocos minutos, las luces se encendieron y el carro avanzó hacia la avenida. Según el dueño del chimi, desde que subieron la tarifa de los moteles, muchas parejas se parqueaban ahí con los vidrios subidos. Al principio le molestaba, pero dejó de importarle tan pronto muchos de esos se convirtieron en potenciales clientes.

A eso de las tres, subí las escaleras del apartamento de los padres de Carmen con el chimi en una funda. Pese a que Carmen me prometió que dejaría la puerta abierta para cuando retornara, la encontré con el seguro puesto. Toqué despacio para que los padres de Carmen no se despertaran. Ni una respuesta. Supuse que Carmen se había olvidado de mí, y que al igual que sus padres, se encontraba roncando. Permanecí casi una hora con una oreja pegada en la puerta, luego me di por

vencido y decidí recostarme ahí mismo, cerrar los ojos y dormir. Una o dos horas después desperté estremecido. Afuera empezaba a clarear. Me levanté, bajé las escaleras y me marché a casa llevando un chimi conmigo en vez del libro de Virginia Woolf.

8

En el 2002 volví a verla brevemente en un bar que estaba ubicado sobre la calle El Conde. Estábamos haciendo fila para entrar al único baño del establecimiento. Carmen aún tenía el pelo largo como Alanis Morissette, pero estaba delgada y tenía la cara demacrada. Ahí de pie conversamos, aunque más correcto sería decir que ella fue la que habló y gesticuló con sus brazos cargados de pulseras, las cuales cada vez que se agitaban sonaban como si alguien estuviera sobando una pistola. Contó que se mudó de Los Kilómetros y que se había vuelto vegetariana. Hasta me explicó que una noche estaba cenando y oyó un sonido casi imperceptible, un quejido que al rato identificó como una vocecita que le suplicaba que por favor no se lo comiera y que provenía del bistec que estaba cortando. Puso los cubiertos en el plato y le prometió al bistec, o a lo que éste representaba, que nunca más en su vida volvería a comer carne. En un principio, pensé que se trataba de una broma, de esas que les contaría a los niños de preescolar a los que una vez les dio clases, pero lo decía con la cara seria y poniendo los ojos grandotes. Prosiguió contándome cosas igualmente absurdas, hasta que le tocó su turno en el baño, entró y cerró la puerta tras de sí.

9

Entonces me empezaron a llegar rumores con respecto a Carmen. Alguien en una fiesta me contó que había puesto un restaurante vegetariano en Cabarete, que hacía surfy y que alfabetizaba a los campesinos del municipio. Otro me dijo que hizo *rehab* en Costa Rica, que conoció a un gringo y se mudó con él a Nueva York. Su prima desmintió ese rumor y alegó que la pareja de Carmen era un ingeniero español que trabajaba en cooperación española y con el que estuvo casi un año. Sobre la ruptura me dieron dos versiones. La primera es sencilla. Cuando Carmen se aparece un día con un gatito el ingeniero español le dice que los odia y que va a tener que elegir entre los dos. Carmen elige al felino. La segunda es más rebuscada. El ingeniero se va de viaje a España a visitar a su familia. El día de su retorno, Carmen va a buscarlo, pero el ingeniero español no está entre los pasajeros y ella, esperanzada en que debe estar en algún lado, aguarda sentada en una de las mesas, hasta que no queda nadie en el aeropuerto. En adelante, el tipo ni responde sus emails ni sus llamadas. Cada vez que Carmen marca su teléfono, sale una grabación diciendo que el número no se encuentra en servicio. Se queda con la duda de si el español tuvo un accidente mortal, o sencillamente se hartó de ella y la abandonó. Ante todas las conjeturas y posibilidades, Carmen se deprime, vuelve a tomar drogas y le comienzan unos terribles dolores en el estómago. Al hacerse una biopsia el gastroenterólogo descubre que tiene un tumor cancerígeno. Su familia decide llevarla a Estados Unidos donde le logran extirpar el tumor, pero el cáncer ya ha hecho metástasis y un oncólogo le pronostica seis meses de vida.

Finalmente la volví a ver en un colmado. Pero retrocedamos un poco. Para entonces, me habían rechazado para la enésima beca a la que había aplicado. Tan desilusionado estaba que Manolo, con tal de subirme el ánimo, me invitó a uno de esos colmados de Gascue con cooperantes de ONG que te sacan a bailar y te brindan tragos. Bajando botella tras botella, Manolo no paraba de contar las desgracias que le hizo sufrir una argentina con la que estaba saliendo. De pronto, en medio de los que estaban sentados en sillas de plástico y de los que bebían cerca del mostrador, vi a Carmen. Al principio pensé que la había confundido, pero a los pocos segundos confirmé que era la Carmen de carne y hueso que siempre me había fascinado. Remolcando con la mano a una amiga pelirroja se fue acercando a donde estábamos. Había engordado y se había cortado el pelo hasta el hombro: ya distaba mucho de parecerse a Alanis Morrisette. Me contó que ya no usaba drogas, ni era vegetariana, ni seguidora de Sai Baba. Tras una mala experiencia que tuvo en Puerto Rico desistió de estar jugando a la hippie. Fue a una ceremonia en que un chamán le hizo beberse una sustancia que la hizo vomitar, revolcarse en la tierra y tener alucinaciones durante horas.

–Cuando desperté, estaba llena de tierra y vómito, con un dolor de cabeza tremendo, como si me fuera a explotar. Me duché, me cambié y prometí concentrarme en una cosa.

–¿Cuál cosa?

–Aún no sé.

A eso de la una, cuando cerraron el colmado, Manolo propuso que fuéramos a su apartamento.

–Los palos de luz no funcionan desde los ochenta –comentó Manolo mientras avanzábamos con temor de que nos atracasen.

Vivía en el tercer piso de un enorme edificio que albergaba estudiantes que provenían del interior. Ahí proseguimos la

celebración destapando un Brugal y recordando canciones de Nirvana. En un momento salí a fumar al balcón. Carmen se apareció al minuto. Cuando le pasé un cigarro negó con la cabeza y permanecemos en silencio viendo los edificios y las casas de los alrededores hasta que me preguntó por los chinos.

-No he vuelto a saber de ellos.

-De seguro están en Nueva York.

-A esta altura, ambos deben estar casados, con hijos y con sus propios supermercados.

-En cambio, ni tú ni yo nos hemos casado -reflexionó Carmen con la vista en el cielo, como si acabara de ver una estrella fugaz y no la quisiera compartir.

Finalmente me atreví a hacerle la pregunta:

-¿Es cierto que te dio cáncer?

Carmen soltó una carcajada.

-¡Qué cosas te inventas!

Media hora después Carmen y la pelirroja anunciaron su partida. Manolo y yo las escoltamos hasta el Nissan que dejaron parqueado por el colmado. Antes de montarse, Carmen me dio un abrazo. La vi subir en el asiento del copiloto y perderse en la calle oscura y llena de baches. Esa es la última imagen que tengo de ella. A veces hasta me pregunto si el rostro aquel con el lunar que recuerdo es el verdadero. ¿O será la memoria que lo mejora?

11

A los pocos días de arribar a Chicago, sentado en el Starbucks de la Belmont con Halsted, confundí a Carmen con una mujer de origen indio. Pedí un latte y me senté en una de las mesas que dan al ventanal. Veía la gente que caminaba afuera: punks de pelo verde moco, mujeres trotando y travestis con tacones. Entonces creí ver a Carmen pasar con un abrigo y con el pelo suelto y de nuevo largo como el de Alanis Morissette.

Salí del Starbucks y la seguí de cerca hasta que la vi entrar en un *mall*. Antes de que tomara la escalera eléctrica, le toqué el hombro y al darse la vuelta comprendí mi error. Alarmada, la mujer se quedó mirándome hasta que me disculpé y me di la vuelta.

12

Puede que haya escrito lo anterior pensando que no he de volver a ver a Carmen en lo que me resta de vida. No obstante, hay una razón más inmediata. Hace una semana recibí un email suyo que me llevó a redactar esta secuencia de recuerdos. Lo leí en una cafetería de la uni atestada de estudiantes. Pese a que hacía mucho frío tuve que salir para coger aire. El cielo estaba gris y el *downtown* estaba cubierto por la niebla. Una señora se acercó y al preguntarme si estaba bien le respondí que no. Retorné a donde había dejado mi Macbook y leí tres veces más el email. Es éste:

Como quería comunicarme contigo, puse tu nombre en Google y a los pocos segundos encontré tu email. Es increíble. En Internet aparece de todo. Te preguntarás por qué te escribo. Entiendo que te hagas esa pregunta ya que tenemos mucho que no hablamos. Pero bueno, te escribo por una razón específica. Hace unas horas estaba pensando en ti. Es más, todavía sigo pensando en ti. Así como si fueras un comercial de la televisión que quisiera ver de nuevo, e incluso prendiera la televisión para verlo, pero por más canales que paso, no doy con él. Sucede que estoy viviendo en Barcelona desde hace unos meses, estudiando (no te voy a decir qué para que no te asustes), pero lo importante es que no me estoy engañando a mí misma, pensando que soy algo que no soy; en vez de eso, estoy leyendo mucho, hasta que los ojos me pican, y esforzándome como nunca para no perder mi beca.

Tengo amigas de todas partes: rusas, sudacas, italianas, gringas, cubanas. Estaba en la fiesta de una de ellas hace un rato. Bailamos y bebimos y fumamos y gritamos. De repente una ucraniana, una rubia con trenzas y altísima, propone un brindis y alzando su cerveza, dice: «piensen en una persona que les gustaría que estuviera con ustedes ahora mismo». Todas empezaron a decir nombres. Cuando llegó mi turno, me tomé un tiempito, tomé aire y mencioné el tuyo, y tan pronto lo dije, se me salieron las lágrimas. Me fui a un rincón y me puse contra la pared y repitiendo tu nombre me empecé a dar cabezazos. Lo hacía porque lo más seguro tú no recuerdas todas las cosas que yo recuerdo. Ahora estoy medio traqueteada y sé que dentro de un rato, me voy a arrepentir de este email, pero mientras tanto, mientras dura este momento en que todavía no me arrepiento, te ruego que me recuerdes un poquito como yo a ti hace unas horas.

LUIS CARLOS FUENTES

(México, 1978)

Editor, narrador y guionista, es egresado de la Escuela de Escritores de SOGEM y de la Escuela Superior de Estudios Cinematográficos de París.

Ha publicado los libros de cuentos *Palma de Negro* (Premio «Manuel José Othón» 2007) y *Mi corazón es la piedra donde afilas tu cuchillo* (Ediciones ERA, 2014). Ha colaborado en el periódico *La Jornada San Luis* y en las revistas *Ruta sin Límite*, *Por Amoralarte*, *Los Perros del Alba* e *Itinerario*.

Ha sido incluido en las antologías *Luna nueva sobre Babel* y *Cuentos potosinos*. Recibió de IMCINE el Estímulo a Creadores Cinematográficos (Escritura de Guión) con *Belzebuth*.

En 2008 y 2011 fue becario del FECA de San Luis Potosí, y fue ganador del Primer Taller «Fernando Méndez» de guion de largometraje de terror convocado por IMCINE, SOMEDIRE y otros.

Impartió cursos de guion de cine en el Centro de las Artes de San Luis Potosí durante cinco años, y fue guionista del Canal Once entre 2011 y 2014. Actualmente es editor de *Tusquets / Planeta*.

EL MEJOR PADRE DEL MUNDO

ahora sí, a darle, esta novela me la pela, fluye, fluye bien, tengo que escribir diario, ya no puedo distraerme tanto, un tequila para soltar los dedos, brrrr, ya casi se acaba la botella, ahí tengo otra guardada, se antoja un limón, no he comprado, mi escritorio es un desmadre, mañana lo limpio, tengo que amarrarme a la silla para que ya esté publicada cuando Bruno cumpla un año, qué chinguita estos dos meses, es padre ser padre pero es una chamba de tiempo completo, no es fácil, es padre, pero no es fácil, y luego que no paran de chillar como hace rato, esa no es excusa, ni modo que le diga al mamónde Roger que no he terminado mi novela porque no he tenido tiempo de escribir, se siente soñado el güey porque ya sacó su libro, y él es dos años menor que yo, no sé cómo le hizo, empezamos casi al mismo tiempo, qué bueno que la presentación fue el mismo día que nació Bruno, así no tuve que ir a verle la cara de triunfo, pura mierda que escribe, ni le llamé, mejor él me llamó para felicitar me, yo creo que fue sincero cuando dijo que me envidia, que ya le gané, la verdad sí, estamos a mano, él su libro, yo mi hijo, ¿será estéril?, dice que su vieja ya no se cuida, ¿le estará viendo la cara?, a lo mejor se toma la pastilla a escondidas, a veces pasa, o igual y ya está preñada y ni se ha dado cuenta, si es así tengo que publicar la novela en menos de nueve meses para que no se me adelanten, y va a tener más mérito, cuidando al niño yo solo y escribiendo, pinche Roger, se fue de nalgas cuando le dije que Alejandra murió en el parto, siempre me anda criticando, se me hace que hasta se alegró, ay Alejandra,

me dejaste solo, un tequila a tu salud, fondo, te fuiste en el peor momento, y lo que me espera cuando crezca Bruno, la escuela, las clases particulares, las tareas, ni modo de regalarlo, no, ya verás Bruno, yo voy a ser el mejor padre del mundo, te lo dije cuando te vi por primera vez encerradillo en la incubadora y te lo repito, te voy a cumplir, nunca te va a faltar nada, nomás tu madre, pero si nunca la conociste entonces no la vas a extrañar, qué digo, una madre es una madre, aunque luego son ellas las que echan a perder a los niños, los sobreprotegen, yo no voy a ser así Brunín, luego por eso son tan enfermizos, los vuelven puñales, Alejandra era medio posesiva de repente, mira, por algo pasan las cosas, no me da gusto pero así es y no hay nada qué hacer, yo estoy solo con el niño, me voy a encargar de hacerlo un cabrón, le voy a enseñar a leer antes del kínder, leva a fascinar mi biblioteca, con que no me raye los libros, pero si lo regaño luego les va a tener miedo, ni modo, chingue su madre, para eso son, mejor los amontono en los estantes de arriba y cuando deje la edad del graffiti ya los acomodo bien, ¿y si sale pintor o músico?, no creo, ¿de dónde?, va a crecer con libros, le va a gustar escribir, le voy a enseñar box pa que no se lo madrean en la escuela, ¿y si escribe mejor que yo?, me lleva ventaja, en mi casa puro *TVyNovelas* de chiquito, pues si es mejor que yo qué chingón, seguro el hijo de Roger va a ser futbolista o contador, le esperan muchos pleitos con su vieja, los hijos separan a las parejas, como quiera yo ya me salvé de esa bronca, capaz que hasta se divorcia, va a tener que dar pensión y se va a tener que buscar un trabajo estable y adiós carrera, escritor de tiempo libre, yo seré profesional, vas a ver Bruno, por ti seré el mejor, pero necesito que me ayudes, a veces eres muy chillón, se me hace que es mi culpa porque apenas lloras y ahí estoy, ya ves ahorita, me hiciste perder casi una hora paseándote por el cuarto, y todo pa tragarte una méndiga onza, pero ya por fin te quedaste tranquilo en tu cama, estás muy consentido, me quitas mucho tiempo, pero eso no es bronca tuya, con qué cara te voy a decir que por tu culpa fracasé, que

no me dejabas ni escribir por cambiarte los pañales, tú no vas a entender eso, para ti será un fracasado más y ya, por eso me tengo que dar mi tiempo, aprovechar cada ratito que te duermas y darle duro, bueno, veamos, ¿dónde me quedé?

ya me está pegando duro el sueño, no puedo acostarme ahora, necesito terminar este capítulo, tengo que aprovechar que el chamaco sigue dormido, si todas las noches son como esta terminaré en máximo tres meses, y entonces sí, agárrense editores que ahí les voy, otro tequilita pa despertar, ah chingá, ya se me mueven las teclas, voy a dejar pasar todos los dedos para no cortar el ritmo de la inspiración, mañana corro el revisor de ortografía y listo, hidalgo pa despejarme, cabrón, me mareé, pinche dolor de cabeza mañana, y la desvelada, y el niño que se despierta bien temprano a tragar, ya sé, le sigo hasta que despierte, le doy de comer, lo duermo y los dos nos jeteamos un buen rato, le cierro todas las cortinas pa que crea que todavía es de noche, no se me quita el pinche mareo, me voy a recostar dos minutos, pero en la cama no porque me quedo dormido, y así como ando de jodido ni voy a escuchar cuando despierte Bruno, mejora quí, nomás empujo el teclado, dos minutitos, dos nomás y le sigo

verga, qué hora es, me quedé jetonsísimo, ya amaneció, pinche cruda, ni apagué la computadora, nomás gastando luz, cuál cruda, sigo pedo, Bruno no ha despertado, qué raro, igual y ya se le está regulando el sueño y va a empezar a dormir de corrido, qué bueno porque es una friega, lo que sí es que ha de traer el pañal empapado, se le va a salir y luego voy a tener que lavar las sábanas, pero si lo cambio va a despertar, de todas maneras no tarda en despertar solo, primero voy a echar una meada, ah cabrón, ¿yo cerré la puerta de Bruno?, si nunca cierro, seguro fue el aire, no oí que se cerrara, ¡ah, baño, baño!, ahhhhhh, ay güey, sigue saliendo, con razón los pedos se deshidratan, a ver qué tal lo que escribí ayer, cuando estoy pedo

escribo pura mamada, de todos modos sirve para sacar las ideas, escritura automática, estaría chingón escribir una novela pedo sin corregirla, pero bien pedo, sin autocensura, el pañal, el talco, las toallitas, no, yo no cerré la puerta, ¿o sí?, mta, sigue jetón el güeycillo, salió a mí el huevón, que aproveche ahorita que no tiene que trabajar, Bruno, Bruno, ya amaneció huevas, eh, no mames, se siente todo aguado, Bruno, parece un trapo, ¡Bruno, despierta, eo, Bruno!, está mojado de la nuca, ¡Bruno!, ¿será sudor?, está pegostoso, huele a fórmula, vomitó, ¡Bruno!, ¿qué es eso? ¿mocos?, es leche, leche seca, se tragó la vomitada, mejor lo pongo boca abajo, ¡Bruno, eh!, ¿cómo pasó?, una ambulancia, ¿dónde dejé el celular?, van a tardar, cuando lleguen ya para qué, respiración de boca a boca, sí, con los bebés

hay que respirar sobre la boca y la nariz, su carita sabe aleche, se le hinchan los pulmones, otra vez, el corazón, ¿dónde hay que apretar?, todo el pecho, es lo mismo, ah cabrón, se le hunde todo, no le vaya a quebrar las costillitas, otra vez aire, dos veces, bombear al corazón, ¡Bruno, despierta!, aire, que le funcionen los pulmones y escupa todo, ¡Bruno!, ¿cuánto tiempo llevará así?, puede haber daño cerebral, ¡Bruno!, está frío de las manos, a ver bajo la ropa, a lo mejor la ambulancia puede hacer algo, está helado, no puede ser, debió pasar a media noche, no puede ser, no puede ser, no me puede estar pasando esto a mí, ¿cómo no me di cuenta?, ayer estaba bien, ¿repetió?, sí, siempre lo pongo a repetir, ¿no habrá repetido bien?, la mamilá está junto a su almohada, ¿cómo llegó ahí?, él no la agarró, ¿se la puse yo?, ni modo que él, sí, se la puse yo, ya me acordé, para que terminara de comer solo, se la recargué sobre un cojín para que no se le volteara, ¿pero por qué se ahogó?, le puse la cabecita de lado y le iba a dar su vuelta para ponerlo a repetir cuando se la hubiera terminado, ¡pendejo!, se me olvidó, ¿qué voy a hacer?, ¿qué voy a hacer?, tengo que llamar a la ambulancia, ¿o tengo que llamar a la policía?, ¿esto se considera homicidio?, ¡pero si no fue mi culpa!, a cualquiera le puede pa-

sar, los niños se mueren así todo el tiempo, huelo a alcohol, me van a echar la culpa, ¿y si no digo nada?, puedo deshacerme del cuerpo, nadie lo va a echar de menos, nadie, sólo yo, soy un imbecil, ¿cómo puedo pensar en eso?, ¡soy un asesino!, ¡maté a mi hijo!, Bruno, perdóname, perdóname, Alejandra, ¿por qué te moriste?, ¡esto no habría pasado!, fue mi culpa, no sirvo para nada, ni para escribir, pura porquería que hago, soy un fracaso, no puedo vivir así, no puedo, merezco un castigo, la pistola, ¿dónde la guardé?, ¿tenía balas?, sí, estaba cargada, ojalá no se haya atascado, hace años que no se usa, en el clóset, aquí está, maté a mi hijo, maté a mi hijo, no sirvo para nada, yo lo maté, mi Brunito, está cargada, ¿en la boca o bajo la barbilla?, no, en la frente para que llegue derecho al cerebro, está frío el cañón, mejor cierro los ojos, ¿escucharán el ruido los vecinos?, ¿cuánto tardarán en encontrarnos?, se van a dar cuenta de que dejé morir a mi hijo, primero lo hubiera escondido, si no oyen se va a pudrir en su cunita, ¡dispara ya!

¿qué es esa luz?, me siento adolorido, estoy débil, no puedo levantar la cabeza, estoy amarrado, ¿por qué estoy amarrado?, la luz me molesta, no puedo ver bien, me están cargando, ¿qué hace Roger aquí?, sonrío como tonto, ¿por qué me mira de esa manera?, ¿por qué me dice que será el mejor padre del mundo?

SAMANTA SCHWEBLIN

(Argentina, 1978)

Estudió Imagen y Sonido de la Universidad de Buenos Aires. Su libro de cuentos *El núcleo del disturbio* (2002) ganó el Primer Premio del Fondo Nacional de las Artes 2001, y su cuento «Hacia la alegre civilización de la capital», el primer premio en el Concurso Nacional Haroldo Conti. Su segundo libro de cuentos, *Pájaros en la boca* (2009), obtuvo el Premio Casa de las Américas (2008).

En el año 2010 fue elegida por la revista británica *Granta* como una de los veintidós mejores escritores en español menores de 35 años y en 2012 ganó el Premio Juan Rulfo por el cuento «Un hombre sin suerte». Entre sus reconocimientos se encuentran el Premio Konex (2014), IV Premio Internacional de Narrativa Breve Ribera del Duero (por el manuscrito de *Siete casa vacías*, 2015) y el Premio Tigre Juan (el mismo año).

Traducida a más de veinte lenguas, ha vivido brevemente en México, Italia y China. Desde 2012 reside en Berlín, Alemania, donde escribe y dicta talleres literarios. En el año 2017 fue seleccionada por el Hay Festival de Bogotá como una de los 39 escritores latinoamericanos menores de 40 años más destacados del momento.

PÁJAROS EN LA BOCA

El auto de Silvia estaba estacionado frente a la casa, con las balizas puestas. Me quedé parado, pensando en si había alguna posibilidad real de no atender el timbre, pero el partido se escuchaba en toda la casa, así que apagué el televisor y fui a abrir.

-Silvia -dije.

-Hola -dijo ella, y entró sin que yo alcanzara a decir nada-. Tenemos que hablar, Martín.

Señaló mi propio sillón y yo obedecí, porque a veces, cuando el pasado toca a la puerta y me trata como hace cuatro años atrás, sigo siendo un imbécil.

-No va a gustarte. Es... es fuerte -miró su reloj-.Es sobre Sara.

-Siempre es sobre Sara -dije.

-Vas a decir que exagero, que soy una loca, todo ese asunto. Pero hoy no hay tiempo. Te venís a casa ahora mismo, esto tenés que verlo con tus propios ojos.

-¿Qué pasa?

-Además, le dije a Sara que irías así que te espera.

Nos quedamos en silencio un momento. Pensé en cuál sería el próximo paso, hasta que ella frunció el ceño, se levantó y fue hasta la puerta. Tomé mi abrigo y salí tras ella.

Por fuera la casa se veía como siempre, con el césped recién cortado y las azaleas de Silvia colgando del balcón matrimonial. Cada uno bajó de su auto y entramos sin hablar. Sara

estaba sentada en el sillón. Aunque ya había terminado las clases por ese año, llevaba puesto el jumper de la secundaria, que le quedaba como a esas colegialas porno de las revistas. Estaba erguida, con las rodillas juntas y las manos sobre las rodillas, concentrada en algún punto de la ventana o del jardín, como si estuviera haciendo uno de esos ejercicios de yoga de la madre. Me di cuenta de que aunque siempre había sido más bien pálida y flaca, se le veía rebosante de salud. Sus piernas y sus brazos parecían más fuertes, como si hubiera estado haciendo ejercicio durante unos cuantos meses. El pelo le brillaba y tenía un leve rosado en los cachetes, como pintado pero real. Cuando me vio entrar sonrió y dijo:

-Hola, papá.

Mi nena era realmente una dulzura, pero dos palabras alcanzaban para entender que algo estaba mal en esa chica, algo seguramente relacionado con la madre. A veces pienso que quizá debí habérmela llevado conmigo, pero casi siempre pienso que no. A unos metros del televisor, junto a la ventana, había una jaula. Era una jaula para pájaros -de unos setenta, ochenta centímetros -; colgaba del techo, vacía.

-¿Qué es eso?

-Una jaula -dijo Sara, y sonrió.

Silvia me hizo una seña para que la siguiera a la cocina. Fuimos hasta el ventanal y ella se volvió para verificar que Sara no nos escuchara. Seguía erguida en el sillón, mirando hacia la calle, como si nunca hubiéramos llegado. Silvia me habló en voz baja.

-Martín. Mirá, vas a tener que tomarte esto con calma.

-Ya, Silvia, dejate de joder, ¿Qué pasa?

-La tengo sin comer desde ayer.

-¿Me estás cargando?

-Para que lo veas con tus propios ojos.

-Ajá... ¿estás loca?

Me hizo una seña para que volviéramos al living y me señaló el sillón. Me senté frente a Sara. Silvia salió de la casa y la vimos cruzar el ventanal y entrar al garaje.

—¿Qué le pasa a tu madre?

Sara levantó los hombros, dando a entender que no lo sabía. Tenía el pelo negro y lacio, atado en una cola de caballo, y un flequillo prolijo que le llegaba casi hasta los ojos.

Silvia volvió con una caja de zapatos. La traía derecha, con ambas manos, como si se tratara de algo delicado. Fue hasta la jaula, la abrió, sacó de la caja un gorrión muy pequeño, del tamaño de una pelota de golf, lo metió dentro de la jaula y la cerró. Tiró la caja al piso y la hizo a un lado de una patada, junto a otras nueve o diez cajas similares que se iban sumando bajo el escritorio. Entonces Sara se levantó, su cola de caballo brilló a un lado y otro de su nuca, y fue hasta la jaula dando un brinco, paso de por medio, como hacen las chicas que tienen cinco años menos que ella. De espaldas a nosotros, poniéndose en puntas de pie, abrió la jaula y sacó el pájaro. No pude ver qué hizo. El pájaro chilló y ella forcejeó un momento, quizá porque el pájaro intentó escaparse. Silvia se tapó la boca con la mano. Cuando Sara se volvió hacia nosotros el pájaro ya no estaba. Tenía la boca, la nariz, el mentón y las dos manos manchadas de sangre. Sonrió avergonzada, su boca gigante se arqueó y se abrió, y sus dientes rojos me obligaron a levantarme de un salto. Corrí hasta el baño, me encerré y vomité en el inodoro. Pensé que Silvia me seguiría y se pondría a echar culpas y directivas desde el otro lado de la puerta, pero no lo hizo. Me lavé la boca y la cara, y me quedé escuchando frente al espejo. Bajaron algo pesado del piso de arriba. Abrieron y cerraron la puerta de entrada algunas veces. Sara preguntó si podía llevar con ella la foto de la repisa. Cuando Silvia contestó que sí su voz ya estaba lejos. Abrí la puerta cuidando de no hacer ruido, y me asomé al pasillo. La puerta principal estaba abierta de par en par y Silvia cargaba la jaula en el asiento trasero de mi coche. Di unos pasos, con la intención de salir de la casa gritán-

doles unas cuantas cosas, pero Sara salió de la cocina hacia la calle y me detuve en seco para que no me viera. Se dieron un abrazo. Silvia la besó y la metió en el asiento del acompañante. Esperé a que volviera y cerrara la puerta.

-¿Qué mierda...?

-Te la llevás -fue hasta el escritorio y empezó a aplastar y doblar las cajas vacías.

-¡Dios Santo, Silvia, tu hija come pájaros!

-No puedo más.

-¡Come pájaros! ¿La hiciste ver? ¿Qué mierda hace con los huesos?

Silvia se quedó mirándome, desconcertada.

-Supongo que los traga también. No sé si los pájaros...-dijo y se quedó pensando.

-No puedo llevármela.

-Si se queda me mato. Me mato yo y antes la mato a ella.

-¡Pero come pájaros!

Fue hasta el baño y se encerró. Miré hacia afuera, a través del ventanal. Sara me saludó alegremente desde el auto. Traté de serenarme. Pensé en cosas que me ayudaran a dar algunos pasos torpes hacia la puerta, rezando porque ese tiempo alcanzara para volver a ser un ser humano común y corriente, un tipo pulcro y organizado capaz de quedarse diez minutos de pie en el supermercado, frente a la góndola de enlatados, corroborando que las arvejas que se está llevando son las más adecuadas. Pensé en cosas como que si se sabe de personas que comen personas entonces comer pájaros vivos no estaba tan mal. También que desde un punto de vista naturista es más sano que la droga, y desde el social, más fácil de ocultar que un embarazo a los trece. Pero creo que hasta la manija del coche seguí repitiendo *come pájaros, come pájaros, come pájaros*, y así.

Llevé a Sara a casa. No dijo nada en el viaje y cuando llegamos bajó sola sus cosas. Su jaula, su valija -que habían guardado en el baúl-, y cuatro cajas de zapatos como la que Silvia

había traído del garaje. No pude ayudarla con nada. Abrí la puerta y ahí esperé a que ella fuera y viniera con todo. Cuando entramos le señalé el cuarto de arriba. Después de que se instaló la hice bajar y sentarse frente a mí, en la mesa del comedor. Preparé dos cafés pero Sara hizo a un lado su taza y dijo que no tomaba infusiones.

-Comés pájaros, Sara -dije.

-Sí, papá.

Se mordió los labios, avergonzada, y dijo:

-Vos también.

-Comés pájaros vivos, Sara.

-Sí, papá.

Pensé en qué se sentiría tragar algo caliente y en movimiento, algo lleno de plumas y patas en la boca, y me tapé con la mano, como hacía Silvia.

Pasaron tres días. Sara estaba casi todo el día en el living, erguida en el sillón con las rodillas juntas y las manos sobre las rodillas. Yo salía temprano al trabajo y me la pasaba todo el día consultando en internet infinitas combinaciones de las palabras «pájaro», «crudo», «cura», «adopción», sabiendo que ella seguía sentada ahí, mirando hacia el jardín durante horas. Cuando entraba a la casa, alrededor de las siete, y la veía tal cual la había imaginado durante todo el día, se me erizaban los pelos de la nuca y me daban ganas de salir y dejarla encerrada dentro con llave, herméticamente encerrada, como esos insectos que se cazan de chico y se guardan en frascos de vidrio hasta que el aire se acaba. ¿Podía hacerlo? Cuando era chico vi en el circo a una mujer barbuda que se llevaba ratones a la boca. Los sostenía así un rato, con la cola moviéndosele entre los labios cerrados, mientras caminaba frente al público con los ojos bien abiertos. Ahora pensaba en esa mujer casi todas las noches, revolcándome en la cama sin poder dormir, considerando la posibilidad de internar a Sara en un centro psiquiátrico. Quizá podría visitarla una o dos veces por semana.

Podríamos turnarnos con Silvia. Pensé en esos casos en que los médicos sugieren cierto aislamiento del paciente, alejarlo de la familia por unos meses. Quizá era una buena opción para todos, pero no estaba seguro de que Sara pudiera sobrevivir en un lugar así. O sí. En cualquier caso, su madre no lo permitiría. O sí. No podía decidirme.

Al cuarto día Silvia vino a vernos. Trajo cinco cajas de zapatos que dejó junto a la puerta de entrada, del lado de adentro. Ninguno de los dos dijo nada al respecto. Preguntó por Sara y le señalé el cuarto de arriba. Cuando bajó le ofrecí café. Lo tomamos en el living, en silencio. Estaba pálida y las manos le temblaban tanto que hacía tintinear la vajilla cada vez que volvía a apoyar la taza sobre el plato. Los dos sabíamos qué pensaba el otro. Yo podía decir «esto es culpa tuya, esto es lo que lograste», y ella podía decir algo absurdo como «esto pasa porque nunca le prestaste atención». Pero la verdad es que ya estábamos muy cansados.

–Yo me encargo de esto –dijo Silvia antes de salir, señalando las cajas de zapatos. No dije nada, pero se lo agradecí profundamente.

En el supermercado la gente cargaba sus changos de cereales, dulces, verduras y lácteos. Yo me limitaba a mis enlatados y hacía la cola en silencio. Iba al supermercado dos o tres veces por semana. A veces, aunque no tuviera nada que comprar, pasaba por él antes de volver a casa. Tomaba un chango y recorría las góndolas pensando en qué es lo que podía estar olvidándome. A la noche mirábamos juntos la televisión. Sara erguida, sentada en su esquina del sillón, yo en la otra punta, espiándola cada tanto para ver si seguía la programación o ya estaba otra vez con los ojos clavados en el jardín. Yo preparaba comida para dos y la llevaba al living en dos bandejas. Dejaba la de Sara frente a ella, y ahí quedaba. Ella esperaba a que yo empezara y entonces decía:

–Permiso, papá.

Se levantaba, subía a su cuarto y cerraba la puerta con delicadeza. La primera vez bajé el volumen del televisor y esperé en silencio. Se escuchó un chillido agudo y corto. Unos segundos después las canillas del baño, y el agua corriendo. A veces bajaba unos minutos después, perfectamente peinada y serena. Otras veces se duchaba y bajaba directamente en pijama.

Sara no quería salir. Estudiando su comportamiento pensé que quizá sufría algún principio de agorafobia. A veces sacaba una silla al jardín e intentaba convencerla de salir un rato. Pero era inútil. Conservaba sin embargo una piel radiante de energía y se le veía cada vez más hermosa, como si se pasara el día ejercitando bajo el sol. Cada tanto, haciendo mis cosas, encontraba una pluma. En el piso junto a la puerta, detrás de la lata de café, entre los cubiertos, todavía húmeda en la pileta de la cocina. Las recogía, cuidando de que ella no me viera haciéndolo, y las tiraba por el inodoro. A veces me quedaba mirando cómo se iban con el agua. A veces el inodoro volvía a llenarse, el agua se aquietaba, como un espejo otra vez, y yo todavía seguía ahí mirando, pensando en si sería necesario volver al supermercado, en si realmente se justificaba llenar los changos de tanta basura, pensando en Sara, en qué es lo que habría en el jardín.

Una tarde Silvia llamó para avisar que estaba en cama, con una gripe feroz. Dijo que no podía visitarnos. Me preguntó si me arreglaría sin ella y entonces entendí que *no poder visitarnos* significaba que *no podría traer más cajas*. Le pregunté si tenía fiebre, si estaba comiendo bien, si la había visto un médico, y cuando la tuve lo suficientemente ocupada en sus respuestas dije que tenía que cortar y corté. El teléfono volvió a sonar, pero no atendí. Miramos televisión. Cuando traje mi comida Sara no se levantó para ir a su cuarto. Miró el jardín hasta que terminé de comer, y sólo entonces volvió a la programación.

Al día siguiente, antes de volver a casa, pasé por el supermercado. Puse algunas cosas en mi chango, lo de siempre. Paseé entre las góndolas como si hiciera un reconocimiento del súper por primera vez. Me detuve en la sección de mascotas, donde había comida para perros, gatos, conejos, pájaros y peces. Levanté algunos alimentos para ver de qué eran. Leí con qué estaban hechos, las calorías que aportaban y las medidas que se recomendaban para cada raza, peso y edad. Después fui a la sección de jardinería, donde sólo había plantas con o sin flor, macetas y tierra, así que volví otra vez a la sección mascotas y me quedé ahí pensando en qué haría a continuación. La gente llenaba sus changos y se movía esquivándome. Anunciaron en los altoparlantes la promoción de lácteos por el día de la madre y pasaron un tema melódico sobre un tipo que estaba lleno de mujeres pero extrañaba a su primer amor, hasta que finalmente empujé el chango y volví a la sección de enlatados.

Esa noche Sara tardó en dormirse. Mi cuarto estaba bajo el suyo, y la escuché en el techo caminar nerviosa, acostarse, volver a levantarse. Me pregunté en qué condiciones estaría el cuarto, no había subido desde que ella había llegado, quizá el sitio era un verdadero desastre, un corral lleno de mugre y plumas.

La tercera noche después del llamado de Silvia, antes de volver a casa, me detuve a ver las jaulas de pájaros que colgaban de los toldos de una veterinaria. Ninguno se parecía al gorrion que había visto en la casa de Silvia. Eran de colores, y en general un poco más grandes. Estuve ahí un rato, hasta que un vendedor se acercó a preguntarme si estaba interesado en algún pájaro. Dije que no, que de ninguna manera, que sólo estaba mirando. Se quedó cerca, moviendo cajas, mirando hacia la calle, después entendió que realmente no compraría nada, y regresó al mostrador.

En casa Sara esperaba en el sillón, erguida en su ejercicio de yoga. Nos saludamos.

-Hola, Sara.

-Hola, papá.

Estaba perdiendo sus cachetes rosados y ya no se le veía tan bien como en los días anteriores. Sara dijo:

-Papi...

Tragué lo que estaba masticando y bajé el volumen del televisor, dudando de que realmente me hubiera hablado, pero ahí estaba, con las rodillas juntas y las manos sobre las rodillas, mirándome.

-¿Qué? -dije.

-¿Me querés?

Hice un gesto con la mano, acompañado de un asentimiento. Todo en su conjunto significaba que sí, que por supuesto. Era mi hija, ¿no? Y aún así, por las dudas, pensando sobre todo en lo que mi ex mujer habría considerado «lo correcto», dije:

-Sí, mi amor. Claro.

Y entonces Sara sonrió, una vez más, y miró el jardín durante el resto de la programación.

Volvimos a dormir mal, ella paseando de un lado al otro de la habitación, yo dando vueltas en mi cama hasta que me quedé dormido. Al día siguiente llamé a Silvia. Era sábado, pero no atendía el teléfono. Llamé más tarde, y cerca del mediodía también. Dejé un mensaje, pero no contestó. Sara estuvo toda la mañana sentada en el sillón, mirando hacia el jardín. Tenía el pelo un poco desarreglado y ya no se sentaba tan erguida, parecía muy cansada. Le pregunté si estaba bien y dijo:

-Sí, papá.

-¿Por qué no salís un poco al jardín?

-No, papá.

Pensando en la conversación de la noche anterior se me ocurrió que podría preguntarle si me quería, pero enseguida me pareció una estupidez. Volví a llamar a Silvia. Dejé otro mensaje. En voz baja, cuidando que Sara no me escuchara, dije en el contestador:

-Es urgente, por favor.

Esperamos sentados cada uno en su sillón, con el televisor encendido. Unas horas más tarde Sara dijo:

–Permiso, papá.

Se encerró en su cuarto. Apagué el televisor y fui hasta el teléfono. Levanté el tubo una vez más, escuché el tono y corté. Fui con el auto hasta la veterinaria, busqué al vendedor y le dije que necesitaba un pájaro chico, el más chico que tuviera. El vendedor abrió un catálogo de fotografías y dijo que los precios y la alimentación variaban de una especie a la otra. Golpeé la mesada con la palma de la mano. Algunas cosas saltaron sobre el mostrador y el vendedor se quedó en silencio, mirándome. Señalé un pájaro chico, oscuro, que se movía nervioso de un lado a otro de su jaula. Me cobraron ciento veinte pesos y me lo entregaron en una caja cuadrada de cartón verde, con pequeños orificios calados alrededor, una bolsa gratis de alpiste que no acepté y un folleto del criadero con la foto del pájaro en el frente.

Cuando volví Sara seguía encerrada. Por primera vez desde que ella estaba en casa, subí y entré al cuarto. Estaba sentada en la cama frente a la ventana abierta. Me miró, pero ninguno de los dos dijo nada. Se le veía tan pálida que parecía enferma. El cuarto estaba limpio y ordenado, la puerta del baño entornada. Había unas treinta cajas de zapatos sobre el escritorio, pero desarmadas de modo que no ocuparan tanto espacio, y apiladas prolijamente unas sobre otras. La jaula colgaba vacía cerca de la ventana. En la mesita de luz, junto al velador, el portarretrato que se había llevado de la casa de su madre. El pájaro se movió y sus patas se escucharon sobre el cartón, pero Sara permaneció inmóvil. Dejé la caja sobre el escritorio, salí del cuarto y cerré la puerta. Entonces me di cuenta de que no me sentía bien. Me apoyé en la pared para descansar un momento. Miré el folleto del criadero, que todavía llevaba en la mano. En el reverso había información acerca del cuidado del pájaro y sus ciclos de procreación. Resaltaban la necesidad de la especie de estar en pareja en los períodos

cálidos y las cosas que podían hacerse para que los años de cautiverio fueran lo más amenos posible. Escuché un chillido breve, y después la canilla de la pileta del baño. Cuando el agua empezó a correrme sentí un poco mejor y supe que, de alguna forma, me las ingeniaría para bajar las escaleras.

NURIA LABARI

(España, 1979)

Escritora y periodista nacida en Santander, estudió Ciencias Políticas en la Universidad del País Vasco y Relaciones Internacionales en el Instituto Ortega y Gasset. Trabajó cuatro años como redactora del *elmundo.es* y actualmente es directora de estrategia digital en Megamedia.

Su libro de relatos *Los borrachos de mi vida*, publicado en 2009 por la editorial Lengua de Trapo, ganó el VII Premio de Narrativa de Caja de Madrid. A propósito de esa colección, Rosa Montero escribió en su columna de El País que «los relatos de Nuria Labari son un minucioso recuento de los miedos, las soledades, las rutinas, las mentiras y las necesidades sentimentales de las personas. Es tan aguda, tan afilada en su observación del comportamiento humano, que a veces tienes la sensación de estar asistiendo a una autopsia practicada en vivo» (27/06/2009).

En 2016 Labari publicó su primera novela, *Cosas que brillan cuando están rotas*, una historia real sobre el 11 de marzo de 2004, cuando Madrid sufrió el peor ataque terrorista de su historia.

Su cuento «Ni siquiera adiós» apareció seleccionado en la antología *Pequeñas resistencias 5 (Antología del nuevo cuento español 2001-2010)* editada por Andrés Neuman.

NI SIQUIERA ADIÓS

Cuando un test de embarazo da positivo aparecen dos rayas en las ventanas de los resultados. Estas rayas no se borran aunque pase mucho tiempo, aunque pasen varios años, en realidad. Por ejemplo, si guardas un test positivo en el primer cajón del baño, las rayitas siguen allí mucho tiempo después. Y si guardas cuatro test positivos en el primer cajón del baño, las ocho rayitas permanecen en su lugar incluso tres años después. Cuando abortas, las rayitas no se borran. Cuando abortas cuatro veces ni siquiera una rayita se difumina un poco con el paso de los días para que resulte más sencillo deshacerse al menos de uno de los plásticos. Es cierto que nada impide tirar esta clase de cosas a la basura pero, por otro lado, estos son los únicos testigos indelebles que están siempre dispuestos a hablar del tema. Basta con abrir el cajón, apartar un poco la cesta de maquillaje y encontrar debajo del espejo de mano las cuatro demostraciones empíricas de lo que sucedió.

Abortar hasta tres veces seguidas no es algo excepcional para los médicos. Las pruebas de compatibilidad genética no empiezan hasta que ha sucedido una tercera vez. Entonces conviene hacer unos cuantos análisis de sangre y seguir intentándolo si no es concluyente o dejar de hacerlo si no es viable. En todo caso, los médicos sólo saben mirar hacia delante, dado que son especialistas en la muerte, y nunca hablan de lo que ya se ha perdido, sino de lo que está por venir. O por perder. Es difícil que especifiquen este punto. Así pues, los abortos no existen en ginecología, sólo suceden. Para que un aborto exista

es conveniente guardar el test de embarazo con las dos rayas o el informe médico que entrega el doctor el día que garabatea el parte de urgencias. Gestante de 10+2 (quiere decir seis semanas más cinco días, aunque también pueden escribir 7+1, 5+2 ó 6+5) acude por manchado. ECO 8v. Doctor Ortega. Útero regular, en AF de 74×39×45 mm, endometrio ired. OD: 5×19 mm, OI=20×r9 mm, ambos ecográficamente normales. TC: ABORTO COMPLETO. oo=Urgente. Las palabras aborto y completo las escribe el doctor en mayúsculas. El bolígrafo graba cada letra delante de la paciente, que unos minutos antes ha abierto sus piernas en una camilla. Es muy común que la paciente esté aún desnuda cuando se escriben estas letras, cubierta sólo por un camisón de la sanidad pública que se ata en la espalda con una lazada y deja el culo al aire. Nunca hay nadie detrás de la paciente en este momento ni en ningún otro desde que se cubre con esta bata oficial, para que nadie le vea el culo aunque, en ocasiones, el hecho de que nadie le cubra las espaldas a la mujer puede provocar que esta se sienta más desnuda y con el culo más vulnerable que nunca antes.

El presunto etarra Igor Portu sufre múltiples contusiones, una costilla rota y neumotórax. Según el parte médico, «el paciente refiere haber sido golpeado con puños y patadas». Fuentes de la Guardia Civil dicen que en la detención hubo que emplear la fuerza. Batasuna lo califica de «gravísimo» y ANV dice que confirma las denuncias de torturas. El juzgado de guardia de San Sebastián abre diligencias previas por las lesiones. El número 87657 le ha valido dos millones de euros a alguna persona, después del sorteo de anoche.

–¿Café con lesse y un baguita con tomato? –La camarera extranjera es hermosa. Lleva minifalda sin medias a pesar del frío y botas por debajo de la rodilla con calentadores, un delantal negro y el pelo castaño ondulado. Es joven, ancha y compacta. Tiene los ojos transparentes.

–Sí, por favor, ¿tenéis algo diferente al periódico que pueda leer?

-Sí, sí. Ahora. - Poco después llega con varias revistas del corazón y otras de moda. Las de moda están en inglés.

Un portachupetes promocional de Danone entraña ciertos riesgos. Una de sus pequeñas piezas se rompe con facilidad, pero no se han detectado incidentes. Servicio de Atención al Consumidor: 902 180 957.

En la nevera aún queda un tupperware con pimientos rellenos, un plato con gulas con aspecto seco, costillas de cerdo asado hace dos días, una fuente con salpicón de marisco aliñado la noche antes. Jennifer Aniston está desesperada por tener un bebé. Hasta tal punto ha llegado a convertirse en una obsesión que quiere que alguno de sus amigos la ayude en su «Causa» particular y done esperma. Una fuente cercana a la actriz, que ya ha cumplido treinta y ocho años, señaló que «el reloj biológico de Jenny avanza rápidamente». Además, «Aniston está buscando a alguien inteligente y con personalidad porque no quiere que su hijo sea simplemente guapo, quiere que complete su vida. No quiere casarse, sólo quiere tener un bebé», añadió.

Existen distintos tipos de abortos. Una primera aproximación distingue entre el aborto provocado y el espontáneo. Entre los espontáneos hay, a su vez, varias posibilidades, por eso el doctor Ortega escribió en el informe «ABORTO COMPLETO» y no otra cosa, porque él sabe lo que quiere decir con eso aunque no se lo explique a la paciente y ella pueda no entenderlo. El aborto completo, que puede ser inducido o espontáneo, es aquel en el que la totalidad del material fetal y placentario ha sido expulsado del útero. Por lo general, no requiere ninguna intervención médica. Sin embargo, un aborto puede ser también incompleto, a pesar de que esté igual de acabado que el otro. La diferencia es que en este algunas partes del feto o material placentario quedan retenidas dentro del útero. Los síntomas típicos de esta condición son, entre otros, sangrado vaginal y cólicos en la parte baja del abdomen. En la

mayoría de los casos, se lleva a cabo una intervención quirúrgica llamada curetaje (o legrado o raspado) para retirar el material restante del útero. El objetivo es prevenir el sangrado prolongado o la infección. Lo más habitual es que la paciente trate de descifrar el informe médico y consulte alguna enciclopedia o libro especializado para entender qué es lo que ha pasado. En realidad, ella comprendió lo ocurrido desde que vio la mancha oscura en las bragas pero ahora quiere explicaciones. Cuando descubra que existe una diferencia entre aborto completo e incompleto se sentirá aliviada. Al menos sabrá que el médico no intentaba recalcar la obviedad cuando escribió para ella COMPLETO. De hecho, existen más posibilidades como:

-Aborto séptico o aborto infectado. Es un aborto acompañado de infección del material fetal, placentario y del endometrio (recubrimiento de la cavidad uterina). La fiebre es un síntoma típico y acompaña a otros síntomas característicos de un aborto natural o espontáneo, como sangrado vaginal y cólico. Una causa habitual es la infección del tejido placentario o fetal remanente en el útero después de un aborto incompleto.

-Amenaza de aborto. Es un estado del embarazo anterior a la vigésima semana de gestación y que sugiere la probabilidad de un aborto espontáneo.

-Aborto inevitable. Es un tipo de aborto espontáneo que no se puede detener, caracterizado por cólicos en la parte baja del abdomen y sangrado.

El hecho de que estas tipologías se escriban y estudien antes de llegar a formar parte de un informe a nombre de la paciente hace más razonable todo para ella, aunque eso no cambia nada. Y plantea nuevas dudas. ¿Acaso el ABORTO COMPLETO no es siempre un aborto inevitable?

En la mesa de al lado, una mujer quiere que el hombre que se sienta a su lado, un cráneo rapado con jersey de cuello alto y

caza dora de cuero, le diga que la quiere. Parece que, si ella lo pregunta, él ya no puede decirlo y si ella no lo pregunta, él tampoco se lo dice. Él le dice: «¿Qué es más importante, lo que hacemos o lo que decimos?». Ella cree que lo más importante es lo... que hacemos, pero sigue necesitando que él le diga que la quiere. El termina su ensaimada, da un trago de café y la mira: «Tengo que enseñarte jardines en Madrid. Conoces poco esta ciudad y te encantarán. En primavera te llevaré a la Rosaleda».

Seis coca-colas, medio kilo de filetes de pavo, un pack de Actimel, papel higiénico, compresas, uvas, galletas de chocolate, una botella de vino blanco, que sea de Rueda. Pan, zumo de naranja envasado, dos pizzas, espaguetis, anchoas, harina y sal.

Dos ancianas discuten en el supermercado sobre las latas de mejillones. Una ha cogido una lata un poco abollada y decide recorrer todo el pasillo para cambiarla por otra en mejor estado. Con lo despacio que camina, es una decisión importante. La otra, que no está de acuerdo, la espera al otro lado de las estanterías refunfuñando en alto. Le hace reproches que cualquiera puede escuchar. Cree que los mejillones son iguales con o sin abolladura y que la otra es idiota por comportarse como si no lo supiera. Unos minutos después, justo cuando la primera anciana consigue atravesar todo el pasillo y cambiar la lata con rasguños por otra nueva, se escucha un chasquido, puede que el ruido de una mueca de victoria o de dolor. La que antes refunfuñaba ahora se gira y dice: «¿Quiénes la que lo ha hecho ahora? ¿Quién ha escupido ahora la dentadura? Di algo, vamos, di quién ha sido ahora. Ahora también tus dientes se mueven ¿no?, doña perfecta, porque está claro que ha sonado en tu lado del pasillo. Todo el mundo lo ha oído».

En el carro sólo falta la sal. No está en la lista pero ya no queda sal fina.

«La música inglesa es un mundo concreto, la americana y la del mundo hispano otro, cada una con su entidad e identidad. Yo sé que puedo dialogar con las dos e incluso competir

con ellas, pero antes el público debería perder el miedo al pop español». Lo dice en una pantalla una chica con flequillo y ojos de lechuza. El cuerpo es de ave diurna, pero va vestida de negro.

Cuando el corazón se vacía, la realidad insiste en inundarlo. Es imposible no escuchar, no mirar, no oler, no saber qué es lo que pasa alrededor, no espiar a los otros. Tan imposible como no sentir el espacio hueco que dejan sus vidas.

Los abortos no se entierran ni se despiden, los abortos son. No existe ningún rito de despedida de lo que nunca ha llegado salvo, quizá, el silencio. Sin embargo, es muy probable que la paciente quiera tapar su pérdida con palabras. Para ello, entrará en internet. Allí es posible preguntar a un médico especializado en fertilidad, que no se sabe si es médico o no, por todo tipo de razones, causas y especificidades de cada caso.

La casa está en silencio. Fuera es de noche y dentro la luz sigue apagada. Dos ventanales grandes abren el salón al tráfico de la autopista. Los faros van y vienen como luciérnagas perdidas, y son lo único que ilumina la habitación. El suelo está limpio y la alfombra perfectamente cuadrada. Hay un sofá blanco de dos plazas y una butaca relax de piel marrón. Las puertas de las habitaciones también son blancas y todas están cerradas.

He tenido tres abortos en un año, ¿me podrías decir a qué puede ser debido? Me han hecho analíticas especiales y está todo normal.

El experto responderá en sólo quince minutos, como si sólo fuera médico para ella: «Aunque hay muchas causas físicas, no hay que despreciar el componente psicológico, el famoso estrés, incluyendo la excesiva ansiedad por el deseo de concebir. Independientemente de continuar los estudios para

descartar causas orgánicas conviene tomarse la vida de una manera más relajada».

Después se abrirá un foro.

Princesa79: Pero para mí es la 4ta pérdida, 2 fueron huevo muerto retenido, 1 embarazo hasta las 27 semanas (parto prematuro) y este último (la semana pasada) aborto espontáneo de 6 semanas. Cuando es tu 1er embarazo y pasa algo así tienes tantas dudas y tanto miedo d intentarlo y q pase lo mismo. Pero vas a ver q tu próximo embarazo con los cuidados necesarios lo vas a llevar a término. No te desespere ni pierdas las esperanzas. Mi primer embarazo fue huevo muerto retenido y me embaracé 2 meses después y me embaracé de un bb hermoso sin embargo a las 27 semanas lo perdí por causas q aún desconozco y negligencia médica. Pero sabes no cambiaría por nada esa experiencia de ser madre aunque fue por poco tiempo, es lo más bonito q puede experimentar una mujer en toda su vida. Las cosas mejoraran poco a poco.

Quieromibb: aquí esto nos ha pasado a todas. en mi caso tuve mi segundo aborto hace 15 días. y sé cómo te sientes. ahora a lo mejor tendrás que hacerte un legrado si no estás limpia del todo o quizá no, eso te lo dirá el gine cuando vea la eco. en cuanto a lo de esperar, cada médico te dirá una cosa, que esperes 1, 2 ó 3 reglas. mi gine me dice que con esperar a que te baje la r es suficiente, que sepas que esta 1 regla puede tardar en bajar hasta mas de 40 días a veces. mucho ánimo y espero haberte ayudado un poquito. un beso

Como cualquier otro lugar sagrado, internet no se ha de compartir con aquellos que no lo respetan. A él no le gusta que ella esté conectada durante horas y no soporta que sea la pantalla su verdadero consuelo. Su madre tampoco le deja encender el aparato cuando ella está en casa. A veces miente y dice que mira cosas de trabajo para que la dejen en paz, pero su

madre ha llegado a mirar por encima de su hombro para asegurarse de que no está otra vez en el mismo foro de infertilidad.

Isa25: Sé perfectamente cómo te sientes, yo llevo 3 años y medio casada y buscando el BB desde el primer día y ya ves nada de nada con una desilusión tremenda mes a mes viendo cómo llega la regla. Pero bueno hay que poner remedio así que llevo 5 días con las «banderillas» de gonal75 para preparar mi primera IA (la gine me ha recomendado 3 sino a la FIV). Un abrazo muy fuerte y A SEGUIR LUCHANDO.

Cuando él entra en la habitación ella está aún dormida, aunque el sol pasa por la ventana y cubre la colcha azul. Él sabe que últimamente a ella no le gusta despertarse, pero no le deja dormir después del mediodía. Intenta que desayune y que salga al menos una vez a la calle antes de comer. En realidad no está tan dormida como parece pero finge para que él no diga nada. Él se acerca y la besa, primero en la frente, luego en las lágrimas. Ella llora antes de decir nada y mira por la ventana. Hace días que ya no llora al despertar, pero últimamente siempre llora cuando él la besa o cuando la envuelve con un abrazo en la butaca del cine. En realidad, sólo llora cuando él la toca. El resto del tiempo no y a veces sonrío. Pero lo que más le gusta es que él la toque y poder llorar.

-Son más de las doce, quizá deberías intentar desayunar.

-Si lo intento.

-¿Quieres que te traiga aquí el desayuno?

-No, me levanto ya.

-¿Ya?

-Te lo prometo. En cinco minutos, ya.

Normalmente era ella quien le pedía que le llevara el desayuno a la cama, pero a él siempre le pareció una chorrada y, en vez de eso, leía el periódico en el salón hasta que ella se sentaba enfrente, con cara de dormida y un café con leche en la

mano. Ahora él estaría dispuesto a hacer lo que fuera, aunque no sabe para qué. En realidad, él ya no sabe casi nada y le cuesta pensar como antes porque él también está triste. Incluso ha llorado delante de amigos que nunca pensó, pero no delante de ella. En casa, ella es la única que merece estar triste. Y eso que la tristeza nunca había sido un premio para ellos, pero ahora sí lo es.

Una semana después de la última vez, él la llevó a un hotel con el techo naranja donde sirven el desayuno sobre manteles individuales de hilo blanco. En las mesas de roble del comedor había flores frescas cada mañana y velas encendidas por las noches. Desde su habitación tenían vistas a un jardín del tamaño de un campo de fútbol.

-¿Ves esos dos tejos? -le dijo él señalando por la ventana que tenían frente a la bañera.

-¿Los árboles?

-Son una pareja de tejos, una especie muy extraña. Siempre viven de dos en dos. Son una especie muy longeva pero es difícil encontrarlos. Estos llevarán aquí desde mucho antes de que hubiera jardín, todo lo demás ha ido creciendo para ellos.

-Me gustan las parejas a las que les crecen cosas.

-Suelen ser parejas muy pacientes, como estos tejos -le había dicho él.

Él eligió un hotel muy caro, de más de doscientos euros la noche. No es la clase de sitio que a él le gusta. Pero lo escogió así porque en esa clase de sitios es muy difícil encontrar familias con niños. La mayoría de clientes son amantes o parejas recién inauguradas. De hecho, tal y como él lo había previsto, no hubo sorpresas. En realidad, sólo había otra pareja alojada, unos inesperados abuelos ingleses con botas de montaña. A él le gustaron los ancianos. Era obvio que no tenían nada que celebrar, pero tampoco estaban allí para enterrar ninguna cosa. Simplemente leían el periódico y salían a pasear hasta la hora de comer. Cuando los abuelos salían, el jardín era sólo para

ellos. Él quería pasearlo a su lado, pero en una inspección en solitario descubrió un pequeño parque infantil cerca del coche. Unos diez metros cuadrados con un diminuto parque de arena, dos columpios y una mesa de madera con cuatro sillas muy bajitas. El homenaje infantil era del todo impropio en semejante con texto. Pero, en todo caso, él se empeñó en mantenerla alejada de las cuatro sillitas de pino vacías sobre la hierba verde.

-¿Estás seguro de que no quieres ver el jardín después de lo que hemos pagado por dormir aquí?

-Lo veo desde nuestra terraza. Hemos venido a contemplar la naturaleza, no hace falta gastarla, mujer.

-Pero es tan grande que no se ve todo desde la habitación. ¿No quieres que vayamos al laberinto?

-Prefiero que tú tengas ganas de ir y no dejarte, así te lo imaginas.

Él ya no se fiaba tanto de ella como antes. Aunque la encontraba encantadora cuando pedía su compañía para el laberinto, sabía que ella podía haber visto ya el parque infantil. En ese caso, estaría insistiendo en jugar sólo para bordear los cuatro taburetes y demostrarle a él que su dolor tenía razón. A veces lo hacía, cuando veían dos sillas de bebé vacías en la parte de atrás de un coche o una trona preparada para algún niño en un comedor. Entonces ella lo miraba como si él fuera el culpable de todo, como preguntándole «¿dónde has metido mis bebés?».

RedGirl29: Hola a todas. Yo tenía guardados los 4 test positivos de mis bbs perdidos (mis8 rayitas) en el armario del baño. No había pensado nunca en deshacerme de ellos, ni en guardarlos para siempre, pero algunas mañanas los miraba. Él me estaba llamando para cenar y me había dicho que había alquilado una peli para verla juntos. Me he cepillado el pelo, he hecho pis, he cogido los cuatro test del cajón y, antes de ir al sa-

lón, los he tirado al pasar por la basura. Luego hemos puesto Spiderman 2. Me he escapado un minuto para decirles adiós.

XIMENA SÁNCHEZ ECHENIQUE

(México, 1979)

Novelista y ensayista. Estudió la Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas, y la maestría en Letras Latinoamericanas en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha trabajado como profesora de Lectura y Redacción, y en el ámbito editorial como dictaminadora, asistente y correctora de estilo.

Su novela *Sobre todas las cosas* ganó el Premio Internacional de Narrativa Ignacio Manuel Altamirano en 2003. Publicó más tarde *El ombligo del dragón*, en 2007, y *Por cielo, mar y tierra* en 2010.

En 2006 realizó un intercambio académico con la Universidad de Salamanca, por lo que pasó una temporada en España.

Ha colaborado en las revistas *La experiencia literaria*, *Luna Córnea*.

Su cuento «En vez de hermosos sueños» fue publicado en la antología de la nueva narrativa mexicana *Palabras mayores* en 2015.

EN VEZ DE HERMOSOS SUEÑOS

«Lástima que nuestra marihuana en vez de hermosos
sueños engendre crímenes vulgares.»
Salamandra, EFRÉN REBOLLEDO, 1919

La fresca tarde de abril en que la abuela murió, después de tres días de agonía, nos dimos cuenta de que un arcoíris atravesaba el cielo; el hecho nos colmó, porque comprendimos que ella se había unido al universo y que esa mutación en nuestras células sería la primera de una serie infinita. En el mismo instante del celestial fenómeno, ella, que inventaba palabras desde niña, me obsequió con la visita de una catarina (¡ay Mariquita Quiqui!, frase que constantemente mencionaba, equivalente al ¡ay Dios mío! de los mochos). Ambas nacidas el 6 de noviembre, igual que mi ahijado Marco y mi hija menor, coincidimos en ciertos gustos. El sabor agridulce del mango en los bordes de la lengua. Las palabras inventadas. La poesía cristalina de Rubén Darío. Los chocolates rellenos de cereza. Las gomitas Constanzo. Las galletas de mantequilla espolvoreadas con azúcar glas. Las chácharas. Las alhajas. Las muñecas. Los bebés.

Casi bella flechadora, según pregonaba una de sus frases, María del Carmen Yáñez Pérez Figueroa viuda de Echenique murió en 2013; desde entonces ni mi madre ni yo hemos visitado su casa. Ella, nacida en España entre dos hermanas y dos hermanos, subió y bajó las escaleras en tacones hasta los noventa años. Recuerdo cuando mi hermana le trajo clandestina-

mente marihuana en un frasco de vidrio. Remedio casero para los reumas. (Sospecho que esas hojas de *cannabis* aún se conservan en su alcohol.) Mi abuela murió de neumonía pronunciando, a pesar del sofocamiento, cuatro palabras dignas de reinventarse: Dios, Jesucristo, mamá y, por último, el nombre de su marido, de quien enviudó a los treinta y tres años.

(San Cucufate Bendito si no encuentro la salida te amarro un nudito.)

Estudí Literatura en la Universidad Nacional porque a los trece años decidí ser escritora. Sólo una vez fumé la hierba prohibida pero, tras años de frecuentar la Facultad de Filosofía y Letras, puedo reconocer fácilmente su tufo a pasto quemado y el rojo en la esclerótica de unos ojos marihuanos. ¿Es México un país de drogadictos?, ¿estamos condenados a padecer la idiotez de nuestros dopados congéneres? Mágico México, si tienes oídos, despierta, mi bien despierta, de este letargo letal a quienes nos alimentamos con los frutos de tu tierra. Gracias a que he tenido *las ventajas*, aquéllas a las que alude Fitzgerald al inicio de *El gran Gatsby*, ni fumo ni bebo en exceso ni me drogo. Mi única adicción ha sido la literatura. Lectora asidua de «El Aleph», al comenzar a escribir este relato temí coincidir palabra por palabra y línea por línea con Borges. «Y yo sé, tanto le temes que al fin sucede», Cerati *dixit*.

Y sucedió.

El 30 de abril de este año visitamos la juguetería JML, situada en la misma calle de la colonia Roma donde vivimos mi marido, mis hijas y yo. Saludaba al apesadumbrado dueño (acababa de cerrar la otra tienda JML en Metepec), con la prisa de adquirir un regalo para una fiesta infantil, cuando, entre los estantes, por primera vez la vislumbré. Babel invertida. Tenía la forma de un cubo dentro de otro cubo dentro de otro cubo dentro de otro cubo, y así sucesivamente. Todo el universo contenido en una serie de cajas que incluso un niño de un año podría meter, sacar y apilar a su antojo. Cada punto del planeta Tierra visto desde un mismo centro. Las lágrimas de los so-

brevivientes nepalíes tras sucesivos terremotos. Las risas de los niños mongoles montados en dóciles renos. La sentencia de un niño sirio justo antes de ser acribillado: «I'll tell God». El canto de las ballenas jorobadas. La esperanza en los rostros de los familiares de los cuarenta y tres desaparecidos en Ayotzinapa. El canto de mis hijas en su festival del 10 de mayo. La danza de un círculo de mujeres reunidas para ejercitar su matriz.

Madre actual, medianamente informada, valoro los beneficios de los juguetes didácticos. Enumero tres de sus cualidades:

El niño puede generar su propio juego.

El juguete es lo que el niño quiere que sea.

El juego libre ayuda al niño a reducir el estrés.

Amante de las cajas, mi hija mayor se me adelantó.

1

Las primeras cajas, enormes, son de piedra. Cajas negras. Cajas grises. Cajas azules. Ahí los sacerdotes se introducen para estudiar el cielo. La luna. El sol. Los astros. A cada posición en la caja corresponde una coordenada en la bóveda celeste. ¿Dónde moran los dioses?, ¿adentro?, ¿afuera?

2

A estas cajas blancas y amarillas sólo entra quien sabe leer. Los continentes. Los mares. Las ciudades. Las flores. Los pueblos. Los animales. En territorios de la Gran Enciclopedia, todo el mundo cabe aquí.

3

Del papel al cartón sólo se requieren ciertos dobleces.

4

El laberinto sobreviene. Cajas de todos los colores contenidas en cajas de todos los colores comienzan a acoplarse solas. Ahí dentro quien quiera puede entrar como si se introdujera en un espejo. Dicen los guardianes, los cajeros primigenios, quienes aprehendieron el cielo, el mundo y al otro Yo que eres Tú, que la salida al laberinto se encuentra al centro. En la cuadratura del círculo, el centro es aquí y ahora. El corazón. El ombligo. La matriz. La Tierra. La tierra.

5

Al fondo, mi hija encuentra una canica azul. Los niños. Ellos siempre evolucionan. La humanidad expande sus límites a mayor velocidad que todas esas cajas inteligentes donde en este mismo instante alguien te deletrea.

6

Nacer en una caja. Una cuna. Vivir en una caja. Una casa. Atesorar una caja. Un alhajero. Mirarse en una caja. Un espejo. Contemplar una caja. Un cuadro. Sentarse en una caja. Un sillón. Comer en una caja. Una mesa. Viajar en una caja. Un coche. Escribir en una caja. Una computadora. Hablar por una caja. Un teléfono. Nadar en una caja. Una alberca. Dormir en una caja. Una cama. Morir en una caja. Un féretro (o, en su

achicharrado defecto, una urna). Leer una caja. Un libro. Salir de una caja. Un agujero.

7

Los poetas malditos nunca se preocuparon por poseer más caja que la página en blanco, porque ellos eran dueños y señores de su ciudad. Suya era cada calle, cada edificio, cada parque, cada fuente, cada monumento que les salía al paso. Maldita sea. ¿Fraccionada la Tierra, se acabó la libertad? Mudos poetas sin presupuesto mudándose a los márgenes de las ciudades se topan a las siete de la mañana con recién nacidas flores que morirán al anochecer. Inspirados. Al margen. La Tierra, ¿ella es? ¿Y aquellos machos deseosos de poseer inaccesibles damas, posesos poetas irredentos, aquellos muchachos que sólo codiciaron la palabra exacta, nos heredaron las ciudades en su poesía? Pero la vida, ¿se puede poseer? ¿Quién poseerá los océanos, las montañas, los bosques, los ríos, los valles, los volcanes, cuándo tú también te hayas ido?, ¿quién poseerá tu tierra?, ¿tu Tierra?

8

Hay que estar ebrio siempre. Todo reside en eso: ésta es la única cuestión. Para no sentir el horrible peso del Tiempo que nos rompe las espaldas y nos hace inclinar hacia la tierra, hay que embriagarse sin descanso.

Pero, ¿de qué? De vino, de poesía o de virtud, como mejor les parezca. Pero embriáguense.

Y si a veces, sobre las gradas de un palacio, sobre la verde hierba de una zanja, en la soledad huraña de su cuarto, la ebriedad ya atenuada o desaparecida, ustedes se despiertan, pregunten al viento, a la ola, a la estrella, al pájaro, al reloj, a

todo lo que huye, a todo lo que gime, a todo lo que rueda, a todo lo que canta, a todo lo que habla, pregúntenle qué hora es; y el viento, la ola, la estrella, el pájaro, el reloj, contestarán: «¡ Es hora de embriagarse!».

Para no ser los esclavos martirizados del tiempo, ¡embriáguense, embriáguense sin cesar! De vino, de poesía o de virtud, como mejor les parezca.

9

Ahí tienes el mar, por ejemplo. Pon tú que te quede lejos. Que pa' llegar tengas que tomar un autobús y pagar harta lana. Hazte de cuenta que fueras al otro lado. Ira. ¿Te acuerdas de cuándo juimos al lago de Texcoco? Pus hazte de cuenta. Sólo que el mar tiene cantidad de agua. Tiene tantísima agua que no te la acabas, carnal. Pa' donde veas pura agua. Así nomás. Y toda esa agua es tuya. Pa' que te bañes. Pa' que chapoties. Pa' que la chupes. Pa' que te saques la pestilencia. Ahí nadien te cobra por entrar. El mar es tuyo. Los continentes son tuyos. Las montañas son tuyas. Los bosques son tuyos. Las selvas son tuyas. Las estepas son tuyas. El cielo es tuyo.

BRENDA LOZANO

(México, 1981)

Narradora, ensayista y editora, estudió Literatura Latinoamericana en la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México.

Ha sido becaria del programa Jóvenes Creadores del FONCA, ha tenido residencias de escritura en Estados Unidos, Europa y América del Sur y ha sido antologada en diversas ocasiones.

Edita en la revista literaria *Make* de Chicago y es parte de la editorial *Ugly Duckling Presse* de Nueva York.

Es autora de las novelas *Todo nada* (Tusquets, 2009) y *Cuaderno ideal* (Alfaguara, 2014) y de un libro de cuentos *Cómo piensan las piedras* (2017), donde la autora junta los sucesos cotidianos con toda clase de eventos inusuales.

En 2015 fue reconocida por el Conaculta, Hay Festival y el Consejo Británico como una de las escritoras menores de 40 años más importantes de su país y ha sido incluida en la lista *Bogotá 39* (2017) de los mejores escritores de ficción menores de 40 años de América Latina.

MONÓLOGO DE UNA FOTOCOPIADORA XEROX

El escenario está a oscuras, alguien carraspea entre el público, tose, vuelve a carraspear, se aclara la garganta. Otro responde una llamada, alguien destapa una lata de refresco, alguien más ríe al ver la pantalla de su teléfono. Las luces iluminan tenuemente al público, se apagan al tiempo que surge un haz de luz que viene de la parte superior del escenario, el haz de luz ilumina una fotocopidora grande, vieja, espaciosa, beige, al centro del escenario. Una voz en off, una voz masculina, que es, en realidad, la voz de la fotocopidora, se escucha:

El único amor de Diego fue Dana. Su historia no fue producto del azar sino de la crueldad, como pasa con algunas historias de amor desdichadas, y el resultado de esa historia de amor fue la transformación de Dana en una computadora, la primera computadora, tan comunes hoy. Pues bien, antes de las computadoras, nosotros, los descendientes de Xerox, teníamos un lugar protagónico en las oficinas. Diego presumía la nueva fotocopidora que había comprado para la oficina, el bastión de la modernidad, una máquina lista para sacar copias de todo cuanto se cruzara por la mente. Como ustedes saben, nosotros, los descendientes de Xerox, somos el resultado de esa antigua y desafortunada metamorfosis de Fotos, el hermano menor de la ninfa Eco, ambos hermanos condenados por los dioses a reproducir palabras mas nunca a crearlas. La nueva fotocopidora –y su predecible repetición de palabras– supuso un antes y después. Todo en esa oficina tenía original y

copia, en ocasiones varias copias, incluso siete cuando se trataba de contratos. En cualquier caso, se hacían fotocopias de todo tipo de documentos y en casi cualquier ocasión. Informes, notas, facturas, diplomas, identificaciones, apuntes. Se pagaba una cuenta: ahí había una fotocopia. Se hacía un pedido: ahí tenía un par. Se saldaba una deuda: ahí estaba su doble. Más vale tener un respaldo de todo lo que hacemos, le dijo Diego a su secretaria al tiempo que le extendió un duplicado de las cuentas, en carpetas anilladas, de los cinco años que llevaba en operación la empresa de seguros.

Era tal el furor de las fotocopias que una noche, cuando todos ya se habían ido a casa, Efraín, el empleado de limpieza, vio desde el pasillo que Diego sacaba copias de sus dos manos extendidas, abiertas, sobre el vidrio de la fotocopidora, y el tubo de luz verde le iluminaba de izquierda a derecha las mangas y el rostro, reflejando, como una pantalla, la intensa luz. Efraín llevaba una cubeta roja de plástico con un trapeador dentro, un trapo amarillo pendía de la cubeta y un Windex colgaba, por el atomizador, del bolsillo de su uniforme azul marino. Dudó en prender la luz para llamar la atención de su jefe, comenzar su quehacer, pero era claro que estaba absorto. Dejó la cubeta roja de plástico en el piso, sacó el trapeador y recargó su peso sobre el trapeador, y decidió empezar por la primera planta. Cuando subió más tarde a trapear y sacudir, se encontró en la bandeja algunas fotocopias de ambos perfiles de la cara de su jefe. Levantó la tapa de la fotocopidora, en el vidrio vio una silueta grasosa. Nariz, cachete y pestañas delataban el perfil de Diego en el vidrio. Atomizó tres veces, tres círculos intensos de Windex al centro que se difuminaban hacia los extremos y que fue desapareciendo con el trapo amarillo.

Al día siguiente, Diego encontró a un joven empleado que sacaba fotocopias de un libro. Me está retando, pensó. Miró cómo el joven sacaba con destreza las fotocopias del libro, con una técnica para pasar, veloz, de una página a otra sin abrir la

tapa de la máquina. Esto es un duelo, pensó. Más tarde Diego sacó fotocopias de todas las facturas del año en curso, y como subrayando su ventaja en el duelo, sacaba otra ronda de copias de las copias cuando el joven empleado llegó con otro libro en mano. Diego le dijo: «¿Qué harás con tantas fotocopias inútiles? Traje esta máquina para potencializar el trabajo de la oficina, para tener un respaldo de todos los movimientos, no para reproducir libros. Los libros son para el ocio y a pocos importan. A partir de ahora tendremos copias de todo, esta máquina nos permitirá tener un registro total, nuestro día a día quedará registrado en fotocopias, podremos acceder a la memoria de todos nuestros movimientos por pequeños que sean. Estoy creando un historial día a día: un archivo sin precedentes. A ti te satisface fotocopiar novelas de amor mientras yo escribo historia, porque así, replicando los hechos, tal como sucedieron, es como se escribe la Historia. Tú, en cambio, escribes los márgenes que a nadie importan». El joven empleado, harto de su jefe, selló el duelo: «Tus fotocopias llevan un registro de los hechos, son una réplica de todo lo que pasa diariamente en este lugar, pero lo que yo fotocopio te traspasará a ti: cuanto más vayas cediendo a la realidad, cuanto más te entregues a la realidad más claro será que la ficción sale victoriosa, mis fotocopias

son más gloriosas que las tuyas, desconoces el poder de los libros. Yo te venceré». Y, el joven empleado, sin perder el tiempo, regresó a su cubículo, puso los dos libros fotocopiados sobre su escritorio: una novela de desamor que ahuyenta y una novela de amor que hace que nazca. El libro que hace brotar el amor era una edición de portada roja con letras doradas, el que lo ahuyenta era una edición de papel revolución y una austera portada bicolor, sin embargo, los libros fotocopiados son idénticos en blanco y negro, ponen a los textos al mismo nivel, es el grado cero de la igualdad de las palabras, y en idénticas condiciones el efecto del texto no merma. Al contrario. Así es cómo el joven empleado hizo el conjuro, escribió el

nombre de Dana, una hermosa mujer de la primera planta que destacaba por los hoyuelos en su sonrisa, sus carnosos labios y voluptuosa figura, con la que más de uno había fantaseado, porque era tremenda la belleza de esa sonrisa y esos senos que temblaban cuando reía, y ese nombre, Dana, lo anotó en la primera página del libro fotocopiado que ahuyenta el amor. En la primera página del libro que hace nacer el amor, escribió el nombre de su jefe. Al cabo de un rato, Diego y Dana se cruzaron en las escaleras que unía las dos plantas: él se deleitó al mirar cómo sujetaba su pelo desordenado con una liga roja y ella despreció incluso su olor al pasar.

Muchos la pretendían en la oficina, pero ella no podía soportar el baile de la conquista, sus desagradables contorsiones verbales, sus variantes la aburrían y el bamboleo de uno que otro compañero de trabajo le oprimía el estómago. Dana entraba y salía de la oficina sin preocuparse del amor ni del matrimonio, no le importaba en absoluto una cosa ni la otra. Al entrar a casa esa noche, cuando el conjuro del joven empleado ya había surtido efecto, su anciano padre le dijo: «Hija, a mí y a la memoria de tu madre nos debes unos nietos». Ella, temiendo la cama nupcial como si de un matadero se tratara, rodeó el brazo de su padre, le dio un beso en la frente y dijo: «No hagas, papá, que mi máxima aspiración sea casarme, hay muchas otras cosas que pueden enorgullecerte de mí más que tener nietos». El anciano, aunque de acuerdo con su hermosa hija, añadió: «Tu belleza y tu inteligencia, Dana, se opondrán a tu deseo, jamás vas a estar sola, hija».

Diego está flechado, Diego está enamorado, resumió la secretaria en una llamada telefónica. En su oficina, Diego pensaba en Dana, deseaba salir con ella, pero no sabía cómo acercarse. Imaginó lo que podrían hacer juntos la tarde de un sábado, la noche de ese mismo sábado, mientras enganchaba una cadena de clips –en la antigüedad, esas minúsculas flores hechas para cortarse en momentos de ocio, ahora metamorfoseadas en minúsculas piezas de metal–, Diego estaba seguro

de lo bien que la podrían pasar si salieran un sábado. Rodeado de las transformaciones hechas por los dioses, ahora cosas útiles en cualquier oficina, Diego no imaginó siquiera lo que le deparaba el oráculo. Y así, mientras jugaba con un montón de ligas de goma –nacidas de la tormenta sobre un melancólico árbol de finas y delgadas hojas–, se preguntó: «¿Qué no descubre el amor? El amor es lo único capaz de descubrirlo todo». Y, en un impulso, decidido a invitarla a salir, se dirigió a la planta baja. No le bastó con mirarla en su escritorio mientras trabajaba, sacaba cuentas con una calculadora grande, pesada, ruidosa –uno de los hijos bastardos de Ábaco–, no, nada saciaba su deseo: admiraba sus dedos, sus manos, sus brazos, su nuca, su cuello, sus labios, los hoyuelos que se le marcaban, incluso, sin que sonriera. Dana llevaba un vestido discreto, pero todo lo que se oculta la imaginación lo embellece. A los ojos de Diego, ese vestido la hacía más hermosa. Ella se dio cuenta de que Diego la observaba, y, abruptamente, dejó su lugar de trabajo. «Dana, déjame acompañarte a dónde sea que vayas», le dijo, yendo tras ella, sin que ninguno de los dos percibiera el largo alcance que tendría esa frase en la historia.

«Camina más despacio, te lo pido. ¿De quién huyes? No huyas de mí, tampoco huyas de ti, no puedes huir del amor ni puedes huir de ti. No corras, mejor pregúntate a quién le gustas. No soy un joven empleado con aires de poeta; soy un hombre de acción, informado, lector de periódicos. Soy el jefe de la oficina, me obedecen en la primera y segunda planta, y don Efraín, el hombre de la limpieza, también sigue mis órdenes, es mi responsabilidad el porvenir de sus familias, es por eso que cuido mi negocio y ahora lo tengo minuciosamente respaldado. Soy un hombre estable y fuerte. Pero hay algo más fuerte que mi carácter y mis acciones, y eso es lo que siento por ti, Dana».

Dana huía de Diego y sus infames palabras. Cuando él estaba a punto de decir algo más, las frases inacabadas queda-

ban en el aire y se disipaban. El viento, en sentido contrario, resaltaba

sus curvas. La huida la hacía más deseable para Diego, que no lograba alcanzarla al doblar en las esquinas de la calle, entre las casas y edificios. En el parque, cuando uno ve un perro, el perro siempre parece estar persiguiendo una rama, incluso parece estar a punto de atraparla, él esperaba atraparla como el perro que se apresura; así se conducía Diego. Dana, como todo lo que

se desea, estaba pasos adelante. Sin embargo, el que persigue amor no necesita ni busca descanso. Dana consiguió regresar a la oficina, cruzó la recepción, Diego se inclinó, y lanzó su aliento sobre su nuca. Ella, sin fuerzas, pálida, vencida, pidió en voz alta: «Transfórmame, haz que pierda esta figura por la que he sido deseada».

La súplica de Dana, dirigida, tal vez, al cosmos, pero escuchada por los antiguos dioses, generó una súbita pesadez que se apoderó de sus extremidades, sus curvos y deliciosos senos se fueron ciñendo a una plana pantalla, sus cabellos se acortaron, se fueron destiñendo, se tornaron primero beige para transformarse en finos hilos de plástico que tomaron la forma de un marco alrededor de la pantalla, y sus brazos se convirtieron en el teclado; las piernas, antes tan rápidas y bien torneadas, se transformaron en un ligero mouse cuya flecha que se mueve, presto, a la izquierda, ahora a la derecha, en cuestión de segundos. De Dana permanece apenas el brillo de la pantalla y la posibilidad de conocer el mundo sin salir de una habitación.

También así la amaba Diego y, aún abrazando la computadora beige, todavía sintió el último aliento de Dana, dio besos a la pantalla; la pantalla se puso en *screensaver*, desdeñando, incluso en ese momento, sus besos. Diego le dijo: «Ya que no pudiste ser mía, serás mi computadora; tú acompañarás a todos los hombres en su vida diaria, extenderás sus capacidades, magnificarás sus virtudes y hundirás a los ociosos en el fango

de la procrastinación. Tu memoria, a partir de ahora, será más prodigiosa que la de cualquiera que haya pisado esta tierra. Hombre y máquina nunca podrán compartir lecho, y esa será la sentencia de este amor no correspondido. Yo moriré algún día, pero tú has de perpetuar nuestra historia de unión imposible». Diego no acababa de hablar cuando la pantalla se encendió, como en respuesta, en un gesto de desdén o de aprobación, pero eso no lo sabemos nosotros, los descendientes de Xerox, que ahora, en nuestro retiro, repetimos esta historia, entre otras historias de amor y sus transformaciones de las cosas que nos rodean.

GABRIELA YBARRA

(España, 1983)

Es Licenciada en Administración y Dirección de Empresas por la Universidad Pontificia de Comillas y Máster en Marketing en la Universidad de Nueva York, ciudad en la que vivió tres años. Su abuelo fue asesinado por ETA, a su padre le explotó una bomba del terrorismo vasco, y su madre vivió una terrible enfermedad que le causó la muerte. En su obra relata cómo afronta esas muertes y el impacto que tienen en sus relaciones familiares, explorando asimismo el silencio al que se ven abocados los amenazados por ETA.

En 2015 publicó su primera novela *El comensal* que se ha convertido en un fenómeno editorial y en 2016 recibió el Premio Euskadi de Literatura.

Actualmente reside en Madrid, donde trabaja analizando redes sociales y elaborando estudios de mercado.

PROVIDENCE

Nunca he visitado Providence, Rhode Island, pero he imaginado muchas veces una habitación que está allí; un dormitorio pequeño con una cama estrecha en donde duerme cada noche Ingrid, una mujer danesa estudiante de arte. Imagino el cuarto lleno de pósteres y fotografías. Las imágenes estarán pegadas a la pared con una masilla azul, un producto popular entre los estudiantes porque no agujerea el yeso como las chinchetas, pero que habrá dejado varias sombras pegajosas sobre la pintura blanca. A pesar de los retratos y de los carteles, la habitación no habrá podido desprenderse de la apariencia de ser un lugar de paso: el mobiliario será impersonal, tal vez heredado del anterior inquilino, y en el cuarto persistirá la sensación de que todo se puede desmontar en dos horas y meter en seis cajas de cartón.

Nunca he visitado esta habitación, pero he imaginado muchas veces la cama estrecha con el edredón revuelto y el pecho desnudo de Ingrid acariciado por una mano huesuda. Los dedos índice y pulgar pellizcarán un pezón, e Ingrid, diminuta y rubia, se reirá tumbada de lado sobre las sábanas.

Llevo seis meses espiondo a Ingrid y a mi marido. Desde que adiviné las claves de las cuentas de e-mail y de Facebook de Andrés, no he podido dejar de leer los mensajes que se escriben. Se conocieron en marzo durante una feria de arte contemporáneo en Nueva York. Ella era una trabajadora temporal en la galería de nuestro amigo Christopher. En sus conversaciones no encuentro indicios de que hayan tenido una aventura.

ra, pero cuando repaso su correspondencia a veces deseo que aparezca la frase definitiva que demuestre que Andrés me es infiel.

Mi marido y yo vivimos en un estudio en la calle Regueros de Madrid. Es un ático. A Andrés le cuesta mucho dormirse por las noches, y cuando empezamos a buscar casa, la única condición que puso es que no quería un apartamento con vecinos arriba. Para Andrés todos los vecinos de arriba son unos bárbaros que arrastran muebles y dan golpes en el suelo. Nuestro piso es silencioso, pero como no tiene paredes hemos tenido que sincronizar nuestros horarios. Nos levantamos, cenamos y nos acostamos a la misma hora. En este espacio mínimo son pocas las cosas que podemos hacer sin que el otro nos mire. Nuestros reductos de intimidad están en la calle, en el baño y en el tiempo que pasamos a solas con el teléfono antes de dormir, de lado, pegados a los bordes del colchón, con la luz de las pantallas iluminándonos la cara.

Hoy es sábado y Andrés está dormido. Los fines de semana suelo despertarme temprano y aprovecho para encerrarme en el baño a leer lo que la danesa y él se han escrito la noche anterior. Apunto todos los datos que encuentro sobre Ingrid y algunas de las frases que se dicen. Esta mañana he descubierto que ella hace capoeira («Te dejo, que tengo clase de capoeira», ha dicho en un mensaje) y que lee revistas sobre pesca para un proyecto de la universidad («¿En España tenéis revistas sobre pesca?», le ha preguntado a mi marido). No sé si Ingrid sabe que existo, porque nunca he leído mi nombre en ninguna conversación.

Cada vez que siento que algo en mi vida se descontrola, intento ordenar y clasificar lo que me rodea. Ayer por la noche, por ejemplo, cuando sacaba las tazas del desayuno del lavavajillas, me tranquilizó saber que en las baldas de nuestra cocina existe un lugar destinado a guardar las tazas. A menudo trato de organizar mis pensamientos como si fueran platos o como si fueran cubiertos.

Lo que más me inquieta de Ingrid es su físico. Se parece a mí. Es una versión danesa y diminuta de mí. Aunque es posible que de tanto mirar sus fotos haya empezado a confundir nuestros rasgos. Cuando analizo una cara con demasiado detenimiento, siento que se difumina; el rostro que miro puede ser cualquier rostro. Me ocurrió con una escritora a quien admiraba. Pasaba tanto tiempo delante de sus fotografías que llegué a creer que nuestros ojos y nuestra nariz eran idénticos. Ahora, cada vez que encuentro su retrato en algún suplemento literario o revista, no veo ninguna semejanza.

Hace unas semanas imité el comportamiento de un virus troyano para que Andrés cambiara la clave de su correo y de su Facebook. Bombardeé a todos sus contactos con mensajes sobre productos adelgazantes, medicinas baratas y las tetas de Scarlett Johansson. Después de pasar la mañana copiando y pegando textos, llamé a Andrés. Le pregunté si había visto que su Facebook había enloquecido. Me dijo que sí, pero que no parecía grave. Yo le dije que seguro que se solucionaba si cambiaba la contraseña. «No creo que haga falta», me dijo.

Después de aquel fracaso, todo ha ido a peor. He intentado dejar de leer los mensajes, pero no he sido capaz de aguantar más de dos días sin hacerlo. Lo que más me aturde es no saber si nuestra relación se va o no al garete. Me pregunto constantemente si Andrés me quiere. Su forma de expresar cariño siempre ha sido peculiar. El día de nuestra boda, por ejemplo, fue un día difícil para él. No es que no le hiciera ilusión que nos casáramos, pero le incomodaba ser el centro de atención. No terminaba de estar a gusto ni con el chaqué ni con los zapatos. Cada vez que lo miraba, lo veía tenso, le sudaban las manos y la cabeza, y a ratos creía que desaparecería engullido por la levita de lana. El recuerdo más romántico que tengo de nuestra boda fue cuando, ya acabada la fiesta, llegamos a la habitación del hotel y me mordió un moflete.

Ahora todo es más confuso. No sé si existe una salida a esta situación. No sé cómo confesarle a Andrés que llevo seis

meses espionando sus conversaciones con Ingrid, que he visto cada palabra que se han dicho y que ella me parece boba. Si se lo cuento, seguro que me manda a la mierda. Me dirá que estoy loca, que soy una celosa, y en parte tendrá razón, pero yo hubiera deseado no haber sabido nada. Hubiera preferido no haberme aburrido leyendo conversaciones insulsas a la espera de un arranque de pasión por parte de alguno de los dos. Eso es quizá lo que más miedo me da y lo que hace que sienta que peligra nuestro matrimonio. Me sorprende lo bien que parecen entenderse Ingrid y Andrés en el tedio. A veces creo que lo único que podría salvar nuestra relación sería descubrir una infidelidad pequeña. Un beso con la boca cerrada y los labios hacia adentro, por ejemplo. Creo que eso sería lo ideal porque así podría confesarle mi falta. Si esto ocurriera, le diría que llevo seis meses espíándoles, y mi intromisión, aunque seguiría siendo criticable, tendría por lo menos un sentido porque me permitiría enfadarme, dejarle una semana por haber besado a otra mujer y después perdonarle. Pero hasta que se descubra el pastel (un pastel, cualquier pastel), tendré que acostumbrarme a este estado provisional. A dudar sobre si los poemas que Andrés me lee van dirigidos a mí o a Ingrid, a no saber si cuando me toca un pecho está pensando en mí o en Ingrid y a preguntarme si cuando se hace una bola en la cama es porque quiere huir rodando de mí o de Ingrid.

Oigo los pasos de Andrés.

Ingrid está en Madrid. Me lo contó ayer Andrés y luego lo leí en sus mensajes. Era la primera vez que me hablaba de ella, pero no mencionó su nombre, sino que dijo: «Está aquí una amiga danesa. Hemos quedado para cenar». Mi marido insistió en que no hacía falta que los acompañara, pero conseguí ir. El restaurante al que fuimos era grande y frío, como la recepción de un hotel. Cuando llegamos, Ingrid ya estaba allí, rubia y diminuta, en mitad del comedor enorme. Nos saludamos dándonos dos besos y percibí un temblor en sus manos. Mi pulso también empezó a fallar y recogí los dedos en un puño para

que no se notara que estaba nerviosa. Andrés no se inmutaba. Durante la cena Ingrid habló sin parar. Andrés le hizo alguna pregunta sobre sus esculturas y ella hilaba todas sus respuestas con anécdotas larguísimas protagonizadas por amigos suyos daneses a quienes no conocíamos. Fue especialmente prolija describiendo la enfermedad de Crohn de Åsmund, un compañero de la universidad que había acabado en urgencias después de comerse un plato de macarrones como el que ella tenía delante en ese momento. Mientras describía la tragedia gástrica, yo la escrutaba. Pensé que ya no se parecía a mí. Su cara ahora me recordaba a la de un reptil, a la de un dragón de Komodo danés y diminuto. Durante la cena Andrés apenas levantó la vista de su filete. Yo intentaba que no parara la conversación y fingía interés por las anécdotas de Ingrid, pero según iba dando detalles sobre los intestinos de Åsmund, me empecé a marear. No sé si fue un acto de empatía con el danés, si estaba nerviosa por haber conocido a Ingrid o si el pollo que me acababa de tomar estaba malo. Me levanté, tiré la servilleta al suelo y salí corriendo al baño. Vomité el pollo, las esculturas de la danesa y el silencio de Andrés. Al cabo de un rato, mi marido entró en el servicio. Como no había cerrado la puerta, pasó directamente al cubículo en el que me encontraba. Intentó ayudarme quitándome el pelo de la cara. Al ver que me encontraba mejor, se empezó a reír y me dijo que si me importaba que me sacara una foto, que estaba muy graciosa. «Eres un hijo de puta», le dije. Me sacó una foto mientras me limpiaba los restos de babilla de la cara con un trozo de papel higiénico. Luego también me reí. Ya no me encontraba mal, pero necesitaba ir a casa a ducharme, lavarme los dientes y limpiar el lamparón que tenía en el jersey. Salimos los dos del baño de la mano y haciendo bromas sobre mi aspecto. Ingrid estaba sola en nuestra mesa, en mitad del comedor gigante, mirando su copa de vino con ojos de reptil triste. Me despedí de ella con la mano. Le dije: «Perdona que no te bese, pero es que acabo de vomitar». Ingrid me dijo que no pasaba nada y

que esperaba que me pusiera buena pronto. «*Get well*», me dijo. Andrés y yo salimos a la calle para coger un taxi, había mucha gente y los árboles estaban iluminados porque eran las fiestas del barrio. Mi marido me abrazó y se quedó pegado a mi cuerpo como si fuera una manta perfecta. Paró a un taxi y me besó (en la frente) antes de que entrara en el coche. «Cuando terminemos de cenar, acompaño a Ingrid al hotel y luego voy para casa», dijo asomado a la ventanilla, y me lanzó otro beso con la mano. Al llegar a nuestro apartamento me duché, me lavé la cara, los dientes, dejé el jersey a remojo en un barreño y me dormí.

Me acabo de levantar y estoy encerrada en el baño. Cuando me desperté hace un rato, Andrés seguía dormido. Antes de salir de la cama he estado observando los huesos de su espalda, firmes, como la piel de un lagarto. Le he dado un beso en el hombro y he venido hasta aquí sin hacer ruido. Ahora estoy sentada en una banqueta al lado de la ducha con el portátil encima de los muslos. En la pantalla del ordenador veo que Ingrid ha escrito un mensaje. El texto dice: Ingrid: «Siento si lo de ayer fue un error».

Cuando salga de aquí me voy a poner a ordenar los armarios.

CUENTO HISPÁNICO DEL NUEVO MILENIO

Epílogo

La literatura global de las últimas décadas del siglo XX y las primeras del siglo XXI ha experimentado muchos cambios, debido al desarrollo de la tecnología y de las sociedades. En la *Gran novela latinoamericana* (2011) Carlos Fuentes aseguraba que «cambien como cambien espacios y tiempos, habrá insatisfacción, habrá diversidad y habrá palabra. Se escribirán novelas y ninguna novedad técnica o divertida cambiará esta necesidad o este goce vitales, anteriores a todo marco ideológico o tecnocrático», pero la estadística dice que desde hace varios años una tercera parte de los libros publicados en España tienen forma digital y que el libro electrónico forma parte de más de 50 por ciento de los lectores ibéricos. Por otro lado, centenas de escritores latinoamericanos se comunican con sus lectores, editores y colegas exclusivamente a través de las redes sociales, adaptados al límite de espacio y tiempo.

En esta antología del cuento hispánico del siglo XXI, basado en la presencia de la tecnología en la nueva narrativa de habla hispana, no hemos tratado la forma de la creación literaria en relación con los nuevos soportes electrónicos, tampoco abarcamos hipertextos ni blogonovelas. Nuestro interés iba hacia la presencia del internet y de las nuevas tecnologías en la literatura actual desde el punto de vista de alienación, emoción, apocalipsis y absurdo, a propósito de averiguar si en los

relatos de este milenio todos vivimos en un libro llamado «Google» –como considera Pola Oloixarac– o seguimos (hiper-ciber) preocupados por nuestras parejas, familias, hijos, amantes y sobre todo miedos (reales-virtuales).

La presente selección de los cuentos españoles e hispanoamericanos escritos en las últimas dos décadas tenía dos puntos de partida: la introducción de la antología **McOndo** que quiso luchar contra estereotipos pero causó tanta tormenta que sus autores decidieron no volver a publicarlo –«Presentación del país McOndo» (1996) de Alberto Fuguet y Sergio Gómez– y el libro **Palabra de América** (2004), editado tras el encuentro sevillano de doce «apóstoles» de la nueva literatura hispanoamericana, ideado por Seix Barral. El cambio de realismo mágico por el realismo virtual inició una nueva era de la literatura hispanoamericana y los blogs literarios de una centena de escritores de ese continente trajeron una nueva forma del texto escrito. Como muchos escritores de América Latina viven en España y tienen dos nacionalidades, decidimos investigar asimismo cuentos de los autores españoles actuales, inspirados en el tema. En la selección de los cuentos españoles nos fue imprescindible la ayuda de la escritora, poeta y periodista madrileña **Mercedes Cebrián**, sin cuyo amplio conocimiento de las letras de su país y valiosas sugerencias no hubiéramos tenido la visión tan variada, sobre todo teniendo en cuenta que este libro se produjo en Serbia, donde todavía no llegan las publicaciones impresas ni electrónicas de la Casa del libro o el Amazon.es, pero donde hay miles de hispanistas interesados en la literatura contemporánea y donde anualmente se publican decenas de libros traducidos del español.

Ordenados cronológicamente, según el año de nacimiento de los escritores, los cuentos de esta antología empiezan con el gran **Rodrigo Rey Rosa**, que inició su carrera literaria (tras empezar Medicina y Cinematografía) inscribiéndose en un taller de escritura de Nueva York dirigido por Paul Bowles, el

traductor de sus obras al inglés. Su cuento epistolar y kafkiano «Negocio para el milenio» fue publicado justo antes del comienzo del nuevo milenio (*Ningún lugar sagrado*, 1998), pero su ambiente perfectamente cupo al siglo XXI y a nuestra concepción.

Escritor peruano-japonés residente en Sevilla, **Fernando Iwasaki**, autor y editor de obras de los títulos más creativos y simbólicos, es el único representado con tres cuentos muy cortos y muy ciber, sacados de su libro *Ajuar fuenerario* (2013) abundante en historias que, según las palabras del autor, «quieren tener la brevedad de un escalofrío y la iniquidad de una gema perversa».

Para el maestro –o como su editora Páginas de Espuma dice «el Rey» del cuento español–, **Hipólito G. Navarro**, Javier Calvo de El País apuntó que escribe «una narrativa excitante que no se somete a ninguna convención; arte del siglo XXII». Uno de los autores más atrevidos en el ámbito del cuento asegura que «hay que ser malvado para decir que entre novela y novela, para descansar, se escriben cuentos», lo que confirma la mayoría de los escritores presentes en este libro, siendo sobre todo narradores o sea cuentistas.

«Hijos» de **Alberto Fuguet**, publicado en la antología *Cuentos chilenos contemporáneos* (2001) plantea el tema de la descendencia poniendo el enfoque en una joven pareja que comparte el gusto obsesivo por la tecnología y el deseo de no tener hijos. Renovador y audaz, la prosa de Fuguet «siempre ha tenido algo urgente, visceral», «construidos a partir del ritmo», asegura Edmundo Paz Soldán en el prólogo de su reciente libro de cuentos *Juntos y solos*.

Representante por excelencia de la literatura fantástica, el barcelonés **David Roas**, demuestra que «la realidad es demasiado desquiciada y absurda», y que «vivimos buenos tiempos para lo fantástico». Su cuento «La casa ciega» presente en esta antología proviene de su premiado libro *Distorsiones* (2010) y está compuesto de párrafos autónomos que podrían

leerse sin seguir el orden del autor, con la excepción del primero y el último.

Uno de los escritores en cuya obra (literaria y bloguera) está omnipresente la nueva tecnología es **Edmundo Paz Soldán**, laureado del Premio Nacional por la novela *El delirio de Turing* (2006) que trata la guerra electrónica y los virus informáticos como una nueva forma de protesta para el nuevo siglo. Una de las piedras de toque de este libro fue su novela *Sueños digitales* (2000), donde el autor reflexionaba sobre la tecnología que, aparte de borrar las fronteras, manipula la vida real como el mayor peligro. «La visita» revela el mundo emblemático ríofugitivo de Paz Soldán, con iMacs, MP3s y computadoras, impregnado de palabras en Spanglish, donde «cada minuto contaba en internet trading. Se construían fortunas y caían imperios a cada segundo de la marcha bursátil».

El cuento de **Iván Thays** proviene del homónimo libro, *Lindbergh* (2012), publicado en España en la edición cartoneira (y ecológica) y revela una historia íntima del propio autor. El relato fue escrito tras la separación del autor y su esposa, en un periodo delicado de su vida, su carrera y sus pensamientos, y descubre una lucha interior y conmovedora de una pareja que tiene miedo a tener hijos. El título corresponde al apellido del aviador e ingeniero estadounidense Charle Augustus Lindberg, cuyo hijo de veinte meses fue secuestrado en 1932.

Mercedes Cebrián, una de las almas de esta antología, estuvo un mes en Serbia como *Writer in Residence*, el programa de escritores en residencia organizado por Krokodil y apoyado por AC/E. Antologada en *Pequeñas Resistencias 5*, prologado por Eloy Tizón, el volumen que mostró el actual esplendor de la narrativa breve en España, reuniendo a cuarenta autores que hicieron su debut entre 2001 y 2010. Utilizando la parodia y el humor para aproximarse a la sociedad actual –real o virtual– Mercedes Cebrián divide su cuento apocalíptico futurista «Los cuatro jinetes» en siete secuencias narrativas, que

corresponden a las conversaciones de la protagonista (o sea la última mujer sobre la tierra) con el simulador de personas.

Amante de la ficción gótica y «princesa de terror», **Mariana Enríquez** conquistó el planeta literario con su libro *Las cosas que perdimos en el fuego* (2016) que será publicado en más de 20 idiomas. Todo el volumen está impregnado de la violencia y la pobreza presentes en las calles porteñas, y «El chico sucio» –uno de los cuentos más logrados– es una aproximación de la autora a la literatura de fantasmas. Su narrativa está entre juguetona, experimental y escalofriante (dentro del registro realista, porque el terror está dentro del hogar), pero siempre con un toque de feminismo.

Uno de los escritores más talentosos de su generación (que desde luego es llenísima de buenos novelistas y narradores) y asimismo apasionado periodista, **Santiago Roncagliolo** realizó un experimento virtual con su (tele)novela *Óscar y las mujeres*: antes de salir a la venta de forma convencional, el libro fue difundido en internet, por capítulos. La variada obra de este camaleón de la literatura peruana e hispanoamericana consta de un thriller político, una comedia, una ciencia-ficción, una historia íntima, un producto de la investigación periodística, etc. Cuando se espera que haga algo, él hace lo opuesto, y siempre con éxito. «El adúltero» de Roncagliolo –otra alma de este libro– es lleno de olores y sensaciones, sorpresivo y palpable, con su inherente empatía hacia los protagonistas.

Entre varios buenos proyectos, la Revista Eñe publicó un número dedicado a los hoteles que forman parte de la memoria literaria de los escritores hispánicos. Entre las «mil aventuras» se encuentra y el «delirio tecnorreligioso» titulado «Hilton Mystic», cuyo autor es **Mario Cuenca Sandoval**, filósofo, bloguero y poeta premiado. Residente de Córdoba, donde ejerce como profesor de filosofía y realiza talleres de escritura, Cuenca Sandoval es editor de *Las bibliotecas imposible*, una antología de relatos fantásticos sobre la biblioteca escritos por los narradores en lengua castellana. Además, está

muy relacionado con los escritores de la Generación Nocilla (Afterpop), una réplica mcondista de los escritores españoles.

Ricardo Silva Romero, aparte de ser uno de los mejores escritores colombianos del momento –incluido entre once jóvenes colombianos antologados en *Cuentos caníbales*–, es asimismo un excelente columnista (de los diarios El Tiempo y El País). Convirtiendo los dramas y los personajes de su familia en sus ficciones, Silva Romero compiló en 2013 cuarenta cuentos publicados en antologías, revistas y periódicos hispanoamericanos, titulándolos *Semejante a la vida*, igual que el *talk-show*-cuento que escogimos para este libro.

Wilmer Urrelo Zarate, a cambio de la mayoría de escritores de su generación, no es muy fanático de navegar en Internet y considera que «en la gran mayoría de los blogs hay una especie de sesgo». Su cuento «Revoluciones musicales» figura en la compilación virtual y ampliada de la antología *El futuro no es nuestro* de Diego Trelles Paz, quien –entre varios asuntos que trata– plantea «una respuesta anticipada a la pregunta sobre el porvenir literario» de su generación.

El libro de cuentos *Mis documentos* (2013) de **Alejandro Zambra** es atravesado por la presencia de las nuevas tecnologías en la vida cotidiana, donde el autor chileno con una ironía refinada y una precisión inherente enlaza sus once cuentos por un tema ficcional-autobiográfico. «Recuerdos de un computador personal» es una versión modificada del cuento «Historia de un computador», publicado en Letras Libres en 2008.

El cuento más «atípico» de este volumen, «Búsquedas (para un viaje futuro a Andalucía)» de **Jorge Carrión**, de hecho pertenece a un libro inclasificable titulado *Crónicas de viaje*, que refleja su literatura en movimiento. En las supuestas búsqueda de Google, el autor trata de encontrar rastros de su familia mediante una simulación de entrevistas, fotos y videos en línea, reescribiendo su propio pasado y trasladándolo en la nueva era de tecnológica.

Un bloguero multipremiado y editor de importantísimas antologías del siglo XXI, el incansable **Andrés Neuman** es, según la opinión de Roberto Bolaño, un narrador y poeta «tocado por la gracia» que «escribe con una naturalidad que da miedo». Sus «Vidas instantáneas», pertenecientes al libro *Hacerse el muerto*, a pesar de parecer ficción, son experiencias personales y recientes del propio autor. Siguiendo la estructura del anuncio, Neuman ofreció un divertido y preciso cruce de voces que buscan el amor, asegurando en la entrevista para la RTVE (hecha en 14 de octubre de 2011) que «el anuncio por palabras sería una ‘disciplina literaria’ que exige gran síntesis».

En constante tránsito entre varios géneros literarios, **Frank Báez** es aficionado a situaciones complicadas y a la gente familiar en los papeles de los protagonistas. Sus relatos caracterizan ritmo y música, debido a lo que su autor es asimismo un poeta que lee en voz alta todo lo que escribe. En una mezcla de argot dominicano, música rock y comunicación virtual, el cuento seleccionado para este libro, «Con cariño, Carmen», forma parte de *Un espejo roto. Antología del nuevo cuento de Centroamérica y República Dominicana* (2014).

Luis Carlos Fuentes aprovecha su educación cinematográfica para escribir la narración en primera, segunda o tercera persona, o sea desde diferentes perspectivas-ángulos de su cámara literaria. Sus cuentos exploran varios universos introspectivos de la cotidianidad turbulenta, y frecuentemente son escritos con un estilo claro y preciso. «El mejor padre del mundo» trata un frustrado escritor asesino y su fracasado paternal, en un fotograma largo que sostiene la tensión hasta la última palabra.

Elogiada escritora argentina que tiene más premios que libros, **Samanta Schweblin** –la última alma de este libro–, aparte de crear relatos de estilo impecable, llega a la emoción de los lectores entregándosela para que se adueñen de ella para siempre. Aunque la mayoría de sus cuentos no tienen lu-

gar ni espacio determinado, «Pájaros en la boca» del libro homónimo revelan un solo toque con nuestra época en el momento que el protagonista «pasaba todo el día consultando en internet infinitas combinaciones de las palabras ‘pájaro’, ‘crudo’, ‘cura’, ‘adopción’...». El universo literario de esta escritora tiene una frescura única y su fantástica de la realidad refleja una tensión rítmica, siempre al borde de lo posible.

La periodista **Nuria Labari** escribe relatos profundamente relacionados con la realidad, entretejiéndoles empatía y experiencia personal o familiar. La mayoría de sus personajes son mujeres jóvenes y frágiles a quienes, según las palabras de la escritora, «la vida golpea en una primera piel y las marcas serán las líneas de su destino». Con ironía sutil –y a veces cruel– «Ni siquiera adiós» relata reflexiones de la protagonista sobre varios abortos que ha sufrido, a través de un foro en internet donde las mujeres narran sus sensaciones personales.

El cuento «En vez de hermosos sueños» de **Ximena Sánchez Echenique** fue publicado en la antología de la nueva narrativa mexicana titulada *Palabras mayores (México 20)* y prologada por Cristina Rivera Garza. Su prosa autobiográfica, lúcida y profunda trata al lector como si él fuera el personaje y lo hace de manera más directa. Reflexionando sobre la fugacidad y el absurdez de la vida, la joven escritora mexicana construye un laberinto de cajas como objetos que constituyen el mundo alrededor.

Amante de Samuel Beckett, **Brenda Lozano** escribe cuentos nacidos de los márgenes de la vida cotidiana, convirtiendo los pormenores de acontecimientos y anécdotas en la ficción literaria. Cuando la revista estadounidense *Vice* publicó su cuento «Monólogo de una fotocopidora Xerox» en el número especial titulado *Ficción 2016* y dedicado a la literatura latinoamericana, la joven escritora mexicana aseguró que para ella la literatura sirve para ver en tercera dimensión sin gafas,

fuera del cine, y que su obra está en constante diálogo con música.

El relato que cierra este volumen, «Providence», lo escribió la más joven autora de las *Vidas digitales*, la bilbaína **Gabriela Ybarra** que recibió elogios de Juan José Millás y otros escritores españoles e hispanoamericanos por su novela autobiográfica *El Comensal*. Su cuento refinado, melódico, lleno de contrastes y escrito con un lenguaje sencillo trata el tema de los celos y de la inseguridad humana, cerrando el círculo de los miedos íntimos proyectados en la literatura a través de las nuevas tecnologías, que intentamos presentar en este libro.

Dos décadas después de la publicación de *McOndo*, el realismo virtual ha crecido por todas las ramas narrativas. Por un lado, desde un desconocimiento de los autores en muchos de los países convocados por Fuguet y Gómez, el siglo XXI nos facilitó el flujo global de las informaciones literarias. Por el otro, los ordenadores, el Internet, las redes sociales etc. se convirtieron de una fuente de inspiración de la prosa más variada y lograda. Aunque las faltan Pola Oloixarac, Mario Bellatín, Jorge Volpi, Daniel Alarcón, Junot Díaz, Heriberto Yépez, Antonio José Ponte, Nicolás Mavrakis, J. P. Zooey, Hernán Casciari y muchos más, esperemos que las *Vidas digitales* consiguieron mostrar una pequeña parte de esa abundancia. El futuro desde luego es suyo.

Bojana Kovačević Petrović

BIBLIOGRAFÍA

Alberto Fuguet. *Juntos y solos. Antología arbitraria*. Selección y prólogo de Edmundo Paz Soldán. Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2014.

Alejandro Zambra. *Mis documentos*. Anagrama, Santiago de Chile, 2013.

Andrés Neuman. *El último minuto*. Páginas de Espuma, Madrid, 2007.

Andrés Neuman. *Hacerse el muerto*. Páginas de Espuma, Madrid, 2011.

Antología del cuento boliviano. Edición de Manuel Vargas Severiche. Biblioteca del Bicentenario, La Paz, 2016.

Antología de la Novísima Narrativa Breve Hispanoamericana. Grijalbo, Barcelona, 2008.

Aspectos de la Literatura Latinoamericana, Siglos XX y XXI. Edición de Judith Solís Téllez (coordinadora). Ediciones Eón, México, 2014.

Bogotá 39. Antología de cuento latinoamericano, prólogo Guido Tamayo. Ediciones B, Bogotá, 2007.

Bojana Kovačević Petrović. «Ciber literatura hispanoamericana», Revista de literatura, lengua, arte y cultura *Lipar*, año XVII / No. 59 / 2016. («Latinska Amerika: književnost, kultura, po-

litika», editoras dra Ljiljana Bogoeva Sedlar y doc. dra Jelena Arsenijević Mitrić), Universidad de Kragujevac, 2016.

Bojana Kovačević Petrović. «El Boom y las nuevas tendencias de la narrativa hispanoamericana», Revista *Kultura* No. 149. Separado «Crisis de la narración» (editora dra Vladislava Gordić Petković), pp. 118-139.

Borhesova deca. Antologija savremene argentinske propovetke. Edición de Branko Anđić y Ljiljana Popović Anđić. Agora, Zrenjanin, 2012.

Carlos Fuentes. *La gran novela latinoamericana.* Alaguara, Madrid, 2011.

Corral, W. H., Castro, J. E. & Birns, N. (editors) *The contemporary Spanish-American novel. Bolaño and after.* Kindle edition. New York/London/New Delhi/ Sydney: Bloomsbury.

Cuentos caníbales: antología de nuevos narradores colombianos. Edición de Luz Mary Giraldo. Alaguara, Bogotá, 2002.

Cuentos chilenos contemporáneos 2000. Ediciones LOM, Santiago de Chile, 2001.

Cuentos del poder. Antología. Edición de Elizabeth Vivero y Karim Quiroga. Editorial Edhalca, México, 2015.

Cuentos dominicanos: siglos XX y XXI. Antología. Edición de Miguel D. Mena. CreateSpace Independent Publishing Platform, 2013.

David Roas. *Distorsiones.* Páginas de Espuma, Madrid, 2016.

Día de Muertos: Antología del Cuento Mexicano. Edición de Mario Bellatín, Rosa Betrán y Eduardo Antonio Parra. Prólogo de Jorge Volpi. Debolsillo, México, 2001.

Diana Palaversich. *De Macondo a McOndo. Senderos de la postmodernidad latinoamericana.* Plaza y Valdés, Barcelona, 2005.

Diana Palaversich. «Entre las Américas Latinas y el Planeta USA. Dos antologías de Alberto Fuguet». *Ciberletras: Revista de crítica literaria y de cultura*. No. 7, 2002.

Edmundo Paz Soldán. «La visita». *The Barcelona Review* No. 39, noviembre-diciembre 2003.

El futuro no es nuestro. Narradores de América Latina nacidos entre 1970 y 1980. Selección y prólogo de Diego Trelles Paz. UQBAR, Santiago de Chile, 2001.

Eñe 26. *Hoteles. Mil aventuras*. La Fábrica, Madrid, verano 2011.

Eñe 48. *Adicciones*. La Fábrica, Madrid, enero 2017.

Fernando Iwasaki. *Ajuar funerario*. Páginas de Espuma, Madrid, 2016.

Granta. The Magazine of New Writing 113: The best of young Spanish Novelists / Los mejores narradores jóvenes en español. London, 2010.

Hipólito G. Navarro. *Los últimos percances*. Seix Barral. Barcelona, 2005

Hostos Review / Revista hostosiana - Destellos Digitales: Escritores Peruanos en los Estados Unidos 1970-2005 (Instituto de Escritores Latinoamericanos, Hostos Community College, Nueva York, 2005

Iván Thays. *Lindbergh*. Meninas Cartoneras, Madrid, 2012.

Jorge Fornet. *Nuevos paradigmas en la narrativa latinoamericana*. Latin American Studies Center, University of Maryland, College Park, 2005.

Jorge Volpi et al. *Desafíos de la ficción*. Compilación y prólogo de Eduardo Becerra. Cuadernos de América sin Nombre. Universidad de Alicante, 2002.

Las horas y las hordas. Antología del cuento latinoamericano del siglo XXI. Edición de Julio Ortega. Siglo XXI, México, 2001.

Luis Carlos Fuentes. *Mi corazón es una piedra donde afilas tu cuchillo.* Ediciones Era, México, 2014.

Mcondo. Alberto Fuguet y Sergio Gómez (ed.). Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1996.

Mercedes Cebrián. *El malestar al alcance de todos.* Debolsillo, Barcelona, 2011.

Mutantes. Narrativa española de la última generación. Selección y prólogos de Julio Ortega y Juan Francisco Ferré. Editorial Berenice, Córdoba, 2007.

Nuevas líneas de investigación. 12 relatos sobre la impunidad. Selección de Martín Solares. Ediciones ERA, México, 2003.

Nuria Labari. *Los borrachos de mi vida.* Lengua de Trapo, Madrid, 2009.

Palabra de América. Prólogo de Guillermo Cabrera Infante. Seix Barral, Barcelona, 2004.

Palabras mayores: Nueva narrativa mexicana. Malpaso Ediciones, Barcelona y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2015.

Pequeñas resistencias. Antología del nuevo cuento español. Prólogo de José María Merino. Edición y selección de Andrés Neuman. Páginas de Espuma, Madrid, 2002.

Pequeñas resistencias 2. Antología del cuento centroamericano contemporáneo. Edición de Enrique Jaramillo Levi. Páginas de Espuma, Madrid, 2003.

Pequeñas resistencias 3. Antología del nuevo cuento sudamericano. Edición de José Carlos Chirinos et al. Páginas de Espuma, Madrid, 2004.

Pequeñas resistencias 4. Antología del nuevo cuento norteamericano y caribeño. Edición de Ronaldo Menéndez, Ignacio Padilla y Enrique del Risco. Páginas de Espuma, Madrid, 2005.

Pequeñas resistencias 5. Antología del nuevo cuento español (2001-2010). Prólogo de Eloy Tizón. Edición de Andrés Neuman. Páginas de Espuma, Madrid, 2010.

Puertos abiertos. Antología de cuento centroamericano. Edición y prólogo de Sergio Ramírez. Fondo de Cultura Económica, México, 2011.

Rodrigo Rey Rosa. *1986. Cuentos completos.* Alfaguara, Barcelona, 2014.

Samanta Schweblin. *Pájaros en la boca.* Editorial Lumen, Buenos Aires, 2010.

Santiago Roncagliolo. «El adúltero», *Revista de cultura: Lateral*, No. 126, 2005.

Se habla español. Voces latinas en USA. Edición de Edmundo Paz Soldán y Alberto Fuguet. Alfaguara, México, 2000.

Siglo XXI. Los nuevos nombre del cuento español actual. Edición de Gemma Pellicer y Fernando Valls. Menoscuarto. Palencia, 2010.

Teresa Gómez Trueba. *Las nuevas tecnologías en la última novela española: fabulaciones apocalípticas y estéticas de corta y pega.* Editores: María del Pilar Celma, M.^a Jesús Gómez del Castillo y Susana Heikel. XLVIII Congreso El español en la era digital, Jaca 2013, pp. 25-48.

VICE: *Ficción.* Volumen 9, número 5. Diciembre 2016-enero 2017.

Voces -30. Nueva narrativa latinoamericana. Compilado por Claudia Apablaza. Ebooks Patagonia, Santiago de Chile, 2014.

Fuentes digitales

1. <http://albertofuguet.blogspot.rs/>
2. <http://andresneuman.blogspot.rs/>
3. <http://www.andresneuman.com/>
4. <https://archivoazambra.wordpress.com/>
5. <http://blog.hayfestival.org/index.php/2015/04/mexico20-entrevistamos-a-brenda-lozano/>
6. <http://www.cervantesvirtual.com/>
7. <https://cvc.cervantes.es/>
8. <http://www.elboomeran.com/>
9. <https://electricliterature.com/the-dark-themes-of-mariana-enriquez-dcfc571f239b>
10. <http://www.escritores.org/biografias>
11. <http://www.fernandoiwasaki.com/>
12. <http://www.fernandoiwasaki.com/enlaces.php?categoria=Escritores+con+blog>
13. <https://frankinvita.blogspot.rs/>
14. <http://ivanthays.com.pe/>
15. <https://jorgecarrion.me/>

16. <http://mariocuencasandoval.blogia.com/>
17. <http://www.mercedescebrian.com/blog/>
18. <http://paginasdeespuma.com/autores/hipolito-g-navarro/>
19. <http://revistaparaleer.com/tag/nuria-labari/>
20. <http://www.ricardosilvaromero.com/>
21. <http://riofugitivo.blogspot.rs/>

NOTA SOBRE LA AUTORA

Bojana Kovačević Petrović es hispanista serbia, Doctora en Filología Hispánica por la Facultad de Filología de la Universidad de Belgrado (Serbia). Ejerce como docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Novi Sad, en el Lectorado de la Lengua Española del Departamento de Lenguas Romances.

Sus campos de investigación son literatura hispanoamericana y española contemporánea, lengua española, traductología, teatro español e hispanoamericano, culturas hispánicas.

Ha publicado varios artículos académicos y ensayos sobre la creación literaria de Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Octavio Paz, Zoé Valdés, Roberto Bolaño, Fernando Arrabal...

Es miembro de Latin American Studies Association (LASA), de la Asociación de Traductores Literarios de Serbia, de la Asociación de Hispanistas de Europa Central y de la Asociación de Hispanistas Serbios.

Ha participado en decenas de congresos científicos, tertulias literarias y eventos culturales y ha publicado varios textos, artículos, reseñas, prólogos y epílogos relacionados con la literatura hispanoamericana y española.

Asimismo ha traducido una veintena de libros, entre los cuales están *Antes del fin* de Ernesto Sábato, *Una comedia ligera* de Eduardo Mendoza, *Diana o la cazadora solitaria* y *El espejo enterrado* de Carlos Fuentes, *Obras de teatro* de Mario Vargas Llosa, *La hija del embajador*, *La mujer que llora* y *La cazadora de astros* de Zoé Valdés, *Pudor* de Santiago Roncagliolo,

Un episodio en la vida del pintor viajero de César Aira, etc. Asimismo ha editado dos volúmenes de *Antología del cuento hispanoamericano del siglo XX(I)* y ha recopilado *La bufanda de papel. Antología de poesía española* (edición bilingüe, subvencionada por la AECID).

Ha recibido el Diploma de Reconocimiento del Instituto Cervantes de Belgrado por el destacado apoyo y colaboración en las acciones de difusión de la lengua y cultura en español en el período 2004–2014.

ÍNDICE

Prefacio.....	5
Rodrigo Rey Rosa	9
Negocios para el milenio.....	10
Fernando Iwasaki.....	25
El dominio	26
W. C.	28
A mail in the life.....	30
Hipólito G. Navarro	31
Poner precio a la nada	32
Alberto Fuguet	36
Hijos	37
David Roas	48
La casa ciega	49
Edmundo Paz Soldán	56
La visita	57
Iván Thays.....	63
Lindbergh.....	64
Mercedes Cebrián.....	72
Los cuatro jinetes.....	73
Mariana Enríquez.....	79
El chico sucio.....	80
Santiago Roncagliolo	103
El adúltero	104
Mario Cuenca Sandoval.....	110
Hilton Mystic.....	111
Ricardo Silva Romero.....	121
Semejante a la vida.....	122

Wilmer Urrelo Zárate	151
Revoluciones musicales	152
Alejandro Zambra	160
Recuerdos de un computador personal	161
Jorge Carrión	174
Búsquedas (para un viaje futuro a Andalucía)	175
Andrés Neuman	183
Vidas instantáneas	184
Frank Báez	187
Con cariño, Carmen	188
Luis Carlos Fuentes	203
El mejor padre del mundo	204
Samanta Schweblin	209
Pájaros en la boca	210
Nuria Labari	221
Ni siquiera adiós	222
Ximena Sánchez Echenique	233
En vez de hermosos sueños	234
Brenda Lozano	240
Monólogo de una fotocopidora Xerox	241
Gabriela Ybarra	248
Providence	249
Epílogo: Bojana Kovačević Petrović, «Cuento hispánico del nuevo milenio»	255
Bibliografía	264
Nota sobre la autora	271

VIDAS DIGITALES

Cuento hispánico del nuevo milenio

Editado por Bojana Kovačević Petrović

Primera edición digital 2017

Créditos:

Editor jefe y director

Nenad Šaponja

Corrección

Jenny T. Perdomo González

Editorial

AGORA

Coedición entre

AECID, Agencia Española de Cooperación Internacional

para el Desarrollo

publicaciones@aecid.es

<https://publicacionesoficiales.boe.es>

y

AGORA, Zrenjanin/Novi Sad, Serbia

ns.agora@gmail.com

<https://www.agora-books.co.rs>

Distribución

AGORA, Zrenjanin/Novi Sad, Serbia

Tel. +381 23 526 738 y +381 60 648 2288

agora.zr@gmail.com

CIP – Каталогизacija y publicaciji
Библиотека Матице српске, Нови Сад

821.134.2-32(082.2)

821.134(7/8)-32(082.2)

821.134.2-32.09

821.134(7/8)-32.09

VIDAS digitales [Elektronski izvor] : cuento hispánico del nuevo milenio / Editado por Bojana Kovačević Petrović. – Novi Sad ; Zrenjanin : Agora ; Madrid : AECID, 2017. – 1 elektronski optički disk (CD-ROM) ; 12 cm. – (Edition “Hyperlink” ; 2)

Nasl. s naslovnog ekrana. – Str. 5-6: Prefacio / B. K. P. [Bojana Kovačević Petrović]. – Str. 255-263: Epílogo. – Bibliografija.

ISBN 978-86-6053-223-9

NIPO 502-17-074-2

a) Шпанска књижевност – Кратка проза b) Латиноамеричка књижевност – Кратка проза

COBISS.SR-ID 317371399

Este libro presenta una selección subjetiva de veinticinco cuentos cuyo motivo, símbolo, señal o efecto secundario son las nuevas tecnologías y su presencia en la vida diaria, o en los pensamientos, sueños, pesadillas e imaginación de veintitrés autores contemporáneos de habla hispana. Nuestra preferencia no fue mostrar un repaso ni una evaluación del relato hispánico actual, sino ofrecer sólo un aspecto de su enorme riqueza. La edición abarca dieciséis escritores y siete escritoras de nueve países, nacidos entre 1958 y 1983.



“Vidas digitales realiza una labor muy valiosa en dos sentidos: por un lado, combina textos de España y diversos países de América Latina sin establecer fronteras entre ellos. Por otro, rompe con algunos estereotipos temáticos y estilísticos asociados tradicionalmente con la literatura en español, divulgando así la gran variedad de escrituras activas en el panorama hispanoparlante actual.”

Mercedes Cebrián



MINISTERIO
DE ASUNTOS EXTERIORES
Y DE COOPERACION



Cooperación
Española

NIP0 502-17-074-2



www.facebook.com/agoraik

